



1988-1968:
DE LA TRANSICIÓN
AL LARGO '68 EN CHILE

Andrés Estefane J.
Carolina Olmedo C.
Luis Thielemann H.

[Editores]

1988 - 1968

DE LA TRANSICIÓN AL LARGO '68 EN CHILE

*

Andrés Estefane J.
Carolina Olmedo C.
Luis Thielemann H.
[editores]

Ariadna
ediciones

1988 - 1968.

De la Transición al largo '68 en Chile

Andrés Estefane J. - Carolina Olmedo C. - Luis Thielemann H.
Editores

ISBN: 978-956-8416-79-9

Santiago de Chile, abril 2019

Primera edición

Diseño y diagramación: LTH

Fuentes: Mitr, Jauría.

Gestión editorial: Ariadna Ediciones

<http://ariadnaediciones.cl/>

Obra bajo Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional.



ÍNDICE

- 9 Introducción

LOS LARGOS OCHENTA

- 21 Giorgio Boccardo B. - La clase obrera chilena durante la dictadura (1973-1989): transformaciones en su acción y estructura social
- 45 Carolina Olmedo Carrasco - El joven envejecido. Arte en Chile de 1988 a 1968
- 95 Mariana Perry - Las renovaciones socialistas que no vencieron

LOS LARGOS SESENTA

- 143 Marcelo Casals Araya - Estado, contrarrevolución y autoritarismo en la trayectoria política de la clase media profesional chilena. De la oposición a la Unidad Popular al fin de los Colegios Profesionales (1970-1981)
- 181 Soledad García Saavedra - Las barricadas de Alberto Pérez. Fuerzas de combate en el arte y la política
- 209 Aldo Marchesi - Ciudades del Cono Sur como laboratorios políticos en los sesentas globales: Montevideo (1962-1968); Santiago de Chile (1969-1973); Buenos Aires (1973-1976)
- 239 Luis Thielemann H. - La rudeza pagana: sobre la radicalización del movimiento obrero en los largos sesenta. Chile, 1957 - 1970

DEBATES

- 275 Andrés Estefane J. - Pinochet y los “Hijos de la Libertad”. Contornos de una polémica respecto al pasado reciente
- 278 Manuel Gárate - El escudo y la espada: el peso de la imagen de Pinochet en el Chile reciente
- 281 Mauro Basaure - Pinochet y lo irrepresentable
- 284 Felipe Mallea y Sigal Meirovich,- ¿Por qué (no) se puede incluir a Pinochet en una muestra museográfica?
- 287 Andrés Estefane J. y Luis Thielemann H. - Sobre la necesidad ciudadana de recordar al Pinochet real
- 291 Daniela Jara - Representar el pasado reciente en espacios públicos: a propósito del debate en torno a los Hijos de la Libertad
- 294 Mauro Basaure - La Monstruosidad y Pinochet
- 297 Andrés Estefane J. y Luis Thielemann H. - Afrontar una historia miserablemente humana

INTRODUCCIÓN

La década de 1960 estuvo marcada por la inestabilidad política global. Tanto las revueltas obreras y estudiantiles como las guerras de descolonización son los hechos más notorios dentro de un proceso general de crisis del orden social y económico conformado tras la gran depresión de 1929 y redefinido luego del fin de las guerras mundiales. Sin duda fueron las revueltas de 1968 las que definieron la imagen de esa década, forzando incluso la denominación de “largo 68” como epónimo de la duración e intensidad de la acción de sus movimientos sociales protagónicos. Este “largo 68” se cerró como ciclo histórico durante las dos décadas siguientes con sendas derrotas para los movimientos obreros y mezquinos triunfos particulares para las capas medias. En este periodo, la izquierda se jugó su última posibilidad de articular una revolución de alcance mundial y perdió estrepitosamente. Su derrota en el plano estratégico e ideológico –que signará el cierre del “siglo XX corto”– estuvo marcada por hitos tan extensivos a nivel global como la caída del Muro de Berlín, el fin de la Unión Soviética y la derrota electoral del FSLN en Nicaragua.

En el contexto del Cono Sur, el año de 1968 también marca un período de crisis general y de ofensivas revolucionarias que se inicia con las revueltas de mediados de la década de 1960 y se cierra con el golpe de Estado en Argentina, en 1976. El ciclo político del “largo 68” estuvo marcado por el ascenso de las clases populares a la centralidad de la política, en el marco de la crisis del modelo desarrollista y la industrialización sustitutiva de importaciones. Esta situación evidenció diversos quiebres en las sociedades americanas. Primero, la apuesta de buena parte del movimiento obrero y de los pobres urbanos y rurales por la transformación total del orden social latinoamericano de la primera mitad del siglo XX, contraviniendo los intereses directos de las clases dominantes. Un papel importante en este proceso lo tuvieron tanto la fractura de las capas medias y del Estado, como la estrategia de dictaduras militares emprendida por las oligarquías de la región a partir de los años setenta. Ese “largo 68” septentrional destaca por la amplia y explícita presencia de la violencia en la política y la cultura, tanto en el ámbito de la izquierda armada como en el de la propia represión estatal, pero también en la masividad

radicalizada del apoyo a las alternativas anticapitalistas de gobierno. Del mismo modo, las derrotas sufridas por la izquierda y los sectores sociales tras ella establecieron el final de este ciclo político de ascenso popular, pero en la forma extrema de dictaduras terroristas que —luego de restaurar el orden de clases a sangre y fuego— recién se retiraron al correr de la década de 1980.

En Chile, el “largo 68” tuvo la forma específica de un ascenso en la movilización obrera, campesina y estudiantil. Se caracterizó por haber sido dirigido abiertamente por la izquierda, también por el protagonismo popular en la política, por la fractura de las clases medias y por la radicalización juvenil. Como época, los años sesenta se definen por la imposición del interés político transformador de las viejas fuerzas populares dotadas de nuevas composiciones sociales, desplegándose a lo largo de todas las instituciones sociales y desbordando sus anteriores límites. El “sesenta y ocho” es el momento de ruptura y desborde: los campesinos y pobladores masifican las tomas, los obreros usan ampliamente la huelga ilegal, los estudiantes y docentes de izquierda se toman las universidades y otras instituciones educacionales, los partidos se radicalizan y producen nuevos y más revolucionarios referentes, las mujeres ingresan en gran número a la primera línea de la política y la intelectualidad. El ascenso encontró su cénit en el trienio de la Unidad Popular y en los distintos fenómenos revolucionarios observados en esos años. Hablamos probablemente del período más densamente político de la historia de Chile.

En este sentido, y ante su devenir histórico, la derrota de la Unidad Popular —y con ella del “largo 68”— es una de las más profundas del siglo XX, tanto por los grados de violencia estatal en pos del aniquilamiento de franjas organizadas completas de la izquierda y las clases populares, como por la profundidad de los cambios políticos y económicos consolidados en la larga dictadura cívico-militar iniciada en 1973. El plebiscito de 1988, hito de culminación del periodo autoritario, marca también el cierre del proceso iniciado durante los sesenta al restaurar una democracia “formal”, pero que no obstante expulsa del espacio de la “nueva política” transicional las razones y formas que habían dominado el explosivo proceso de democratización popular experimentado durante el “largo 68”.

*

En esta clave, los hechos de 1988 –y en general el cierre del “corto siglo XX”– han sido usados de forma política en Chile a modo de consensos transversales. Aquello no es específico de este pasado, sino una forma extendida de procesar la memoria de aquellos períodos cargados de conflictividad, impunidad y latencia de los agravios. En dichos consensos la necesidad de paz social termina por facilitar y premiar los acuerdos narrativos, desplazando e incluso rechazando nuevos estudios del pasado. Pasadas tres décadas, resulta ineludible avanzar hacia una revisión de los hechos de la “transición breve”, específicamente del período que va desde la derrota del “año decisivo” en 1986 hasta el aplastante triunfo electoral de la Concertación en diciembre de 1993.

La relación entre 1988 y 1968 no es puro voluntarismo académico, fruto de aquellas conexiones que solo tienen sentido en las minorías intelectuales arraigadas a la esfera universitaria, lejos de la experiencia real de los sujetos que vivieron los períodos. La hipótesis que organiza este volumen es que 1988 y 1968 son años que marcan hitos, faros para ubicarse en un período complejo de la historia de Chile. Con 1968 se indica el inicio de un período de crisis y revolución, que devino violencia y restauración constituyente; 1988 es el cierre, momento que instala un orden de sentidos de lo social que eleva su propio presente como hito de origen.

El plebiscito de 1988 es el hito con que se marca el inicio de un ciclo de orden político y estabilidad económica, y a la vez, el cierre de su opuesto: la emergencia política y la crisis económica. Los éxitos neoliberales de la década de 1990 y la fortaleza institucional de los años posteriores a la dictadura, asumen como punto de partida dicho plebiscito, momento en que toda la violencia y crisis que precedía fue procesada como “pasado”, mientras que las tendencias de acumulación de capital y de fortalecimiento de una nueva política desideologizada y esterilizada de lucha de clases, fueron inmediatamente rotuladas como único futuro posible. En ese sentido, 1988 no solo se vende como el año que termina el régimen militar, sino que, además, el año que establece el fin del siglo XX, creando el marco para encamisar el pasado de un país demasiado pobre, demasiado politizado.

En cambio, 1968 expresa la apertura de todas las crisis de las décadas siguientes. No ese año en específico, pues las fuerzas que actuaron en las décadas de 1960 a 1990 estaban ya activas. Más bien, las fuerzas locales

tomaron consciencia del despliegue de fuerzas globales de inestabilidad y lucha social, cuando 1968 signó que los largos sesenta eran una década de revolución global, y que no se detendría sino con la violencia de las décadas siguientes. 1968 expresa la última ofensiva roja, multiforme y a la vez con similares objetivos en todo el mundo. La crisis del Estado en Chile, en 1973, es parte protagónica de la crisis general de los pactos de Guerra Fría, y también, en sí, fue la clausura de una trinchera portadora de la promesa mundial de otro orden, más justo y solidario.

Así, 1988 es el doble opuesto de 1968. Allí donde el hito plebiscitario celebra la estabilidad institucional y un nuevo ciclo de paz capitalista, el hito global de 1968 propugna precisamente la desestabilización de todo orden, de todo poder, con tal de alcanzar una paz solo posible sin capitalismo. Donde la memoria de uno de los hitos conmemora la democracia parlamentaria como forma superior de la política, la de los largos sesenta invita a observar sus límites históricos como mecanismo de paz, bienestar e igualdad social. 1988 pone cierre a 1968 precisamente porque es la fecha en que los vencedores de ese largo conflicto anuncian fulgurantes la disolución de las bases materiales y de sentido político de la última gran ofensiva “roja” global. Decretan, con orgullo nacional, ser el primer capítulo de la tendencia global del “fin de la historia”, anunciando la obsolescencia las formas y objetivos del siglo pasado. El siglo de la lucha humana por los derechos se ve diluido por esa ridícula arrogancia de cada presente de creer ser el primero realmente inteligente, apuntando a todo pasado como el reino de la inocencia. 1988, en el fondo, es el hito de restauración soberbia de la pequeña política, de la administración de las cosas, sostenida en un discurso de madurez y aprendizaje, que anuncia el infierno como destino inevitable para quien abrace la aventura irresponsable de la “gran política”, la de destrucción y producción de un nuevo orden, como aquella signada por 1968.

Por otra parte, esta relación de sentidos de interpretación histórica de ambos hitos funciona también como defensa del discurso que cierra 1968 en 1988. Así, 1968 se explica como el origen de los “excesos del pasado”, como sostuvo la doxa de la Transición respecto de los hechos previos a 1988. La vocación revolucionaria de la década de 1960 es el contraejemplo de la década de 1990, en que resolver la política con elecciones limitadas a opciones consensuadas se vio como superación de la acción transformadora de masas. Por ende, cualquier otro acceso a la década de 1960 está cerrado por la retórica arrogante del fin de la Guerra Fría global. Salvo contadas excepciones, hasta ahora la historiografía

se ha movido en los límites trazados por los discursos liquidadores del siglo pasado, siempre bajo la sombra de la violencia como castigo a la imaginación. Es por ello que un debate sobre la figura de Pinochet y su relación con valores progresistas, como la lucha por la libertad, descuadra todo el escenario intelectual, pues ubica al dictador en el campo que han hecho exclusivo para sí los demócratas. Los límites absolutos entre dictadura y Transición, aparentemente tan claros en la narrativa de las últimas décadas, se desdibujan al contraste con las fuentes históricas. Las leyendas llenas de héroes y demonios que ofrecieron consuelo ante la privación de justicia y verdad, no resisten ese rol más pesado de convertirse en historia. De repente, todas las certezas que sostenían los mapas del pasado tambalean y se hace necesario desmontar 1988 para poder entender 1968 como hito central y explicativo de las fuerzas políticas, culturales y sociales de todo un siglo.

Es por ello que este libro invierte en su título el orden normal de la periodización. Se llega a la historia de los años sesenta reconstruyendo los mapas dibujados en 1988. El largo 1968 solo es comprensible a cabalidad si se elabora una historia para 1988 libre de la grilla de los consensos. Así, la década de 1960 y los tres primeros años de la siguiente pueden descifrarse como un período de crisis abierta por los subalternos, como resultado de un proceso de acumulación histórica más ancho que las vidas que lo realizaron, pero solo si se mira a 1988 como una liturgia de cierre de dicho proceso y, a la vez, como el hito que abre un nuevo ciclo de paz capitalista en orden social.

*

En este libro se plantean dos tipos de problemas históricos. En primer término, fue notorio desde los primeros años de la década de 1990 que la periodización con que se explicaba el pasado dejaba muchos vacíos. Desde la ausencia de una fecha de fundación y otra de término de la Transición, hasta la de si la crisis de la democracia comenzó antes o durante el gobierno de Salvador Allende. Por ello se busca poner en cuestión la cronología de la segunda mitad del siglo XX en Chile, relevando los problemas e intentando resolverlos. En segundo término, está el problema de la desaparición de los protagonistas directos, lo que agrava el desconocimiento sobre su época. La ineficacia de las explicaciones

normativas se ve acentuada, pues la autoridad que la sostenía era la de la experiencia de los protagonistas más notorios de la historia reciente.

Este libro recoge seis textos previamente publicados en un reciente dossier de la revista *Izquierdas* (No. 44, 2018); incorpora también la traducción de un texto del historiador uruguayo Aldo Marchesi publicado originalmente en inglés en 2017; y recopila una serie de columnas publicadas a propósito del cierre de la muestra “Hijos de la Libertad” del Museo Histórico Nacional en mayo de 2018. Estos escritos y estas voces coinciden aquí como expresión de la necesidad de reapropiarnos del pasado con investigaciones y reflexiones que diluyan el efecto de las lecturas normativas con las que se ha domesticado ese período. Pero estos escritos no solo se preguntan por la historia, en el sentido de qué fue lo que aconteció, sino también por la forma en que esa historia ha sido ordenada y periodizada. El debate de 2018 sobre la exposición del Museo de Historia Nacional, y la posterior censura de la muestra, es un claro ejemplo de que ya es tiempo de reconocer la falta de certezas sobre el pasado reciente del país y la región. Las instituciones no pueden ser reprimidas cada vez que elaboren y hagan público un conocimiento histórico incómodo.

Este libro se presenta en tres partes. La primera aborda la Transición y el plebiscito de 1988; la segunda parte se dedica a los largos años sesenta; y la última se hace cargo del debate en torno al cierre de la muestra en el Museo Histórico Nacional. La primera parte comienza con el escrito de Giorgio Boccardo, sociólogo, sobre el movimiento obrero durante la dictadura, replanteando problemas de continuidad y ruptura tanto con el período anterior a 1973 como con la década de 1990. Le sigue el escrito de Carolina Olmedo, historiadora del arte, quien propone un interesante tránsito de desmontaje de la historia escrita en los años ochenta sobre el arte previo a 1973, ilustrando sus limitaciones y contradicciones con algunos casos de estudio. Cierra la sección el estudio de la historiadora Mariana Perry sobre las tendencias de la renovación socialista que no fueron parte de los grupos vencedores de dicho proceso, analizando sus determinantes y avatares en los años dictatoriales en Chile y en el exilio. En la segunda parte se encuentra el trabajo del historiador Marcelo Casals sobre la evolución política de las capas medias entre la Unidad Popular y los primeros años de la dictadura, explicando sus virajes en función de sus intereses como grupo social. Le sigue el texto de Soledad García, historiadora del arte, quien trabaja sobre la obra del artista Alberto Pérez, las barricadas, que expresaron los sentidos políticos de importantes

sectores sociales subalternos, a la vez que proponían una historicidad específica de los mismos. Luego, el texto del historiador uruguayo Aldo Marchesi, quien trata la evolución de la nueva izquierda de la década de 1960 y 1970 en las capitales de tres países del Cono Sur (Montevideo, Buenos Aires y Santiago de Chile). Por último, en esta segunda parte se incluye el escrito del historiador Luis Thielemann sobre la radicalización obrera en la década de 1960 y antes de la llegada de Salvador Allende al gobierno. La tercera y última parte reúne una selección de las columnas de prensa del debate en torno a la muestra “Hijos de la Libertad”, en el que participaron Manuel Gárate, Mauro Basaure, Felipe Mallea y Sigal Meirovich, Daniela Jara, y Luis Thielemann y Andrés Estefane, con un breve texto introductorio de este último.

*

Algunos alcances al cierre. Primero, queremos destacar la alta presencia de investigadoras en este libro, lo que nos aproxima a un esfuerzo importante en la paridad. Pero ese hecho tiene el contraste de la escasa atención puesta a la evolución histórica del feminismo y los movimientos de mujeres en el período. Dicho vacío nos queda como autocritica y como desafío para los trabajos que vengan. Ni por cerca es el objetivo de este libro cerrar el tema que lo convoca, sino, por el contrario, abrir nuevas preguntas y cuestiones. En esa línea, la lucha política y social de las mujeres debe ser puesta en crítica en su desarrollo durante la segunda mitad del siglo XX. Este tipo de libros, que buscan revitalizar la política como práctica base para la libertad social, deben hacerse cargo de resistir y revertir las tendencias “naturales” de la sociedad, en pos de convocar las prácticas justas, igualitarias y libertarias para transformar ese mismo orden. En ese sentido, este trabajo busca también reafirmar el rol público del estudio de la historia –rol que no les compete exclusivamente a los historiadores–, y que se encuentra principalmente en la fundamentación de las diversas prácticas políticas. Así, volver a los estudios de procesos complejos e incómodos nos permite proponer una versión de la política más positiva y transformadora. Es decir, reinstalar la idea de que la práctica política no ha sido únicamente un acto conspirativo de grupos de poder, sino también una forma histórica de la abstracción llamada sociedad y del sano debate público de su situación, límites y destinos.

Por último, pero no menos importante, agradecemos a quienes hicieron posible este volumen. En primer término, a Manuel Loyola por su apoyo como editor de *Izquierdas* y de la editorial *Ariadna*, quien apoyó este trabajo desde un comienzo. Agradecemos también a Aldo Marchesi, a los académicos que intervinieron en el debate sobre el Museo Histórico Nacional, y a los historiadores que formaron parte del dossier “1988-1968” de revista *Izquierdas*: a todas y todos ellos, gracias por permitirnos reunir en este volumen textos publicados en otros espacios. Esperemos que el resultado contribuya a la discusión sobre las décadas recientes y sea útil para un uso público de la historia.

Editores.
Santiago, 2019.

LOS LARGOS OCHENTA

LA CLASE OBRERA CHILENA DURANTE LA DICTADURA (1973-1989): TRANSFORMACIONES EN SU ACCIÓN Y ESTRUCTURA SOCIAL

Giorgio Boccardo B.¹

El carácter refundacional de la dictadura chilena no tiene parangón en el mundo entero. Las transformaciones neoliberales arrasan con buena parte de la fisonomía de clases y grupos sociales forjados en el periodo nacional-popular. En específico, entre 1973 y 1989 se produce un paulatino y conflictivo desarme de la clase obrera industrial y, a pesar de que algunos de sus sindicatos tienen una activa participación en las jornadas de protesta, durante la transición, los obreros pierden peso en la dirección política y cultural de la sociedad. En tanto, los partidos políticos que los organizaron renuevan sus idearios y se alejan de prácticas y discursos que alientan la lucha de clases. Pese a una crecida del malestar y de la huelga laboral en los últimos años², sus expresiones manifiestas provienen de procesos de trabajo vinculados a los servicios y el comercio, o de las franjas más flexibilizadas en el sector primario exportador. Lo que altera significativamente las modalidades de organización y lucha forjadas por la clase obrera chilena hasta 1973. De ahí que resulte necesario indagar sobre los cursos de acción y las transformaciones que soportan los trabajadores bajo la dictadura militar.

Algunas interpretaciones han centrado la atención en la reestructuración industrial y en los cambios de las condiciones de vida de los obreros en dictadura³. Otras en cambio, han apuntado a la represión, tortura y des-

1 Chileno, sociólogo y académico del Departamento de Sociología en la Universidad de Chile. gboccardo@u.uchile.cl

2 Dasten Julián, "Tendencias de un sindicalismo fracturado. Sindicalismo autoritario v/s sindicalismo movimientista", *Actual Marx Intervenciones*, 13, 2012, 95-113.

3 René Cortázar, "Políticas de reajustes y salarios en Chile: 1974-1982", *Colección Estudios, Cieplan*, 10, 1983, 45-64; Álvaro Díaz, "La reestructuración industrial autoritaria en Chile", *Revista Proposiciones*, 17, 1989,

aparición de sus principales dirigentes o a la responsabilidad política de las élites partidarias durante la crisis de 1973⁴. Con el retorno de la democracia, se argumenta que el declive de los sindicatos y la renovación de las ideologías obreristas es parte de un cambio epocal vinculado a la globalización, al fin de las ideologías y de las clases sociales⁵; pero también, ha sido relacionado con la expansión del consumo, el endeudamiento y el individualismo que fomenta la doctrina neoliberal⁶.

Sin desconocer el valor de esas interpretaciones, las transformaciones estructurales que se ejecutan en dictadura no constituyen un derrotero lineal ni tampoco producen una recepción pasiva de las fuerzas sociales que se ven afectadas. De hecho, la implementación de las reformas neoliberales es posible a medida que va siendo derrotada políticamente la clase obrera industrial (y no al revés). Efectivamente, entre 1973 y 1989 diversas fracciones del movimiento obrero ensayan estrategias de representación y prácticas de resistencia que luego decantan en los movimientos de oposición a la dictadura⁷. No obstante, la atención prestada a su recuperación económica desde 1986 o a su activa participación como fuerza de apoyo en la transición han obnubilado la comprensión de los profundos cambios que esta clase experimentó en los años ochenta, al punto de no retornar en la escena social y política de la década del noventa.

El propósito de este artículo es explicar el declive de la clase obrera chilena a partir de los cambios que experimenta en su acción y estructura social entre 1973 y 1989. Se sostiene que la desarticulación de sus bases sociales, particularmente de la clase obrera industrial, y el modo en que se resuelve políticamente la transición le dificulta recuperar la fisonomía y poder alcanzados hasta 1973.

14-35. Paul Drake, "El movimiento obrero en Chile: De la Unidad Popular a la Concertación", *Revista de Ciencia Política* (Santiago), 23:2, 2003, 148-158.

4 Para una crítica a estos enfoques ver Rodrigo Baño, "Más allá de culpas y buenas intenciones", Rodrigo Baño, *Unidad Popular 30 años después*, Santiago, Lom Ediciones, 2003, 291-318.

5 José Joaquín Brunner, *Bienvenidos a la modernidad*, Santiago, Editorial Planeta, 1994; Eugenio Tironi, *La irrupción de las masas y el malestar de las élites. Chile en el cambio de siglo*, Santiago, Editorial Grijalbo, 1999.

6 Tomás Moulian, *Chile actual: Anatomía de un mito*, Santiago, Lom Ediciones, 1997.

7 Rodrigo Araya, "Ha llegado la hora de decir basta. El movimiento sindical y la lucha por la democracia en Chile, 1973-1990", *Izquierdas*, 27, 2017, 191-211; Ana López, "El mundo del trabajo entre el disciplinamiento y la resistencia, Chile, 1973-1981", *Procesos. Revista ecuatoriana de historia*, 44, 2016, 75-101.

La clase obrera chilena hasta 1973: Estado, partidos políticos y heterogeneidad social

Hasta la década del setenta del siglo XX, la clase obrera chilena se caracterizó por el peso de sus organizaciones sindicales a escala nacional y una militancia activa en partidos políticos. Pese a la abundancia de pequeños sindicatos, desde 1953, la Central Única de Trabajadores de Chile (CUT) fue su principal representante ante el Estado y las clases dominantes⁸. Sin embargo, al no contar con un reconocimiento institucional, su éxito dependió principalmente del signo político del gobierno de turno y de la capacidad de movilización de sus afiliados. Aunque la relación entre sindicatos y partidos políticos fue siempre conflictiva, los trabajadores se fueron organizando en el Partido Socialista (PS), el Partido Comunista (PC) y el Partido Radical (PR) y, posteriormente, en la Democracia Cristiana (DC). Aunque una fracción considerable del campo popular estaba integrado por trabajadores rurales y grupos marginales, su componente obrero fue distintivo en la dirección de la sociedad al punto de configurar la principal base de sustentación de la Unidad Popular (UP).

Otro elemento distintivo de los obreros hasta 1973 fue su heterogeneidad. Los diversos grados de industrialización alcanzados por la acción del Estado y de los capitales multinacionales, abren disímiles cursos de formación y desenvolvimiento de la clase obrera chilena⁹. En términos generales, en la gran industria sustitutiva y en la minería del cobre se consolida una clase obrera con mayor poder sindical y militancia política, y donde priman acciones redistributivas y una mayor aceptación de las estructuras de poder heredadas¹⁰. En cambio, en la mediana y pequeña industria, se organizan trabajadores menos calificados, con mayores dificultades para sindicalizarse y una menor participación en partidos, primando una acción directa que crecientemente desbordó la frágil institucionalidad alcanzada en el Chile nacional-popular. De todas formas, ambas fracciones del movimiento obrero tuvieron que recurrir permanentemente a la movilización, el paro y la huelga para alcanzar sus ob-

8 Alan Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*. Ediciones Era, 1974.

9 Sergio Aranda y Alberto Martínez, "Estructura Económica: algunas características fundamentales", *CESO, Chile, hoy*, Santiago, Siglo XXI Editores, 1970, 55-172.

10 Enzo Faletto y Eduardo Ruiz, "Conflicto político y estructura social", *CESO, Chile, hoy*, Santiago, Editorial Siglo XXI, 1970, 213-254.

jetivos.

Ahora bien, en la experiencia chilena se agota tempranamente un sindicalismo autónomo de la acción estatal, como el forjado en la industria del salitre a finales del XIX¹¹, siendo desplazado por otro que apuntó a su integración en el Estado. En efecto, pese a que durante la década del cincuenta la CUT, liderada por Clotario Blest, mantiene cierta posición de autonomía de los gobiernos de turno, hacia 1961 el PC retoma el control de la central y, en disputa con demócrata cristianos y socialistas, apuestan por la construcción de gobiernos populares¹².

Las condiciones de formación de la clase obrera chilena durante el siglo XX se producen mayoritariamente a partir de la acción estatal y su origen es principalmente campesino. Esto permite que en la industria y minería se desenvuelvan prácticas de control autoritarias importadas del modo de dominio hacendal¹³. Efectivamente, hasta comienzos de la década del sesenta predominan mecanismos de control paternalista y sistemas de reclutamiento que buscaron asegurar la lealtad patronal, lo cual dificultó la organización de sindicatos autónomos¹⁴. De todos modos, las protestas les permiten a estos trabajadores obtener mejores salarios y seguridad social que los alcanzados por del resto de las fuerzas populares. No obstante, tales mejoras desatan la reacción de algunos empresarios que incorporan técnicas de racionalización para elevar la producción y reducir el costo de la fuerza de trabajo.

La introducción de métodos tayloristas en la minería y en la gran industria moderna activan una reacción más articulada de los trabajadores, como ocurre en el paro de la minera Andes Cooper en 1961¹⁵ o la huelga de la textil Yarur en 1962¹⁶. Son movilizaciones contra la pérdida del empleo, la mayor intensidad del trabajo, salarios vinculados a productividad y la introducción de mecanismos de flexibilidad. Para los antiguos trabajadores significó el declive de las relaciones patronales de

11 Sergio Grez, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general: génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Santiago, RIL Editores, 2007.

12 Franck Gaudichaud, *Chile 1970-1973. Mil días que estremecieron al mundo*, Barcelona, Editorial Sylone, 2017.

13 Francisco Zapata, *Clases sociales y acción obrera en Chile*, México D.F., Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 110, 1986.

14 Peter Winn, "El Taylorismo y la gran huelga de Yarur de 1962", *Proposiciones*, 19, 1990, 202-222

15 Ángela Vergara, "Conflicto y modernización en la Gran Minería del Cobre (1950-1970)", *Historia, Santiago*, 37:2, 2004, 419-436.

16 Winn, *op. cit.*

producción y del bienestar alcanzado en esa etapa; en tanto, las nuevas generaciones, formadas en barrios obreros organizados por los partidos nacional populares, estaba menos dispuestas a aceptar mecanismos de control y organizaciones sindicales impuestas por la patronal. Y si bien, sus fracciones más radicalizadas sientan las bases de un sindicalismo que intenta autonomizarse de la UP como ocurre, por ejemplo, en los cordones industriales en Santiago o Concepción¹⁷; en lo fundamental, la clase obrera chilena presionó, sobre todo desde 1965 en adelante, por una mejora sustantiva de sus remuneraciones¹⁸ y por su incorporación en la institucionalidad política.

A medida que aumenta la concentración y burocratización de las grandes empresas estatales y de aquellas controladas por capitales extranjeros, se incrementan las ocupaciones de supervisión y control de la fuerza de trabajo. Estas nuevas posiciones de empleado, ocupadas en su mayoría por los obreros de mayor experiencia fruto de presión y negociaciones, generan cierta fragmentación en la configuración subjetiva de la clase obrera. En efecto, el mayor prestigio social y las mejores remuneraciones de estos empleados los aproximó en algunos casos a la “cultura mesocrática” de profesionales y técnicos que se desempeñaban en la misma fábrica¹⁹. De todos modos, son condiciones que se reproducen principalmente en empresas de gran tamaño, mientras que en el resto de las ramas productivas primaron formas de paternalismo represivo y protestas obreras que apuntaron a mejorar condiciones elementales de trabajo²⁰.

De todas formas, hasta 1973 se organizó una clase obrera moderna acotada, en relación al resto del campo popular, pero que constituye una de las fuerzas mejor organizada social y políticamente, al punto que devienen en pilar clave de la alianza nacional-popular²¹. No obstante, esta conflictiva incorporación de algunas fracción de la clase trabajadora deja fue-

17 Carlos Ruiz, “Reseña del libro de Eugenia Palieraki ¡La Revolución ya viene! El MIR chileno de los años sesenta”, *Actual Marx Intervenciones*, 211-218.

18 Entre 1965 y 1970 los salarios reales crecen a una tasa promedio anual de 10%, en Cortázar, *op. cit.*

19 Torcuato Di Tella y Alain Touraine, *Huachipato et Lota. Étude sur la conscience ouvrière dans deux entreprises chiliennes*, París, Centre National de la Recherche Scientifique de París (CNRS), 1966.

20 La dinámica política más favorable para los trabajadores en 1965-1973 permite un aumento de la huelga en empresas medianas y pequeñas. Oscar Mac-Clure, “La acción reivindicativa sindical en Chile”, *Proposiciones*, 17, 1989, 110-123.

21 Enzo Faletto, “La dependencia y lo nacional-popular”, *Nueva Sociedad*, 40, enero-febrero 1979, 40-49.

ra a otras fuerzas que desbordan el procesos político institucional²². En consecuencia, los intereses sociales y políticos de las diversas fracciones del campo popular se van distanciando, hasta articular cursos de acción diferentes, expresados en tendencias a la movilización o la negociación, y en grados de participación en los principales partidos políticos.

Estas diferencias, fraguadas por las propias limitaciones de la industrialización sustitutiva pero también por el derrotero de socialistas, comunistas y demócrata cristianos, generan una fractura en el campo popular²³. Los obreros de la industria moderna y la “aristocracia minera” encabezada principalmente por el PC y la DC, se muestran más proclives a reformas graduales y a la negociación con algunas fracciones de la “clase media desarrollista”. En cambio, los obreros de la pequeña y mediana industria encabezados por el ala radical del PS, en intermitentes alianzas con algunos grupos poblacionales organizados por el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), presionan por radicalizar el programa de la UP sin transar con intereses de grupos medios y obreros que militan en la DC²⁴.

En suma, es esta situación de masas que desborda el proceso de trabajo en las distintas ramas de la industria y en la gran minería del cobre y, a nivel político, a las conducciones de la UP, lo que dificulta orientar en alguna dirección coherente la “vía chilena al socialismo”. En adelante, el quiebre de las fuerzas populares y de sus partidos se vuelve irreversible, al punto que la derrota del gobierno de Salvador Allende puede encontrarse en alguna medida en el contradictorio campo de fuerzas e intereses populares que lo apoyan. En consecuencia, es a partir de esta división que la acción del heterogéneo campo de fuerzas que respalda el golpe militar se torna efectiva.

22 En 1971-1972 el número de trabajadores comprometidos en las huelgas legales disminuye de 41.343 a 12.986, en tanto, el número de trabajadores involucrados en las huelgas de carácter ilegal aumenta de 130.966 a 193.862. Alberto Armstrong y Beiza Águila, *Evolución del conflicto laboral en Chile: 1961-2002*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2006. De todas formas, cabe señalar que las huelgas ilegales vienen aumentando en Chile desde la década del sesenta producto de las propias limitaciones de la institucionalidad que regula las relaciones laborales.

23 Baño, *op. cit.*

24 Carlos Ruiz y Giorgio Boccardo, *Los chilenos bajo el neoliberalismo. Clases y conflicto social*, Santiago, El Desconcierto-Fundación Nodo XXI, 2014.

La clase obrera en dictadura: desarticulación, intentos de representación, resistencia y oposición (1973-1989)

Los cambios ocurridos en la clase obrera chilena desde 1973 son de una hondura sin parangón en América Latina. A diferencia de lo ocurrido en países como Argentina o Brasil, en que los sindicatos obreros enfrentan y morigeran muchas de las reformas neoliberales²⁵; en Chile, bajo dictadura se imponen una serie de transformaciones en la producción y el trabajo que, pese a la resistencia de las organizaciones sindicales, terminan por arrasar con la fisonomía de clases y grupos sociales forjada en el periodo nacional-popular.

Sindicalismo e intentos de representación en dictadura
(1973-1977)

Tras la derrota de la UP en 1973 se inicia un periodo de dura represión sobre los trabajadores²⁶ y sindicatos liderados por socialistas y comunistas, lo que impacta negativamente en las organizaciones de trabajadores²⁷. Pero no ocurre tamaña coacción sobre algunas dirigencias sindicales demócrata cristianas y radicales que apoyaron el golpe y mantienen una posición de colaboración en los primeros años de la dictadura. En efecto, pese a que la CUT es proscrita y los derechos de huelga y negociación colectiva son suspendidos, por medio de la Fuerza Aérea de Chile (FACH), la Junta Militar intenta restablecer una legislación de carácter corporativista, en colaboración con dirigentes sindicales opositores a la UP²⁸. Por un lado, los militares intentaban demostrar su eficacia para reactivar la economía nacional y, de paso, mejorar su alicaída imagen

25 Giorgio Boccardo, “Cambios recientes en la estructura social de Argentina, Brasil y Chile 1980-2010”, *Entramados y perspectivas*, 2, 2014, 43-70.

26 Según el informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura un 8.206 personas (30,1%) de los casos analizados eran trabajadores calificados, empleados, trabajadores de servicios públicos e industria y 5.681 personas (20,8%) eran obreros industriales no calificados y de la construcción, trabajadores del comercio y los servicios.

27 Hasta 1977 se consignaban 7.077 sindicatos y 916.472 afiliados, en 1979 hay 581.483 afiliados y 5.000 sindicatos y en 1983 solo 320.903 afiliados y 4.401 sindicatos, en Guillermo Campero, “El sindicalismo chileno en el régimen militar (1973-1984)”, *Ibero-Americana: Nordic Journal of Latin American Studies*, 14, 1985, 175-188.

28 Araya op. cit.

internacional en materia de derechos humanos; por otro, algunos sindicatos esperaban recuperar parte de los derechos laborales perdidos y la representación de los trabajadores asalariados.

En 1974, el Ministerio del Trabajo, liderado por la FACH, realiza un intento por institucionalizar las relaciones laborales mediante cuatro proyectos de ley²⁹. El objetivo de las nuevas normativas era la formación de un sindicalismo afín al régimen pero alejado de los partidos políticos marxistas. El ministro Díaz, apuesta por una alianza con los sindicatos demócrata cristianos de la gran minería e industria sustitutiva, pero también con nuevas fracciones sindicales de orientación gremialistas vinculadas al comercio, a grupos profesionales y al sector bancario³⁰. En línea con esfuerzos desarrollados por otras dictaduras militares en América Latina, estas medidas constituyeron un intento por reactivar la producción industrial nacional y frenar el espiral inflacionario.

Hacia 1975, los sectores nacionalistas e industriales que integraban la Junta Militar pierden peso ante los grupos “neoliberales” formados por abogados gremialistas, economistas monetaristas de la Escuela de Chicago e ingenieros que diseñan e implementan los principios de subsidiariedad estatal³¹. En adelante, se ejecutan una serie de políticas que apuntan a la reducción de aranceles, la liberalización del comercio y del sistema financiero, además de una privatización de la estructura productiva³². En el corto plazo, tales medidas generaron una drástica caída de los salarios, un aumento de los precios de la canasta básica y un mayor desempleo³³, lo que detona las protestas de las organizaciones sindicales que apostaban a una renovación ideológica de los trabajadores desde una posición marxista a otra socialcristiana. Sin embargo, en el mediano plazo, las reformas estructurales abren cauces a una privatización y desindustrialización de la estructura productiva³⁴, y a una

29 Un nuevo código del trabajo, una ley general de cooperativas, un Estatuto social de la Empresa y un Estatuto de Seguridad Social. Sin embargo, solo la ley de cooperativas y el Estatuto Social se tornan ley, y sólo la primera se aplica luego de su dictación, en Campero, *op. cit.*

30 Campero, *op. cit.*

31 Ruiz y Boccardo, *op. cit.*

32 Alejandro Foxley, “Hacia una economía de libre mercado: 1974-1979”, *Revista de Estudios, Cieplan*, 4, 1981, 5-37.

33 Patricio Frías, *El Trabajo ¿Servidumbre o realización?*, Santiago, Ediciones Radio Universidad de Chile, 2017.

34 De todos modos, desde 1986 se produce una recuperación del empleo industrial, pero más allá de la estimación de los pesos cuantitativos de los obreros esto no significa mecánicamente un retorno de la clase obrera industrial en tanto fuerza social organizada, en Díaz, *op. cit.*

rápida expansión del sector primario exportador y financiero. En tanto, la incapacidad del empresariado industrial de contener la drástica apertura y de competir sin los apoyos estatales contra los productos importados termina por afectar las condiciones de reproducción de los propios obreros industriales.

El arribo de José Piñera al Ministerio del Trabajo marca el inicio de un nuevo diseño institucional en material laboral. En 1978 se deroga la Ley de Inamovilidad que obligaba a justificar los despidos e impone la figura del “desahucio” con una indemnización por años de antigüedad. En 1979, un nuevo Plan Laboral busca institucionalizar la acción futura de los trabajadores organizados, favoreciendo una orientación corporativa acotada a los límites de la empresa³⁵. El nuevo Código del Trabajo reduce las relaciones entre los sindicatos y el Estado, forzando negociaciones entre las empresas y pequeños sindicatos o grupos negociadores con escaso poder, lo que disminuye el peso estratégico de las federaciones, confederaciones o centrales nacionales sobre la dirección general de la sociedad³⁶.

En definitiva, el nuevo orden institucional que regula las relaciones laborales prescinde del Estado como el principal espacio de procesamiento de conflictos entre empleadores y trabajadores, y reduce la existencia de los sindicatos a los límites de la unidad productiva y a demandas exclusivamente salariales, siendo considerado el trabajo mismo un recurso productivo más.

Resistencia sindical a las reformas estructurales y formación de una oposición abierta a la dictadura (1978-1989)

Las reformas neoliberales en material laboral van modificando la orientación del sindicalismo que resiste la dictadura. El rechazo al nuevo Código Laboral de 1979 es encabezado por el “Grupo de los 10” integrado por dirigente de sectores moderados de la DC y el radicalismo, y que inicialmente apostaron por una apertura de la actividad sindical autóno-

35 José Piñera, *La revolución laboral en Chile*, Santiago, Zig-Zag, 1992.

36 Irene Rojas, “Las reformas laborales al modelo normativo de negociación colectiva del Plan Laboral”, *Ius et Praxis*, Talca, 13:2, 2007, 195-221. De todas formas, en el periodo 1932-1973 no existe formalmente negociación ramal, sino que acuerdos de tarifado en ramas productivas específicas o aquellos alcanzados entre la CUT y el gobierno de turno, en Mac-Clure, op.cit.

ma y, de ese modo, evitar la rearticulación obrera marxista³⁷. En tanto, la Coordinadora Nacional Sindical (CNS) junto con el pequeño Frente Unitario de Trabajadores (FUT) –que aglutinaban a otros sectores demócrata cristianos, a socialistas y comunistas–, se esfuerzan por revivir la unidad sindical de la CUT y representar una oposición a la dictadura y sus reformas laborales, que a esas alturas eran vistas como un ataque frontal a las condiciones de vida de los trabajadores³⁸. La arremetida neoliberal fuerza a las distintas organizaciones sindicales a formar el Comité de Defensa de los Derechos Sindicales integrado por la CNS y el Grupo de los Diez que pasó a llamarse Unión Democrática de Trabajadores (UDT).

La Reforma al Sistema de Pensiones, iniciado a fines de 1980, y la nueva política social implementada por la Oficina de Planificación Nacional (Odeplan) vienen a coronar el orden neoliberal en materia de trabajo. En adelante, las cotizaciones para la jubilación serían individuales y el gasto social estaría focalizado en los “verdaderos pobres”, excluyendo a miles de empleados y obreros del salario social alcanzado tras décadas de movilización. Se trataba de los primeros intentos de la dictadura por construir un “pinochetismo popular”: los trabajadores serían “propietarios” de las empresas en que sus ahorros fueran invertidos y el emprendimiento alentado por el Estado sentaría las bases de una nueva clase empresarial que no dependería de las protecciones estatales.

A comienzos de los ochenta, sin embargo, no habían atisbos de recuperación económica. Por el contrario, la inflación y el desempleo³⁹ estaban carcomiendo las condiciones de vida de los trabajadores. Ahora bien, el problema de fondo era otro: las reformas neoliberales apuntaban a una radical transformación de los principios de solidaridad construidos por los sindicatos. En el largo plazo, la reproducción de los trabajadores dependería cada vez más de su esfuerzo individual y capacidad de acceso a los nuevos mercados de servicios sociales, por lo que la organización sindical y los partidos políticos comenzarían a perder su sentido práctico.

A medida de las reformas estructurales avanzaban, la oposición sindical se incrementó. Entre 1979 y 1982 se producen una serie de huelgas en la minería del cobre y el carbón, en la empresa metalúrgica de Madeco, en las textiles Victoria y el Panal, y en las empresas Sumar Nylon y

37 Campero, *op. cit.*

38 Araya, *op. cit.*

39 Cortázar, *op. cit.* Se estima que en 1984 la tasa de desempleo abierto era de aproximadamente 24%; sin embargo, si se agregan los programas estatales esta se eleva al 30%, en Campero, *op.cit.*

Vinex⁴⁰. Al terminar el año 1982, y fuera de los límites impuestos por el nuevo Código Laboral, los trabajadores de la central hidroeléctrica Colbún-Machicura realizan un paro por los bajos sueldos y el maltrato laboral, pero además sus reclamos constituyen el primer antecedente de lo serán las negociaciones interempresas y la lucha de los trabajadores subcontratados contra las desiguales condiciones de trabajo que enfrentan con relación a los trabajadores de planta⁴¹. Todas estas transformaciones se expresan en cambios en la estructura social de la clase obrera chilena. Efectivamente, entre 1971 y 1982 el peso relativo de los obreros en la sociedad disminuye de un 34,5 a un 24,4% (Cuadro 1).

Cuadro 1: Significación numérica de la clase obrera 1971-1989 (en porcentaje de la PEA nacional y en número de personas).

Grupo obrero	1971	1980	1982	1986	1987	1988	1989
	1,30	1,27	0,93	0,72	0,76	0,73	1,07
Minería	38.400	46.300	34.100	30.680	33.220	33.400	49.920
	25,80	11,11	7,51	10,00	11,39	11,99	12,70
Industria y Construcción	762.600	404.100	275.600	426.940	496.120	545.860	593.600
	7,40	12,00	10,54	11,87	11,65	12,80	12,65
Comercio y Servicios	218.700	437.500	386.800	506.800	507.420	582.790	591.320
	34,50	24,40	18,98	22,58	23,81	25,52	26,41
Total	1.019.700	887.900	696.500	964.420	1.036.760	1.162.050	1.234.840

Fuente: Elaboración propia a partir de Encuesta Nacional de Empleo (ENE), trimestre octubre-diciembre, del Instituto Nacional de Estadísticas (INE)⁴². Algunos porcentajes totales no suman 100 por problemas de redondeo.

40 López, *op. cit.*

41 Entrevista a José Villegas, Presidente Sindicato Colbún-Machicura, en Revista Apsi, 117, 25 de enero al 7 de febrero, 1983, 8.

42 Son presentadas las estimaciones puntuales para cada año al cuál se le aplica el respectivo factor de expansión. El año 1982 y 1986 ya fueron publicados en Ruiz, *op.cit.* Para fines expositivos no se incorpora el intervalo de confianza ni los errores muestrales. Para 1971 y 1980 se presentan los datos de Eugenio Tironi y Javier Martínez, *Las clases sociales en Chile; cambio y estratificación 1970-1980*, Santiago, Sur Ediciones, 1985. Salvo que se indique lo contrario, en adelante todos las estimaciones puntuales presentadas provienen de la misma fuente.

El cambio más relevante es la drástica reducción que experimenta la clase obrera industrial y de la construcción (Cuadro 1). Entre 1971 y 1982 los obreros industriales disminuyen dramáticamente su peso relativo de 25,8 a 7,5% (cerca de 487.000 trabajadores). Sin embargo, esta desindustrialización no sólo reduce el peso cuantitativo de los obreros industriales en la sociedad, sino que inicia la desarticulación de una de las fuerzas populares mejor organizada sindical y políticamente.

A diferencia de los obreros industriales, los mineros mantienen con oscilaciones su tamaño relativo en la estructura social en torno al 1% (Cuadro 1). Esto último, producto del peso estratégico que la minería significa para la economía chilena y por el papel jugado por sus dirigentes. Efectivamente, desde 1978 sus sindicatos encabezan diversas protestas que van convergiendo con otras huelgas de trabajadores producto de la pauperización de las condiciones laborales a nivel general. En tanto, los trabajadores del comercio y de los servicios comienzan a expandir su tamaño relativo y absoluto en la estructura social (Cuadro 1), aunque para la crisis de 1982-1983 se verán igualmente afectados y varias de sus organizaciones sindicales terminarán por alejarse de su posición de apoyo irrestricto a la dictadura.

La incapacidad de la dictadura para sacar al país de la crisis económica se traduce en nuevos costos para los trabajadores. Mediante las leyes 18.134 y 18.198 se modifican los pisos mínimos para iniciar los procesos de negociación colectiva, alterando los criterios de reajuste salarial⁴³. A partir de estas leyes, los reajustes fueron por debajo del Índice de Precios al Consumidor agravando los procesos de precarización, informalidad o desempleo abierto a los que los trabajadores ya se encontraban sometidos. La ola de movilizaciones continúa con una Jornada Nacional de Protesta el 11 de Mayo de 1983 por la defensa al trabajo. Esta fue encabezada por la Confederación de Trabajadores del Cobre (CNT) que era una de las pocas organizaciones sindicales que se mantenía incólume a los aparatos de represión de la dictadura.

La respuesta del gobierno militar fue, además de acrecentar la represión, fomentar la expansión de una economía campesina y de trabajadores por cuenta propia, además de la creación del Programa de Empleo Mínimo (PEM) y el Programa de Ocupación para Jefes de Hogar (POJH), esto es, una suerte de subempleo alentado por el Estado. Pese a que los ideólogos de la dictadura intentaron revestir a estos nuevos “emprendedores”

como la base de un nuevo “capitalismo popular”, son mayoritariamente trabajadores orientados a la sobrevivencia producto de las drásticas condiciones que les impone la crisis económica y las privatizaciones de los años ochenta.

Las convocatorias de los sindicatos confluyen con otros grupos populares durante las Jornadas de Protesta en 1983-1984, que constituyen el primer desafío abierto contra la dictadura. No obstante, el temor a perder los puestos de trabajo mermó la convocatoria de los asalariados, no así de jóvenes desempleados, organizaciones de mujeres y de grupos marginales. De todas formas, el accionar de las organizaciones sindicales se entronca con las demandas de recuperación de la democracia de los partidos políticos de oposición. Efectivamente, en un esfuerzo de convergencia, forman el Comando Nacional de Trabajadores (CNT) en que participan dirigentes de militancia demócrata cristiana, comunista y de las distintas fracciones socialistas, así como las principales organizaciones sindicales, a saber, el CNS, el FUT y la UDT.

Las diferencias políticas que generaban las distintas estrategias para derrocar a la dictadura dividen a las organizaciones sindicales que participan del Comando. En particular, los sectores más conservadores de la DC apuestan por una salida negociada con el régimen militar, lo que motiva la salida de la UDT⁴⁴. De todas formas, el CNT apuesta por la movilización y representación del conjunto de los sectores populares, presentando los “*Pliegos de Chile*” en 1984-1985 y apoyando públicamente a la *Asamblea de la Civilidad* en 1986. Ahora bien, el problema de fondo para esos miles de obreros que se movilizaban en las calles era que sus puestos de trabajo desaparecían junto con toda una generación de empresarios desarrollistas. En suma, podían sobrevivir sus dirigentes, e incluso sus sindicatos, pero las bases sustentación de la clase obrera industrial se desestructuraban con los sucesivos cursos de desindustrialización y reindustrialización que experimentaba la estructura productiva nacional⁴⁵.

Cambios estructurales en la composición de la clase obrera (1971-1989)

La recuperación económica iniciada en 1986, permite elevar sostenidamente las tasas de asalarización de todas las categorías obreras, incluida las industriales. No obstante, las fracciones que más rápidamente se ex-

44 Araya, *op. cit.*

45 Díaz, *op. cit.*

pandieron son las ocupaciones terciarias que hacia 1989 representaban prácticamente el mismo tamaño absoluto que los obreros industriales y de la construcción (Cuadro 1). Justamente, las ramas del comercio y los servicios son las que absorben la gran mayoría de las nuevas ocupaciones obreras y, en adelante, se constituyen en el principal componente de los trabajadores asalariados. Ahora bien, el problema no se reduce solamente a los cambios de tamaño de los principales componentes de la clase obrera, sino a una abrupta transformación de cada una de sus fracciones.

Cuadro 2: Composición interna clase obrera minera, industrial y de servicios en 1980-1989⁴⁶ (en porcentaje de la PEA de cada grupo obrero)

Grupo minería	1980	1982	1986	1987	1988	1989
Gran Minería Cobre	20,95	26,10	7,48	6,88	8,24	13,73
PYME Cobre	32,18	34,31	30,32	33,77	33,79	34,41
Otros	46,87	39,59	62,20	59,36	57,97	51,85
Total	100,0	100,0*	100,0	100,0	100,0	100,0
Grupo industria y construcción						
Industria Tradicional	45,93	50,73	46,17	44,40	42,20	42,49
Industria Sustitutiva	20,22	19,30	22,17	22,47	24,47	23,88
Construcción	24,85	17,82	27,02	28,24	29,87	30,46
Asalariados públicos de la industria	9,01	12,16	4,64	4,89	3,46	3,16
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Grupo comercio y servicio						
Comercio**	13,76	13,78	6,77	6,25	5,02	3,78
Transporte	25,97	23,60	21,08	21,16	20,70	21,76
Servicio	14,40	15,67	32,35	31,84	31,38	31,34
Oficina	29,99	30,79	28,34	30,35	31,48	31,12
Sector Público	15,89	16,16	11,47	10,40	11,42	11,99
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Elaboración propia.

* Algunos porcentajes totales no suman 100 por problemas de redondeo.

46 Son empresas productoras de cobre de la gran minería las que producen, dentro del país, cobre "blister", refinado a fuego o electrolítico, en cantidades no inferiores a 75.000 toneladas métricas anuales mediante la explotación y beneficio de minerales de producción propia o de sus filiales o asociados (Ley 18.940). No es posible desagregar con este nivel de detalle los datos ocupacionales del año 1971.

** Hasta la década del ochenta, una proporción considerable de los trabajadores del comercio son considerados empleados que pertenece a las clases medias, de ahí el tamaño que registran en este periodo. En Eugenio Tironi y Javier Martínez, "Las clases sociales en Chile; cambio y estratificación 1970-1980", Santiago, Sur Ediciones, 1985.

Al revisar los cambios en la fisonomía de los trabajadores de la minería entre 1980 y 1989, se observa un aumento de los trabajadores empleados en la pequeña y la mediana minería del cobre y de aquella no vinculada a éste, mientras que la gran minería del cobre disminuye significativamente su participación relativa (Cuadro 2). Los trabajadores de la gran minería del cobre, todavía mayoritariamente estatal, se verán afectados por el incremento de la automatización y externalización de funciones, pese a que mantendrán su poder de negociación y sus distintivos mecanismos de seguridad y bienestar.

Como se ha señalado, hasta 1973 el principal componente de la clase obrera chilena, pero también del resto de la estructura social, fueron los obreros industriales. Sin embargo, la privatización productiva y la desindustrialización producen un drástico descenso de éstos. Entre 1971 y 1982 disminuye significativamente su peso en la fuerza laboral nacional, y pese a su relativa recuperación en 1986-1989, esta viene acompañada de cambios importantes en su composición interna (Cuadro 2).

En 1980-1989 los trabajadores de la industria tradicional disminuyen su peso interno desde un 45,9 a 42,5% y de los asalariados públicos de la industria del 9,0 al 3,2 (Cuadro 2). Precisamente, las ramas industriales tradicionales son las que menos condiciones económicas tiene para competir con la abrupta apertura económica que impulsa la dictadura, en tanto el declive de los obreros de las empresas públicas se explica por las privatizaciones del periodo. Los obreros de la industria sustitutiva, cuyos oligopolios estatales son traspasados a grupos económicos locales, incrementan su peso relativo producto de la recuperación económica que se registra desde 1986. De todos modos, esta privatización forzada los aleja de la seguridad social y de los beneficios laborales típicos del empleo público. En adelante, estos obreros industriales se reincorporan en peores condiciones laborales y en procesos de trabajo mucho más flexibilizados debido a las transformaciones productivas que experimenta la industria chilena⁴⁷. No obstante, el sector que mayor peso alcanza dentro de la

47 Cecilia Montero, *La revolución empresarial chilena*, Santiago, Ciepplan, Dolmen Ediciones, 1997.

clase obrera industrial son los trabajadores de la construcción que entre 1980 y 1989 aumentan su participación relativa de 24,9 a 30,5%.

Estos cambios no son solo cuantitativos, sino que impactan en la configuración social, política y cultural de la clase obrera nacional. La disminución de los obreros de la industria tradicional y la privatización de aquellos vinculados a los sectores estratégicos, alteran la fisonomía de los trabajadores manuales. Unos quedan desempleados, otros deben reconvertirse en actividades por cuenta propia o bien aceptar condiciones mucho más flexibles y desprotegidas de trabajo. Son una generación completa de obreros que pierden derechos laborales alcanzados tras décadas de movilización y que registran escasas posibilidades de reconversión laboral; en tanto, los aparatos de propaganda de la dictadura y la nueva ideología del emprendimiento contribuyen a naturalizar condiciones de flexibilidad y precariedad en los nuevos trabajadores. Por otro lado, la expansión de los trabajadores de la construcción avanza de la mano de una mayor inversión en obras públicas y de edificios para la instalación de oficinas comerciales y viviendas que se expande luego de la crisis. Pero su tradición sindical más corporativa y su naturaleza nómada dificultan su constitución como fuerza gravitante en la dirección del conjunto de los trabajadores manuales asalariados, como lo fueron antaño los obreros industriales.

Los trabajadores del sector terciario representan la fracción de mayor peso y expansión dentro de la clase obrera, lo que modifica la configuración obrera alcanzada hasta 1973 . En 1980-1989 la fisonomía obrera se constituye con base en el trabajo no manual, particularmente aquel demandado por la rama de servicios (14,4 a 31,4%) y las oficinas privadas (de 30,0 a 31,1%), en que también se desenvuelven franjas medias de la burocracia de servicios⁴⁸. Pese a su escasa calificación, estos “obrerros de servicio” participan en ocupaciones vinculadas con dinámicas de producción más próximas al nuevo patrón de acumulación neoliberal. Específicamente, el acceso a empleos de “cuello blanco” y administración genera en estos asalariados una percepción de integración a procesos de trabajo que desde un inicio registran importantes niveles de flexibilidad, de allí que la valoración de tales condiciones sean radicalmente distinta a aquellos antiguos trabajadores que provienen de la industria o del empleo público. Aunque sea de forma periférica, estos nuevos asalariados se insertan en procesos de modernización, sobre todo cuando acceden

a un nivel de consumo⁴⁹ inédito si se compara con el alcanzado por sus padres, cuyas ocupaciones estuvieron por lo general vinculadas con la industria o la agricultura, o si se compara con la experiencia de vida que registran estos trabajadores durante la crisis económica de los años setenta y ochenta.

A finales de los años ochenta se registra una recuperación parcial del empleo industrial, sin embargo esto no implica una recuperación cualitativa de la clase obrera industrial. Por el contrario, las trayectorias que predominan se relacionan con cursos de terciarización que integra a trabajadores no manuales con cierto grado de calificación con otros cuyas habilidades laborales se reducen a la ejecución de tareas de rutina en oficinas, servicios o el comercio⁵⁰. La clave es que ambos grupos de trabajadores terciarios, calificados y no calificados, participan diferenciadamente de la misma cadena de valor, relativizándose nociones como la marginalidad vinculada históricamente con formas de desarrollo periférico en que existía una proporción considerable de trabajadores no manuales que quedaba excluido producto de las incapacidades del propio modelo productivo.

En definitiva, se desarrolla un creciente distanciamiento entre estos nuevos asalariados, manuales y no manuales, respecto de la cultura obrera industrial forjada hasta 1973. Los viejos referentes sindicales dejan de convocar a la mayoría de los trabajadores asalariados, en tanto la vía individual de “integración” mediante el consumo y el endeudamiento mina las posibilidades futuras de acción colectiva. Sin embargo, tales transformaciones no se explican únicamente por trayectorias de cambio estructural ni son un todo inevitable. Por el contrario, son las variantes concretas en que las fuerzas políticas resuelven la transición a la democracia lo que condiciona el retorno de la vieja clase obrera industrial, pero también de las posibilidades de organización de los nuevos asalariados en el comercio y los servicios.

Los sindicatos ante la transición: rearticulación sin los obreros industriales

El agotamiento de las protestas hacia 1985 y el fallido atentado al general Pinochet en 1986, fortalecen las posiciones que alientan una

49 Moulían, *op. cit.*

50 Ruíz y Boccardo, *op. cit.*

salida pactada con la dictadura⁵¹. Efectivamente, adquiere fuerza la alianza entre los sectores más conservadores de la DC con las fracciones renovadas del PS articulados desde 1983 en la Alianza Democrática. Pese a las diferencias que existen con los miembros del Movimiento Democrático Popular, integrado principalmente por comunistas y el resto de los socialistas, a nivel sindical se confluje en torno a la nueva Central Unitaria de Trabajadores (CUT) en 1988.

El CNT y la CNS convocan a una Conferencia Nacional en que se analizan diversos problemas para sentar las bases de un nuevo sindicalismo en democracia que amplíe la convocatoria social a franjas asalariadas que históricamente no habían sido parte de los sindicatos⁵². El proceso constituyente de la nueva CUT decantó en una carta de principios contraria a la explotación en el trabajo, la defensa de una democracia sustantiva y el reconocimiento de derechos económicos y sociales, pero sin mencionar una vinculación directa con un proyecto político específico⁵³. Se trataba de un intento por equilibrar el nuevo ideario demócrata cristiano y de la renovación socialista que rechazaban una definición clasista de la central, con los principios del “socialismo almeydista” y de comunistas que entendían como indisoluble la defensa de los trabajadores con la lucha de clases.

Las elecciones de las directivas de la Central Unitaria de Trabajadores, la Asociación Nacional de Empleados Fiscales y del Colegio de Profesores, arrojaron en las presidencias a dirigentes demócrata cristianos que, con el apoyo de socialistas renovados, se unen activamente a la campaña por el No en el Plebiscito de 1988 y a la candidatura del DC Patricio Aylwin en 1989. De todas formas, su programa de gobierno mostraba una voluntad explícita de introducir cambios profundos en la institucionalidad laboral de 1979 de modo de restituir derechos fundamentales de los trabajadores y fortalecer a las organizaciones sindicales⁵⁴. Pero más allá de las intensiones, la nueva política de los acuerdos con base en el modelo neoliberal y el temor a una regresión autoritaria sepultaron cualquier posibilidad de reformas sustantivas en materia laboral.

La renovación ideológica que se impone en las conducciones de la DC

51 Rafael Otano, *Nueva crónica de la transición*, Santiago, Lom Ediciones, 2006.

52 Araya, *op. cit.*

53 Francisco Zapata, “Transición democrática y sindicalismo en Chile”, *Foro Internacional*, 130, 1992, 703-721.

54 Programa de gobierno: Concertación de Partidos por la Democracia, 1989.

y el PS, además de la exclusión del PC de la institucionalidad política, impiden un retorno a idearios más obreristas y combativos. De hecho, las tradiciones modernizantes y nacional populares encabezadas por demócrata cristianos y socialistas en los gobiernos de Frei y Allende, fueron silenciados eficazmente durante la formación de la alianza que funda la Concertación de Partidos por la Democracia en 1988. En la década del noventa se instala una modernización neoliberal en que no caben los intereses sociales de la clase obrera pero tampoco los de la clase media desarrollista, que habías sido fundamentales en la formación y desenvolvimiento de los proyectos históricos de la DC y el PS⁵⁵.

En adelante, los ideólogos de la Concertación proclama el fin definitivo de las luchas de clases y el inicio de una nueva era de consensos⁵⁶. En ese sentido, el declive la clase obrera chilena no es sólo imputable a las reformas que impulsa la dictadura y a los cursos de acción de las organizaciones obreras en ese periodo. Pese a la debacle estructural que experimentan, a fines de los ochenta todavía existe espacio para una recuperación de la industria y de sus trabajadores⁵⁷. Sin embargo, ya en el gobierno de Aylwin se traza un derrotero que profundizará el legado neoliberal de los militares en la década del noventa: continuidad de la institucionalidad política alcanzada durante la transición; una economía abierta basada en el estímulo a la industria primario exportadora en detrimento de otra orientada a la producción para el mercado interno; la privatización de los servicios sociales y una política de gasto social focalizada⁵⁸.

Con el retorno de la democracia la clase obrera chilena no se rearticula. Es cierto que el marco legal heredado y las transformaciones productivas lo dificultan. Efectivamente, las tasas de sindicalización no se recuperan⁵⁹ y la configuración de pequeños sindicatos organizados en torno a cada empresa, tienen escasa capacidad de negociación frente a los empleadores. En tanto, las sucesivas reformas laborales y el accionar de los partidos de la Concertación hundeen a las organizaciones sindicales

55 Carlos Ruiz, *De nuevo la sociedad*, Santiago, LOM Ediciones, 2015.

56 *Op. cit.* 5.

57 Díaz, *op. cit.*

58 Ruiz y Boccardo, *op. cit.*

59 La tasa de sindicalización de los trabajadores dependientes fue 16,1% en el año 2008; 17,3% en 2009 y 15,8% en 2010. En Dirección del Trabajo, *Compendio de series estadísticas. 1990-2011*, Santiago, Departamento de Estudios, 2011.

que sobreviven a la dictadura y a sus transformaciones⁶⁰. Los sindicatos tradicionales, cuyo principal referente sigue siendo la CUT, pierden crecientemente peso, quedando reducidas al ámbito del empleo público, aunque mantienen cierta capacidad de presión, más por las vinculaciones políticas de sus dirigentes que por la fuerza de sus movilizaciones.

En definitiva, el derrotero seguido en los años noventa por las organizaciones sindicales se desanclará crecientemente de los nuevos trabajadores asalariados, mayoritariamente ocupados en las ramas de servicios, en parte por las transformaciones estructurales pero también por el carácter socialmente excluyente que asume la transición y los partidos políticos que antaño habían organizado social y políticamente a la clase obrera chilena.

60 Giorgio Boccardo, “Trabajo y el ocaso de la izquierda histórica en Chile”, *Cuadernos de Coyuntura*, Fundación Nodo XXI, 2015, 17-27.

Bibliografía

Sergio Aranda y Alberto Martínez, “Estructura Económica: algunas características fundamentales”, CESO, Chile, hoy, Santiago, Siglo XXI Editores, 1970, 55-172.

Rodrigo Araya, “Ha llegado la hora de decir basta. El movimiento sindical y la lucha por la democracia en Chile, 1973-1990”, Izquierdas, 27, diciembre 2017, 191-211.

Alberto Armstrong y Beiza Águila, Evolución del conflicto laboral en Chile: 1961-2002, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2006.

Alan Angell, Partidos políticos y movimiento obrero en Chile, México D.F., Ediciones Era, 1974.

Rodrigo Baño, “Más allá de culpas y buenas intenciones”, Rodrigo Baño, Unidad Popular 30 años después, Santiago, Lom Ediciones, 2003, 291-318.

Giorgio Boccardo, “Trabajo y el ocaso de la izquierda histórica en Chile”, Cuadernos de Coyuntura, Fundación Nodo XXI, 2015, 17-27.

Giorgio Boccardo, “Cambios recientes en la estructura social de Argentina, Brasil y Chile 1980-2010”, Entramados y perspectivas, 2, 2014, 43-70.

José Joaquín Brunner, Bienvenidos a la modernidad, Santiago, Editorial Planeta, 1994.

Guillermo Campero, “El sindicalismo chileno en el régimen militar (1973-1984)”, Ibero-Americana: Nordic Journal of Latin American Studies, 14, 1985, 1-2.

René Cortázar, “Políticas de reajustes y salarios en Chile: 1974-1982”, Colección Estudios, Cieplan, 10, 1983, 45-64;

Álvaro Díaz, “La reestructuración industrial autoritaria en Chile”, Revista Proposiciones, 17, 1989, 14-35.

Dirección del Trabajo, Compendio de series estadísticas. 1990-2011, Santiago, Departamento de Estudios, 2011.

Torcuato Di Tella y Alain Touraine, Huachipato et Lota. Étude sur la conscience ouvrière dans deux entreprises chiliennes, París, Centre National de la Recherche Scientifique de París (CNRS), 1966.

Paul Drake, “El movimiento obrero en Chile: De la Unidad Popular a la

Concertación” *Revista de Ciencia Política* (Santiago), 23:2, 2003, 148-158.

Enzo Faletto, “La dependencia y lo nacional-popular”, *Nueva Sociedad*, 40, enero-febrero 1979, 40-49.

Enzo Faletto y Eduardo Ruiz, *Conflicto político y estructura social*, CESO, Chile, hoy, Santiago, Siglo XXI Editores,

Patricio Frías, *El Trabajo ¿Servidumbre o realización?*, Santiago, Ediciones Radio Universidad de Chile, 2017.

Alejandro Foxley, “Hacia una economía de libre mercado: 1974-1979”, *Revista de Estudios, Cieplan*, 4, 1981, 5-37.

Franck Gaudichaud, *Chile 1970-1973. Mil días que estremecieron al mundo*, Barcelona, Editorial Sylone, 2017.

Sergio Grez, *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general: génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Santiago, RIL Editores, 2007.

Dasten Julián, “Tendencias de un sindicalismo fracturado. Sindicalismo autoritario v/s sindicalismo movimientista”, *Actual Marx Intervenciones*, 13, 2012, 95-113.

Ana López, “El mundo del trabajo entre el disciplinamiento y la resistencia, Chile, 1973-1981”, *Procesos. Revista ecuatoriana de historia*, 44, 2016, 75-101.

Oscar Mac-Clure, “La acción reivindicativa sindical en Chile”, *Proposiciones*, 17, 1989, 110-123.

Cecilia Montero, *La revolución empresarial chilena*, Santiago, Cieplan, Dolmen Ediciones, 1997.

Tomás Moulían, *Chile actual: Anatomía de un mito*, Santiago, Lom Ediciones, 1997.

Rafael Otano, *Nueva crónica de la transición*, Santiago, Lom Ediciones, 2006.

José Piñera, *La revolución laboral en Chile*, Santiago, Zig-Zag, 1992.

Irene Rojas, “Las reformas laborales al modelo normativo de negociación colectiva del Plan Laboral”, *Ius et Praxis*, Talca, 13:2, 2007, 195-221.

Carlos Ruiz, *De nuevo la sociedad*, Santiago, Lom Ediciones, 2015.

Carlos Ruiz, “Reseña del libro de Eugenia Palieraki ¡La Revolución ya viene! El MIR chileno de los años sesenta”, *Actual Marx Intervenciones*, 2015, 211-218.

Ruiz Carlos y Giorgio Boccardo, Los chilenos bajo el neoliberalismo. Clases y conflicto social, Santiago, El Desconcierto-Fundación Nodo XXI, 2014.

Eugenio Tironi, La irrupción de las masas y el malestar de las elites. Chile en el cambio de siglo, Santiago, Editorial Grijalbo, 1999.

Eugenio Tironi y Javier Martínez, “Las clases sociales en Chile; cambio y estratificación 1970-1980”, Santiago, Ediciones Sur, 1985.

Ángela Vergara , “Conflicto y modernización en la Gran Minería del Cobre (1950-1970)”, Historia, Santiago, 37:2, 2004, 419-436.

Peter Winn, “El Taylorismo y la gran huelga de Yarur de 1962”, Propositiones, 19, 1990, 202-222.

Francisco Zapata, “Transición democrática y sindicalismo en Chile”, Foro Internacional, 130, 1992, 703-721.

Francisco Zapata, Clases sociales y acción obrera en Chile, México D.F., Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 110, 1986.

Documentos

Informe Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, Santiago, 2004.

Ley N° 18.940, 23 de febrero de 1990. Recuperado de: <https://www.bcn.cl/historiadelaley/nc/historia-de-la-ley/7315/>

Programa de gobierno: Concertación de Partidos por la Democracia, 1989.

Base de Datos

Encuesta Nacional de Empleo (ENE), trimestre octubre-diciembre, del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), 1982, 1986, 1987, 1988, 1989.

Entrevistas

Entrevista a José Villegas, Presidente Sindicato Colbún-Machicura, en Revista Apsi, 117, 25 de enero al 7 de febrero, 1983, 8.

EL JOVEN ENVEJECIDO. ARTE EN CHILE DE 1988 A 1968

Carolina Olmedo Carrasco¹

Salvo contados trabajos, la relación entre arte y política es uno de los temas que más páginas sobre historia y teoría del arte ha producido en el contexto de la escena artística chilena de los últimos cuarenta años. A través de ciertos trabajos recientes de investigación sobre las décadas del setenta a los dos mil en nuestro país², sabemos que esta relación fue dinámica y protagónica en momentos en que estuvo aparejada a una amplia movilización social que demandaba insumos y discursos para extender su expresión a cualquier rincón disponible en la esfera pública. Otros estudios³ nos permiten también observar cómo en los momentos de ausencia o disolución de su especificidad, la pregunta constante sobre el vínculo entre arte y política expresó la necesidad de llenar el “vacío de sentido” que siguió a la desmovilización forzada de los setenta, y luego a la subsecuente desmovilización neoliberal que configuró el

1 Investigadora en arte contemporáneo, Licenciada en Arte UC, Doctora (c) en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Chile. Docente del Instituto de Música de la Universidad Alberto Hurtado y del Instituto de Estudios Humanísticos Abate Molina, Universidad de Talca. carolinaolmedocarrasco@gmail.com

2 Destacamos particularmente a algunos de estos trabajos por su sensibilidad particular a la hora de repensar el vínculo entre arte y política en un contexto de movilización social: Fernanda Carvajal, “Yeguas”, Santiago, CEDOC Artes Visuales / LOM Editores, 2011, pp. 13-45; Nicole Cristi y Javiera Manzi, *Resistencia gráfica. Dictadura en Chile: APJ – Tallersol*, Santiago de Chile, Lom Editores, 2016; Javiera Manzi, Carolina Olmedo y María Yaksic, “A la calle nuevamente. Gráfica y movimiento estudiantil en Chile, 2001-2016”, *1 Taller Casa Tomada: Jóvenes y espacio público*, La Habana, Casa de las Américas, 2017; Consuelo Banda y Valeska Navea comp., *En marcha. Ensayos sobre arte, violencia y cuerpo en la movilización social*, Santiago, Adrede Editora, 2013.

3 En esta segunda perspectiva destacamos en ensayo de Carla Machiavello, “Vanguardia de exportación: la originalidad de la ‘escena de avanzada’ y otros mitos chilenos”, Santiago, CEDOC Artes Visuales / LOM Editores, 2011, pp. 79-105; así como los artículos que conforman el libro I. Szmulewicz ed., *Arte, ciudad y esfera pública en Chile = Art, City and the Public Sphere in Chile*, Santiago, Metales Pesados, 2015.

modelo de comportamiento ciudadano promovido durante la transición. En ambos casos el repliegue de la sociedad, expresado igualmente en el re-atrincheramiento de la creación artística dentro de sus parcelas lingüísticas y disciplinares “seguras”, expresa la crisis y disolución del quehacer político de masas instalado durante los sesenta. Una relación entre artistas y política cuyo anclaje dinámico con un proyecto popular de masas le otorgaba un sentido y objetivo, un referente cada vez más desdibujado a partir de la crítica cultural de inicios de los ochenta, cuando su influencia había finalizado abruptamente hace casi una década.

La revitalización de los debates sobre arte y política en años recientes en el ámbito de la investigación contemporánea (2008-2018) demuestra un deseo amplio en la escena del arte chileno por volver al pasado tanto en búsqueda de referentes como a desmitificar ideas hasta ahora totémicas, pero que sin embargo en la actualidad ya son incapaces de explicar concretamente cómo los artistas expresaron durante los sesenta la pertenencia e identificación de sus prácticas a las acciones y discusiones políticas generales de su tiempo. A partir de ciertos proyectos curatoriales⁴, este último aspecto -el de la identificación política y la afiliación a entidades colectivas- ha vuelto a cobrar protagonismo en la investigación sobre arte contemporáneo, otorgando un nuevo sentido a coordenadas orgánicas e institucionales que hasta hace una década eran parte de las anécdotas apenas mencionadas sobre un artista. Ello nos permite volver a la idea planteada por ciertos sectores del arte durante los sesenta, en la cual el abordaje de lo político desde el lenguaje artístico se presenta justamente en momentos en que la frontera entre política y sociedad es más tenue: cuando es menos efectiva como sesgo, más constitutiva de un espacio de residencia e identificación de lo nuevo.

En este sentido, y pese a la constante movilidad de su significado que se define incluso dentro del *mainstream* como sinónimo de “arte latinoamericano”⁵, es necesario advertir que la relación histórica entre

4 Ejemplo de esto es el abordaje del Movimiento Pro-Emancipación de las Mujeres de Chile – MEMCh como punto de finalización de la exhibición *Desacatos: prácticas artísticas femeninas, 1835-1938*, destacando la dimensión militante y política de artistas que hasta la contemporaneidad permanecen desafectadas de un relato general de lo político y su aportación en éste. Gloria Cortés ed., *Desacatos: prácticas artísticas femeninas, 1835-1938*, Santiago, Museo Nacional de Bellas Artes, 2017, cf. http://www.mnba.cl/617/articles-79406_archivo_01.pdf (consultado el 28 de marzo de 2018)

5 En palabras del teórico del arte y artista uruguayo Luis Camnitzer, esta sinonimia oculta la densidad de la histórica relación entre las producciones artísticas latinoamericanas y una función social del arte, generándose en lo contemporáneo un ejercicio normativo desde el modelo institucional sobre

arte y política en América Latina excede por mucho su actual identidad al interior del mercado del arte, e incluso su histórica identificación cultural con la izquierda del siglo XX. Sus prácticas explícitas se remontan al siglo XIX, cuando la función otorgada al arte por la modernidad fue la invención de una “tradicción cultural” para las noveles naciones latinoamericanas⁶, y se fortaleció durante la primera mitad del XX paralelamente en los modelos del arte revolucionario mexicano y el panamericanismo cultural promovido por los Estados Unidos como estrategia diplomática⁷. A mediados de siglo, la relevancia que la revolución cubana otorgó a los aspectos culturales y la temprana fundación de Casa de las Américas (1960) como espacio de contacto cultural e intelectual abierto a la izquierda del continente configuró un otro modelo de relaciones entre arte y política. En un contexto mercantil-global de las artes visuales, donde las posiciones otrora resistentes parecen ser rápidamente integradas y convertidas en objetos a la venta, el provocador gesto del teórico uruguayo Luis Camnitzer de incluir al MLN-Tupamaros en su genealogía del arte político latinoamericano⁸ no hace más que forzar la pregunta sobre cómo definir de manera autónoma e histórica los límites de un arte político como producción ‘endémica’, así como también a la puesta en consciencia de qué elementos son los que cruzan el desarrollo intelectual de nuestra región y a los debates

gestos que hasta entonces pertenecían marginados de cualquier museificación (2007: 14-15, 16). Sin embargo, y ante estudios más recientes como el realizado por la investigadora en cultura visual Claire F. Fox en torno a la acción cultural de la Unión Panamericana en la región, sabemos que los artistas formaron parte activa de lecturas que vincularon al arte latinoamericano a un carácter político de carácter normativo desde mucho antes que el tiempo contemporáneo aludido por Camnitzer, ello tomando en cuenta las acciones diplomático-culturales emprendidas por los Estados Unidos a partir de la guerra española-cubano-estadounidense de 1898, así como la actualización de esta práctica en el contexto de la postguerra. Es en este periodo en que primero a través de la exaltación de un ideario indigenista-tropicalista, y luego en la promoción del arte abstracto, el paradigma panamericano robaba la idea de América Latina al alicaido muralismo mexicano, que hasta entonces había protagonizado el vínculo entre arte y política a lo largo del continente. cf. Luis Camnitzer, *Didáctica de la liberación: arte contemporáneo latinoamericano*, Montevideo, Centro Cultural de España, 2007, pp. 14-17; Claire F. Fox, *Arte panamericano: políticas culturales y guerra fría*, Santiago de Chile, Metales Pesados, 2016, p. 30-34.

6 Adelaida De Juan, “Actitudes y reacciones” [1974], Damian Bayón ed., *América Latina en sus artes*, México D. F., UNESCO / Siglo XXI Editores, 1983, pp. 34-44, 38-39.

7 Fox, op. cit., 17-18, 33-34.

8 Camnitzer, op. cit., pp. 65-83.

sobre aquello que ha sido catalogado como ‘arte político’ en la historia reciente.

Respecto de este último aspecto y su transformación como categoría a lo largo de las décadas del Estado del compromiso, la dictadura y la postdictadura en Chile, el escrito que desarrollaremos a continuación aborda específicamente dos referentes o hitos formadores de significado para quienes integraron el ámbito artístico local durante el periodo, al que decidimos presentar -provocadoramente- invirtiendo el marco de lectura a 1988-1968: la figura del artista comprometido con la construcción revolucionaria de los “largos sesenta” (cuyo despliegue excede cualquier perspectiva conservadora en términos de unidad estética, valórica o generacional⁹) y aquel emergido a partir de la ‘ruptura de sentido’ del horizonte socialista a nivel internacional. Este último definido tanto por el declive político, intelectual y cultural del eje soviético (URSS-Cuba), como por la progresiva separación entre los intelectuales y la política, consolidada -entre otros factores- por la ilegalización de los partidos políticos como práctica dictatorial en el Cono Sur (1973-1990). En este último referente, nos detendremos en ciertas voces particularmente expresivas de esta intelectualidad crítica de la primera transición, que desde la radicalidad teórica operaron como una suerte de memoria *editorializada* de los sesenta por y para el proceso de renovación socialista iniciado hacia fines de la dictadura, y continuado en los siguientes años cercanos a las revueltas estudiantiles más recientes (2006-2011). Como caso ejemplar de esta producción de discurso durante el proceso de renovación socialista, marcada por la actitud penitente respecto del pasado militante en el ámbito del arte, analizaremos el ensayo *Lo político en el arte: arte, política e instituciones* (2009) de la teórica del arte

9 Aquí haremos propia la perspectiva de abordaje disciplinar propuesta por el historiador del arte griego Nicos Hadjinicolaou, en la cual la metodología materialista de aproximación al fenómeno artístico busca desmontar las anteojeras de la función burguesa-tradicional de la historia del arte y su autonomía (relativa a la “historia de los artistas”, los “periodos artísticos” o la “historia de las obras de arte”), para abrir paso a una redefinición de este ejercicio en la historia del campo de las artes visuales en tanto estudio del ámbito cultural, social y político en el que éstas se desenvuelven. A partir de esta perspectiva, la historia política general no se vería “ensanchada” o “ilustrada” por el relato particular de la historia del arte, sino que redefinida y en constante tensión / interpelación respecto de la observación de las actorías del arte como partícipes y aportes activos del proceso de construcción de subjetividades sociales, políticas e históricas de su tiempo. Nicos Hadjinicolaou, *Historia del arte y lucha de clases*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2005, pp. 22, 46, 59.

francochilena Nelly Richard¹⁰. Como veremos luego, esta separación buscaba entonces exculpar al pensamiento crítico de izquierda sobre el cripticismo de sus formas y el abandono de sus militancias en pos del atrincheramiento académico, contexto en el que se reclama para la producción artística una autonomía marcada por la renuncia a la acción política en favor de una retaguardia cultural, poética y reflexiva.

Del mismo modo que en 1983, Richard reformuló recientemente¹¹ esta lectura, actualizando la separación entre lo político y lo social propuesta por la teoría de los movimientos sociales durante los ochenta. Entonces, el libro *Lo social y lo político. Un dilema clave del movimiento popular* (1985) del sociólogo Rodrigo Baño fue perfilador tanto en la adopción de la perspectiva ‘touraineana’ de separación de estas dos esferas¹², como en la subsecuente renuncia al marxismo como visión de totalidad de la izquierda¹³. Todo esto en un contexto chileno marcado por el retorno de cientos de políticos e intelectuales desde el exilio. En un pensamiento afín a estos valores, la ‘escena de avanzada’ perfilada en el texto de Richard aparece representada en oposición al intelectual orgánico, más cercana a la “política de los márgenes” que rompe con la vía “institucionalista” desplegada por la izquierda nacida de la experiencia del Frente Popular (1938-1948). Durante el proceso de renovación, el intelectual crítico se asume libre de las ataduras militantes

10 Nelly Richard, *Márgenes e instituciones: arte en Chile desde 1973* [1983], Santiago de Chile, Metales Pesados, 2007, p. 21.

11 Nelly Richard, *Lo político en el arte: arte, política e instituciones*”, *E-misferica* no. 6.2, Nueva York, Hemispheric Institute / NYU, 2009, <http://hemisphericinstitute.org/hemi/es/e-misferica-62/richard> (consultado el 25 de marzo de 2018).

12 En 1978, Touraine afirmaría en diversas conferencias realizadas alrededor de Europa que la separación entre las organizaciones políticas y aquellas conformadas desde la sociedad sería visible en que “en casi todos los países del mundo se están formando nuevos movimientos sociales de oposición cultural que evidencian un tipo de crítica a la política teórica y quieren definir su propia estrategia”. Estos se formarían “contra el poder y del Estado de control”, pues “con el cambio de generaciones se desarrollan unas corrientes de opinión que no se definen hacia el poder. De esta forma se crean espacios políticos autónomos entre el mundo de la guerra y el mundo de los movimientos sociales. Esto se puede apreciar en la transformación de los partidos en un partido instrumental y en el nuevo papel de los sindicatos, en resumen, a un concepto limitado de la política”. cf. Fernando Samaniego, “Alain Touraine: los movimientos sociales se desvinculan de la política”, *El País*, domingo 14 de abril de 1974, Madrid, cf. http://elpais.com/diario/1978/04/14/sociedad/261352807_850215.html (consultado 25 de marzo de 2018).

13 Luis Thielemann, “El Movimiento Popular y la historiografía en Chile: Elementos para un balance a 40 años del Golpe de Estado”, *Revista de Historia y Geografía* no. 29, 2013, pp. 105-130, p. 115.

que signaran el fracaso del proyecto emancipatorio de los sesenta, pero a la vez anunciaba la muerte del sujeto político del socialismo del siglo XX (obrero, popular, antagonista, intuitiva o formadamente consciente de su posición en la lucha de clases), así como la imposibilidad de la imaginación colectiva. La imagen del artista comprometido con la política de los frentes populares, de una riqueza y diversidad mucho más extensa, se vio en este contexto reducida al protagonista del fracaso de la vía institucional, que para el caso del arte fue -como para muchos otros escenarios abiertos durante el gobierno popular- el conjunto de las formas culturales promovidas en lo público por los referentes del Partido Comunista de Chile (PC). Al observar el círculo de artistas afiliados al comunismo durante los sesenta, la separación entre lo definido como “político” y lo definido como “militante” resulta imposible a la hora de observar sus obras y trayectorias. Experiencias que en el contexto de 1983 remitían unívocamente a las identidades de los partidos políticos derrotados, haciendo necesario el decretar la muerte de la cultura militante ante su imposibilidad de comprender las transformaciones que se sucedieron en el mundo de manera acelerada hacia la segunda mitad del siglo XX. Ante esta crítica, buscaremos distinguir particularmente cómo se dieron estos debates al interior de la izquierda durante la Unidad Popular -al que reconocemos como “nuestro propio” 68-, mostrando la riqueza de formas de abordar la relación entre arte y masas que existió dentro de distintos contextos militantes.

Propuesto este itinerario, este escrito analizará el desarrollo de este vínculo en relación a la escena artística de los sesenta, tanto en los hechos de su tiempo como en los discursos históricos contruidos sobre éstos desde el arte y la crítica cultural dos décadas más tarde, durante la dictadura cívico-militar. Con este ejercicio buscamos profundizar en los referentes artísticos existentes en la época (equivocadamente reducidos en diversas lecturas al clivaje entre muralistas y conceptualistas), así como aclarar la naturaleza de las afirmaciones que a partir de los ochenta buscaron simplificar o esquematizar las aportaciones de los artistas ‘comprometidos’ con la izquierda chilena a lo largo del siglo.

Desde una perspectiva actual, nuestras consideraciones sobre el arte y la política durante la década del sesenta desarrolladas a continuación arriesgan ser calificadas como explicación o excusa que matiza el viraje cultural del comunismo a mediados del siglo XX y las acusaciones del

pensamiento crítico acerca de este proceso en Europa y América Latina¹⁴. Alejados de ello, buscamos otorgar claves de lectura para las obras y discursos “materialmente existentes” en los sesenta, así como una breve perspectiva sobre la hegemonía cultural de la izquierda en el arte durante el ‘68 chileno’. Esto con el fin de revisitar ciertas caracterizaciones emblemáticas del arte militante de los sesenta realizadas durante la dictadura y la primera transición, que en un contexto de producción intelectual ‘subterráneo’¹⁵ (1978-1982) devino en un proceso local que denominaremos de ‘estigmatización de las militancias’: la instauración de un régimen de sentido del intelectual post-orgánico a partir de la derrota de las fuerzas sociales del ‘68 expandido’, caracterizado por su marginación del espacio social (separación sociedad-intelectualidad) y el ejercicio de la redención y/o crítica pública respecto a la anterior pertenencia a las identidades militantes (separación sociedad-práctica política).

1988: la estigmatización de las militancias

En 1986, la publicación de *Márgenes e instituciones: arte en Chile desde 1973* (MI)¹⁶ iniciaba una nueva etapa en la escena artística local de la dictadura. A partir de este ensayo extendido a lo largo de diez apartados, la teórica del arte de origen francés Nelly Richard instalaba uno de los discursos más duraderos y revisitados sobre la metamorfosis sufrida por

14 Sobre este tema recomendamos el extraordinario ensayo que Boris Groys publicó en Cuba sobre la historia del arte soviético. cf. Boris Groys, *Obra de arte total Stalin*, La Habana, Criterios, 2008.

15 Tomando como referente este concepto que la investigadora brasileña Cristina Freire elabora a partir de la definición inicial del artista carioca Hélio Oiticica (1969), el espacio ‘subterráneo’ del arte sería aquel que se despliega en ciertas tácticas que en un contexto autoritario (de censura, persecución, restricción y privatización de la esfera pública) sostienen un ideario estratégico de libertad para los artistas latinoamericanos en resistencia o en el exilio. Como respuesta al *underground* de la escena euronorteamericana, lo subterráneo constituiría una sub-trama de supervivencia del arte y la intelectualidad en su función de crítica política a partir de la constitución de una comunidad imaginaria de la resistencia como sustituto del ejercicio político proscrito. Cristina Freire, “Apuntes sobre el arte subterráneo en Latinoamérica, 1960-70”, *Sistemas, Acciones y Procesos 1965-1975* (ed. Rodrigo Alonso), Buenos Aires, Fundación Proa, 2011, pp. 42-47, cit. pp. 41-42.

16 La primera edición de este texto es su publicación en la revista australiana *Art & Text* en 1986, que para efectos de este análisis consultaremos por vía de la tardía edición del texto como libro realizada en 2007 por la autora con Editorial Metales Pesados. cf. Nelly Richard, “Márgenes e instituciones: arte en Chile desde 1973”, *Art & Text*, Melbourne, 1986.

las artes visuales durante la dictadura y la transición a la democracia. Un análisis del estado de la escena artística local a más de una década de iniciada la dictadura de Pinochet, así como también un balance político sobre el pasado reciente de la intelectualidad de las artes y las humanidades en Chile, explicitando una perspectiva afiliada a la crítica situacionista y al dependentismo en el arte y la política¹⁷, adoptados en confrontación con los lineamientos de las lecturas del marxismo-leninismo. Del mismo modo, a partir de lo visual¹⁸, la teoría de Richard se adentra en la interpretación del rol de los intelectuales chilenos desde la destrucción del presente, así como en su humana recomposición en el contexto dictatorial.

Desde la posibilidad de reconstrucción “a partir de ruinas” ofrecida como proyecto político de las vanguardias históricas, la adopción de los artistas de las estrategias neovanguardistas -centradas en la irrupción e intervención del cotidiano- y el abandono de las formas identificadas con la cultura de izquierda -entonces proscrita- son presentadas por este escrito como condiciones de supervivencia. En su propuesta, la autora adopta la visión de la ‘escena de avanzada’ como un sujeto particular entre los emergidos en este restringido escenario cultural: un espacio social e intelectual aglutinado en torno a las prácticas neovanguardistas que -aunque confrontado al discurso autoritario en sus reflexiones- se distingue del campo artístico e intelectual abierto durante la Unidad Popular (UP), así como de cualquier filiación directa a la expresión cultural de la izquierda partidista. Es en este último aspecto -el de los símbolos de la izquierda- en el que se basa su principal diferencia respecto de esta alteridad ‘comprometida’¹⁹, pues como generación intelectual inmediatamente posterior al golpe interpreta la derrota política del socialismo también como la deslegitimación y puesta en crisis del pensamiento marxista en toda su amplitud, incluyendo el campo

17 Richard, op. cit., *Márgenes...*, p. 10.

18 El énfasis en lo visual remite a la producción de imágenes, atrayendo nuestro interés no sólo a las disciplinas identificadas durante la modernidad con el campo de las artes plásticas (pintura, escultura, gráfica), junto a las formas de la neovanguardia artística del siglo (*happening*, performance, arte de acción, arte conceptual, entre otras) y la fotografía, sino que también hacia aquellas capaces de producir imágenes por sus propios medios y las que portan en su producción con métodos de producción / reproducción técnica de la imagen: la arquitectura, el diseño, las artes aplicadas y las artes corporales son un ejemplo del primer grupo; mientras que las artes mediales, audiovisuales, la publicidad y la cultura de masas (cine, televisión, lectura de bolsillo) lo son respecto del segundo.

19 Richard, op. cit., *Márgenes...*, p. 22.

cultural a manos de la censura. Al estar las antiguas formas de expresión cultural de la izquierda indefectiblemente atadas a una práctica política en declive, Richard las juzga incapaces de generar nuevos sentidos sociales ante su destrucción: “*una vez desarticulada la historia y rota la organicidad social del sujeto, todo deberá ser reinventado, comenzando por la textura intercomunicativa del lenguaje que, habiendo sobrevivido a la catástrofe, ya no sabe cómo nombrar los restos*”²⁰. De este modo, la principal tarea del arte emergido de la ruptura es la reconstrucción de estos lazos de sentido entre los sujetos desarticulados por el autoritarismo, y no el resguardo de las anteriores identidades políticas que entonces no tenían mayor futuro.

En esta lectura del escenario político-intelectual, la autora solidificaba una propuesta de identificación generacional de la neovanguardia ya habilitada por la escritura de su primer libro. *Cuerpo correccional* (1980)²¹, en torno al arte de performance de Carlos Leppe, abordaba “lo político” desde la defensa de las formas contemporáneas -el arte de acción-, evidenciando su “opacidad de sentido” y disidencia respecto de los valores “oficiales” de la dictadura. Del mismo modo, esta ‘avanzada’ artística testimoniaba en su propia existencia el persistente deseo de liberación intelectual, política, social y sexual: ideal reclamado en la dictadura pero también en la crítica al marxismo exaltada durante el ‘68’. Parafraseando sus dichos posteriores sobre estas ideas²², el paso en sus relatos del individuo neovanguardista (“tú”) de *Cuerpo Correccional* a la generación de la ‘avanzada’ (“nosotros”) en *Márgenes e Instituciones* (1986) expresa el tenor del momento de su escritura (1986), en el cual se hizo urgente para quienes integraban la ‘avanzada’ manifestar su existencia independiente frente a la “amenaza de absorción” implícita en la llegada de los artistas militantes desde el exilio. Así, Richard sitúa a la ‘avanzada’ escindida por igual de “*la oficialidad represora de la cultura dominante*” y de “*la historia en negativo de sus víctimas, cuyo relato nacional-popular exhibía una monumentalidad de la resistencia que ocultaba las fisuras del sentido*”²³.

20 Ibid., p. 16.

21 Nelly Richard, *Cuerpo correccional*, Santiago de Chile, Francisco Zegers Editor, 1980.

22 Nelly Richard, “Todo comenzó así”, *Punto de fuga* s/n, Santiago de Chile, Estudiantes de Historia y Teoría del Arte de la Universidad de Chile, 2015, <http://www.revistapuntodefuga.com/?p=1872> (consultado el 25 de marzo de 2018).

23 Richard, op. cit., *Márgenes...*, pp. 21-22.

Así mismo, aquello que se perfila en el libro como una defensa a los frágiles lenguajes y estructuras de sentido construidos por la ‘avanzada’, también se vuelca a partir de sus primeras páginas en la defensa política frente a la crítica de los “retornados”. En la medida que las producciones artísticas de la ‘avanzada’ no son explícitas como las acciones de los artistas exiliados en las brigadas antifascistas y el Museo Internacional de la Resistencia Salvador Allende (MIRSA), ni como la producción de los gráficos comprometidos de la resistencia del inxilio²⁴ intelectual²⁵, el discurso se torna su espacio de imaginación y defensa política:

“Este arte -de impulso agitativo- no se topaba casi nunca con la producción de la ‘avanzada’ porque las ocupaciones territoriales de cada sector eran completamente diferentes. Mientras que el arte popular de las organizaciones de masa ocupaba espacios comunitarios alternativos, las obras de la avanzada apostaban a que su crítica institucional ganara visibilidad pública en los espacios disponibles de exhibición para desafiar el poder y la censura desde una oblicua estrategia de pliegues e interferencias”²⁶.

“El arte de la ‘avanzada’ se sitúa en franca contraposición al régimen militar pero, a la vez, se ubica en una marginalidad polémica frente a las organizaciones militantes de la cultura opositora... No le resultó funcional a los bloques de recomposición democrática que armaban el circuito antidictatorial”²⁷.

Esta defensa respondía también a los ‘usos no previstos’ de las producciones de la ‘avanzada’ por parte de la crítica cultural de derecha alojada en *El Mercurio*, que destacó los aspectos formalistas y cristianos en desmedro de aquellos plenamente políticos en la poesía de Raúl

24 Tomamos la figura del inxilio de los estudios sobre la postguerra española, donde este vocablo se utilizó laxamente para designar tanto a la militancia en clandestinidad como a los intelectuales de izquierdas “que no aceptaban la doctrina oficial” del régimen franquista, y que “en la propia patria son extraños, perseguidos y señalados”. Angelina Muñiz-Huberman, *El canto del peregrino. Hacia una poética del exilio*, Barcelona, Gexel / Universidad Autónoma de Barcelona, 1999, p. 85.

25 Sobre la resistencia cultural de la izquierda en el inxilio, recomendamos el estudio *Resistencia gráfica* de Nicole Cristi y Javiera Manzi, que caracteriza el trabajo de arte público realizado por el Taller Sol (1977-) y la Asociación de Plásticos Jóvenes (1979-1987) durante este mismo periodo. cf. Cristi y Manzi, op. cit.

26 Richard, op. cit., *Márgenes...*, p. 26.

27 Ibid., pp. 21-22.

Zurita²⁸. La crítica de la izquierda a la ambigüedad comunicativa de la neovanguardia es abordada en las páginas de MI a modo de reacción ante ciertos contenidos que denomina como “ideológicos” y “denunciante-testimoniales”²⁹, por tanto externos a los medios “propios” del arte, desconociendo la necesidad de comunicación social como uno de estos materiales.

En un moldeamiento excluyente respecto del ‘compromiso’, para Richard la expresión artística de la ‘avanzada’ encontraría legitimidad al plantearse la tarea de disentir del “*consenso ideológico-popular de lo nacional*”³⁰ construido durante la UP y legado como una ruina a la izquierda a los militantes de su época, declarando de manera benevolente la esterilidad de las producciones contestatarias que aún anclaban sus prácticas en el desaparecido proyecto de la UP en este enlace entre pasado y presente. A las agrupaciones identificadas en esta última esfera las definía en su presente como “*orgánicamente dependientes del militarismo combatiente de una izquierda contestataria que trabajaba en la semiclandestinidad y cuyo arte se dejó sobredeterminar por su referencia ilustrativa a la contingencia de las luchas nacionales*”³¹. En este contexto, la enunciación de lo “ideológico” a lo largo de MI como una ‘realidad ficcional’ de la izquierda partidaria contrapuesta a la “realidad real” de los márgenes no hace más que ratificar al interior del análisis de Richard la separación entre lo político y lo social (promovida por Arendt en la filosofía y Touraine en la sociología), concibiendo a la teoría política comunista como un producto sin anclajes materiales concretos en la sociedad. En algún grado, esta acepción de “ideología” en relación al marxismo como paradigma de análisis busca precisamente su deslegitimación como ciencia social y como proyecto político popular, reduciendo su incidencia a la esfera partidista que caracteriza a la particularidad del marxismo-leninismo. Para el caso de la escena artística descrita por Richard, oblicua y metafórica a razón forzada, frustró el “*reduccionismo ideológico de la cultura militante que quería traducir y reducir el arte a un simple realismo social de la contingencia*”: un ejercicio de calce puramente temático de la realidad a “*los significados predeterminados del repertorio de la izquierda tradicional*”³².

28 Ibid., p. 33.

29 Ibid., pp. 21-22.

30 Ibid., p. 20.

31 Ibid., p. 26.

32 Ibid., p. 21.

Mientras el campo de pertinencia de este arte “político-partidario” estaría definido tanto por esta “ideología de lo social” como por las conservadoras formas del comunismo sigloventista para abordar la realidad latinoamericana; el de la ‘avanzada’ se abriría a la experiencia de la dictadura como escenario de redefinición de las fuerzas sociales, esto en la búsqueda de las fisuras en lo que José Joaquín Brunner denominara como “la factibilidad del poder” o sus condiciones concretas de control social, distintas de sus aspiraciones (33)³³. Mientras los objetos del arte de compromiso “calzaban” la realidad al molde de un determinado “repertorio de la izquierda tradicional”, los de la ‘avanzada’ eran “dispositivos materiales de producción de significados” que buscaron, desde y para el arte, abolir de manera definitiva “la vieja práctica del impresionismo” de ilustrar lo real y convertirse ellos mismos en una realidad problemática³⁴, para lo cual sobrevivir a la censura y circular en la esfera pública resultaba una condición de base.

No es casual el rescate de las posturas de Brunner y Oyarzún en 1986 frente al trabajo de Richard en el seminario FLACSO *Arte en Chile desde 1973: Escena de Avanzada y Sociedad*, inscribiendo a la ‘avanzada’ en un campo intelectual determinado por medio de su abordaje en un seminario que entonces operaba como una “liturgia” y “punto de encuentro” del círculo intelectual de la renovación socialista. Hoy podemos acceder a las intervenciones intelectuales en dicho evento a través de su reproducción en las últimas páginas de la edición de MI del año 2007, en la cual se agregan como “apéndice documental” y testimonial a través del cual en el libro “la crítica se convierte en historia”³⁵. De este modo la presencia del texto de Brunner, principal impulsor de las teorías parciales como epistemologías de la transición contra la perspectiva de “totalidad desde la parcialidad” de la izquierda durante la UP, debe ser considerado como la exaltación en dicha coyuntura de referentes establecidos como modelos intelectuales para “transición” particular del pensamiento crítico³⁶, en un

33 José Joaquín Brunner, “Campo artístico, escena de ‘avanzada’ y autoritarismo en Chile”, *Arte en Chile desde 1973. Escena de Avanzada y Sociedad. Documento FLACSO no. 46*, Santiago de Chile, FLACSO, 1987. Reproducido en Richard, *Márgenes...*, pp. 171-178.

34 Pablo Oyarzún, “Crítica; historia”, “Campo artístico, escena de ‘avanzada’ y autoritarismo en Chile”, *Arte en Chile desde 1973. Escena de Avanzada y Sociedad. Documento FLACSO no. 46*, Santiago de Chile, FLACSO, 1987. Reproducido en Richard, *Márgenes...*, pp. 161-170.

35 Oyarzún, op. cit, p. 162.

36 Los valores y significados atribuidos por Brunner a las transformaciones del campo cultural en dictadura pueden leerse en detalle en uno de sus trabajos previos: J.J. Brunner y G. Catalán, *Estudios sobre cultura y*

proceso de atrincheramiento y desmovilización. La forma particular que este autor signa para esta transición en el ámbito artístico es el de la heroicidad de la “evasión” y puesta en crisis “testimonial” de los tres pilares de significación dentro del régimen autoritario chileno por parte de la ‘avanzada’: el mercado, la represión y la televisión³⁷. Para Brunner, el deseo de los artistas de la ‘avanzada’ de marginarse del mercado, la tradición y la comunicación de masas signaría la decadencia del grupo, consumando el ideal de inutilidad política del arte que impulsaba su despolitización.

Volviendo al sesgo establecido por la autora entre lo “político” y lo “comprometido”, este no sólo estableció en 1986 un “cordón higiénico” entre las motivaciones de ambas iniciativas culturales, sino que además las identificó como fuerzas polares y eventualmente incompatibles al interior de la izquierda en la crisis global del socialismo, valores que a su vez son transmitidos de manera directa a todas sus prácticas e ideas encausándolas en dos tendencias. Primero una “nueva izquierda”, alineada con la exaltación de la libertad individual y la subjetividad, que se concibe como fragmentaria. También una “antigua izquierda”, identificada en la imagen del Partido Comunista de Chile (PCCh) y el discurso del marxismo-leninismo, que en su creación colectiva y deseo de perspectiva general deviene finalmente en el autoritarismo, la esterilidad intelectual y la derrota. Del mismo modo, estas dos perspectivas confrontarían dos visiones distintas sobre la historia desde la izquierda: “*la Historia como continuum de sentido y como linealidad del discurso*” promovida por la acción artístico-política de los exiliados, y “*la concepción multilineal de una temporalidad desintegrada*” que desde la ‘avanzada’ planteaba una nueva función social del arte, renunciando sin embargo a la constitución de un sujeto político determinado (22). Como resultado de este “moldeamiento por diferencia”, Richard afirmó entonces como la ‘avanzada’ vivió igual riesgo en contextos que, aunque políticamente contrarios -el poder dictatorial y la izquierda marxista-, rechazaban y criticaban por igual el cripticismo de su producción en su falta de ilustratividad ideológica y, por tanto, en su marcada inutilidad política.

“Las obras de la ‘avanzada’ vivieron doblemente el riesgo y la incomodidad: el riesgo de ser capturadas por el aparato represivo de significación oficial del autoritarismo y, a la

sociedad, Santiago de Chile, FLACSO, 1985.

37 Brunner, *Campo artístico...*, p. 175.

vez, la incomodidad de tener que resistirse a las directrices ideológicas de la cultura partidaria que le exigía al arte subordinarse ilustrativamente a los temas de la recuperación democrática. Son obras que combatieron los dos operativos de *totalización del sentido* que se realizaban bajo marcas políticamente contrarias (las del poder oficial, las de la izquierda ortodoxa)... Ni la cruel historia oficial de los dominadores ni la dolorosa historia contra-oficial de los dominados (una historia construída -éticamente- como reverso, pero igualmente lineal en su simetría invertida), eran ya capaces de orientar al sujeto cultural hacia alguna finalidad y coherencia del sentido”³⁸.

[...] “Dichos referentes [la filosofía alemana y el postestructuralismo francés de la ‘avanzada’] cayeron naturalmente bajo sospecha en un medio cultural cuya tradición de izquierda se muestra más bien reacia a las importaciones de la teoría europea. Las escrituras críticas de la ‘avanzada’ que trabajan con dichos referentes fueron objeto de una doble censura ejercida tanto por el oficialismo cultural... como por la sociología de izquierda y la prensa progresista”³⁹.

Como volvió a afirmar en distintos textos posteriores, para Richard el arte producido en la esfera militante, no tan homogéneo como sí mecánicamente subordinado a la cultura comunista, incluso en la enunciación de su carácter -el *compromiso*, una de las identidades más relevantes dentro de la cultura de la UP- se construye entrecruzando pasado y presente, exhibiendo en la impostura ilegítima de la normalidad de sus formas y lenguajes la razón de su derrota. Su condición de ilegítima radica precisamente en la inviabilidad de en sus argumentos en un escenario intelectual que se construye en el contexto como *Intelligentsia*, y ya no desde la idea del intelectual orgánico como “el intelectual de un grupo”. Vale decir, el conjunto de los intelectuales como un espacio de producción de sentidos distinto y distinguible del resto de los grupos que conforman la sociedad, a lo cuáles alimentan y dirigen moralmente desde un rol específico: “*El arte del CADA no invita al transeunte de la ciudad a contemplar imágenes que derivan de un repertorio político-*

38 Richard, op. cit., *Márgenes...*, p. 21.

39 Richard, op. cit., *Márgenes...*, pp. 56-57.

ideológico ya trazado, sino que lo interpela como actor de un transcurso intercomunicativo destinado a soltar la red de condicionamientos sociales que lo mantienen prisionero” (64-65).

Así, la emancipación del sentido a través del arte ya no es un gesto colectivo y público, ya fallido en la extinción del brigadismo, sino que personal y acontecido en la conciencia individual de los sujetos en un escenario dictatorial en el que coexisten los intelectuales que conforman la ‘avanzada’. Esta interpretación entra en franca polémica con los artistas resistentes y retornados, tanto por esta perspectiva de la política en el arte como por proponer una crítica directa a las formas en que los artistas “comprometidos” políticamente plantearon a mediados de siglo la relación entre arte y realidad social: en esta línea, Richard declara la bancarrota de la gráfica “obrero”⁴⁰ como un punto de quiebre respecto al mercado del arte, el declive irreversible de la universidad como espacio de influencia y legitimación del discurso artístico, y la poca relevancia de las tentativas previas de inclusión de la fotografía y el collage a la superficie pictórica como por parte de los informalistas, como un ejercicio intelectual menos sistemático que el uso de la fotografía por parte de la ‘avanzada’ a fines de los setenta⁴¹.

La crítica plasmada en MI, y que esbozamos brevemente en las páginas anteriores, tuvo un profundo impacto en las pocas lecturas del periodo 1960-1980 construidas durante la transición⁴², al igual que las consecuentes revisiones y lecturas que la autora realizara entre 2005 y

40 Aquí no nos referimos puramente a aquella gráfica de inspiración en los motivos del movimiento obrero, identificada con la prensa obrera de inicios del siglo XX, sino que a la idea de la obra reproducible como medio de democratización del acceso a las obras de arte: una de las posiciones empujadas y desarrolladas por los artistas comunistas durante la UP. Respecto de este tipo de producción artística, cf. Ernesto Saúl, *Pintura social en Chile. Nosotros los chilenos no. 13*, Santiago, Empresa Editora Nacional Quimantú, 1972; Eduardo Castillo, *Puño y Letra: movimiento social y comunicación gráfica en Chile*, Santiago, Ocho Libros, 2006; Isabel Jara, *Usos sociales de las imágenes: iconografía de prensa de ferroviarios y metalúrgicos chilenos, 1900-1930*, Santiago, Universidad de Chile, Departamento de Historia y Teoría de las Artes, 2011.

41 Richard, op. cit., *Márgenes...*, pp. 41, 54, 44-45.

42 Aquí nos referimos a aquellas que postularon un panorama de campo, Justo Pastor Mellado ed., *Chile 100 años de artes visuales: tercer periodo, 1973-2000, transferencia y densidad*, Santiago, Museo Nacional de Bellas Artes, 2000; Nelly Richard, Claudia Zaldívar y Pablo Oyarzún eds., *Arte y política*, Santiago de Chile, Universidad ARCIS, 2005; Gerardo Mosquera ed., *Copiar el Edén. Arte reciente en Chile*, Santiago, Puro Chile, 2006; Galaz e Ivelic, op. cit.

2015⁴³. Estas críticas se instalaron como una “historia de los hechos” a pesar de su escasa documentación y “campo visual” respecto de la escena del arte local en el exilio e inxilio, tornándose protagónica en los relatos académicos del arte sobre esta década. Contribuyó a dicho proceso la instalación de la experiencia de la ‘avanzada’ y sus protagonistas en la esfera de la enseñanza universitaria del arte en Santiago, así como también en las instancias vinculadas a las artes visuales abiertas por el Estado transicional. Sin perder de vista estos últimos aspectos, y su acceso incluso accidental a la categoría de *oficialidad*, muchos intelectuales de esta “crítica cultural” de los ochenta continuaron de ahí en más una activa defensa y constante actualización de dichos valores en los subsecuentes momentos de crisis⁴⁴.

Actualizando el sesgo imaginario existente entre arte y militancia, y ya instalada a nivel internacional como una de las voces intelectuales más relevantes de la dictadura en Chile⁴⁵, Richard refundó en clave latinoamericana esta formulación antagónica entre militancia y experimentalidad, confrontando tanto histórica como teóricamente a la ‘avanzada’ con la acción cultural de la esfera del ‘compromiso’ en el exilio. A partir de la exaltación de la pertenencia subjetiva a las colectividades, el discurso de esta autora se inscribe entre las elaboraciones de una izquierda radical post-militante, en la cual la trinchera del cuerpo propio se percibe como el único campo posible de expresión e interpretación real del yo para los artistas en dictadura. Más allá de la pertinencia de este debate, resulta interesante observar cómo en lo contemporáneo (un tiempo de movilización social) se continúa reafirmando la ausencia del cuerpo social en su conjunto. En ello resulta ejemplificadora una afirmación reciente (2015) de la autora en relación a la primera versión

43 cf. Richard, Zaldívar y Oyarzún eds., op. cit.; Richard, *Lo político...* op. cit.; Richard, *Márgenes...* op. cit.; Richard, *Todo comenzó...* op. cit.

44 Una visión crítica de estos valores asociados a la militancia en el presente es posible de leer en Carolina Olmedo, “Arte y Política 4 (fragmentos): notas para la generación de 2011 en artes visuales”, *RedSeca*, 22 de mayo de 2017, cf. <http://www.redseca.cl/arte-y-politica-4-fragmentos-notas-para-la-generacion-del-2011-en-artes-visuales/>; Carolina Olmedo, “Ad Augusta per Angusta: el arte y su relación con el conflicto social”, *RedSeca*, 26 de mayo de 2014, cf. <http://www.redseca.cl/ad-augusta-per-augusta-el-arte-y-su-relacion-con-el-conflicto-social/>

45 Ejemplo de ello es la invitación extendida a Richard en 2017 para dictar una conferencia magistral sobre este tema en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía en Madrid, y su nombramiento como curadora del pabellón chileno en la 56a Bienal de Venecia en 2015.

del escrito que dio origen a MI, difundido en la revista italiana *Domus* en 1981⁴⁶, y cuya circulación internacional por cuenta propia:

“Transgredía, además [de la dictadura], el sentido común de la izquierda internacional que se mostraba solidaria de las luchas del Chile antidictatorial: una izquierda que se identificaba con la estética testimonial del arte del compromiso de la cultura militante, mirando con recelo cualquier experimento neovanguardista como el de las performances de Carlos Leppe.”⁴⁷

A un escueto cuerpo inicial de artistas identificados con su idea del ‘compromiso’ dentro de MI -los pintores Gracia Barrios y José Balmes, el gráfico y escenógrafo Guillermo Núñez, MATTA, la Asociación de Plásticos Jóvenes, el Grupo Signo y las Brigadas Ramona Parra-, Richard ha sumado en los años recientes a críticos de arte y artistas latinoamericanos como el crítico argentino Aldo Pellegrini y el pintor cubano radicado en Chile Mario Carreño. En las palabras de este último en el contexto de la UP, la autora pareció encontrar el mejor ejemplo de lo que, a su juicio, plasma nítidamente a la figura del artista militante de izquierda como promotor del estajanovismo productivista:

“Vemos que hay una pintura revolucionaria y una pintura para la revolución... Yo estimo que una pintura revolucionaria es aquella que ha creado un lenguaje formal, un lenguaje que le ha dado una independencia, y una pintura para la revolución es aquella que necesita hacer el artista como acto útil para la revolución”⁴⁸.

Instalado en un rol ambiguo entre los campos enemigos y adversarios de la crítica cultural de izquierda, la obsolescencia de la creación militante estaría dada por su uso instrumental y agotado del arte en su dimensión propagandística, algo que además en la interpretación de Richard en MI se opone directamente a la maduración de la fallida neovanguardia

46 Paulina Varas, “De la circulación artística chilena a la circulación de la Escena de Avazada”, *ICAA Documents Project Working Papers* no. 1, septiembre de 2007, p. 60.

47 Richard, *Todo empezó...*, op. cit.

48 Mario Carreño citado en Osvaldo Aguiló, *Plástica neovanguardista, antecedentes y contextos*, Santiago de Chile, CENECA, 1983, p. 35. Cit. en Richard, *Lo político...*

chilena. Así, los artistas que por entonces retornaban desde el exilio, al no renunciar a la esfera problemática de su militancia y portar en ella la responsabilidad sobre el abrupto fin de la UP, continuarían sometidos a una instrumentalización del arte intensificada durante los sesenta y comprobada como fallida en la derrota del proyecto político socialista. En su análisis, esta marcada estrechez ideológica del despliegue militante en el arte se vería actualizada en la acción de los retornados, quienes por entonces “*propondrían por medio de directrices ideológicas la subordinación del arte a los temas de la recuperación democrática*”.

Los ecos entre esta descripción del artista militante y aquellas expresadas en los discursos del cosmopolitismo artístico promovido desde las entidades panamericanas a comienzo del siglo XX⁴⁹, dan cuenta de los flancos más dañados del internacionalismo comunista y el discurso del marxismo-leninismo a ojos del pensamiento crítico posterior a las revueltas de los sesenta. A partir de entonces, el antagonismo entre construcción colectiva y libertad en la esfera socialista, así como la negativa evaluación del campo intelectual y artístico del internacionalismo como “gigante” subordinado al estalinismo y la cultura estajanovista, serán comentarios frecuentes sobre la cultura comunista. En este sentido, esta crítica a la militancia intelectual y artística perfila a los sujetos como carentes de cualquier autonomía intelectual y artística, por tanto sin proyecto a futuro.

En su visión (incluso actual), los sesenta son un escenario “cargado de ideologismo” y opacidades partidarias, en el cual el clivaje entre acción revolucionaria y autonomía del arte impidió tender puentes entre vanguardia y militancia. Así, la función del artista en el contexto de la militancia correspondería a la creación de maniobras simbólicas de carácter nacional-popular identificadas con la función propagandística (lo políticamente explícito) como un “realismo ilustrativo”⁵⁰. La estrechez ideológica de la izquierda partidaria acusada por Richard en su relación con la cultura será uno de sus principales significados atribuidos a la militancia de izquierda en este ámbito durante las décadas de la transición democrática, instalando un sentido peyorativo hacia las formas de la transparencia política del artista⁵¹. En la separación de un

49 El ejemplo más recordado de esta perspectiva crítica es la fábula *La cortina de nopal* (1951), del mexicano José Luis Cuevas. cf. Fox, op. cit., pp. 225-239; José Luis Cuevas, “La cortina de nopal”, *Ruptura* s/n, México D. F., Museo Carrillo Gil, 1988, pp. 84-91. Archivo ICAA MFAH.

50 Richard, *Lo político...*, s/n; también en Richard, *Márgenes...*, p. 64.

51 Podemos encontrar otros ejemplos latinoamericanos respecto de la

arte político “explícito” (propagandístico) y uno “poético”, afianzando sus dichos en la radicalidad del pensamiento crítico de los sesenta, el ámbito crítico del arte forjado en las facultades de ciencias sociales y centros de estudios orgánicos -espacios de renovación intelectual durante este periodo- reivindicó la autonomía del lenguaje artístico y la independencia del trabajo intelectual como herramientas que permiten construir un espacio para el arte en la adversidad de la dictadura. En este contexto particular, de ilegalización de las organizaciones, intervención de instituciones y medios de comunicación, así como de privatización del espacio público por parte de las fuerzas armadas, la autora critica al ejercicio militante como estéril y declara la necesidad acelerada de encontrar un nuevo “arte político” en la construcción de sentidos que desde las relaciones poéticas, oblicuas y metafóricas abran un espacio de resistencia imaginaria.

En las páginas siguientes buscaremos visitar algunas de las relaciones materialmente existentes durante los sesenta entre vanguardia artística y vanguardia política en Chile, a fin de aproximarnos desprejuiciadamente a este campo de relaciones entre los integrantes de la escenas artísticas y sus identidades militantes y comprometidas. En esta línea, revisaremos algunos de los diversos roles que los artistas asumieron en su relación cotidiana con ‘la política’, perfilando el modo en que asumieron individual y colectivamente el “rígido” imperativo de Carreño de un ‘arte para la revolución’. En su diversidad de respuestas, veremos que los artistas militantes -lejos de asumir pasivamente la producción de un “arte funcional a la ideología” perfilado en la crítica cultural de los ochenta- anticiparon a confrontación de los valores del arte burgués a través de la exaltación del individuo integrado al colectivo del mundo que le otorgaba un medio para la transformación. Así, la confrontación del arte burgués

estigmatización de la esfera militante en el proceso de disolución del sujeto político de la izquierda en los escritos del curador paraguayo Ticio Escobar sobre el carácter subjetivista e individuante de la resistencia latinoamericana postsocialista, así como también en la mirada retrospectiva que Mari Carmen Ramírez realiza sobre el trabajo de Marta Traba, sobre la que destaca los aspectos de su performatividad discursiva y elocuencia (formales) por sobre los contenidos teóricos de su discurso (profundamente cruzado por el pensamiento dependientista), que marcados profundamente por la idea de *resistencia* en auge durante los sesenta, parecían en los noventa profundamente anacrónicos. cf. Ticio Escobar, *El mito del arte y el mito del pueblo, cuestiones sobre el arte popular*, Santiago de Chile, Metales Pesados, 2008; Mari Carmen Ramírez, “Sobre la pertinencia actual de una crítica comprometida”, en Marta Traba, *Dos décadas vulnerables en las artes plásticas latinoamericanas, 1950-1970*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2005, pp. 33-54.

con un “arte útil” pensado en las mayorías tomó múltiples formas muy lejanas de constituir un proyecto unívoco.

1968: el joven desierto

Entre los casos englobables en un ‘68 latinoamericano’, el de la escena del arte en Chile hacia fines de los ‘largos sesenta’⁵² y la Unidad Popular es sin duda uno de los más emblemáticos y ricos a la hora de ser analizados desde una perspectiva regional. Conformada por artistas locales “criollos” y de origen migrante, así como también por un sinnúmero de intelectuales refugiados en Chile durante los sesenta, la escena santiaguina (y de cercanías⁵³) de las artes visuales tenía entonces un marcado carácter transnacional, conteniendo en sus formas concebidas como “políticas”

52 El término “largos sesenta” tiene hoy amplia aceptación académica, entendiéndose que “los sesenta” no representa una categoría cronológica, sino heurística (Sorensen). Los “largos sesenta” en el Cono Sur son aquellos años que referencian a una *época* histórica en común referenciada en los sesenta, pero que variará de acuerdo a cada línea histórica nacional o regional. Pese a su heterogeneidad, esta época latinoamericana estará marcada por intensos procesos de politización de masas y la instalación de un horizonte revolucionario, de transformación e integración social. Los inicios de esta época se remontan a la emergencia de los frentes populares y otros referentes de masas (en Chile, con la fundación en 1956 del Frente de Acción Popular y en 1957 del Partido Demócrata Cristiano), la gira de “buena voluntad” de Richard Nixon (1958) y el desarrollo de la revolución cubana (1959) como quiebres profundos en un régimen de sentido previo; y el final lo hallamos en el derrocamiento de Salvador Allende (1973), que iniciaría junto con el golpe de Estado en Uruguay (1973) y Argentina (1976) la clausura de América del Sur como un espacio de debate, refugio e imaginación política. cf. Diana Sorensen, *A Turbulent Decade Remembered: Scenes from the Latin American Sixties*, Stanford, Stanford University Press, 2007, p. 215; Oscar Terán, *Nuestros. años sesentas. La formación. de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 1991.

53 Siguiendo la propuesta de Justo Pastor Mellado, desde mediados del siglo XX la constitución de escenas artísticas en Chile se dio puntualmente en aquellos enclaves donde existían condiciones básicas para la emergencia de espacios de lenguaje y “presencia efectiva” de las artes en la esfera pública. Recomendamos observar detenidamente la mirada que Mellado ofrece de su ciudad de origen, Concepción, a quien instala a modo de escena modelo respecto de este tipo de “procesos de escenificación”. cf. Justo Pastor Mellado, *Escenas locales*. Córdoba, Curatoria Forense, 2015.

a referentes provenientes de diversas fuentes: el cosmopolitismo norteamericano de los cincuenta y su interpretación del automatismo ‘mattiano’⁵⁴, el “realismo intensificado” del informalismo en sus distintas versiones dentro del internacionalismo, la teorías cepalianas sobre el desarrollo y su respuesta -la teoría de la dependencia- venida desde Brasil en las valijas del exilio, el auge del pensamiento latinoamericano y antiimperialista que siguió a la revolución cubana durante los sesenta⁵⁵, la expresión de la crítica postmoderna al sujeto político en los sesenta, la experimentalidad objetual y conceptual, así como los debates de las ciencias sociales y humanidades de la intelectualidad internacionalista a lo largo de todo ese periodo, entre otros. También se introducen al ámbito de pertinencia de las artes durante esas décadas las referencias de lo popular, lo masificado y la identidad obrera, que a partir de la década del cincuenta empiezan a entrecruzarse y disolverse ante la apertura de la pregunta por la especificidad latinoamericana.

El campo problemático ofrecido por este último aspecto, que Richard identifica durante los ochenta en el muralismo de las Brigadas Ramona Parra como producto del cruce de estos mundos, englobó durante los sesenta un vasto espacio social de carácter popular en emergencia, del cual eran expresión referentes tan disímiles como el Museo de Arte Popular Americano dirigido por Tomás Lago⁵⁶, los viajes recopilatorios de Violeta Parra y su Museo Nacional del Arte Folclórico Chileno⁵⁷,

54 Sobre una visión del panorama norteamericano que antecedió y acompañó los sesenta, cf. Fox, op. cit.; Serge Guilbaut, “Éxito: de cómo Nueva York les robó a los parisinos la idea de modernismo, 1948”, Alonso, Rodrigo ed., *Imán: Nueva York: Arte argentino de los años 60*, Buenos Aires, Fundación PROA, 2010, pp. 37-65.

55 Destacamos respecto de este ámbito de estudio la exhibición realizada por María Berríos y Jakob Jakobsen acerca de la exposición “Del Tercer Mundo” realizada en el Pabellón Cuba, La Habana, en 1968. María Berríos y Jakob Jakobsen, *The Revolution must be a school of unfettered thought*, exposición en la 31a Bienal de Sao Paulo, 2014, cf. <http://www.31bienal.org.br/en/post/1501> (consultado el 25 de marzo de 2018).

56 Constanza Acuña, *Origen y devenir del Museo de Arte Popular Americano Tomás Lago*, Santiago, MAPA, s/f, cf. <http://www.mapa.uchile.cl/proyectos/index.php> (consultado el 25 de marzo de 2018).

57 Actualmente desaparecido, el Museo Nacional del Arte Folclórico Chileno y el Departamento de Investigaciones Folclóricas dirigidos por Violeta Parra durante 1958 dependían de la Universidad de Concepción, que había contratado a la cantautora e investigadora en noviembre de 1957 para la realización de estas tareas gracias a las gestiones del poeta Gonzalo Rojas y el rector de la UDEC David Stitckin. Parra fundó el Museo Nacional del Arte Folclórico Chileno el 22 de enero de 1958. Sobre el paso de Violeta Parra por Concepción y su vínculo con la universidad, referenciamos el trabajo de Fernando Venegas Espinoza, *Violeta Parra en Concepción y la frontera del*

la música *folk-rock* de Víctor Jara, el realismo de Neruda en *Fulgor y muerte de Joaquín Murieta* (1967) (y su sencillez junto a Ángel Parra en su *Arte de pájaros*, 1966), el cine experimental de Carlos Flores del Pino en *Descomedidos y chascones* (1973)⁵⁸ y el cartel dedicado a Quinchamalí diseñado por Guillermo Núñez, entre muchas otras expresiones comprometidas de la época.

Dentro de la producción individual de ciertos artistas esta diversidad emergió en diferentes estéticas incluso contradictorias entre sí ante un análisis meramente formal, aunque muy emparentadas entre ellas a través de una serie de ideas y valores compartidos durante su desarrollo. Un ejemplo de ello es la trayectoria de Gracia Barrios, que desde el abstractismo expresivo de origen europeo (*Acontece*, 1967) transita hacia el textil artesanal y el *patchwork* (*Multitud III*, 1972) en la construcción de sus características ‘siluetas’ en el lapso de una década. En otras experiencias, la militancia o cercanía partidista buscó expresar con osadía plástica las necesidades del mundo real más que “dominar” o someter al arte a las reglas exógenas de la política, como expresa nítidamente el trabajo de Alberto Pérez en sus *Barricadas* (1965), que signan su afinidad política por esos años con la “guerra de guerrillas” del Che Guevara.

En este último ámbito se dieron distintas alternativas estético-políticas incluso dentro de un mismo contexto de militancia partidista, como fue el caso de la diversidad estética entre los artistas del PCCh a la hora de enfrentar el desmontaje de los bastiones de la tradición elitista y excluyente de la oligarquía chilena aún arraigados en la institucionalidad cultural pública. Esta como una de las experiencias más emblemáticas de radicalización de las artes vivida entonces, que configura una identidad orgánica de los artistas en torno a la imaginación de un rol social transformador, una más entre varias otras experiencias del mismo tipo. La composición heterogénea de un escenario local de este tipo vuelve imposible la disección de todas estas producciones en distintos tipos, categorías o gradaciones de “arte político” de acuerdo a su grado de cercanía con la práctica política formal, en la medida que ella -lejos de establecer una subordinación temática- proveyó a los artistas de nuevas

Biobío, 1957-1960: recopilación, difusión del folklore y desborde creativo, Concepción, UDEC / CNCA, 2017.

58 Carlos Flores del Pino, *Descomedidos y chascones*, Santiago, Departamento de Cine, Universidad de Chile, 1973. Cinoteca Virtual de la Universidad de Chile, cf. <http://www.cinetecavirtual.cl/fichapelícula.php?cod=34> (consultado el 15 de abril de 2018).

audiencias y espacios de circulación respecto de su antiguo anclaje a la academia y el museo, así como de un nuevo lenguaje (el de la política de masas) que llevar a sus aulas y salas de exhibición como temática y objeto de inspiración.

Ante estos hitos, es claro que los sesenta son un momento fundacional dentro de las relaciones entre arte, política y sociedad en Chile, no pudiendo ser comprendidos sin atender al contexto de intensa y masiva participación de los sectores populares y medios en los procesos políticos en que se entran las diferentes actitudes dentro del ámbito artístico orientadas a lo político. En un espacio intelectual de confluencia entre la diáspora intelectual de los exilios argentino y brasileño, la masificación y radicalización de la política, la emergencia del ideal cultural revolucionario, ¿Cómo concebir los efectos locales del “sesenta y ocho” en el arte dando cuenta de su mundialidad sin caer en el abismo de la totalización y la homogeneidad? Desde esa pregunta, el “sesenta y ocho” que perfilamos en el arte de este tiempo no tiene un afán ‘globalizante’ o integrador a un relato universal establecido, sino que más bien busca ser una prueba de los sesenta como un momento de acelerados cambios en la región y el mundo debido a la crisis general del modelo de industrialización. El vacío de sentido que siguió a la caída de los ideales modernos sostenidos por el modelo ISI hasta entonces implicó a la escena artística local en una intensa reflexión cuestionadora tanto de la construcción de relatos en el arte (basada en “movimientos” y “estéticas” distinguibles y sucesivas), como de la función social específica que el arte debía tener en un contexto revolucionario.

En este sentido, cabe destacar que para el periodo (1965-1973) una serie de factores que caracterizan a este proceso de radicalización para el contexto social específico de los artistas y críticos abordados por este estudio:

A – La emergencia popular y obrera en la política nacional y la esfera pública ciudadana, que se tradujo durante esta década en la identificación efectiva de los sujetos en las “identidades de clase” construidas por el marxismo, así como también en una recurrente referencia a la multitud popular y juvenil como protagonista de un nuevo ciclo de la modernidad. Respecto de este punto, se ha caracterizado al entorno social en que se desarrollaron los artistas de los sesenta como un contexto definido por el predominio de la población juvenil y urbana⁵⁹, dentro de la cual esta

59 Enzo Faletto, “Chile 1950-1973: transformaciones y conflictos”, *Chile 100 años de artes visuales: segundo periodo, 1950-1973, entre*

franja de creadores y agentes dialogaba y se identificaba. Esta “obtención de la voz propia” por parte de las mayorías -y dentro de ellas una generación de artistas- se expresó en el ámbito intelectual general con reacciones de angustia y entusiasmo, constituyendo una de las temáticas más relevantes dentro de la apertura de las artes a un contexto general de la política, y una de las preocupaciones centrales de gran parte de los artistas comprometidos.

B - El establecimiento de identidades aunadoras en los sectores medios profesionales, al cual pertenecen amplias franjas de artistas en los sesenta, y que aglutina en parte a experiencias como las del movimiento estudiantil en torno a la Reforma Universitaria y las de la intelectualidad crítica movilizadas durante la UP en torno a los valores revolucionarios, a la cual sin duda pertenecen las trayectorias artísticas mencionadas en este estudio⁶⁰. La apertura de los espacios institucionales del arte a sistemas “meritocráticos” de designación de autoridades durante los sesenta se mezcló con un “cosmopolitismo referencial” adoptado por estos sectores medios, que tanto desde discurso liberal como desde la izquierda recibían el imperativo de su internacionalización⁶¹. Un ejemplo de la implicación de estos valores en algunos hitos hacia fines de los sesenta es el nombramiento del pintor Nemesio Antúnez como director del Museo Nacional de Bellas Artes en 1969, quien en su programa de aproximación de artistas neovanguardistas⁶² consolidó el vínculo entre

modernidad y utopía, Santiago, Museo Nacional de Bellas Artes, 2000, pp. 51-67, p. 53.

60 Respecto de estos mecanismos de constitución cultural, política y social de la llamada ‘clase media’, referenciamos el trabajo del historiador chileno Marcelo Casals, *Middle Class and Dictatorship in Chile: Consent, Negotiation, and Crisis, 1970-1983*, tesis para acceder al grado de Doctor en Historia de América Latina y el Caribe por la Universidad de Wisconsin-Madison, prof. tutor: Steve Stern, 2016. Parte de esta investigación fue expuesta por el autor en las XXII Jornadas de Historia de Chile, Universidad Austral, Valdivia, noviembre de 2017.

61 Cabe destacar aquí el impacto que tuvo el auge del arte abstracto norteamericano durante los cincuenta y los sesenta como un modelo a seguir por parte de América Latina en materia de internacionalización, así como también el panamericanismo cultural impulsado por la oficina de Artes Visuales de la OEA durante el mismo periodo. Como veremos, también el modelo de solidaridad impulsado en la región va a expresar una vía alternativa de internacionalización. cf. Fox, op. cit.; “Introducción”.

62 Antúnez había sido becario Fullbright en 1943 y estudiado un master en la Universidad de Columbia, y también agregado cultural de Chile en Nueva York durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1969). Emblemáticas son las intervenciones de los artistas Juan Pablo Langlois Vicuña (1969), Cecilia Vicuña (1971) y Luis Camnitzer (1972) durante su dirección, así como también ciertos referentes tanto del cosmopolitismo norteamericano

arte experimental (“lo más nuevo” en el campo artístico internacional) y un proyecto modernizante y de orientación institucional para las artes. Sin desconocer la incorporación de Antúnez a su gestión y su propia obra de referentes populares (la alfarería de Quinchamalí y los volantines se habían vuelto temas recurrentes en su producción pictórica y gráfica⁶³), lo cierto es que desde la “casa del arte” más importante del arte en Chile se promovió durante la UP un nuevo arte desanclado de la identidad de los sectores populares (entonces en pleno auge), mucho más cercano a la experiencia internacional y el gusto cosmopolita de los sectores medios ilustrados.

C – La instalación de un horizonte amplio y radical de transformación en torno a la idea de “revolución”, y el posicionamiento de los intelectuales y artistas del continente en el papel de una vanguardia que vislumbra e imagina el mundo reivindicado por las luchas sociales ya realizado. En la adopción de la vanguardia como categoría proveniente de la política, pero también como identidad de acción artística vinculada a lo revolucionario, podemos observar la valoración extendida entre los artistas del continente –desde distintas militancias y también en la esfera del compromiso– de que el arte debía constituirse como una arena de confrontación y avance particular en la disputa ideológica general⁶⁴. Esta acepción latinoamericana de la vanguardia desde el arte, sin embargo, traspasaba formalmente las identidades que separaban a las vanguardias históricas respecto de las neovanguardias en el contexto euronorteamericano, aproximando a los artistas de la izquierda partidaria en la región a las tendencias conceptuales y del *pop*, entonces miradas con sospecha por el resto de la intelectualidad de la región ante la denuncia constante de la existencia del imperialismo cultural. Tras estos conceptos-fuerza, el contexto de transformación de finales del sesenta exaltaba la creatividad frente a una tradición que caracterizaría como lastre, y acudiría en sus producciones cada vez más recurrentemente al humor, el subconsciente, lo popular y la contingencia histórica como contextos opuestos a la trayectoria del arte racionalista de la modernidad clásica. Del mismo

impulsado desde el MoMA, como del discurso crítico y comprometido del exilio europeo de postguerra en Nueva York y los artistas jóvenes norteamericanos contemporáneos de su época (Hans Richter en 1970, Ulrich Welss, Alexander Calder y Gordon Matta-Clark en 1971).

63 Consejo de Monumentos Nacionales de Chile, *Mural Quinchamalí de Nemesio Antúnez (1958)*, Santiago, CMN, 2011, cf. <http://www.monumentos.cl/monumentos/monumentos-historicos/mural-quinchamali-nemesio-antunez>

64 Ana Longoni, *Vanguardia y Revolución. Arte e izquierdas en la Argentina de los sesenta-setenta*, Buenos Aires, Ariel, 2014, pp. 23-26.

modo, en sus formas se promovía ciertamente la confrontación o “lucha de mentalidades” intelectuales en lo público, cuyo ejemplo más emblemático lo encontramos en los debates epistolares acontecidos en revistas emblemáticas de la izquierda latinoamericana como *Casa de las Américas* en Cuba (1960-presente) y *Marcha* en Uruguay (1939-1973). En dicho horizonte de acción, los artistas se concibieron y fueron concebidos por su entorno como “ingenieros imaginarios” de un mundo por construir, así como también asumieron en su mano la transformación de los propios lenguajes y memorias históricas del arte en favor de los nuevos sujetos sociales.

D—La constatación en los sujetos de la época de una experiencia conjunta del tiempo contemporáneo y la valoración de la política nacional desde el prisma internacional, impulsada además por la experiencia transversal a distintas geografías de la revuelta social y la articulación cubana de la lucha tricontinental por medio de la acción cultural emprendida por la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL). Aquí conviene poner atención a las condiciones humanas y materiales que originaron estos contactos, sustentados principalmente en las experiencias internacionales de los artistas y la presencia de extranjeros y sus redes sudamericanas, así como también a la guerra fría como el escenario de un primer momento de comunicación y posicionamiento global de las mentalidades intelectuales. También aquí cabe destacar la experiencia de la migración política en Chile, en particular el extenso arraigo republicano español⁶⁵, que en su “chilenización” introdujo o ‘transfirió’⁶⁶ de manera directa -ya no dependiente del “viaje

65 Sobre la contribución de la migración republicana española al ámbito intelectual y político chileno, cf. Juliá Guillamon ed., *Literaturas del exilio: Santiago de Chile*, Santiago, SEASEX AECID / Centro Cultural La Moneda, 2007; Carmen Norambuena y Cristián Garay, *España 1939. Los frutos de la memoria. Disconformes y exiliados. Artistas e Intelectuales Españoles en Chile 1939-2000*, Santiago, Instituto de Estudios Avanzados IDEA USACH, 2002.

66 Tomamos la idea de *transferencia* trabajada por el crítico de arte y curador Justo Pastor Mellado, que alude en este trabajo a los medios en que el arte latinoamericano se concibe en constante “puesta al día” respecto del arte euronorteamericano durante los cincuenta y sesenta. Así, la transferencia refiere al momento del desplazamiento y asimilación de un discurso artístico de una geografía a otra, en un escenario de colonialismo cultural comunmente determinado de norte a sur. A esta idea, Mellado contrapone la noción de *densidad*, que refiere al momento de emergencia de problemáticas y efectos propios dentro del ámbito artístico local a partir del primer proceso, generando en la fisonomía social y productiva del arte un aspecto discontinuo y heterogéneo. cf. Justo Pastor Mellado, “Historias de transferencia y densidad en el campo plástico chileno”, *Chile 100 años de artes visuales: tercer periodo, 1973-2000, transferencia y densidad*, Santiago, Museo Nacional de Bellas

iniciático” al hemisferio norte- las reflexiones del arte europeo al espacio de producción latinoamericano. Por otra parte, el viaje formativo a los centros de la producción artística de Occidente (antes en Europa, pero que en los sesenta estaban ubicados también en grandes ciudades de los Estados Unidos) siguió siendo un fenómeno central en la constitución de una experiencia de la condición de colonialidad por parte de estos artistas, que verán en su escasa o esquemática inserción al escenario artístico de estos centros una reactualización del sesgo en torno al arte latinoamericano como menor, atrasado o derivativo⁶⁷.

A partir de estos factores, proponemos la observación de la escena artística santiaguina de los sesenta desde dos ejes de sentido crítico respecto de las anteojeras de la transición, en cuyo desmontaje nos permite observar la heterogeneidad práctica, referencial y discursiva del arte militante durante los sesenta, así como también la diversidad de sus anclajes sociales y asimilación del rol militante. De este modo, a través de estos lineamientos buscaremos matizar la idea de que durante la Unidad Popular existió un único y centrado proyecto de expresión cultural dentro de la izquierda, o un proyecto equivalente a cada una de las fuerzas que conformaron a dicha colectividad en su dimensión de coalición política: una perspectiva naturalizada en ciertos estudios sobre la búsqueda del horizonte socialista desde lo cultural⁶⁸, mandato que ciertamente en el ámbito artístico no estaba trazado con claridad ni permitía articulaciones mayoritarias dentro del grupo conformado por los artistas metropolitanos de izquierda. Como ha afirmado la historiadora del arte Carla Macchiavello, si bien el imperativo de la época fue realizar *un arte para el pueblo*, en la elaboración de los diversos planes culturales de la UP “*los conceptos de ‘pueblo’, ‘popular’ y ‘populismo’ muchas veces se confundían, creando una resbalosa zona de traspasos entre el arte del pueblo, hecho por el pueblo y para el pueblo*”⁶⁹. La misma “oficialidad” de la presidencia allendista hablaba de un plan cultural trazado únicamente sobre las metas de generar un Instituto de la Cultura

Artes, 2000, pp. 8-23.

67 Camnitzer, op. cit., pp. 14-15.

68 Martín Bowen, “El proyecto sociocultural de la izquierda chilena durante la Unidad Popular. Crítica, verdad e inmunología política”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 21 de enero 2008, cf. <http://journals.openedition.org/nuevomundo/13732>

69 Carla Macchiavello, “Panamericanismo artístico como vanguardia: el rol social del arte a comienzos de los años 70”, *Redes intelectuales: arte y política en América Latina*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2014, p. 2.

y el Arte y una convención de artistas a nivel nacional, así como una editorial del Estado que se cristalizó en la nacionalización de Zigzag e instalación de Quimantú⁷⁰. El resto de las heterogéneas tentativas citadas en este estudio significaron la realización y desborde de estos gruesos lineamientos generales.

Militancia y juventud como diversificación del “proyecto único” de la izquierda

Abordada por la crítica cultural de los ochenta casi exclusivamente desde la identidad comunista, la esfera de la militancia es descrita como una realidad homogénea, rígida, y monolítica, que se comportaba durante la UP o como un “estalinismo de bajo perfil” (ejemplificado con el brigadismo) o como un “hipostalinismo” que se obliga a representar el conflicto existente en la sociedad (ilustrado en el “pop realista” de Francisco Brugnoli)⁷¹. Ante una breve mirada sobre la heterogeneidad de la escena plástica de fines de los sesenta y la UP, resulta evidente la insuficiencia de estos ejes “ideales” de expresión para explicar el proceso de diversificación de agencias de la “voz de la izquierda” durante el auge del ideal revolucionario. Dentro de un contexto político primero “conflictivo” (1962-1967) y luego “radicalizado” (1967-1970), es visible que la vinculación entre militancia y arte se da en diferentes niveles y esferas de implicación disciplinar y vital. Los artistas, involucrados en la confrontación y desborde social, otorgaron nuevos sentidos al proceso de politización del arte mismo en las instituciones, así como también refundaron desde la tarea creativa una nueva subjetividad revolucionaria y popular.

Del mismo modo, resulta evidente que la idea misma de militancia descrita en la crítica cultural de los años ochenta desconoce los distintos grados de aproximación colectiva e individual que tuvieron los artistas a la condición militante durante los años sesenta, caracterizada entonces a lo menos como dos esferas distinguibles: las actitudes intelectuales de artistas en contextos “formales” de militancia política y su despliegue “orgánico”; o aquellas independientes, aunque vinculadas a los partidos

70 Rosa Robinovich, “Las dos caras del plan cultural”, 21 de febrero de 1971, Santiago de Chile. Citado de Contreras y Vassallo, op. cit., pp. 192-199.

71 Mellado, *Historias de transferencia...* op. cit., p. 14.

en su despliegue público, que en proximidad política adherían libremente a sus propuestas y a una izquierda “comprometida”⁷². De esta forma, la militancia y el compromiso representaban dos grados o anillos de implicación con los referentes políticos de la izquierda, destacando en la esfera comprometida un amplio grado de flexibilidad y discrecionalidad dentro de un horizonte de transformaciones general centrado en la acción protagónica de “la clase obrera y el pueblo organizado”⁷³. Esto último también signó la heterogeneidad de las intervenciones, que excedían sin duda los márgenes de la obra de arte, expresándose en prácticas que iban desde escribir un manifiesto hasta adquirir en el despliegue público cotidiano la actitud de un “trabajador de la cultura”. Este es el caso de los artistas que durante la UP se plegaron a la enseñanza del arte en los balnearios populares o *balpos*⁷⁴, el de quienes implementaron una infraestructura pública inicial relacionada a las artes visuales⁷⁵, y el de quienes apoyaron el trabajo de “brocha gorda” en la elaboración del mural de la Brigada Ramona Parra en los tajamares del Mapocho que conmemoró los 50 años del Partido Comunista de Chile (PCCCh)⁷⁶, por ofrecer algunos ejemplos más concretos. Reflejados en las palabras del escultor Carlos Ortúzar, esta condición del artista como trabajador de la cultura estaría signada durante la UP por la voluntad del creador de volverse “más necesario” para su carenciada sociedad, así como también por la capacidad del Estado en reconocer al artista como aporte en la construcción de un nuevo contexto local:

72 Tomamos referencia de esta explicación en las declaraciones que el artista chileno Guillermo Núñez realizadas en agosto de 2016 en el marco del encuentro “Conversaciones sobre el Pop en Chile”, organizado por el Museo de la Solidaridad Salvador Allende, Santiago de Chile. cf. <http://mssa.cl/sin-categoria/debate-y-pensamiento-conversaciones-sobre-el-pop-en-chile/>

73 Julio Pinto ed., *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, Lom Editores, 2005, p. 11.

74 Ortízpozo, “Pintura social de Chile: un capítulo inédito”, *El Siglo*, 14 de mayo de 1972, Santiago de Chile. Citado de Gonzalo Contreras y Eduardo Vassallo, *La cultura con Allende vol. 2, 1972-1973*, Santiago, Alterables, 2014, p. 151.

75 Edulio Barrientos V., “UNCTAD III: Fuente inesperada de trabajo para los plásticos chilenos”, *El Siglo*, 20 de febrero de 1972. Citado de Contreras y Vassallo, op. cit., pp. 63-66.

76 Prensa, “Cincuenta años de historia en un mural”, *El Siglo*, 5 de enero de 1972. Citado de Contreras y Vassallo, op. cit., pp. 20-22; Olmedo Carrasco, Carolina, “Reflexiones en torno al muralismo comunista en Chile: exposición retrospectiva de las Brigadas Ramona Parra en el Museo de Arte Contemporáneo de Santiago”, Olga Ulianova et al. eds., *1912-2012: el siglo de los comunistas chilenos*, Santiago, IDEA USACH, 2012.

“Si Ud. hace un rápido cálculo de prioridades sociales verá que es mucho más necesario un litro de leche que una escultura de bronce. Seamos sinceros. Estoy dispuesto a cambiar de rumbo y servir al país y a la comunidad en una actividad más ‘necesaria’...”

Menos bla-blá con la plástica y a trabajar, pero que el trabajo sea seguro y rentado... Que el Estado abra las playas, puertos, jardines, plazas, edificios públicos, restaurantes populares, poblaciones, aeropuertos, estaciones ferroviarias, hospitales, etc. denos también el diseño de los horribles autobuses, baldosas, denos cosas, si hay trabajo y estamos convencidos que se los dejaremos como ‘chiches’ lindos, que de gusto estar enfermo, que no desmoralice estar en la ‘cola’ de los jubilados”⁷⁷.

Ortúzar, que participó del alhajamiento del UNCTAD III (1972) con una obra de “arte incorporado al espacio”⁷⁸, adhería a la perspectiva que sumaba a los artistas a responsabilizarse en la ejecución de piezas que luego servirían de puertas, maceteros, asientos, pasamanos, luminarias, alineando sus inquietudes desjerarquizadamente a las problemáticas de cualquier trabajador participe de la construcción de un edificio. En un tono mucho menos positivo que el escultor, asumiendo la condición del artista trabajador como un “punto de llegada” y no como condición inicial, Guillermo Deisler -artista y poeta ‘visivo’ de Valparaíso- afirmó:

“No hay unidad popular en el área artística, porque el artista no se identifica como trabajador; la mayoría somos funcionarios públicos, lo que denota predominio del interés individual. Cumplimos muy bien como funcionarios y somos artistas en las horas libres. Por consiguiente, no somos orgánicos en el aspecto gremial, e incapaces de luchar por lugares de trabajo, posibilidades de subsistencia, materiales, medios de expresión, etc. Es urgente organizarse en base a problemas gremiales comunes y constituirse en un gremio poderoso y diligente”⁷⁹.

77 E.B.V., “Carlos Ortúzar: No creo en los supermensajes, el papel del arte es más directo y sencillo”, *El Siglo*, 13 de febrero de 1972, Santiago de Chile. Citado de Contreras y Vassallo, op. cit., pp. 55-58.

78 Barrientos, op. cit., p. 63, 66.

79 Prensa, “Tarea de los artistas: ampliar nuestro lenguaje y transformar

La referencia más clara de esta riqueza de interpretaciones de la “misión” revolucionaria en la arena artística la podemos observar en las producciones artísticas vinculadas al propio PCCh entre 1965 y 1973. Entre las fuerzas “intitucionalistas” y “rupturistas” que se constituyeron durante el desarrollo de la vía chilena al socialismo como referentes amplios y porosos⁸⁰, el PCCh como ejemplo de la primera tendencia desarrolló en el ámbito artístico una relevante tarea institucional, expresada en el impulso por parte de sus referentes y las oficinas agenciadas por éstos de un proyecto de cultura “rehabilitada” respecto de su referente previo en el “arte burgués”. Este ideal lo podemos ver expresado en las opiniones que el artista y militante comunista Guillermo Núñez, quien en su calidad de director del MAC comentó sobre las piezas que conforman la colección de dicho museo “*el patrimonio cultural que hemos heredado es horroroso*”⁸¹, “*un museo vivo, moderno, no solo debe guardar cosas. Las debe estar mostrando siempre y educando al público*”⁸².

Siendo uno de los partidos más numerosos en la coalición de gobierno, el PCCh fue la identidad más visible al interior del proyecto cultural de la Unidad Popular: ello gracias a su voluminoso despliegue cultural en el ámbito nacional -fortalecido por extensos y densos vínculos a nivel latinoamericano con la intelectualidad crítica, la gráfica política y el muralismo mexicano-, así como también debido a su prestigio y rol articulador de un ámbito internacional de la cultura en clave socialista y moderna, que entonces llevaba décadas de disputa ideológica y construcción en alternativa frente al régimen de sentido hegemónico del sistema-mundo capitalista⁸³. En la época en que la oficialidad institucional

la realidad”, *El Siglo*, 18 de junio de 1972, Santiago de Chile. Citado de Contreras y Vassallo, op. cit., pp. 187-188.

80 Marcelo Casals, *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la ‘vía chilena al socialismo’, 1956-1970*, Santiago, Lom Ediciones, 2010, p. 10, 193-208.

81 Ernesto Saúl, “Museo Abierto”, *Ahora* año I no. 2, 20 de abril de 1971, pp. 46-47, p. 47. Archivo Guillermo Núñez.

82 Virginia Vidal, “No solo de pan... Primer día del director del Museo de Arte Contemporáneo”, *El Siglo*, 28 de enero de 1971. Archivo Guillermo Núñez.

83 Aquí nos apegamos a la perspectiva propuesta por el cientista social estadounidense Immanuel Wallerstein, en la que el sistema-mundo -a diferencia de la matriz teórica globalizante- permitiría la observación en la producción de un sistema único en torno a la división social del trabajo, pero que negocia, adopta y construye múltiples sistemas culturales en su arraigo específico dentro de dicha estructura. Immanuel Wallerstein, *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*, Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 2006.

del arte (el *mainstream*⁸⁴) promovía al continente la pintura abstracta norteamericana como la etapa más avanzada y última del arte occidental desde la Oficina de Artes Visuales de la OEA, la matriz partidista del PCCh en la esfera internacional expandía el uso en la región del modelo de ‘solidaridad’: una forma de producción cultural colaborativa y no monetaria ante la necesidad de resistencia política dentro de un territorio determinado o en el exilio. Sus funciones en la arena cultural y política estaban fuertemente definidas por ciertas experiencias relativamente cercanas en el tiempo para los intelectuales chilenos, tales como la particular construcción histórica obrero-socialista chilena de inicios de siglo, la recepción material y política de la resistencia española en el exilio durante el franquismo, y el contacto con la experiencia revolucionaria mexicana y el muralismo a través de la colaboración entre ambos países a raíz del terremoto de Chillán de 1939.

A esta condición de base de sus referentes, se sumaba la vivencia contemporánea del rol condensador ejercido por Casa de las Américas en el ámbito de la cultura latinoamericana a partir de 1960, que en la urgencia de sustentar la vía revolucionaria cubana en la esfera de los intelectuales a nivel regional, imprimía al rol de la solidaridad en sus inicios un aspecto vanguardista en lo creativo que se plegaba a los términos del compromiso político⁸⁵. Como abordan las correspondencias de época⁸⁶ y ciertos trabajos contemporáneos en torno a la coyuntura del “Caso Padilla”⁸⁷, esta relación armónica entre autonomía y compromiso se vería progresivamente tensionada en directa relación con el endurecimiento de las condiciones de resistencia política y económica de la isla, sin embargo hasta ese minuto constituía una prueba material

84 Camnitzer, op. cit., “Salpicón y compota”.

85 Macchiavello, op. cit., pp. 9-12.

86 Un ejemplo es la correspondencia entre Haydee Santamaría, directora de Casa de las Américas, y Julio Cortázar en el marco coyuntural del “Caso Padilla”, así como su respuesta a las críticas que Mario Vargas Llosa realizaba al proceso cubano por esos años. También encontramos un ejemplo local de este debate regional en los textos escritos por Enrique Lihn en Chile, en su calidad de ex-habitante de la isla. cf. Julio Cortázar, “A Haydée Santamaría. París, 4 de febrero de 1972”, *Cartas 1969-1976. Edición a cargo de Autora Bernárdez y Carles Álvarez Garriga* vol. 4, Buenos Aires, Penguin Random House, 2012; Haydee Santamaría, “Carta de respuesta a Mario Vargas Llosa”, *Revista Casa de las Américas* no. 65-66, año XI [suplemento], La Habana, Casa de las Américas, 1971; Enrique Lihn, “Opinan” [Opinión del Lihn sobre el caso Padilla], *Revista Mensaje* no. 20, 17 de mayo, Santiago de Chile, 1971; Antonio Avaria, “Caso Padilla”. *Revista Mensaje* no. 20, 17 de mayo, Santiago de Chile, 1971.

87 Berríos y Jakobsen, op. cit.

e institucional de la modernidad socialista como alternativa, así como de la cultura revolucionaria latinoamericana como un conjunto de valores a exaltar vinculados a la autonomía e independencia regional. Su proyecto artístico, basado en la apropiación del proyecto moderno en clave de emergencia popular y la construcción de lazos entre las distintas luchas de los oprimidos del mundo, tendrá su cénit en el ámbito chileno en la realización de un programa de encuentro entre artistas chilenos y latinoamericanos en Cuba durante el gobierno de Salvador Allende, consistente en encuentros y residencias de creación/donación de obras en el Caribe y Chile (la visita de las brigadas muralistas chilenas a La Habana y el *Encuentro Chile-Cuba* en 1971, el *Encuentro de Artistas Plásticos del Cono Sur* en Santiago y el *Encuentro de Plástica Latinoamericana* en La Habana en 1972), así como en exhibiciones (resultantes de estos encuentros) que desde la extensión cultural de la Universidad de Chile⁸⁸ enmarcaron al más importante de estos gestos político-simbólicos entre ambos referentes del socialismo latinoamericano: la visita de Fidel Castro a Chile en noviembre de 1971, y la visita de Allende a Cuba en diciembre del mismo año. Sin duda el vital debate cubano de los sesenta alimentó fuertemente la propuesta del PCCh en materia de construcción de un “arte popular”, poniendo a revisión a partir de esta experiencia caribeña el sentido ideológico de la práctica artística, la posibilidad de lo “latinoamericano” como comunidad de sentido y su potencial de expansión en la masificación de las capitales del continente.

En el contexto institucional del arte local, la “vía” del PCCh tuvo gran protagonismo en el viraje comprometido con el horizonte revolucionario latinoamericano dado por la Facultad de Arte de la Universidad de Chile, que durante la UP oficiará como una suerte de “Ministerio de la Cultura” en términos tácticos⁸⁹. A través de distintas oficinas, este contexto de formación artística atravesado por la reforma universitaria será el semillero de las iniciativas institucionales más relevantes del gobierno de Allende en materia cultural, así como también un importante combustible para sus redes internacionales en la búsqueda por romper el cerco comunicacional impuesto por los Estados Unidos en su contra. En este marco se explica el protagonismo del Instituto de Arte Latinoamericano

88 cf. Macchiavello, op. cit., p. 9.

89 Carolina Olmedo Carrasco, “El arte y la gran política: el pensamiento crítico de José María Moreno Galván en América Latina”, *Práctica, estudio y crítica de la historia del arte latinoamericano: Pasado y presente*, Santiago, Departamento de Historia y Teoría del Arte, Facultad de Arte de la Universidad de Chile, 2017.

(IAL) dirigido por el académico marxista Miguel Rojas Mix y el crítico de arte y exiliado brasileño Mário Pedrosa⁹⁰, el Museo de Arte Contemporáneo dependiente de la universidad (dirigido entonces por Alberto Pérez, Guillermo Núñez y Lautaro Labbé, reconocidos militantes de izquierda). También en la posterior conformación en dicho espacio del Comite Internacional de Solidaridad Artística con Chile (CISAC), que consolidará la creación del Museo de la Solidaridad para el pueblo chileno emergido como idea durante el encuentro de contrapropaganda *Operación verdad*⁹¹. Del mismo modo, la necesidad de construcción de una “vía cultural” en el arte para la Unidad Popular llevó a José Balmes -connotado militante del PCCh y un “modelo público” del artista comprometido- a asumir en el contexto de las campañas electorales de los sesenta la conducción primero la dirección del Departamento de Artes Plásticas (1966-1971), y luego del Decanato de dicha facultad (1972), silla que conservó hasta el golpe de Estado en septiembre de 1973. Es debido a la gran influencia y posición que artistas-militantes como el propio Balmes, Guillermo Núñez y Alberto Pérez al interior de esta facultad durante los sesenta que dicho contexto institucional permitió la construcción de fuertes vínculos personales a nivel local y global con una marcada tendencia de izquierda: entre ellos el propio Pedrosa de Brasil, Jorge Romero Brest y Aldo Pellegrini de Argentina, José María Moreno Galván⁹² de España y Giulio Carlo Argan de Italia⁹³. Ante este nutrido contexto de debates y posiciones, ciertamente el panorama de la militancia de izquierda delineado por Richard desdibuja su relación con la historia, así como clausura prontamente una realidad que entonces se presentaba como extremadamente compleja.

90 Importante intelectual crítico brasileño, exiliado en Chile a partir de 1964 y académico de la Universidad de Chile desde entonces hasta 1973. En 1981, uno de los miembros fundadores del partido de los Trabajadores del Brasil (PTB).

91 Olmedo, op. cit.

92 Periodista de origen andaluz, militante del PCE y autor intelectual en el marco de la ‘Operación Verdad’ del Museo de la Solidaridad como “la primera colección a nivel mundial de arte de propiedad del pueblo”. cf. Olmedo, op. cit.

93 La huella de estas relaciones artísticas e intelectuales podemos seguirla en el programa de exhibiciones que poblaron las salas del IAL y el MAC entre 1966 y 1973, así como en el establecimiento institucional del CISAC y las diferentes muestras que propició con las donaciones internacionales en apoyo al gobierno de Allende. Las fuentes para este seguimiento son consultables en el archivo del Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de Chile, cf. <http://www.mac.uchile.cl/museo/conservacion>

Junto a la diversidad de aproximaciones intelectuales y creativas al problema del “arte para el pueblo”, otra de las características pregnantes del arte de izquierda en los sesenta es su experiencia de la irrupción de la juventud como sujeto específico, dado en todos los aspectos de la vida pública y privada⁹⁴. La emergencia de los jóvenes como un nuevo estrato social con características y cultura propia se experimentó entonces de manera plena en distintos puntos del planeta, aparejada a la presencia de las masas en la política. Mientras la política se llenaba de referentes juveniles -las imágenes de los revolucionarios cubanos y argelinos se tornaron emblemáticas a nivel general-, la vida cotidiana sufría profundas transformaciones en las viejas formas de interacción intergeneracional. Una suerte de ‘revolución cultural’⁹⁵ se percibía en torno a lo juvenil como un remecimiento de toda estructura de relaciones preexistente en la modernidad occidental: la emergencia de las movilizaciones obreras, populares y estudiantiles, las luchas por la emancipación femenina, la crisis de la familia tradicional y la liberación sexual y de las identidades de género⁹⁶, entre otras que entonces convocaron la acción juvenil. La emergencia de una comunidad artística en torno a la experiencia común de la universidad y el viaje formativo reforzaron la idea de una identidad juvenil abarcadora de los artistas -estudiantes, luego profesores y profesionales- durante las décadas del cincuenta y sesenta, otorgando claves de lectura en dichos términos al conflicto generacional existente en el ámbito académico. En los sesenta, la confrontación entre jóvenes y adultos en este ámbito se expresó a través de la exaltación de la identidad

94 Respecto de la especificidad de esta emergencia juvenil para el caso chileno, referenciamos el trabajo del historiador Patrick Barr-Melej acerca de los proyectos culturales enlazados con la emergencia juvenil en dicho país. cf. Patrick Barr-Melej, “Revolución y liberación del ser: Apuntes sobre el origen e ideología de un movimiento contracultural esotérico durante el gobierno de Salvador Allende, 1970-1973”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Colloques, 18 de mayo 2007, <http://journals.openedition.org/nuevomundo/6057> (consultado el 3 de abril de 2018); Patrick Barr-Melej, *Psychedelic Chile Youth, Counterculture, and Politics on the Road to Socialism and Dictatorship*, Chapel Hill, Estados Unidos, University of North Carolina Press, 2017.

95 Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 1998, pp. 322-326.

96 Siguiendo al historiador inglés Eric Hobsbawm, “*la crisis de la familia estaba vinculada a importantes cambios en las actitudes públicas acerca de la conducta sexual, la pareja y la procreación, tanto oficiales como extraoficiales, los más importantes de los cuales pueden datarse, de forma coincidente, en los años sesenta y setenta. Oficialmente esta fue una época de liberalización extraordinaria tanto para los heterosexuales (o sea, sobre todo, para las mujeres, que hasta entonces habían gozado de mucha menos libertad que los hombres) como para los homosexuales, además de para las restantes formas de disidencia en materia de cultura sexual*”. Hobsbawm, op. cit., p. 324.

militante como un distintivo de “lo nuevo” frente a la caducidad aparente de todo arte/artista previo, sin implicación política directa. En dicho contexto, la proliferación de colectivos artísticos de carácter vanguardista, con un marcado interés en la apertura de las artes al espacio público y la esfera experimental (primero con *Rectángulo* y *Signo*, luego con el *Grupo de Artistas Plásticos*, *Ancoa*, *Forma y Espacio*, el *Taller 99* y las propias brigadas muralistas, entre otros), signaban la existencia de un “universo juvenil” de la cultura de izquierdas que buscaba refundar la práctica artística y su función social en el marco de la transformación revolucionaria. La emergencia de espacios de exhibición informales y abiertos a un público general y a “otras artes” (populares, aplicadas, corporales), como la Feria de Artes Plásticas del Parque Forestal⁹⁷, terminó por solidificar esta idea al punto de constituirla como un ideal modernizador de las artes.

Dentro del perfil juvenil existente, una de las figuras más relevantes será la de Alberto Pérez: artista identificado con el Partido Socialista de Chile -aunque cercano a ciertos referentes del PCCh como Balmes y Eduardo Martínez Bonati-, que en 1966 se vinculará al Ejército de Liberación Nacional (los “elenos”)⁹⁸, y que a partir de entonces se aproximará al discurso militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), en el que permanecerá también durante la dictadura. Siendo el primer doctor en historia del arte en Chile, la obra de Pérez desplegó durante los sesenta una actitud “latinoamericanista” y “apropiacionista” respecto de la cultura occidental, mezclando en su repertorio elementos del arte de vanguardia (el collage, la adhesión de objetos y laceración del lienzo) con referentes provenientes de la cultura popular y de masas, entonces férreamente identificada en sus formas -el cine, la televisión y los *magazines*- con los jóvenes. En sus *Barricada I* y *Barricada II* (1965) observamos la mezcla de distintas materialidades y técnicas que buscan consolidar una instantánea descarnada sobre el presente, representando

97 Esta feria reunía a artistas y artesanos populares, llegando a contar en sus versiones tanto con docentes-artistas de la Facultad de Arte como con intelectuales populares como Violeta Parra. cf. Jorge di Lauro y Nieves Yankovic, *Los artistas plásticos de Chile*, Santiago, CINEAM, 1960. Consultado en el Archivo Digital de la Cineteca Nacional, cf. <http://www.ceplm.cl/sitio/los-artistas-plasticos-de-chile/> (consultado el 25 de marzo de 2018).

98 El ELN presente en Chile representó un par de apoyo del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia formado por Ernesto “Ché” Guevara en dicho país en 1966, cuya intención principal era dar respaldo y emular a dicha guerrilla en un proceso de generación de este tipo de organizaciones a lo largo del continente, extensible de manera natural a Chile por su cercanía.

una interpretación libre respecto de los discursos provenientes de la militancia. La pintura industrial roja, la tela rasgada, la madera encontrada y calzada a la superficie mediante clavos, la imagen fotocopiada y emplazada en los huecos de las tablas, el título en clave confrontacional, todos estos son elementos que trasladan a los debates del arte la matanza policial acontecida en la población José María Caro en 1962, utilizando al *pop* como medio expresivo de la brutal violencia del cotidiano. Entre las tablas, el rostro duplicado de la actriz norteamericana Vanessa Redgrave, protagonista del film *Blow Up* de Michelangelo Antonioni (1966), alude igualmente a la fotografía y la sociedad masificada, impersonal e incómoda debido a la primacía de las relaciones sociales capitalistas.

Otro ejemplo de esta expresión juvenil es *Poster Shop*: tienda de los artistas-militantes Guillermo Núñez (PCCh) y Patricia Israel (MIR) en donde se comercializaban a bajo precio láminas impresas en color (una exquisitez en esos años), que reactualizó la herencia del cartel político a través de la incorporación de la idea de *poster*: referente norteamericano que, a diferencia del cartel o *affiche* (del francés) político, buscaba inmiscuirse en el espacio íntimo e individual del lector, convirtiéndose en una herramienta de identificación y marcaje de los espacios juveniles. Respecto de este hito de 1971, una revista local comentó:

“Los chilenos conseguimos tener nuestro afiche propio. Cuando vino la exposición *De Cezanne a Miro*, se vendieron reproducciones del cartel de propaganda. Los que quisieron conservarlo en buen estado no se decidieron a pegarlo con tachuelas en la pared del rincón mas acogedor de la casa, sino que lo mandaron colocar en cholguán.-*Así se desato la furia por el afiche...* Pero hasta ese momento nada era nacional. Ningún póster representaba nuestra realidad, nuestras costumbres, nuestra tradición. El paso lo dieron Guillermo Nunez y Patricia Israel..., en una preciosa tienda adornada con afiches de confección casera y ahora también con tarjetas de Pascua y simpáticas calcomanías que hablan de los problemas del momento: ‘Ahorre agua, báñese acompañado’... Aunque el mercado es pequeño, se amplía gracias a la belleza de los afiches de la pareja de artistas y a la moda que prácticamente obliga que haya uno en cada casa”⁹⁹.

99 Prensa, “La fiebre del póster”, *Eva*, 27 de diciembre de 1968, Santiago de Chile. Citado en Soledad García y Daniela Berger, *La Emergencia del pop: irreverencia y calle en Chile*, Santiago, Museo de la Solidaridad

Otros ejemplos del procesamiento de las transformaciones sociales acontecidas a partir de la emergencia de lo juvenil los podemos encontrar en las trayectorias de ciertas producciones individuales que entonces expresaron la voluntad colectiva de las mujeres por convertirse en actrices políticas de su tiempo. Este fue el caso de Cecilia Vicuña, Virginia Errázuriz y Gracia Barrios, quienes cruzadas en lo íntimo por experiencias contradictorias devenidas de su condición de mujeres artistas de izquierda, pero provenientes de los sectores medios y altos, acompañaron sus hitos de vida vinculados al género -la maternidad, la dependencia, las labores domésticas- con la elaboración de piezas atípicas. Mientras Cecilia Vicuña contaba con 25 años al momento del golpe militar, expresando su obra previa la angustia juvenil e inexperta de una chilena en tránsito entre Nueva York y Santiago (*Casita para pensar qué situación real me conviene a mí*¹⁰⁰, 1971), Virginia Errázuriz experimentó durante los sesenta la tensión entre su carrera como artista-activista de izquierda por la UP y su realidad familiar, vinculada al latifundio y expropiada por la reforma agraria de Frei Montalva. Con la experiencia de la campaña presidencial de Allende de 1964 a cuestas, Errázuriz suspendió su obra pictórica debido a la maternidad¹⁰¹, elaborando una serie de textiles a partir de “desechos domésticos” que problematizaban lo político desde una perspectiva cotidiana y femenina (*Mi tía languida*, 1966; *El Goyito*, 1967)¹⁰². Por otra parte, en la trayectoria de Gracia Barrios encontraremos

Salvador Allende, 2016, p. 87.

100 Objeto performativo que invita a la acción e identificación del espectador respecto de ciertos referentes de su tiempo (el hippie, la guerrillera, la estrella de rock, etc.), y que lo involucra directamente en la pregunta acerca del destino de Allende y del pueblo chileno en medio de una profunda confrontación de clases en el seno de la sociedad. Esta pieza fue exhibida en 1971 en el Museo Nacional de Bellas Artes, y se ocultó familiarmente hasta 2016 en Nueva York por el temor a posibles represalias.

101 Tomamos referencia de estas experiencias personales de la artista del conversatorio realizado por Errázuriz junto a Valentina Cruz en enero de 2017 en el marco del encuentro “Conversaciones sobre el Pop en Chile”, organizado por el Museo de la Solidaridad Salvador Allende, Santiago de Chile. cf. <http://mssa.cl/actividad/conversatorio-actitud-pop-transformaciones-artisticas-en-los-sesenta/>

102 Estas obras están conformadas por sobras de casa y calle, como telas, ropas rotas, recortes de diario, palos, cartones, gráfica política en desuso, a través de los cuáles la artista cuestiona la permanencia de la obra de arte canónica, contraponiendo a los objetos recogidos frente a los “materiales nobles” como una intensificación de lo real. Las historiadoras del arte Daniela Berger y Soledad García han afirmado que estas arpilleras proponen: “*un nuevo paisaje urbano provisto de información publicitaria y comercial*” a partir de la referencia a corporalidades próximas y populares. cf. García y Berger, op. cit.,

un ejemplo de la disparidad de síntesis entre aspectos políticos y culturales durante el gobierno de Allende, expresando la pieza textil *Multitud III* (1972)¹⁰³ una serie de preguntas sobre el rol social del arte y el artista como un trabajador (o mejor dicho, en el ejercicio de hilván, como una trabajadora). Atendiendo al ejercicio simultáneo de transformación e institucionalización, Barrios adoptó como tema a la multitud, abordando a las marchas, concentraciones y huelgas generales¹⁰⁴ como novedades históricas tan relevantes como la incorporación de materiales industriales y las tecnologías de reproducción de imágenes. Desde este punto de vista, el *patchwork* de ocho metros de largo confeccionado por Barrios ofrece la vista frontal de una marcha formada por personajes trazados a través de siluetas, obligando al espectador a tomar una posición determinada: devenir en la marcha o contra esta, sumarse al colectivo en movilización de “personas cualquiera” -campesinas, morenas, pobres del campo y la ciudad- o enfrentarse a ella como su “enemigo” dentro del paradigma de la lucha de clases. Esta visión se ve reforzada en el tratamiento del “objeto paño” como si fuera un lienzo dentro de la marcha, determinando su valoración entre un sentido entusiasta o amenazante de acuerdo a la postura ideológica portada por quien la observe. La introducción de ciertos símbolos (la bandera invertida, el amanecer) trasladan la acción narrativa desde el sujeto del arte (artista) al sujeto social (observador), propiciando su inevitable “toma de posición” frente al conflicto abierto.

Ideas al cierre

Con la victoria de Allende en 1970, muchos de los elementos potenciales en la cultura de mediados de los “largos sesenta” alcanzaron su máximo esplendor en nuestro país, aunque por la brevedad de estos procesos de apertura -menor a una década en nuestra propuesta de un ‘68 expandido’ entre 1965 y 1973- no llegaron a establecer alianzas amplias

43.

103 A diferencia de otras obras previas de Barrios, *Multitud III* es una confección de paños cosidos que en su tratamiento alude a la forma rectangular del lienzo, así como a la práctica popular de coser frazadas a partir de los desechos textiles de la sociedad industrial. Esta técnica, en su condición utilitaria y decorativa, era fuertemente rescatada durante los sesenta como parte de un diálogo abierto y experimental entre las “bellas artes” y las “artes populares”, buscando disolver la separación entre ambas esferas.

104 Ejemplo de estas concentraciones populares eran entonces las Huelgas generales de 1960 (50 mil personas) y la “huelga larga” de Concepción (35 mil personas).

y permanentes que permitieran su unicidad. En sus diferentes versiones, esta politización se encausó primero en proyectos que buscaron una radicalización de los elementos que conformaban la modernidad propuesta por la industrialización en su revisión crítica (ejemplo de ello es la amplia extensión del pensamiento dependentista en la escena cultural del Cono Sur), y que durante los sesenta expresaron las derivas propias de las formas del ocaso desarrollista y el agotamiento de la ideología como constructora de colectividades a nivel mundial. También debieron enfrentar inmediatamente después de su tiempo el auge de la crítica cultural proveniente de las clases medias, en restringidas condiciones de debate y persecución intelectual impuestas por los regímenes autoritarios cívico-militares experimentados en gran parte de América del Sur a partir de la década del setenta.

El cierre de los procesos sociales que protagonizaron las revueltas del '68 expandido' fue una abrupta interrupción al activo escenario intelectual sudamericano, asumiendo a partir de entonces una importante desarticulación producto de las restricciones propias de sus respectivos contextos autoritarios. Si bien la riqueza de los sesenta se expresa ampliamente tras una mirada rápida a las producciones culturales revisadas en este escrito, cabe destacar que dicho ejercicio posible en la actualidad contó con un sinnúmero de dificultades para llegar a la elaboración de cualquier balance general, entre ellas la dispersión, desaparición y destrucción de fuentes y obras que enmarcó la generación de discursos en el ámbito artístico durante la dictadura en Chile. Una dificultad posterior a estas primeras, la ausencia de investigaciones historiográficas debidamente documentadas como consecuencia del difícil acceso a las fuentes, felizmente se ha superado gracias a la proliferación de distintas investigaciones e iniciativas de archivo a partir del 2000 que facilitan el acceso a fuentes documentales y artísticas del pasado reciente¹⁰⁵.

De este modo, estimando las observaciones propuestas por la teoría crítica de esos años desde sus condiciones objetivas (determinadas por la derrota política y las estrechas condiciones de producción de sentido

105 Aquí destacamos particularmente la emergencia de archivos autorales como los dedicados a los artistas Guillermo Núñez (<http://archivoguillermonunez.cl/>) y Guillermo Deisler (<http://guillermodeisler.cl/>), así como también a los estudios de las historiadoras Carla Macchiavello y María Berrios que se han enfrentado con mayor amplitud al desafío de construir una visión general sobre el arte chileno en la década del sesenta. cf. María Berrios, "Struggle as Culture: The Museum of Solidarity, 1971-1973", *Afterall* no. 44 (otoño invierno), Londres; Macchiavello, op. cit.

ofrecidas por la dictadura¹⁰⁶), esperamos que este ejercicio avance en clarificar cuáles fueron las respuestas concretas que los artistas e intelectuales del arte sostuvieron durante los sesenta frente a las transformaciones sociales de su tiempo, así como poner en contexto sus aportes concretos en la esfera pública desde el lenguaje particular del arte. Acciones que, aunque críticas a los regímenes soviético y cubano, se pensaron desde la izquierda internacionalista, desde la que discutieron, reinterpretaron y desoyeron el abandono raso de la teoría marxista (impulsado a nivel internacional por el pensamiento postestructuralista en reacción al marxismo-leninismo); y también desde ahí se cuestionaron la separación entre lo político y lo intelectual que se naturalizaría como única actitud política posible durante la dictadura cívico-militar. Como veremos a continuación, esto terminó por alejar forzosamente a la izquierda partidaria de los sesenta de la cultura y de la esfera pública como ámbitos estratégicos revolucionarios, signando la pérdida de influencia y prestigio internacional de su producción cultural hacia el declive socialista de fines del siglo XX.

Para finalizar, me gustaría citar un ejemplo particular de este arte político que en los sesenta estuvo atravesado por los significados de la militancia y la juventud: *El último sueño de Joe* (1966), pintura del artista y escenógrafo Guillermo Núñez. Siendo uno de los principales articuladores de la cultura durante el gobierno de la UP desde la esfera comunista, Núñez es recordado como el director del MAC “de Allende” por afirmar -muy oficialistamente- su deseo de que el museo “*oliera a empanada y vino tinto*”¹⁰⁷. Estuvo cerca: bajo su dirección se produjo la mítica exhibición de las Brigadas Ramona Parra y Elmo Catalán (1971)¹⁰⁸, así como la exposición inspirada en las 40 medidas del programa de la UP, que sirvió como llamamiento a una escena artística completa en defensa de la figura de Allende ante el asedio comunicacional de los Estados Unidos. Antes de esa experiencia, Núñez había realizado una serie de viajes que lo formarían como artista moderno, pero que sin embargo expresaban

106 Sobre las condiciones de producción cultural durante la dictadura, recomendamos la atención a los estudios Jocelyn Muñoz, “Demoliendo el muro. Cultura televisiva / regímenes televisuales de los años ochenta en Chile”, *Ensayos sobre artes visuales. Prácticas y discursos de los años 70 y 80 en Chile. Volumen IV*, Santiago, Lom Editores, 2015; Luis Errázuriz y Gonzalo Leiva, *El golpe estético. Dictadura militar en Chile (1973-1989)*, Santiago, Ocho Libros, 2012; Gaspar Galaz y Milan Ivelic, *Chile, arte actual*, Valparaíso, Ediciones UCV, 1988; Cristi y Manzi, op. cit.

107 Saúl, op. cit., *Museo abierto...*

108 Olmedo, op. cit., *Reflexiones...*

también la novedad social portada en su propia identidad: alguno a París como becario de la educación pública¹⁰⁹ (1953), otros al “este soviético” en actividades de su compromiso político y cultural con el teatro; el viaje a Nueva York lo realizará como “allegado” de otros artistas chilenos allí (en particular de Antúnez, nombrado agregado cultural de Chile en Estados Unidos durante el gobierno de Frei Montalva)¹¹⁰. Los saberes recolectados los había puesto en juego en espacios disímiles como la realización de escenografías, el diseño gráfico (trabajó como portadista de revista *Ercilla*), la elaboración de actividades de mediación artística y la gestión institucional. En su trayectoria de entonces resulta imposible separar sus vínculos del arte de aquellos de la política, que le permitieron entonces construir y vislumbrar alianzas en pos de la obtención de una mejor posición en el ámbito “institucional” del arte: un ámbito proclive a abrirse hacia la izquierda. Es precisamente en este último viaje en el que surge un ejemplo pertinente, cuando tras la exhibición ante un grupo de artistas neoyorkinos del documental sobre su obra dirigido por el cineasta Maurice Amar (*The world of Guillermo Núñez*, 1965)¹¹¹, Núñez se ve obligado a confrontar el potencial crítico en la estética irreverente del *pop* norteamericano frente al realismo intensificado del expresionismo informalista. Este último, entendido como “una subversión de la vida contra su cristalización”¹¹², era promovido en Chile por Balmes como un arte de cruda denuncia activista a la guerra de Vietnam y a las avanzadas norteamericanas en el continente: a partir de 1965, la realidad hizo más urgente el retorno a la figuración que la sustentación de cualquier “purismo” estético que alineara al creador comprometido en un estilo determinado. *El último sueño de Joe* es uno de los frutos de la exposición de este artista militante a la observación de estéticas hasta entonces estigmatizadas en el contexto formal de la política (donde lo norteamericano era sinónimo de imperialismo), mezclando su registro con el del prisma del internacionalismo en clave latinoamericana. Tras el golpe de 1973, que incluyó a Núñez dentro de sus listas de perseguidos y detenidos debido a su importante figuración pública, la

109 Guillermo Núñez se educó en el Instituto Nacional (1944-1948), y luego en Arte y Teatro en la Universidad de Chile (1949-1952).

110 Isidora Neira y Natalia Castillo, “Biografía”, *Archivo Guillermo Núñez*, Santiago de Chile, 2017, cf. <http://archivoguillermonunez.cl/biografia>

111 Maurice Amar, *The World of Guillermo Núñez*, Nueva York, Maurice Amar, 1965, Archivo Guillermo Núñez, cf. <https://youtu.be/ooYU6KJ3f0M> (consultado el 15 de abril de 2018).

112 José María Moreno Galván, *Autocrítica del Arte* [1965], Barcelona, Barataria, 2010.

mayor parte de sus obras *pop* fueron pintadas por él mismo de blanco para su protección y la de su familia. Una vez el artista en el exilio, tras ser apresado por inaugurar una exposición crítica a la dictadura en septiembre de 1975 y luego trasladado a distintos centros de exterminio y tortura (Cuatro Álamos, Villa Grimaldi, Tres Álamos, Puchuncaví), estas imágenes fueron borradas de los lienzos como de la historia a la que buscaban fortalecer, y con ellas la prueba de su aproximación subjetiva, humorística y creativa a la idea de una “plástica para la revolución”. Es responsabilidad de nuestra mirada en el presente como investigadores dotar de un hilo conductor a estas piezas y reconstruir un relato que desde la parcialidad y “hacia la totalidad” se plantee su convocatoria de regreso a lo público en términos materiales y valóricos. Sólo este gesto de rescate sistemático del “espíritu de escisión” soreliano de las clases subalternas observado por Gramsci¹¹³ nos permitirá restituir en algún grado la unicidad perdida de estos trabajos ante su actual dispersión, que hoy los convierte progresivamente en meros objetos de propiedad mercantil.

113 Antonio Gramsci, “Apuntes sobre la historia de las clases subalternas. Criterios metódicos”, *Cuadernos de la Carcel*, C. XXIII; R. 191-193, cf. <http://www.gramsci.org.ar/1931-quapos/46.htm> (consultado el 15 de abril de 2018).

Bibliografía

Fuentes documentales

Barrientos V., Edulio, "UNCTAD III: Fuente inesperada de trabajo para los plásticos chilenos", *El Siglo*, 20 de febrero de 1972. Gonzalo Contreras y Eduardo Vassallo, *La cultura con Allende vol. 1, 1970-1971*, Santiago, Alterables, 2014, pp. 63-66.

Cuevas, José Luis, "La cortina de nopal", *Ruptura* s/n, México D. F., Museo Carrillo Gil, 1988, pp. 84-91. Archivo ICAA MFAH.

E.B.V., "Carlos Ortúzar: No creo en los supermensajes, el papel del arte es más directo y sencillo", *El Siglo*, 13 de febrero de 1972, Santiago de Chile. Gonzalo Contreras y Eduardo Vassallo, *La cultura con Allende vol. 2, 1972-1973*, Santiago, Alterables, 2014, pp. 55-58.

Ortizpozo, "Pintura social de Chile: un capítulo inédito", *El Siglo*, 14 de mayo de 1972, Santiago de Chile. Gonzalo Contreras y Eduardo Vassallo, *La cultura con Allende vol. 2, 1972-1973*, Santiago, Alterables, 2014, p. 151.

Prensa, "La fiebre del póster", *Eva*, 27 de diciembre de 1968, Santiago de Chile.

Prensa, "Cincuenta años de historia en un mural", *El Siglo*, 5 de enero de 1972. Gonzalo Contreras y Eduardo Vassallo, *La cultura con Allende vol. 2, 1972-1973*, Santiago, Alterables, 2014, pp. 20-22.

Prensa, "Tarea de los artistas: ampliar nuestro lenguaje y transformar la realidad", *El Siglo*, 18 de junio de 1972, Santiago de Chile. Gonzalo Contreras y Eduardo Vassallo, *La cultura con Allende vol. 2, 1972-1973*, Santiago, Alterables, 2014, pp. 187-188.

Robinovich, Rosa, "Las dos caras del plan cultural", 21 de febrero de 1971, Santiago de Chile. Gonzalo Contreras y Eduardo Vassallo, *La cultura con Allende vol. 1, 1970-1971*, Santiago, Alterables, 2014, pp. 192-199.

Saúl, Ernesto, "Museo Abierto", *Ahora* año I no. 2, 20 de abril de 1971, pp. 46-47. Archivo Guillermo Núñez.

Vidal, Virginia, "No solo de pan... Primer día del director del Museo de Arte Contemporáneo", *El Siglo*, 28 de enero de 1971. Archivo Guillermo Núñez.

Fuentes impresas

Aguiló, Osvaldo, *Plástica neovanguardista, antecedentes y contextos*, Santiago de Chile, CENECA, 1983.

Brunner, José Joaquín, "Campo artístico, escena de 'avanzada' y autoritarismo en Chile", *Arte en Chile desde 1973. Escena de Avanzada y Sociedad. Documento FLACSO no. 46*, Santiago de Chile, FLACSO, 1987.

Camnitzer, Luis, *Didáctica de la liberación: arte contemporáneo latinoamericano*, Montevideo, Centro Cultural de España, 2007.

Casals, Marcelo *Middle Class and Dictatorship in Chile: Consent, Negotiation, and Crisis, 1970-1983*, tesis de la Universidad de Wisconsin-Madison para obtención del grado de Doctor en Historia de América Latina y el Caribe, expuesta en las *XXII Jornadas de Historia de Chile*, Universidad Austral, Valdivia, noviembre de 2017.

_____, *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la "vía chilena al socialismo", 1956-1970*, Santiago, Lom Ediciones, 2010.

De Juan, Adelaida, "Actitudes y reacciones" [1974], Damian Bayón ed., *América Latina en sus artes*, México D. F., UNESCO / Siglo XXI Editores, 1983, pp. 34-44.

Faletto, Enzo, "Chile 1950-1973: transformaciones y conflictos", Chile 100 años de artes visuales: segundo periodo, 1950-1973, entre modernidad y utopía, Santiago, Museo Nacional de Bellas Artes, 2000, pp. 51-67.

Fox, Claire F., *Arte panamericano: políticas culturales y guerra fría*, Santiago de Chile, Metales Pesados, 2016.

Freire, Cristina "Apuntes sobre el arte subterráneo en Latinoamérica, 1960-70", *Sistemas, Acciones y Procesos 1965-1975* (ed. Rodrigo Alonso), Buenos Aires, Fundación Proa, 2011, pp. 42-47.

Galaz, Gaspar y Milan Ivelic, *Chile, arte actual*, Valparaíso, Ediciones de la Universidad de Valparaíso, 1988.

García, Soledad y Daniela Berger, *La Emergencia del pop: irreverencia y calle en Chile*, Santiago, Museo de la Solidaridad Salvador Allende, 2016.

Guilbaut, Serge, "Éxito: de cómo Nueva York les robó a los parisinos la idea de modernismo, 1948", Alonso, Rodrigo ed., *Imán: Nueva York: Arte argentino de los años 60*, Buenos Aires, Fundación PROA, 2010, pp. 37-65.

Hadjinikolaou, Nicos, *Historia del arte y lucha de clases*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2005.

Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 1998.

Longoni, Ana, *Vanguardia y Revolución. Arte e izquierdas en la Argentina de los sesenta-setenta*, Buenos Aires, Ariel, 2014.

Macchiavello, Carla, "Panamericanismo artístico como vanguardia: el rol social del arte a comienzos de los años 70", *Redes intelectuales: arte y política en América Latina*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2014.

Mellado, Justo Pastor, "Historias de transferencia y densidad en el campo plástico chileno (1973-2000)", *Chile 100 años de artes visuales: tercer periodo, 1973-2000, transferencia y densidad*, Santiago, Museo Nacional de Bellas Artes, 2000, pp. 8-23.

Moreno Galván, José María, *Autocrítica del Arte* [1965], Barcelona, Barataria, 2010.

Muñiz-Huberman, Angelina, *El canto del peregrino. Hacia una poética del exilio*, Barcelona, Gexel / Universidad Autónoma de Barcelona, 1999.

Olmedo Carrasco, Carolina, "Reflexiones en torno al muralismo comunista en Chile: exposición retrospectiva de las Brigadas Ramona Parra en el Museo de Arte Contemporáneo de Santiago", Olga Ulianova et al. eds., *1912-2012: el siglo de los comunistas chilenos*, Santiago, IDEA USACH, 2012.

_____, "El arte y la gran política: el pensamiento crítico de José María Moreno Galván en América Latina", *Práctica, estudio y crítica de la historia del arte latinoamericano: Pasado y presente*, Santiago, Departamento de Historia y Teoría del Arte, Facultad de Arte de la Universidad de Chile, 2017.

Oyarzún, Pablo, "Crítica; historia", "Campo artístico, escena de 'avanzada' y autoritarismo en Chile", *Arte en Chile desde 1973. Escena de Avanzada y Sociedad. Documento FLACSO no. 46*, Santiago de Chile, FLACSO, 1987.

Pinto, Julio ed., *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, Lom Editores, 2005.

Richard, Nelly, *Cuerpo correccional*, Santiago de Chile, Francisco Zegers Editor, 1980.

_____, *Márgenes e instituciones: arte en Chile desde 1973* [1983], Santiago de Chile, Metales Pesados, 2007.

Richard, Nelly, Claudia Zaldívar y Pablo Oyarzún eds., *Arte y política*, Santiago de Chile, Universidad ARCIS, 2005.

Saúl, Ernesto, *Pintura social en Chile. Nosotros los chilenos no. 13*, Santiago, Empresa Editora Nacional Quimantú, 1972.

Thielemann, Luis, "El Movimiento Popular y la historiografía en Chile: Elementos para un balance a 40 años del Golpe de Estado", *Revista de Historia y Geografía* no. 29, 2013, pp. 105-130.

Varas, Paulina, "De la circulación artística chilena a la circulación de la Escena de Avazada", *ICAA Documents Project Working Papers* no. 1, septiembre de 2007.

Venegas Espinoza, Fernando, *Violeta Parra en Concepción y la frontera del Biobío, 1957-1960: recopilación, difusión del folklore y desborde creativo*, Concepción, UDEC / CNCA, 2017.

Fuentes digitales

Acuña, Constanza, *Origen y devenir del Museo de Arte Popular Americano Tomás Lago*, Santiago, MAPA, s/f, cf. <http://www.mapa.uchile.cl/proyectos/index.php> (consultado el 25 de marzo de 2018).

Amar, Maurice, *The World of Guillermo Núñez*, Nueva York, M. Amar, 1965, Archivo Guillermo Núñez, cf. <https://youtu.be/ooYU6KJ3f0M> (consultado 15 de abril de 2018).

Berrios, María y Jakob Jakobsen, *The Revolution must be a school of unfettered thought*, exposición en la 31a Bienal de Sao Paulo, 2014, cf. <http://www.31bienal.org.br/en/post/1501> (consultado el 25 de marzo de 2018).

Bowen, Martín, "El proyecto sociocultural de la izquierda chilena durante la Unidad Popular. Crítica, verdad e inmunología política", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 21 de enero 2008, cf. <http://journals.openedition.org/nuevomundo/13732> (consultado el 25 de marzo de 2018).

Consejo de Monumentos Nacionales de Chile, *Mural Quinchamali de Nemesio Antúnez (1958)*, Santiago, CMN, 2011, cf. <http://>

www.monumentos.cl/monumentos/monumentos-historicos/mural-quinchamali-nemesio-antunez (consultado el 25 de marzo de 2018).

Di Lauro, Jorge y Nieves Yankovic, *Los artistas plásticos de Chile*, Santiago, CINEAM, 1960. Archivo Digital de la Cineteca Nacional, cf. <http://www.ccpm.cl/sitio/los-artistas-plasticos-de-chile/> (consultado el 25 de marzo de 2018).

Flores del Pino, Carlos, *Descomedidos y chascones*, Santiago, Departamento de Cine, Universidad de Chile, 1973. Cineteca Virtual Universidad de Chile, cf. <http://www.cinetecavirtual.cl/fichapelícula.php?cod=34> (consultado 15 de abril 2018).

Gramsci, Antonio, “Apuntes sobre la historia de las clases subalternas. Criterios metódicos”, *Cuadernos de la Carcel*, C. XXIII; R. 191-193, cf. <http://www.gramsci.org.ar/1931-quapops/46.htm> (consultado el 15 de abril de 2018).

Neira, Isidora y Natalia Castillo, “Biografía”, *Archivo Guillermo Núñez*, Santiago de Chile, 2017, cf. <http://archivoguillermonunez.cl/biografia>

Richard, Nelly, *Lo político en el arte: arte, política e instituciones*”, *E-misférica* no. 6.2, Nueva York, Hemispheric Institute / NYU, 2009, <http://hemisphericinstitute.org/hemi/es/e-misferica-62/richard> (consultado el 25 de marzo de 2018).

_____, “Todo comenzó así”, *Punto de fuga* s/n, Santiago, Estudiantes de Historia y Teoría del Arte, Universidad de Chile, 2015, <http://www.revistapuntodefuga.com/?p=1872>

Samaniego, Fernando, “Alain Touraine: los movimientos sociales se desvinculan de la política”, *El País*, domingo 14 de abril de 1974, Madrid, http://elpais.com/diario/1978/04/14/sociedad/261352807_850215.html (consultado el 25 de marzo de 2018).

LAS RENOVACIONES SOCIALISTAS QUE NO VENCIERON

Mariana Perry¹

Introducción

La radicalidad del golpe de estado en Chile en 1973 generó múltiples quiebres que desataron profundos cambios en la realidad chilena. Para la izquierda en particular, ese 11 de septiembre, no significó solamente la necesidad de establecer estrategias prácticas de emergencia para sobrevivir, sino que, además, fue el punto de partida de sendos procesos de reflexión política que buscaron dar sentido e interpretar el cambio del escenario político en Chile.

La experiencia de la vulneración de derechos humanos por parte del régimen, el exilio, y la imposibilidad de participar activamente en la vida política chilena, llevó a muchos dirigentes políticos de izquierda a cuestionar los proyectos hasta entonces sustentados para hacer frente a la nueva realidad.

El camino recorrido por el socialismo chileno en este sentido adquiere una importancia trascendental. Desde su fundación, albergó diversas tendencias, por lo que su labor interpeló a amplios sectores políticos de la sociedad. Por esto mismo, los debates y cambios provocados por el golpe de estado al interior del socialismo afectaron de manera directa al mundo de izquierda en general. La realidad del Partido Socialista (PSCh) luego del golpe de estado; un partido escindido por el exilio y la persecución política al interior del país, la comunión directa en el exilio con realidades políticas diversas propias de la Guerra Fría, y la relación con el resto de los partidos políticos chilenos, fueron determinantes para el devenir del partido hacia fines de 1970 y la década de 1980.

¹ Chilena. Doctora en Humanidades por la Universidad de Leiden. Profesora Investigadora, Instituto Historia, Facultad de Derecho y Gobierno, Universidad San Sebastián, Santiago. marianaperryf@gmail.com

El objetivo principal del presente artículo es analizar los caminos recorridos por el PSCh luego del golpe de estado en Chile. En particular, se buscará identificar cómo las evaluaciones del período de la Unidad Popular, el golpe de estado y la realidad en el exilio, impactaron en las reformulaciones y transformaciones políticas del partido. Como eje de análisis se abordarán los elementos que determinan el proceso de Renovación en tanto hito determinante en las divisiones políticas al interior del partido y cómo su evolución, en consonancia con el desarrollo de los acontecimientos políticos en Chile y el mundo, reordena el espectro político de izquierda chileno y determina el carácter de la oposición al régimen militar. Para lo anterior, es necesario analizar la trayectoria histórica del socialismo chileno, pues se sostiene que las fragmentaciones ocurridas luego del golpe son un continuo dentro de la historia del partido. En la misma línea, se analizan ciertos hitos relevantes de la historia chilena en donde se evidencia la importancia de la relación entre comunismo y socialismo para la configuración del camino político tomado por el socialismo durante buena parte del siglo XX. Finalmente se abordará el proceso de reflexión política al interior del socialismo luego del golpe militar identificando un primer momento entre 1973 y 1979 en donde se buscó mantener la unidad del partido en una difícil convivencia signada por el exilio y la persecución, y un segundo momento, luego del quiebre de 1979, en donde una serie de procesos estallan al interior del socialismo dando lugar a variados procesos de renovación.

Crisis y renovación: la multiplicidad de un proceso complejo

El golpe de estado en Chile, en múltiples niveles, actuó como catalizador de una serie de procesos de reconfiguración político-social, que implicó cambios y transformaciones profundas en la sociedad chilena. En la izquierda en particular, como se mencionaba, la crisis provocada por el golpe dio paso a una serie de cuestionamientos teóricos y prácticos que reconfiguraron de manera violenta el escenario político chileno. Como señala Valderrama,² el golpe implicó una deconstrucción del sistema de representaciones desde donde la izquierda se reconocía, para reconstruir de otra manera un nuevo modelo de representación de la realidad en base

2 Miguel Valderrama, "Renovación Socialista y Renovación Historio-gráfica", *PREDES Debates y Reflexiones. Aportes para la investigación social*, Santiago de Chile, No.5, 2001, pp. 2-38.

a los nuevos desafíos presentados en la sociedad chilena tras los cambios instaurados luego del golpe.

Esta deconstrucción y posterior reconfiguración es explicada, desde la teoría, en que una crisis fuerte sumada a una percepción de fracaso, incentiva, más que cualquier otro hito, la búsqueda de nuevos referentes para hacer frente a una nueva realidad cambiante.³ La idea que subyace es que el trauma y las experiencias de fracaso, obligan a aceptar que el ordenamiento del mundo –tal y como estaba definido- ya no hacen sentido, y se fuerza a la mente a considerar nuevas ideas para reordenar el entendimiento de la realidad. Según Nancy Bermeo⁴, las dictaduras latinoamericanas provocaron cambios cognitivos fundamentales y forzaron el replanteamiento de ideas bases del pensamiento político tales como; la naturaleza de los regímenes políticos, los enemigos o aliados, las metas y comportamientos en política.

En el caso chileno, Garretón y Espinosa,⁵ sugieren que el aprendizaje político experimentado por la oposición al régimen militar, luego del golpe de 1973, pasó por tres etapas esenciales. La primera aborda las causas del golpe militar y la dictadura. La segunda se refiere a los medios para desafiar y derrotar a la dictadura. Y la tercera concierne al aprendizaje de los actores mismos en su desempeño político durante la transición a la democracia. En las tres etapas, el aprendizaje no se manifestó en todos los actores por igual y dependió en gran medida del trasfondo intelectual, práctico, y en el destino del exilio, de cada actor político. Es decir, la reconstrucción luego de la crisis generada por el golpe, lejos de ser homogénea, presenta una multiplicidad de caminos por los que las distintas izquierdas recorren para rearmar sus proyectos políticos en contexto de dictadura y exilio. Las distintas interpretaciones sobre la experiencia de la Unidad Popular, la naturaleza del régimen, los errores cometidos, la influencia del contexto político del exilio, entre otros elementos, dan paso a decisiones político-estratégicas de

3 Jennifer McCoy, "Political learning and redemocratization in Latin America", *Paper presentado en el XIX Congreso Internacional del Latin American Studies Association*, Washington DC, 1995.

4 Nancy Bermeo, "Democracy and the Lessons of Dictatorship", *Comparative Politics*, No. 3, Vol. 24, Nueva York, 1992, pp. 273-291.

5 Manuel A. Garretón y Malva Espinosa, "Chile: Political Learning and the Reconstruction of Democracy", En Jennifer McCoy (Ed.), *Political Learning and Redemocratization in Latin America: Do Politicians Learn from Political Crises?* Florida, North-South Center Press at University of Miami, 2000, pp. 37-71.

muy distinto signo, lo que implicaría más bien hablar de renovaciones políticas dentro de la izquierda chilena post golpe.

Particularmente para el caso del socialismo chileno, Kenneth Roberts⁶ sostiene que la renovación del PSCh responde a tres crisis fundamentales que posibilitan el cambio. La primera, es una crisis de sentido o teleológica que obedece a una progresiva deslegitimación del socialismo como modelo material de la sociedad, para considerarlo como un modelo a conseguir en el marco democrático. La profundidad de la crisis del sentido genera a su vez una crisis en las estrategias, puesto que la nueva finalidad del socialismo requería otros medios para alcanzarlos. De ahí que el consenso y la búsqueda de nuevas alianzas políticas sean centrales para conseguir las hegemonías políticas que permitan el cambio. Tanto la crisis del sentido, como de estrategias conducirán a una tercera crisis en torno al agente del cambio.

A partir de dichas crisis fundamentales, surgen diversos caminos en base a énfasis y enfoques que marcan la diversidad del proceso. Por ejemplo, entre la literatura existente, se identifica una tensión entre los que hablan que la reconfiguración provocada por el golpe obligaba una necesaria desintegración del proyecto político de la UP, por considerar “que no está a la altura de las exigencias actuales” por ejemplo en Viera-Gallo,⁷ o en la misma línea, pero con otro enfoque, Clodomiro Almeyda sobre la Renovación sostuvo críticamente: “Por el camino de cuestionarlo todo y revisarlo todo se ha llegado al extremo de llegar a plantear la incompatibilidad entre la democracia y el socialismo, confundiendo en este caso con los neoliberales que piensan que no puede haber democracia sin libertad económica y soberanía del mercado”.⁸ En contraposición hay quienes sostienen que en la Renovación hay un rescate de la identidad socialista, por ejemplo: Arrate⁹ y especialmente a través del rescate de la figura de Allende en Garretón.¹⁰

6 Kenneth Roberts, “Renovation in the Revolution? Dictatorship, Democracy, and Political Change in the Chilean Left”, *Working Paper*, No. 203, Notre Dame, Helen Kellogg Institute for International Studies, 1994, pp. 1-36.

7 José Antonio Viera-Gallo, “Renovar la izquierda”, *Revista Chile América*, Roma, No., 50-51, 1979, pp. 61-62.

8 Clodomiro Almeyda. “Entrevista a Clodomiro Almeyda. El legado de Allende es su llamamiento persistente a la unidad”, *Revista Chile América*, No. 82-83, Roma, Octubre-Noviembre-Diciembre 1982, p.39.

9 Jorge Arrate, *El socialismo chileno: rescate y renovación*, Barcelona, Ediciones del Instituto para un Nuevo Chile, 1983.

10 Manuel A. Garretón Garretón, *Las ideas de la renovación socialista. Síntesis y Balance. Material de Trabajo*, Santiago, Flasco, 1987.

Para los comunistas, la renovación ocurrida luego del golpe y la represión tomó un camino distinto. La influencia soviética directa y la experiencia de la represión en Chile fueron centrales en el giro político que el partido tomó. Como resultado “se desvaneció el optimismo puesto en las posibilidades del tránsito institucional, y las esperanzas fueron puestas, en último término, en la violencia revolucionaria”.¹¹ Así Álvarez,¹² sostiene que el aprendizaje del Partido Comunista de Chile (PCCh) a partir de la crisis generada por la derrota de la UP, los primeros años de experiencia en el socialismo real en el exilio y la represión al interior del régimen, “significó una profunda transformación a nivel teórico y cultura política en el PC”.¹³ El aprendizaje, según Álvarez, estuvo dado por “una mirada laica de la política que estimaba que la elaboración teórica del accionar del PC debía estar conectada con el movimiento real de la lucha de clases y no atado a dogmas esclorizados”.¹⁴ Este aprendizaje conllevó a cambiar la línea del PCCh y por tanto renovar su práctica y planteamiento político. Como sostiene Álvarez, más allá de una apreciación valorativa con respecto al giro, durante el período post golpe, el PCCh desarrolló un proceso que “se caracterizó en buscar nuevas formulaciones para la teoría y la praxis de la izquierda conservando la perspectiva de la sustitución del capitalismo”,¹⁵ lo que condicionó el desarrollo de su política durante la década de 1980. Álvarez sostiene que la renovación del comunismo actuó en tres niveles: la incorporación de lo militar en la política; una democratización interna y un cambio en los objetivos estratégicos del partido orientado a unir socialismo y democracia. Sin embargo, dicho autor sostiene que la dirección del partido se resistió a aceptar algunos aspectos de esta renovación, particularmente la que tenía que ver con plantear críticas a la política de la Unión Soviética y a los socialismos reales y generar una mayor democratización al interior del partido.¹⁶

Los anteriores, son ejemplos de las Renovaciones más emblemáticas del período, sin embargo, al interior de todos los grupos políticos de

11 Tomás Moulián, “El Marxismo en Chile: Producción y Utilización”. En José. J. Brunner, Martín Hopenhayn, Tomás Moulián, y Ludolfo Paramio (Eds.), *Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile*, Santiago de Chile, FLACSO, 1993, pp. 107-161, p.106.

12 Rolando Álvarez, *La tarea de las tareas: luchar, unir, vencer. Tradición y renovación en el Partido Comunista de Chile (1965-1990)*, Santiago de Chile, Tesis Doctoral, Universidad de Chile, 2007, p. 293.

13 Idem.

14 Idem.

15 Idem.

16 Idem.

izquierda se dieron cambios y transformaciones, más o menos profundas y redirecciones más o menos radicales, luego del golpe de estado. A pesar de ello, como se observa a lo largo del artículo, el devenir político social del Chile de los años ochenta sumado a los nuevos planteamientos políticos que se gestaron desde la oposición, dieron paso a que fuese la Renovación socialista la que prima por sobre las otras propuestas y la que direcciona el rol del PSCh en la política chilena y el ritmo de la transición política hacia la democracia.

A continuación, se analiza la trayectoria histórica del socialismo con el objetivo de identificar aquellos hitos formativos de identidad que explican, en parte, la fragmentación ocurrida luego del 11 de septiembre de 1973.

Trayectoria histórica del PSCh

El presente apartado tiene tres objetivos específicos: identificar la naturaleza heterogénea del socialismo, comprobar la importancia central de la relación entre el PCCh y el PSCh para las formulaciones prácticas y teóricas del socialismo chileno y reconocer el rol que la política internacional jugó en la composición ideológica del PSCh.

La década de 1920 en Chile estuvo definida por las consecuencias de la crisis del salitre sobre la economía chilena, a lo que se sumó la crisis económica mundial del año 1929, que azotó fuertemente a Chile. Como respuesta, el Estado redujo el ya pequeño gasto público cimentando el camino para el surgimiento de diferencias sociales pronunciadas y la explosión de un descontento social que, desde la emergencia de la “cuestión social” en el cambio de siglo, venía moldeando la aparición de nuevos grupos políticos que desafiaban la representatividad de los partidos políticos tradicionales.

En paralelo, el PCCh había dejado de contar con el apoyo de la clase obrera que el Partido Obrero Socialista (POS) había detentado. La adhesión al comunismo internacional, las divisiones entre Trotsky y Stalin y la represión que sufrió el partido durante el período de gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, contribuyeron al progresivo debilitamiento del PCCh. Esta debilidad condujo a la creación de una serie de movimientos inspirados en los principios socialistas que compartían la preocupación por la clase trabajadora y la desconfianza de la lealtad del PCCh hacia los

lineamientos de la Komintern.¹⁷ Esta desconfianza se potenció cuando el PCCh decidió no apoyar a la República Socialista en 1932, un gobierno de corta duración, compuesto por diversos miembros de variados grupos socialistas y de algunas ramas de las fuerzas armadas.¹⁸

El vacío dejado por los comunistas entre el electorado fue aprovechado por estos movimientos socialistas quienes, tras una prometedor votación en la elección presidencial de 1932, decidieron conformar un partido que los agrupara. Así se funda el PSCh en abril de 1933 por la fusión de la Orden Socialista, el PS Marxista, la Acción Revolucionaria Socialista y la Nueva Acción Pública.¹⁹

El PSCh se transformó, de esta forma, en punto de encuentro entre tendencias diversas, tales como: populistas, socialistas democráticos y marxistas anti-estalinistas, representantes de las clases medias y sectores populares. Grupos que lograron reunirse en torno a un programa concreto que buscaba la transformación del orden social y económico a través de la revolución.²⁰ En la misma línea, Ricardo Yocolevsky,²¹ sostiene que el PSCh cumplió la función de “dar forma orgánica a diversas manifestaciones de integración de las clases medias y sectores obreros a la política nacional”, dicha integración a la política sostiene Yocolevsky, fue clave para mantener la unidad dentro de la heterogeneidad.

Inicialmente la doctrina política tuvo un rol menor en el éxito que comenzó a recibir el reciente partido. A pesar de la circulación de documentos de alto contenido revolucionario, el discurso se complementaba con versiones más moderadas de representantes de un partido que reunió a distintos proyectos en uno, generando un pensamiento híbrido. Según Drake²² la ideología política fue puesta en segundo plano para favorecer promesas concretas que solucionaran demandas de las clases medias y bajas. Se

17 Benny Pollack, “The Chilean Socialist Party: Prolegomena to Its Ideology and Organization”, *Journal of Latin American Studies*, No.1, Vol. 10, Cambridge, 1978, p.117-152.

18 Julio Faúndez, *Marxism and Democracy in Chile. From 1932 to the fall of Allende*, New Haven, Yale University Press, 1988.

19 Ver: Jorge Arrate y Eduardo Rojas, *Memoria De La Izquierda Chilena*, Tomo1, Santiago de Chile, Ediciones B Chile S.A, 2003.

20 Ver: Alfredo Riquelme, *Rojo atardecer: el comunismo chileno entre dictadura y democracia*, Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2009.

21 Ricardo Yocolevsky, “El Partido Socialista de Chile bajo la dictadura militar”, *Revista Foro Internacional*, No. 105, vol.21, México D.F, julio-septiembre 1986, p. 105.

22 Paul Drake, *Socialism and Populism in Chile, 1932-1952*, Champaign, University of Illinois Press, 1978.

prefirió un estilo directo y pragmático para capturar las masas en vez del intelectualismo de los comunistas. Debido a la composición heterogénea del partido, se buscó lograr la uniformidad ideológica en torno al programa político del socialismo, apoyándose en prácticas caudillistas.²³ De hecho, en sus inicios, las figuras de Marmaduke Grove, Eugenio Matte y Oscar Schnake personificaron el socialismo para muchos de sus seguidores y a la vez ejercieron una influencia trascendental en la organización y vida cotidiana del joven partido.²⁴ Arrate y Rojas²⁵ sostienen que, en el PS, los liderazgos carismáticos tienen el peso decisivo; rasgo que, junto con su conformación heterogénea, definirá los fraccionalismos y divisiones que acompañan al partido, especialmente luego del golpe de 1973, como se analiza en la siguiente sección.

En referencia al impacto de la política internacional, el PSCh, se posicionó rápidamente como un partido antifascista, lo que se expresó en enfrentamientos callejeros con miembros del movimiento nacist²⁶ en Chile. En un documento realizado por el Comité regional del partido socialista de Santiago con ocasión del 6to aniversario del PSCh, titulado “No somos un partido más”, con respecto a su orientación, Oscar Schnake definía al partido como “realista” por inspirarse más en la realidad nacional que en ideas universales.²⁷ De este modo sostuvo:

Vamos impulsando la acción de todo un pueblo, el movimiento de un pueblo hacia su liberación, por eso queremos darle un contenido nacional que abarque nuestra manera de trabajar, gozar, sufrir y sentir, para hacer un pueblo nuevo en todas sus facetas.²⁸

23 David Corkill, “The Chilean Socialist Party and The Popular Front 1933-41”, *Journal of Contemporary History*, No. 2/3, Vol. 11, 1976, p.261-273.

24 Ver: Julio Jobet, *El Partido Socialista de Chile. Tomo I*. Santiago de Chile: Ediciones Prensa Latinoamericana, 1971.

25 Arrate y Rojas, *op. cit.*

26 Esta clara y abierta posición anti fascista contrastó con el inmovilismo del PCCh que se explicaba por el Pacto Molotov-von Ribbentrop. Pacto que entre sus cláusulas contenía la no agresión mutua entre la Alemania Nazi y la Unión Soviética firmado en 1939. Pollack, *op. cit.*, p.122.

27 Ver: Arrate y Rojas, *op. cit.*

28 Citado en: Eduardo Devés y Carlos Díaz (Ed.), *El Pensamiento socialista en Chile: antología, 1893-1933*, Santiago de Chile, América Latina Libros, 1987, p.232-233.

Esta postura nacionalista actuaba como una evidente reacción al internacionalismo doctrinario del comunismo y demostraba un énfasis revolucionario de refundación social desde un enfoque que buscaba interpretar la realidad nacional. A pesar de la crítica al PCCh, el PSCh reconocía al marxismo como un método para interpretar la sociedad y a la lucha de clases como la expresión de intereses de clase antagonistas. Es decir, el socialismo adoptó al marxismo como orientación ideológica pero no como dogma.²⁹ Para el PSCh el conflicto de clase era el motor para el cambio, pues la revolución social era el objetivo último. La teoría sobre el desarrollo nacional apuntaba a que la clase trabajadora expulsara a la elite capitalista tanto nacional como extranjera. El método era que el Estado controlara la propiedad privada a gran escala para lograr el crecimiento económico y la justa redistribución.³⁰ Esta visión del socialismo rechazaba tanto el reformismo de los modelos democráticos de Europa, como el comunismo totalitario de la Rusia Soviética.

Ahora bien, a pesar de una marcada mirada nacionalista, el PSCh desde sus inicios, observó diversos y eclécticos referentes externos para marcar su formación. Al respecto, Góngora señala:

Tienen algo del americanismo del APRA, pero con un mayor número de ingredientes. Abarcan desde simpatizantes del trotskismo, o, mejor dicho, anti estalinistas, hasta simpatizantes de Tito; marxistas doctrinarios, pero no moscovitas; masones, hombres de una izquierda definida como actitud más que con una idea; violentistas junto a hombres que podrían haber sido ministros durante el régimen parlamentario”.³¹

La mayor influencia latinoamericana al PSCh fue incorporada por Eugenio Matte, quien imprimió la influencia del APRA y de su líder Víctor Raúl Haya de la Torre sobre el recién fundado partido.³² El aprismo ejerció una influencia central en muchos movimientos de corte socialista pues sintetizó ideas socialistas y nacionalistas dando una orientación la-

29 Ver: Jobet, *op. cit.*

30 Ver: Pollack, *op. cit.*, y Drake, *op. cit.*

31 Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1986, p.240.

32 Para más detalle sobre la relación del movimiento formado por Eugenio Matte Hurtado y el Aprismo peruano ver: Fabio Moraga, “¿Un partido indoamericanista en Chile? La Nueva Acción Pública y el Partido Aprista Peruano (1931-1933)”, *Histórica*, No. 2, Vol. XXXIII, 2009, p.109-156.

tinoamericanista que se vio reflejada en muchos movimientos que surgieron durante la misma época. De hecho, el PSCh se caracterizó por ser un partido político internacionalista, cuyo principal foco y meta estaba en lograr la libertad de los trabajadores de Latinoamérica. Grove, en el discurso de clausura del Primer Congreso General el 31 de diciembre de 1933 señaló:

Hasta ahora la economía americana ha servido al imperialismo internacional; al Partido socialista le corresponde arrojar del poder a los grupos directivos que no han sabido mantener nuestra independencia frente a los intereses extranjeros de la banca, la industria o el comercio. El trabajo de los americanos debe servir en primer lugar a los americanos mismos.³³

Este antiimperialismo fue útil al PSCh pues logró canalizar las ideas socialistas y nacionalistas que habían estado al origen del movimiento y que eran, mayoritariamente, los pilares en los que descansaba la popularidad que adquirió el partido.

El socialismo, por tanto, se conformó como un partido ecléctico lo que implicaba que las referencias ideológicas debían mantenerse abstractas para lograr retener las diferentes sensibilidades que componían el partido, el que se aglutinaba principalmente en torno a programas concretos y a líderes carismáticos que se conectaban directamente con las masas. Así Arrate y Rojas sintetizan al respecto:

Las propuestas ideológicas del naciente partido no siempre encontrarán una concreción fácil en la práctica de dirigentes y militantes. La vida interna socialista se caracterizará en los años siguientes por vivos debates que a veces conducen a graves dificultades internas (...) Otras veces el divorcio entre teoría y práctica que trasuntan esas concepciones originarias discursivamente tan “puras” llevará al PS a situaciones críticas”.³⁴

33 Jobet., *op. cit.*, p. 87.

34 Arrate y Rojas., *op. cit.*, p.173-174.

A estas difíciles uniones ideológicas, se le suman las disputas por el liderazgo representativo de las diversas tendencias que componían el partido, lo que sin duda determinaron las posteriores escisiones del partido.

Ahora bien, así como el eclecticismo definió esta etapa fundacional del PSCh, la relación a veces cercana y a veces lejana con el PCCh, se transformó en un importante conformador de identidad para el socialismo chileno a lo largo de su historia. A continuación, se verán algunos ejemplos en la historia chilena sobre cómo influyó en los caminos tomados por el socialismo, su vinculación con el PCCh.

Socialismo y Comunismo: tensión y distensión en una relación compleja

El PSCh surgió, como se estableció, entre otras razones, por el espacio dejado por un POS que, al adherir al comunismo, había minimizado los nexos con las bases. Además, al ser su creación posterior al PCCh, su narración desde el origen tomó como referencia al comunismo. En algunas ocasiones para distanciarse por su vínculo con el comunismo soviético y en otras para acercarse y crear alianzas partidarias. Así, la relación con el PCCh marca determinantemente la identidad socialista y repercutió en sus propias divisiones. Un hito en esta línea es la creación del Frente Popular el año 1936.

Para marcar su descontento debido a las medidas económicas instaladas por el gobierno de Alessandri, las clases populares se organizaron en torno a masivas huelgas laborales, las que fueron fuertemente reprimidas. Como consecuencia, diversos grupos políticos de izquierda, entre ellos, comunistas y socialistas, se aliaron para hacer frente a las políticas del gobierno de Alessandri.³⁵ La alianza entre socialistas y comunistas se facilitó pues, desde 1935, el Komintern comenzó a defender la creación de alianzas con partidos “burgueses” para defender la democracia de la amenaza fascista.³⁶ Además, el comunismo chileno, había iniciado una reflexión similar en torno a la necesidad de aliarse con partidos políticos de la burguesía nacional, para cumplir el objetivo de la revolución

35 Ver: Julio Faúndez, *Marxism and Democracy in Chile. From 1932 to the fall of Allende*, New Haven, Yale University Press, 1988.

36 *Idem.*

socialista, por lo que el dictamen de 1935 desde Moscú, vino a confirmar una política ya reflexionada por el comunismo chileno.³⁷

A pesar de los factores nacionales e internacionales que abrieron al comunismo chileno a crear alianzas, aun persistían desconfianzas entre los líderes políticos socialistas. De hecho, en 1934 se constituye alrededor del PSCh el “Bloque de Izquierda”, formado por radical-socialistas (escindidos del radicalismo) y el Partido Democrático (escindido también y con posturas más moderadas, apoyando incluso al gobierno de Alessandri). Dicho bloque se opone a la alianza con el PCCh.³⁸ Los radicales que son fundamentales para el éxito posterior de la alianza, también se muestran recelosos de la alianza con comunistas. No obstante, el punto de inflexión que allanó el camino para la creación del Frente, se dio el año 1936 cuando el gobierno de Alessandri, -que para entonces había disuelto el congreso, censurado la prensa opositora, y apresado a varios líderes políticos de oposición- reprimió duramente una huelga de los empleados de ferrocarriles que exigían un aumento de sueldo. Dicha represión empujó la formación de la coalición en contra de Alessandri.³⁹ Sumado a lo anterior, se vuelve a repetir la dinámica, cuando el año 1938, el gobierno de Alessandri reprimió severamente a los jóvenes nacistas que habían iniciado un fallido intento de golpe de estado, dando muerte a más de sesenta jóvenes apostados en el edificio del Seguro Obrero.⁴⁰ El manejo de la crisis y su cruento desenlace mermó el apoyo del candidato de Alessandri, Gustavo Ross, en las elecciones presidenciales de 1938, resultando elegido el radical Pedro Aguirre Cerda, representante del Frente Popular.

Si bien el Frente Popular logró mantenerse en el poder durante tres administraciones, la tensión de socialistas y radicales con la alianza con el comunismo no disminuyó. A modo de ejemplo, el año 1939 subrayó las distancias entre socialistas y comunistas, debido al apego del PCCh a la línea soviética en referencia al ya mencionado pacto Molotov-Von

37 Ver: María Soledad Gómez, “Factores nacionales e internacionales de la política interna del Partido Comunista de Chile (1922-1952)”, En Augusto Varas, Alfredo Riquelme y Marcelo Casals (Edits.), *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*, Santiago de Chile, Editorial Catalonia. 2010, p. 75-120. Rolando Álvarez, *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*. Tesis para optar al grado de Magíster, Santiago de Chile, Universidad de Santiago, 2001.

38 Ver: Arrate y Rojas, *op. cit.*

39 Ver: Corkill., *op. cit.*

40 Para mayor detalle ver: Marcus Klein, *La Matanza Del Seguro Obrero: (5 De Septiembre De 1938)*, Santiago de Chile, Globo Editores, 2008.

Ribbentrop, hecho que Arrate y Rojas señalan como “el hecho más grave para las relaciones entre los partidos Comunistas y Socialistas”.⁴¹ Los comunistas, por su parte, fueron críticos de la dirección “socialdemócrata” a la que el PSCh llevaba el Frente Popular. Galo González, líder comunista, sostuvo que el liderazgo socialista de Oscar Schnake se había pasado “al campo del imperialismo” y lanzado “por la pendiente fascista del anticomunismo”.⁴² Así, los socialistas se retiraron del Frente Popular en 1941, manteniendo la presencia de sus ministros en el gobierno. Esto, no sin divisiones internas, ya que mientras la directiva socialista promovía una campaña anticomunista (liderada por Oscar Schnake y Bernardo Ibáñez), el PS Trabajadores, fracción liderada por los llamados “incorformistas” apoyaba al bloque político, fracción que posteriormente se incorporó al partido comunista. Lo anterior muestra una evidencia más de la continua tensión que cruza la historia socialista en referencia a su vínculo con el comunismo chileno, que marcó fuertemente la realidad post golpe como se ve a continuación. Dichas tensiones saldrán a la luz de manera declarada durante el gobierno del tercer radical en el poder: Gabriel González Videla.

En línea con la alianza del Frente Popular, y los buenos resultados electorales que había generado, el Frente se preparaba para un tercer gobierno radical con González Videla a la cabeza. Sin embargo, y en un contexto internacional de creciente anticomunismo, representantes de partidos conservadores, y secciones del radicalismo y el socialismo, habían buscado maneras de frenar la injerencia del PCCh que, para la elección municipal de 1947, se había convertido en el tercer partido con más votación en el país.

El socialismo, que no formaba parte del gobierno, se encontraba en un importante proceso de reflexión interna producto de los deficientes resultados que habían obtenido en las últimas elecciones. Las relaciones entre las diversas tendencias del socialismo debilitado y el comunismo están en un punto de alta tensión, que se traduce en crudos enfrentamientos a nivel sindical. A su vez, el socialismo está dividido entre una mayoría dirigida por Eugenio González y Raúl Ampuero y las corrientes anticomunistas de Bernardo Ibáñez y Juan Bautista Rossetti.

A los pocos meses de iniciado su gobierno, y acusados de incitar el desorden social, González Videla, excluyó a los comunistas de su

41 Arrate y Rojas, *op. cit.*, p.213.

42 Arrate y Rojas, *Ibid.*, p. 216.

gabinete. La primera medida del nuevo gabinete formado por radicales, liberales, socialistas, conservadores y demócratas, fue introducir la Ley Maldita⁴³ para prohibir el PCCh en septiembre de 1948. Con esta ley, se inauguraba una política anticomunista estatal que buscó “eliminar jurídica y políticamente a los comunistas”.⁴⁴

En reacción a la Ley Maldita, el socialismo se dividió entre aquellos líderes que apoyaban al diputado Bernardo Ibáñez en su política anticomunista, denominados Partido Socialista de Chile y los que no (como Salvador Allende, Marmaduke Grove y Carlos Alberto Martínez, entre otros), formando el Partido Socialista Popular.⁴⁵

Las divisiones se mantuvieron cuando, en el congreso de 1951, el Partido Socialista Popular declaró a Carlos Ibáñez del Campo como su abanderado en las próximas elecciones presidenciales. Esto hizo que Salvador Allende y José Tohá renunciaran al PSP y se unieran al Partido Socialista de Chile, quien, en conjunto con el proscrito PSCh, respaldaron la candidatura de Allende. Sin embargo, ya en 1953, los representantes del PSP que contaban con puestos senatoriales y en la cámara de diputados, abandonan el gobierno de Ibáñez por su giro hacia la derecha y plantean la necesidad de crear una alianza entre las fuerzas de izquierda. Durante ese período, el comunismo, específicamente el año 1952, en su novena conferencia, había dado forma a la línea política del “Frente de Liberación Nacional”⁴⁶ que dirigió la política del partido en las décadas siguientes, privilegiando una actitud unitaria con el PSCh.⁴⁷ Por su parte, en 1955, el PS Popular anunció su estrategia de “Frente de Trabajadores”⁴⁸ en el XVI Congreso, en donde denuncia los acuerdos con

43 Para mayor detalle ver: Carlos Huneeus, *La guerra fría chilena. Gabriel González Videla y la Ley Maldita*. Santiago de Chile, Random House Mondadori, 2009.

44 Huneeus, *Ibid.*, p. 195.

45 Andrew Barnard, “Chile”, En Leslie Bethell y Ian Roxborough (Edits.), *Latin America between the Second World War and the Cold War 1944-1948* (66-91), Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

46 El Frente de Liberación Nacional, se basaba en la concepción de una revolución de dos etapas. La primera libraría la economía del imperialismo extranjero y de la oligarquía, preparando el terreno para el socialismo, manteniendo alianzas con partidos representantes de la fuerza laboral e incluso de la burguesía. En la segunda etapa, los partidos de trabajadores conquistarían el poder iniciando la transición al socialismo.

47 Ver Luis Corvalán Márquez, “Las tensiones entre la teoría y la práctica en el Partido Comunista en los años 60 y 70”, En Jorge Rojas y Manuel Loyola (Eds.), *Por un rojo amanecer: hacia una historia de los comunistas chilenos*, Santiago, The Author, 2000, p. 227-244.

48 Estrategia influenciada ideológicamente por las posturas de Trotsky

partidos “burgueses”, proponiendo alianzas solo con partidos obreros y la CUT, acercándose al comunismo. Lo anterior, conduce, en 1956, a la creación del Frente de Acción Popular (FRAP).

Al momento de formación del FRAP el socialismo aún no se había unificado.⁴⁹ A dicha división se sumaba la búsqueda de referentes ideológicos internacionales que sirvieran de apoyo a las decisiones de ambos partidos. Al respecto Ernst Halperin caracteriza al socialismo chileno de la época como de una “extrema susceptibilidad a modas políticas importadas ya sea de otros continentes como de otros países de América Latina”.⁵⁰ Como señala Ulianova⁵¹, “la diversidad interna del socialismo chileno se reflejaba en sus vínculos internacionales”. Por un lado, el PS de Chile, en alianza electoral con los comunistas desde 1952, se insertó en las redes internacionales de sus aliados. En este marco Salvador Allende junto a una delegación socialista viajó a China y manifestó su admiración llegando incluso a presidir el Instituto Cultural Chileno-Chino.⁵² El PSP, por otro lado, miró con inspiración la experiencia en la Yugoslavia de Tito. Luego del “Discurso secreto” de Khrushchev y su viaje a Belgrado en 1955, la admiración por Tito y por su socialismo autónomo e independiente de la influencia soviética, creció fuertemente dentro del socialismo chileno.⁵³

La tendencia “titoísta” en esta línea del socialismo, generó grandes tensiones con el PCCh cuando éste último respaldó el quiebre de la Unión Soviética con Yugoslavia y su invasión a Hungría en 1956.⁵⁴ El titoismo

con respecto a los países subdesarrollados, se basó en el rechazo de que la burguesía tenía un rol que jugar en el proceso hacia la revolución socialista. Por esto, los socialistas defendían una alianza de intelectuales con trabajadores manuales, quienes, bajo el liderazgo del Partido Socialista, lograrían la revolución nacional y democrática en contra del imperialismo y la oligarquía. Asimismo, rechazaban la estrategia de dos etapas de los comunistas, defendiendo un solo proceso revolucionario continuado. Al respecto, ver: Faúndez, *op. cit.*

49 La unificación del socialismo se desarrolló en 1957 y concordó con la estrategia del “Frente de Trabajadores”, en la incapacidad de la burguesía para lograr el desarrollo nacional, y en la necesidad de mantener la alianza con los comunistas. Así, socialistas y comunistas eligieron a Salvador Allende como candidato presidencial para la elección de 1958, la que, a pesar de no ganar, sirvió para demostrar la factibilidad real de un triunfo democrático de izquierda.

50 Ernst Halperin, *Nationalism and Communism in Chile*, Cambridge, The M.I.T Press, 1965, p.135.

51 Ulianova., *op. cit.*, p. 238.

52 Ulianova., *Ibid.*, p.255.

53 Ver: Pollack, *op. cit.*; Ulianova, *op. cit.*, y Joaquín Fernandois, *La Revolución Inconclusa. La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular*. Santiago de Chile, Centro de Estudios Públicos, 2013.

54 Tanto el PSP como el PS de Chile condenaron la intervención soviética

perdió peso dentro del socialismo durante los 1960, particularmente frente a la avalancha que significó la influencia de la Revolución cubana.⁵⁵

La revolución cubana tuvo un rol de importancia dentro de la izquierda internacional y particularmente la izquierda chilena, pues planteó serios desafíos doctrinarios y reordenó el panorama ideológico del momento. El PCCh, por un lado, si bien celebró el desarrollo de los eventos en Cuba, buscó distanciarse de la estrategia violenta para alcanzar objetivos, especialmente luego de que en el último congreso del Partido Comunista Soviético se instauró la estrategia de la vía pacífica al socialismo.⁵⁶ Para el socialismo, en cambio, la revolución cubana prontamente se convirtió en un modelo a seguir debido a su propuesta original, su énfasis latinoamericanista y su impulso revolucionario.^{57, 58} La apreciación de las implicancias de la revolución cubana para Chile fue otro factor divisorio entre comunismo y socialismo, éste último “menos crítico de Cuba en el discurso ideológico”.⁵⁹

En un análisis retrospectivo, Tomás Moulián caracteriza esta época del socialismo chileno, particularmente entre 1958 y 1979, como de un proceso de leninización y “de abandono progresivo de la perspectiva teórica original, de carácter nacional-popular”.⁶⁰ Leninización que no solo alcanzó a sus bases, sino también a las elaboraciones teóricas del liderazgo, siendo Carlos Altamirano “el más nítido ejemplo de esta línea”.⁶¹

tica en Hungría.

55 Ver: Halperin, *op. cit.*

56 Este distanciamiento también es abordado por Miles Wolpin, quien señaló que “la experiencia cubana entusiasmó más moderadamente a los líderes comunistas [que a los socialistas]. El estilo carismático e impulsivo de Castro, y sus orígenes ortodoxos social democráticos, reforzaban las reservas de los comunistas chilenos” Miles Wolpin, “La influencia internacional de la Revolución Cubana: Chile, 1958-1970”, *Foro Internacional*, Vol. 12, No, 4 (48), Colegio de México, 1972, pp. 453-496, p. 474.

57 Ver: Arrate y Rojas, *op. cit.*

58 Luis Ortega matiza la influencia de la revolución cubana señalando que ésta se sumó a un proceso de radicalización del PSCh que se encuentra con fuerza desde el Congreso de 1956, en donde un amplio sector del PSCh ante las crisis partidistas, abandona la política de alianzas con partidos burgueses que el partido había esgrimido hasta entonces. Además, Ortega sitúa la influencia de la revolución cubana en un mismo lugar de importancia que el cisma chino-soviético. Luis Ortega “La radicalización de los socialistas de Chile en la década de 1960”, *Revista Universum*, No. 23, vol.2, Talca, 2008, pp.152-164.

59 Arrate y Rojas, *Ibid.*, p.335.

60 Tomás Moulián, “Evolución histórica de la izquierda chilena. Influencia del marxismo”, *FLACSO Documento de Trabajo*, No. 139, pp.1-54, 1982, p. 29.

61 Marcelo Casals, *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso*

En suma, los focos de tensión entre socialismo y comunismo se articulaban en dos ejes centrales. Por un lado, la lealtad del comunismo chileno hacia las directrices de Moscú, especialmente la opción por la estrategia de la vía pacífica chocaba con el socialismo, el que veía la dominación soviética de la III internacional como un atentado en contra de los postulados marxistas, pues privilegiaba los intereses de seguridad nacional de los Estados del bloque del Este, por sobre los intereses históricos de la clase trabajadora.⁶² La segunda acusación sobre la vía pacífica se encontraba en que los socialistas miraban con desconfianza lo que denominaban “democracia burguesa”. Al respecto, Raúl Ampuero en la conferencia “Reflexiones sobre la revolución y el socialismo”, de 1961 acusaba que la burguesía latinoamericana no lideraría el proceso revolucionario debido a que estaba directamente involucrada con los intereses de los poderes imperialistas. Señaló también, en una clara crítica al comunismo, “que sería un pecado de lesa optimismo el suponerla [la violencia] ajena a las tradiciones de nuestra clase dominante y una ingenuidad imperdonable incurrir en la idealización de los instrumentos electorales”.⁶³ A lo anterior, los comunistas respondían que su defensa de la vía pacífica se derivaba de la confianza en la posibilidad de introducir cambios revolucionarios con el apoyo del movimiento masivo sin tener que recurrir a la lucha armada.

Las tensiones entre socialistas y comunistas se repetían al interior del PSCh, el que, por un lado, experimentaba una progresiva radicalización como señalan Moulián y Ortega, y por otro, mantenía su adhesión a pactos electorales con el resto de los partidos de izquierda.

La tercera derrota de Salvador Allende el año 1964, los reordenamientos en el seno de la izquierda y el desafío DC, actuaron como catalizador dentro del socialismo chileno, radicalizando las posturas que, según Ortega, es posible identificar desde la década de 1950.⁶⁴ Ejemplo de esto se dio con el X Congreso General Ordinario del PSCh del año 1964 en Concepción, en donde una sección juvenil expresó públicamente su rechazo a aceptar la autoridad del Comité Central por “discrepancias doctrinarias” separándose del partido para formar el Movimiento de Izquierda

de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo” 1956 – 1970, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2009, p. 191.

62 Ver: Faúndez, *op. cit.*

63 Julio Jobet, *El Partido Socialista de Chile. Tomo II*, Santiago de Chile, Ediciones Prensa Latinoamericana, 1971, p. 89.

64 Ortega, *op.cit.*

Revolucionaria (MIR) al año siguiente.⁶⁵ El XXI Congreso de 1965 en Linares actuó como “momento decisivo en la trayectoria socialista hacia una concepción insurreccional”⁶⁶ pues, se radicalizó la propuesta teórica del socialismo, preparando el camino para la realización del XXII Congreso, realizado en Chillán en noviembre de 1967, en donde el partido se declara marxista leninista y declara como inevitable y legítima la “violencia revolucionaria” como un medio para obtener el poder político y económico.

Ahondando la contradicción interna, y viendo que la no participación dentro del pacto electoral, privarían al socialismo de jugar un rol fundamental dentro de la política nacional, es que el partido decidió -no sin contradicciones internas- incorporarse a la alianza de la Unidad Popular en miras a la elección presidencial de 1970. Así, el socialismo en la práctica aceptó la vía electoral, pero ideológicamente mantuvo su creencia en la inevitabilidad de la vía armada.⁶⁷

Los 3 años que duró el gobierno de la Unidad Popular, estuvieron marcados por una profundización en las divisiones internas tanto dentro del PSCh como dentro de otras agrupaciones políticas que sucumbieron a la polarización política que marcó el período. El delicado equilibrio al interior del socialismo se resquebrajó entre una corriente democrática liderada por Salvador Allende, y una corriente liderada por Carlos Altamirano que “insiste en la necesidad de destruir el Estado burgués y posee una concepción instrumental de la democracia”.⁶⁸ Esta última, fue la predominante entre los socialistas de la década de 1960, manteniéndose así durante todo el gobierno de la UP, lo que conllevó a constantes tensiones y enfrentamientos con el PCCh y con el propio presidente Allende.

Entre las demás agrupaciones, también se generaron divisiones producto de las tensiones ideológicas que convivían en el proceso de la UP. El MAPU, (agrupación escindida de la Democracia Cristiana el año 1969, que decidió apoyar la candidatura de Salvador Allende en la elección de 1970), se dividió entre una opción moderada, cercana al PCCh y al

65 Ver: Joaquín Fernández, Álvaro Góngora y Patricia Arancibia (Eds.), *Ricardo Núñez. Trayectoria de un socialista de nuestros tiempos*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Finis Terrae. 2013.

66 Ortega, *op.cit.*, p. 157.

67 Ver: Faúndez, *op. cit.*

68 Jorge Vergara, “El pensamiento de la izquierda chilena en los sesenta. Notas de investigación”, En Augusto Varas, Alfredo Riquelme y Marcelo Casals (Edits.), *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente (185-226)*, Santiago de Chile, Editorial Catalonia Ltd, 2010, p. 203.

liderazgo de Allende, y una opción más radical, que abandonaba su raíz cristiana para abrazar el marxismo leninismo que a su vez, se distancia del gobierno de Allende para optar por una estrategia armada de defensa de la revolución.⁶⁹

Golpe y exilio

El golpe de estado el 11 de septiembre de 1973, desató una serie de crisis tanto prácticas como ideológicas que afectaron profundamente las fuerzas políticas de izquierda en Chile, quienes fueron víctimas de una severa represión por parte del régimen militar que se instaló en el poder. El exilio, fue una de las principales herramientas utilizadas por el régimen para excluir a la oposición. Si bien no hay claridad en torno a los números totales del exilio, debido a que no todas las personas salieron por los canales establecidos por el régimen, Norambuena⁷⁰ en base a antecedentes elaborados por la Vicaría de la Solidaridad, estima que entre 1973 y 1980 habrían salido del país 408.000 personas.

Las características de los exiliados marcaron profundamente la naturaleza de la actividad política que se desarrolló en los distintos destinos del exilio. El régimen militar, exilió a estructuras partidarias prácticamente completas facilitando la proyección de la organización y la actividad política de denuncia en el escenario del exilio, conformando una comunidad políticamente comprometida. No obstante, la organización no fue ni inmediata ni fácil. La política chilena para 1973 había llegado a un grave punto de polarización que derivó en un alto grado de fragmentación entre las diferentes fuerzas políticas existentes, especialmente dentro de la izquierda. El golpe de estado no significó la moderación de estas diferencias, llevando a que los primeros años en el exilio estuviesen marcados por divisiones al interior de la ya atomizada izquierda chilena, la que corría en paralelo al activismo político en contra del régimen de Pinochet.

Esta crisis se complementó, a su vez, con las lecturas que el mundo progresista desarrollaba de los acontecimientos en Chile. Lecturas que

69 Para un completo estudio sobre los devenires del MAPU ver: Cristina Moyano, *La seducción del poder y la juventud. Una aproximación desde la historia a la cultura política MAPU 1969-1973*. Tesis de Magíster, Santiago de Chile, Universidad de Santiago de Chile, 2002.

70 Carmen Norambuena, "Exilio y retorno. Chile 1973-1994", En Mario Garcés y Myriam Olguín (Edits.), *Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2000.

permearon en las reflexiones políticas de la comunidad chilena en el exilio. Como nunca, los partidos políticos de izquierda en el exilio se relacionaban en masa y de manera directa con instituciones, personas e ideas en circulación que tenían sus propias conclusiones del golpe, por lo que el destino geográfico del exilio determinó profundamente la dirección que las reflexiones que los mismos partidos políticos chilenos en el exilio desarrollaban sobre su realidad.⁷¹ Así, un protagonista de la época distingue tres espacios según el país de acogida para comparar las distintas experiencias en el exilio:

América Latina, Europa occidental y Europa del Este, sin considerar otras realidades particulares como Estados Unidos, Canadá y Australia. Con el tiempo surgirán de esa matriz exiliados de muy distinto tipo. Efectivamente la residencia prolongada en cualquiera de aquellos sitios generaría un proceso imperceptible (...) lo que se consideraba propio, se iría desdibujando ante el empuje de lo ajeno. Y algo de lo ajeno comenzaría a ser propio.⁷²

En términos generales, los socialistas y líderes de la UP se establecieron en Berlín; los comunistas en Moscú, el MIR entre La Habana y París; y los MAPU en Italia al igual que la Izquierda Cristiana (IC) y en menor medida representantes del PDC una vez que pasaron a la oposición del régimen.

Los primeros análisis que se hicieron -en su mayoría-, continuaron las líneas ideológicas previas al golpe, cuya característica principal era atribuir culpas cruzadas sobre el fracaso de la UP. Una reflexión abocada al proceso interno de la UP, no se abordó en un primer momento.⁷³ Asimismo, las razones iniciales que se atribuían al golpe se complementaban con las lecturas que los partidos políticos de la UP, hacían sobre la naturaleza del recién instalado régimen militar; el que se

71 Ver tesis doctoral de la autora. Mariana Perry, *La dimensión internacional del pensamiento político chileno. Aprendizaje y transferencia en el exilio*, Leiden, tesis para optar al grado de Doctor, Universidad de Leiden, 2016.

72 Jorge Arrate, *Pasajeros en tránsito*, Santiago de Chile, Catalonia, 2007, p. 49-50.

73 Patricio Silva, "Social Democracy, Neoliberalism and Ideological Change in the Chilean Socialist Movement, 1973-1992", en *XVII Congreso Internacional LASA*, California, 1992.

creía de corta duración considerando la larga trayectoria democrática y republicana chilena.

El desarrollo de las reflexiones políticas del PSCh en el exilio es paradigmático para toda la historia política chilena, pues sus propios debates afectaron directamente el devenir del resto de los partidos políticos. Como se estableció en la sección anterior, el PSCh a lo largo de su historia, aglutinó de manera más o menos armoniosa, distintas tendencias políticas, por lo que la crisis vivida post golpe interpeló a variadas tendencias de la política chilena de la época. A lo anterior, se sumó que la espectacularidad de los cambios provocados por sus reflexiones desatadas por el golpe, retrataron fielmente la realidad heterogénea del partido.

Sucedido el golpe, el PSCh, al no tener una línea ideológica clara y permanente en el tiempo, no tenía una red internacional institucionalizada que respaldara su acción, como sí la tuvo el PCCh, por ejemplo. No obstante, la progresiva leninización que había experimentado el PSCh desde los 1960, y su definición como partido marxista-leninista, había acercado al partido en algunos aspectos a los países del este de la cortina, desde donde vinieron los primeros ofrecimientos concretos de apoyo tanto financiero como operacional para instalar en la capital de la República Democrática de Alemania el comité central del PSCh en el exilio.⁷⁴

En escenario alemán, la dirección exterior con Carlos Altamirano a la cabeza mantuvo, en un primer momento, las reflexiones desarrolladas durante la UP. Ejemplo de ello, son las declaraciones de Altamirano en una reunión realizada en Italia en 1975 en donde sostuvo que la dictadura estaría aislada pero no caería por una falta de oposición organizada, por lo que abogaba por la “radicalización de la lucha antifascista”, por “acumular más fuerzas que el fascismo y emplear todas las formas de lucha”, recalcando que en la fase superior del proceso, “seguramente formas de lucha armada constituirán el factor decisivo en la victoria final”.⁷⁵ Asimismo, a la línea del socialismo post golpe, se le agrega la directa influencia del Partido Socialista Unificado de Alemania (PSUA). La naturaleza jerarquizada de la sociedad de recepción y el alto control ideológico que el PSUA ejerció sobre los exiliados se vio reflejado también

74 Ver: Ulianova, *op. cit.*

75 Carlos Altamirano en *Chile-América*, N°6-7, Roma, 1975, p.33. Citado en Olga Ulianova, “Relaciones internacionales y redefiniciones en el socialismo chileno, 1973-1979”, *Revista Izquierdas*, No., 4, pp. 1-30, 2009, p.7.

en el tenor y dirección de los debates en el exilio, e incidieron, como se analiza más adelante, en la crisis del PSCh que condujo a su división el año 1979. Como ejemplo de la gravitación del contexto del exilio, Benny Pollack y Hernán Rosenkranz-Schikler, sostienen que el financiamiento provisto por la RDA al PSCh explicaba la predominancia de la Dirección Interior por sobre la Coordinadora Nacional de Regionales al interior de Chile, a pesar de la reticencia de Altamirano en esta elección.⁷⁶

Con respecto al debate al interior del propio partido, es necesario abordar uno de los primeros documentos de reflexión de importancia luego del golpe, conocido como el *Documento de marzo*.⁷⁷ Desarrollado por la 'Dirección Interior' en 1974, dicho documento en términos generales retomó los planteamientos del PSCh durante la UP pero a través de sus evaluaciones del proceso, se acercó de manera más evidente al discurso del bloque soviético,⁷⁸ ya que buscó plantear una reconstrucción del partido en una organización de tipo pro comunista.⁷⁹ Esto coincide con el temprano “énfasis de cubanos y alemanes de conservar y profundizar la unidad entre socialistas y comunistas”,⁸⁰ de hecho, al respecto, el

76 Otro ejemplo, es la denominación como “fascista” de la dictadura militar que recorrió todo el desarrollo teórico de los partidos de izquierda y en general parece haber sido utilizado funcionalmente para apelar a la memoria colectiva en su asociación con las dictaduras europeas para la década del 1930 y 1940. Benny Pollack y Hernán Rosenkranz, *Revolutionary social democracy: the Chilean socialist party*, Nueva York, St. Martin's Press, 1986, p.189.

77 El nombre completo del documento es: *Al calor de la lucha contra el fascismo, construir la fuerza dirigente del pueblo para asegurar la victoria!*. Documento extraído del sitio web <http://www.socialismo-chileno.org>, visitado en septiembre de 2015.

78 Ulianova atribuye este acercamiento a que los dirigentes de la Dirección Interior habían sido formados en la URSS durante los 1960. Olga Ulianova, “La Unidad Popular y el golpe Militar en Chile: percepciones y análisis soviéticos”, *Estudios Públicos*, No. 79, 2000, pp. 83-171.

79 La Dirección Interior se auto designó como líder del partido a pesar de que el comité central había sido designado en el Congreso de La Serena de 1971. Esta disputa por el poder, legitimada para algunos por representar a los sobrevivientes del partido en el interior, representaba una clara facción dentro del socialismo, compuesta por la llamada Brigada Revolucionaria, también conocida como los Elenos, quienes emergen como movimiento dentro del partido por su apoyo a las luchas de liberación desarrolladas por el Che Guevara en Bolivia. Defendían la reformulación del partido bajo una estricta disciplina al modelo leninista, en donde la alianza socialista-comunista era considerada central para cualquier intento de política radical en Chile. Pollack y Rosenkranz, *op. cit.*, p. 186-187. Conocida era la disputa entre este grupo y el liderazgo de Carlos Altamirano durante el período de la UP debido a las políticas radicalizadas de Altamirano que, según ellos, desperfilaba el proyecto de la UP. Ver también: Mauricio Rojas, *La Renovación de la izquierda chilena durante la dictadura*, Santiago de Chile, Piso Diez Ediciones, 2017.

80 Ulianova 2014, *op. cit.*, p. 305.

documento señalaba la importancia de la unidad antifascista y “del rol dirigente de la clase obrera en el proceso”, responsabilidad que recaía en los partidos socialistas y comunistas. Erich Honecker en una entrevista realizada el 10 de octubre de 1974, hablaba de los problemas suscitados al interior del PSCh y aludía a sus desavenencias con el PCCh, concluyendo que la unidad PSCh-PSCh debía ser el eje del Frente Antifascista.⁸¹ En el mismo sentido, Jorge Arrate señalando su reticencia a que los socialistas participaran en las escuelas de cuadros de los comunistas sostuvo: “yo estoy convencido de que el proyecto que tenían los alemanes era armar un solo partido que era su propia experiencia”⁸²

Particularmente, el “Documento de marzo”, se enfocaba en, por un lado, culpar a la dirección del partido por no haber sido capaz de “articular y combinar el ejercicio de todas las formas de poder con que contaba el movimiento popular”. Al respecto criticaba directamente al partido comunista por “magnificar la posibilidad de una vía pacífica, lo que redundó en ilusionismo y en errores fatales de apreciación del carácter de clase de las instituciones democrático-burguesas”. Asimismo, criticaba a los “infantilistas de izquierda” que ponían la cuestión del enfrentamiento como “tema único, primero y último de la lucha de clases”. Dichas críticas revelaban claramente las distintas posiciones al interior del partido. Por otro lado, y a pesar de las críticas, mantenía la necesidad de aliarse con los comunistas e incluso mencionaba la “orientación estratégica” de unir a “todas las clases y capas del pueblo que tienen contradicciones objetivas con los enemigos fundamentales” a través de un frente táctico antifascista incluyendo a partidos de centro como la DC para hacer frente a la dictadura, postura, como se señaló, fuertemente apoyada por líderes del este y de Cuba. En dicho frente, debía prevalecer la hegemonía de la clase obrera puesto que luego de superada la dictadura, sería la clase obrera la que debía prevalecer por sobre las capas medias. Agregaba el documento, la necesidad de la aplicación “consecuente y creadora del marxismo-leninismo”. En referencia a la estrategia “más probable de derrocamiento de la dictadura” es “la insurrección armada, definida por Lenin como ‘aspecto particular de la lucha política’”.

81 Citado en Olga Ulianova, “La nueva inserción internacional del comunismo chileno tras el golpe militar”, En Alfredo Riquelme y Tania Harmer (Edits.), *Chile y la Guerra Fría global*, Santiago de Chile, RIL Editores, 2014, 273-315, p. 305.

82 Citado en María de los Ángeles Vargas y Lucila Díaz, *Del golpe a la división. Historia del Partido Socialista 1973-1979*. Tesis de Licenciatura, Santiago de Chile, Universidad ARCIS, 2007, p.142.

Las reflexiones contenidas en el “Documento de marzo” concitaron reacciones de las distintas fracciones del PSCh tanto dentro como fuera de Chile y marcó la pauta de la discusión política en este primer período. Desde “la izquierda” de la Dirección Interior se criticó, por una parte, la falta de una estrategia militarizada de la UP y por otra, criticó el planteamiento de crear alianzas con partidos “burgueses” como la DC. Esta línea estuvo representada desde el interior por la Coordinadora Nacional de Regionales (CNR), que, en contraste con la Dirección Interior, rechazaba la unión con los comunistas, proponiendo en su lugar una alianza con el MAPU, el MIR y la IC con el objeto de crear un “Polo revolucionario”, siendo rol del PSCh ser la vanguardia del proletariado.⁸³ Para ello, sostenía la CNR: “debemos utilizar el leninismo como guía para la reconstrucción partidaria, la aplicación irrestricta de sus normas sin aceptar presiones exteriores-burocráticas”.⁸⁴ Sumado a las diferencias en el plano de las ideas, el socialismo se vio también presa de luchas intestinas en relación con quien ostentaba la legitimidad en la dirección del partido. Entre abril y mayo de 1975 se realiza un pleno en La Habana con representantes del exilio y del interior. En esa instancia y con opiniones divididas, se otorgó legitimidad a la Dirección Interior por sobre la CNR. No obstante, el mismo año, el régimen detiene y desaparece al liderazgo de la Dirección Interior, poniendo nuevamente en cuestión la legitimidad del poder al interior. Por lo mismo, Altamirano redacta una carta en junio de 1977: “Mensaje a los socialistas de Chile”⁸⁵ respaldando a la Dirección Interior frente al CNR, al que critica por incurrir “en un subjetivismo maximalista poco coherente”⁸⁶ que conduce al aislamiento al rechazar como aliado al partido comunista y reconocer al MIR como único interlocutor válido. Asimismo, Altamirano reflexiona

83 A pesar de que la posición defendida por la CNR perdió peso al interior del partido y su líder (Pedro Vuskovic) fue expulsado, muchos miembros del partido al interior siguieron prefiriendo entablar vínculos con el MIR. Especialmente frente a la dirección que podía tomar el movimiento popular una vez que la democracia cristiana se movió a la oposición y la Iglesia católica tomó activamente una posición contraria al régimen. No obstante, el MIR en 1974 sufrió duros golpes por parte del régimen y la posibilidad de formar un polo revolucionario se debilitó frente a una opción más reformista sostenida por el comunismo. Pollack y Rosenkranz, *op. cit.*, p. 194.

84 CNR, “Carta al Secretario General del PS, Carlos Altamirano”, *Chile-América*, Roma, No. 31-32, mayo-junio, 1977, p.119.

85 Carlos Altamirano, “Mensaje a los socialistas de Chile”, junio de 1977. Documento extraído del sitio web <http://www.socialismo-chileno.org>, visitado el 15 de septiembre de 2015.

86 Altamirano, *Ibid.*, p. 50-51.

sobre las causas de la derrota del proyecto de la UP y las ordena en tres causas fundamentales: primero, una equivocada política hacia las fuerzas armadas; segundo, una incapacidad desde el PSCh de “responder al desafío planteado por la ruptura del bloque ideológico de dominación”, lo que permitió el surgimiento de “desviaciones izquierdistas que, entre otros errores, nos llevó a subestimar la enorme gravitación de las clases medias en la sociedad chilena” y finalmente el error de sobrevalorar las singularidades nacionales, “llegando a considerar que dichas singularidades nos eximían de reconocer las leyes generales del marxismo en materias tan básicas como la del Estado y el poder”.⁸⁷

A pesar de las diferencias que el “Documento de marzo” subrayó, en esta primera etapa, existía cierto consenso general, al menos en los discursos públicos, tanto desde la Dirección Exterior como las agrupaciones que disputaban el poder al interior de Chile, de la necesidad de mantener la unidad en el partido, la inevitabilidad de la resistencia armada en la lucha contra la dictadura, la adscripción al marxismo-leninismo y la concepción leninista de la toma del poder a través de la revolución.⁸⁸

División del PSCh

Hacia finales de la década del 1970, las diferencias entre liderazgos, apreciaciones en torno el régimen militar, alianzas y proyecciones se fueron acentuando. Además, el contexto del exilio eventualmente obligó al socialismo chileno a posicionarse frente a los temas en debate. Por un lado, las consecuencias políticas de la Revolución sandinista en Nicaragua⁸⁹ actuaron como confirmación doctrinaria para los postulados del giro estratégico del comunismo, el que, para fines de la década de 1970 en sintonía con el comunismo soviético, incluía la estrategia armada para enfrentar la dictadura.⁹⁰ Por otro lado, las propuestas del Eurocomunismo en Europa occidental adquirieron fuerza, especialmente luego del golpe en Chile en países como Italia, Francia y España, polarizando el comunismo internacional. Este reordenamiento ideológico

87 Altamirano, *Ibid.*, p. 13.

88 Kenneth Roberts, *Deepening Democracy? The modern Left and Social Movements in Chile and Peru*, Stanford, Stanford University Press, 1998, p. 103

89 Ver artículo de Cristián Pérez, “Compañeros, a las armas: combatientes chilenos en Centroamérica (1979-1989)”, *Estudios Públicos*, No 129, 2013, pp-141-164.

90 Ver: Riquelme, *op. cit.*

en la izquierda mundial caló fuertemente en las discusiones teóricas que la izquierda chilena desarrollaba. Especialmente en aquella situada en el exilio, lo que determinó profundamente el devenir del socialismo.

En vista de lo anterior, dentro del socialismo se perfiló un sector cercano a la Unión Soviética y atento a los giros que se estaban desarrollando en el comunismo internacional con respecto a la vía armada. Clodomiro Almeyda, durante el pleno de Argel en 1978, se perfiló como la figura principal de este sector dentro del socialismo.

En paralelo, el acercamiento a la internacional socialista y a los contactos en Europa occidental, principalmente debido a las redes de solidaridad organizadas para denunciar el régimen militar, expuso a algunos socialistas en el exilio al debate intelectual que la experiencia chilena, la UP, el golpe militar, y la solidaridad internacional, habían generado al oeste de la cortina. Además de la influencia del Eurocomunismo, Ricardo Núñez también destaca la influencia de los partidos socialistas y socialdemócratas de Occidente.

A pesar de la existencia de dichos sectores, durante el pleno de Argel desarrollado en 1978, se concretizó la conformación de una Dirección Única, conscientes de la necesidad de mantener un sentido de unidad ante la adversidad. Argel significó un momento de inflexión para el socialismo. Ricardo Núñez, quien estuvo presente en el pleno, sostuvo que en ese momento aún no había claridad en las estrategias para derrotar a la dictadura y al menos en apariencias aún no se debatían abiertamente las ya mencionadas diferencias teóricas que estaban surgiendo al interior del socialismo.⁹¹

Junto con el perfilamiento, aún no declarado por entonces, de diferencias de fondo al interior del socialismo, alrededor del año 1978, así como existían grupos que apoyaban la idea de un polo revolucionario, emergieron también varios grupos socialistas tanto al interior como al exterior de Chile de tendencia más moderada. Pollack y Rosenkranz, los enumeran de la siguiente manera: En 1978 se lanzó el grupo Movimiento de Acción Socialista (MAS) que se desmarcaban del leninismo y se denominaban a sí mismos como ‘democráticos socialistas’; la Tendencia Humanista Socialista, cercanos a Aniceto Rodríguez; la Comisión para el Consenso se identificaban como marxistas pero no leninistas y el Movimiento Recuperacionista, formado por Eduardo Long, de ideas social demócratas. Todos estos grupos emitieron una declaración

llamada: “Declaración de Unidad Socialista” defendiendo la unidad del partido, pero criticando el sectarismo del liderazgo. Para 1980, el ala moderada se había ampliado para incluir al grupo intelectual de los “Suizos”; la Iniciativa Regional Europa y el grupo: la Unión Socialista Popular de Ampuero, quien se había separado del partido en 1967. Todos estos grupos concordaban en que la derrota del régimen militar sólo podía establecerse bajo negociaciones con la DC, la derecha democrática y los sectores democráticos de las fuerzas armadas, excluyendo al PCCh y a la izquierda extrema y dejando de lado los objetivos socialistas por un tiempo indefinido.⁹²

En sintonía con estas tendencias más moderadas, pero desde un proceso distinto, Mireya Dávila,⁹³ reconoce en el informe final del pleno de Argel, firmado por Altamirano, el perfilamiento de un proceso de reflexión distinto al desarrollado por el sector cercano a Almeyda. Altamirano retoma el concepto de democracia como un elemento importante del proyecto socialista, criticando a su vez el concepto de democracia abordado durante la UP. Asimismo, se presenta una cierta distancia respecto del pensamiento del marxismo-leninismo ya que plantea que la fundamentación teórica del partido debe ser una “asimilación activa y creadora de las premisas filosóficas y científicas del marxismo y del leninismo, y no de un mero intento de erudición o repetición”.⁹⁴ En este sentido, Altamirano, contradiciendo los mensajes anteriores, en el Pleno de 1978 sostiene:

La más grande distorsión que hemos podido observar en torno a este tema reside en la tendencia a aceptar acríticamente y en forma dogmática una concepción presuntamente “leninista “ de Partido, que se supone ha de constituir la generalización científica de la experiencia universal de conducción de la clase obrera y el campesinado, en su combate anticolonial y anticapitalista.⁹⁵

92 Pollack y Rosenkranz, *op. cit.*, p. 192.

93 Mireya Dávila, *Historia de las ideas de la renovación socialista 1974-1989*. Tesis de Licenciatura en Historia, Santiago de Chile Pontificia Universidad Católica de Chile, 1994.

94 Carlos Altamirano, “Informe del Secretario General Camarada Carlos Altamirano al Pleno extraordinario del Comité Central del Partido Socialista”. Obtenido de Partido Socialista de Chile: www.socialismo-chileno.org/1978 en 2015, 1978, s/p.

95 *Idem.*

Altamirano además promueve una alianza con la DC para enfrentar a la dictadura, alejándose del “Documento de marzo”. Finalmente, aboga por la unidad del Partido, la que constituye “exigencias de la lucha contra la dictadura y del éxito del Movimiento de Solidaridad Internacional”.⁹⁶ En el informe, Altamirano además destaca el aporte de partidos socialistas occidentales, sosteniendo las relaciones internacionales del PSCh previas al golpe, “influyó, indudablemente, [en] un enfoque provinciano y esquemático de la realidad internacional, lo que nos llevó - entre otras cosas - a subestimar cualquier tipo de relación con los partidos socialistas y social-demócratas europeos”.⁹⁷ Al contacto con partidos socialistas de occidente, se sumó el impacto que significó para un grupo de socialistas, la experiencia de vida en el exilio en países capitalistas que tenían fuertes políticas sociales en marcos democráticos.

Las diferencias entre los sectores liderados por Almeyda y Altamirano aumentaron o más bien se evidenciaron luego del Pleno de Argel, impulsando una serie de medidas reorganizativas, entre ellas, el reemplazo de Altamirano como Secretario General por Almeyda, medida ignorada por Altamirano. Esto derivó en su expulsión del partido en 1979. Frente a esto, Altamirano decidió presentar una Dirección alternativa desde París, gestándose así la división. En un principio, gran parte de los socialistas en el exilio se agruparon en torno a Carlos Altamirano, mientras que, al interior de Chile, se mantuvieron bajo el liderazgo de Almeyda. Sin embargo, señalan Pollack y Rosenkranz,⁹⁸ la confusión ideológica inicial luego de la división devino en una serie de fragmentaciones que implicaron fuertes y profundos procesos de reflexión teórica en torno al socialismo.

Altamirano desde su nueva posición en Europa Occidental, buscó apelar a la unidad convocando a todos los grupos que se habían enfrentado a la Dirección Interior.⁹⁹ Éstos incluían desde grupos moderados como los Recuperacionistas a miembros de la CNR. Con este fin, se organizaron diversos congresos para sentar las bases de la unidad. Ejemplo de lo anterior, es la reunión impulsada por el sector Altamirano y ex

96 *Idem.*

97 *Idem.*

98 Pollack y Rosenkranz, *op. cit.*

99 El sector Altamirano convoca el XIV Congreso acentuando la división del socialismo. A partir de entonces, su sector será conocido como PSCh XIV Congreso.

integrantes de la CNR en Caracas el año 1981, desde donde emana el documento “Unidad Socialista para vencer”. En una carta firmada por Guillermo Cubillos y Aniceto Rodríguez, dirigida al Secretario General de la Internacional Socialista, Bernt Carlsson, en donde se adjunta dicho documento, los dirigentes socialistas explican el desarrollo de diversos congresos orientados a recuperar la unidad del partido luego de haber roto “con el ala estalinista de Berlín”. En dicha carta, aclaraban su adhesión al socialismo científico “que excluyó al marco rígido del “marxismo-leninismo” que había verticalizado totalitariamente la vida interna del partido”. En el documento adjunto, se establecían ciertas condiciones para el diálogo hacia la unificación que parten con la necesidad de “análisis críticos y autocríticos, así como una confrontación constructiva de nuestras identidades y discrepancias”. Además, se señalaba la necesidad de “definir el proyecto histórico estratégico por el cual luchan los socialistas chilenos”. Para cumplir la voluntad unitaria de quienes suscriben este documento (entre los que se encuentran representantes de la DC, el PC, IC, PR, MIR, MAPU, MAPU OC, e independientes de izquierda) se acordó formar un comité de unidad socialista, coordinar el trabajo socialista en el exilio y crear una comisión organizadora de actos conmemorativos del 48 aniversario del PSCh.¹⁰⁰

Dicha reunión se enmarcó con las iniciativas desarrolladas principalmente por socialistas del sector Altamirano, representantes de los MAPU y la IC por proponer una nueva fórmula de organización política que superase los errores cometidos por el conglomerado de la UP. Las reflexiones teóricas que estos sectores venían desarrollando, alimentados por los debates presentes en Europa occidental, tuvieron como ejes principales dos puntos centrales que definieron el proyecto socialista por las siguientes décadas: por un lado, una revalorización de la democracia como marco regulatorio para el juego político, y por otro, un alejamiento del marxismo leninismo como dogma. Como resultado de estas reflexiones, se cuestionó el tipo de organización política que se sostenía en la izquierda. Fue así como se instaló la idea de crear un nuevo proyecto político de izquierda que suponía nuevas alianzas y estructuras orgánicas. La reconsideración de la democracia y, por ende, la necesidad de buscar mayorías para la introducción de proyectos políticos ponía a la idea de consenso en el centro del debate sobre las maneras de entender el proyecto socialista. En

100 Guillermo Cubillos y Aniceto Rodríguez, carta enviada a Bernt Carlsson, 7 de septiembre de 1981, Socialist International, Comisco y SILO. Box Número 1066. Archivo de la Internacional Socialista. Instituto Internacional de Historia Social. Amsterdam.

este sentido la idea de la Convergencia Socialista surgió “como el más serio intento de concretizar políticamente la existencia de una corriente cuya acción se ha circunscrito hasta ahora principalmente al terreno de las ideas”.¹⁰¹ La Convergencia por ende comenzó como una instancia de encuentro entre personas de distintas corrientes socialistas de todos los sectores, miembros de partidos de distinto origen, intelectuales sin militancia, etc., con el objeto de insertar en una estructura organizativa las ideas de la Renovación.

No obstante, pronto las diferencias ideológicas al interior del socialismo en torno a las alianzas con partidos de clase media, la relación con el comunismo soviético, el tipo de partido que se buscaba construir y las estrategias inmediatas para derribar el régimen militar, se evidenciaron. El polo de izquierda se sintió cada vez más incómodo con la cercanía del sector Altamirano con el bloque Convergencia, el que era visto “como un potpurri de partidos caracterizados por blandura política y ánimos de congraciarse con partidos burgueses”.¹⁰² De este modo, dicha facción (conocida como *Álzate Chile*), se escindió de la iniciativa de Altamirano. Sin esta facción de izquierda, la facción de Altamirano estuvo compuesta en su mayoría con tendencias orientadas al espíritu representado por el grupo Convergencia. En una carta firmada por Carlos Altamirano, Aniceto Rodríguez y Roberto Ampuero en octubre del año 1982, se estableció que el partido no se sometería nunca más a la voluntad del PCCh a la vez que se revalorizaba la alianza con fuerzas socialistas de tendencia cristiana y las fuerzas democráticas progresistas de centro. En referencia al proyecto de Convergencia en la carta declararon: “se trata de construir un consenso nacional para el cambio, en el que confluyan las constantes históricas del socialismo chileno (...) y los valores solidarios y humanistas del movimiento cristiano”.¹⁰³

De trascendental importancia en torno a la construcción del movimiento de Convergencia, se situaron las reuniones realizadas en Ariccia, Italia, pues en ellas fue la primera vez, en donde representantes del socialismo tradicional y representantes de la vertiente cristiana del socialismo, se

101 Carlos Ominami, “De la ideología a la política”, *Revista Chile América*, No. 78-79, pp.15-19, 1982, p.15.

102 Pollack y Rosenkranz, *op. cit.*, p.198.

103 Robert Ampuero, Carlos Altamirano y Aniceto Rodríguez, “Declaración de los ex secretarios generales del Partido Socialista de Chile”. En Ricardo Nuñez (Ed.), *Socialismo. Diez años de Renovación. 1979-1989 De la Convergencia a la Unidad Socialista*, Santiago de Chile, Ediciones del Ornitorrinco, 1991, pp.107-115, p. 113.

encontraban en torno a las ideas de la Renovación. Tan importantes como las reuniones de Ariccia, fueron los encuentros organizados en Chantilly, Francia los años 1982 y 1983. Encuentros que también fueron decisivos para la aglutinación del proceso de convergencia.¹⁰⁴ La primera reunión tuvo como título “Chile-80: Movimientos, Escenarios y Proyectos” y se discutieron diversos temas relacionados con la situación chilena, tales como: sindicalismo, situación económica, situación de la mujer, etc. Entre los temas planteados y de mayor importancia en términos ideológicos fue el consenso que se generó en torno a la necesidad de abandonar el esquema marxista-leninista como marco teórico para el socialismo en general.¹⁰⁵ La selección temática del debate ya daba cuenta del tenor de la discusión y la dirección que la corriente de la Renovación estaba tomando en términos políticos. El segundo encuentro, tuvo como título “Los desafíos de la redemocratización” y continuando con las temáticas del primer congreso, se debatió sobre la necesidad de desacralizar el marxismo y se buscó confrontarlo, en tanto matriz teórica, a otras realidades conceptuales como la democracia y el socialismo.¹⁰⁶

Desde el PCCh y la vertiente Almeydista del PSCh, las ideas de Renovación y su articulación a través de la Convergencia evidenciaba no solo “tendencias de derecha que se manifiestan en una crítica negativa –de obsolencia- del marxismo, y de conceptos como el de lucha de clases y carácter de clase de un Estado”,¹⁰⁷ sino que además un despropósito para la organización de la lucha en contra del régimen militar.¹⁰⁸ La

104 Dávila, *op. cit.*

105 Durante el encuentro se trataron 4 temas generales que convocaban a diversos intelectuales tanto del exilio como de Chile. Los temas de discusión fueron: “Problemas del marxismo, el Socialismo y la Democracia”; “Presencia y composición de las fuerzas sociales en conflicto”; “Evolución político-cultural del régimen militar y escenarios posibles de una transición a la democracia”; “Sobre los contenidos de una propuesta alternativa” Actas del encuentro de Chantilly I. “Chile-80 Movimientos, Escenarios y Proyectos”, *Revista Chile América*, Roma, No. 82-83, 1982.

106 Al igual que en el encuentro anterior, la discusión se realizó en torno a 4 grandes temas: “La dimensión cultural de la redemocratización”; “Fuerzas armadas y Relaciones internacionales”; “Movilización Popular y fuerzas sociales”; “Marxismo, Socialismo y Redemocratización”. Actas del encuentro de Chantilly II, “Los Desafíos de la Democratización”, En Ricardo Núñez (Ed.), *Socialismo: 10 años de Renovación. 1979-1989 de la Convergencia a la Unidad Socialista*, Santiago de Chile, Ediciones del Ornitórrinco. 1991, pp.138-154.

107 Partido Socialista de Chile, “Crisis de la izquierda según el pleno clandestino de los socialistas de Chile”, *Revista Chile América*, Roma, No.78-79, 1982, pp. 93-94, p. 93.

108 En torno a un llamado de unidad amplia del mundo de izquierda en contra del régimen de Pinochet y a propósito de iniciativas como Convergencia,

constatación de estas reacciones permite comprender la diversidad de caminos tomados entre la izquierda chilena, especialmente aquella del exilio, frente al desafío (tanto intelectual como político) impuesto por el golpe militar. Orlando Millas, uno de los líderes más importantes del PCCh, sostuvo sobre el proceso de Renovación en general y las reuniones de Chantilly en particular:

Allí se quiso formular a la manera de las sentencias judiciales condenaciones al método marxista. Y en las intervenciones se propició por algunas personas llamados a pasar de la primera renovación –como se calificó al antimarxismo- a una segunda renovación inspirada en el neoconservantismo monetarista de Friedman (...) Se levantó tribuna pretendiendo declarar “in-viable” el gobierno de Allende. Se manifestó simpatía por las “modernizaciones” pinochetistas.¹⁰⁹

Orlando Millas llegó a catalogar la reunión de Chantilly como: “la manifestación de un anticomunismo morboso. En resumen, se dijeron disparates demasiado reaccionarios”.¹¹⁰ Además, desde el sector Almeyda, se sostuvo que la Convergencia: “altera el contenido esencialmente clasista y revolucionario de nuestro proyecto socialista”, en donde se debe plantear la rearticulación de la unidad de la izquierda en

Luis Corvalán, líder del PCCh dice: “Los comunistas no rehuimos la discusión sobre ningún tema, pero preferimos discutir en medio del combate y ante todo para combatir mejor” Luis Corvalán, “La unidad de toda la izquierda chilena”, *Revista Chile América*, Roma, No. 78-79, 1982, pp.88-90, p. 90.

109 Orlando Millas, “No hemos dicho que en Chile este a la orden del día la lucha armada”, *Revista Chile América*, Roma, No. 84-85, 1983, pp.51-54, p. 53. Las críticas de O. Millas sobre la valoración del manejo económico del régimen militar, se refieren a las declaraciones por parte de algunos importantes representantes de la corriente renovacionista, en torno al crecimiento económico que el modelo adoptado por el régimen militar, había alcanzado. Por ejemplo, Carlos Ominami sostuvo: “La derrota de la Unidad Popular nos llevó a constatar que era imposible conducir una política económica autárquica y proteccionista. La experiencia militar puso en evidencia que el crecimiento económico era factible solamente al abrirse a los mercados internacionales. Para nosotros, uno de los cambios fue constatar que el mercado no es más reaccionario que el Estado [...] en cierto sentido, el mercado trae consigo cierta impersonalidad mucho más deseable que la administración económica del Estado”. Citado en Javier Santiso, “La democracia como horizonte de espera y campos de experiencia: el ejemplo chileno”, *Revista de Ciencia Política*, No. 2, Vol. XXI, 2001, pp.69-100, p. 86.

110 Millas, *op. cit.*, p. 53.

un “fortalecimiento de la alianza PS-PC”.¹¹¹ Consultado sobre la iniciativa de la Convergencia, Clodomiro Almeyda, en línea con lo señalado por el PCCh, señalaba que el afán de dividir a la izquierda presente en la Convergencia contribuía a los objetivos de los adversarios del mundo popular.¹¹²

Dentro de la facción liderada por Almeyda, también existieron disputas internas. La adhesión, en un primer momento, del PSCh Almeyda al Comité de Enlace, que buscaba elaborar fórmulas para la unificación socialista, respondió a una petición de quienes consideraban que la división del socialismo respondía más bien a diferencias personales, y que la necesidad de un partido socialista unificado estaba por sobre diferencias ideológicas. Sin embargo, una gran porción del liderazgo, estaba en desacuerdo con esta adhesión. Desacuerdo que aumentó cuando el Comité de Enlace entabló negociaciones con Tomás Reyes de la DC. Así en un pleno realizado por el Comité Central del PSCh Almeyda en 1982, decidieron retirarse del Comité de Enlace, actuando en oposición a la fracción (representada por Julio Stuardo y Carlos Briones) que buscaba apuntar a la unificación del partido. La Fracción Stuardo-Briones, criticaba la postura del ala izquierda del PSCh Almeyda que defendía una resistencia armada, debido que la seriedad de la crisis que la dictadura ocasionó requería la unidad de una gran oposición democrática de las fuerzas socialistas para su derrota. Dicha disputa, ocasionó una nueva fragmentación del socialismo.¹¹³

Vale destacar en este punto, frente a este tumultuoso período de escisiones y reconfiguraciones, que la deconstrucción de programa de la izquierda chilena tanto al interior del país como en el exilio, a la luz de la crisis de representación del fracaso del proyecto político de la izquierda, como advierte Valderrama, en su origen no contenía ni línea ni estrategia política específica “sino un cambio ideológico y, más precisamente, cultural, en cuyo interior podían darse muy diversas líneas o estrategias políticas”.¹¹⁴ Esto explica la presencia de múltiples formas de reconstrucción de la izquierda chilena post golpe de estado y los constantes fraccionamientos que definieron la época.

111 Partido Socialista de Chile, *op. cit.*, p. 94.

112 Clodomiro Almeyda, “El legado de Allende es su llamamiento persistente a la unidad”, *Revista Chile América*, Roma, No. 82-83, 1982, pp. 37-40.

113 Pollack y Rosenkranz, *op. cit.*, p. 201-202.

114 Valderrama, *op. cit.*, p. 24.

Para el año 1983, la trayectoria del socialismo chileno componía la configuración de dos polos entre la oposición al régimen militar. Por un lado, la DC, grupos de derecha no pinochetista y algunos representantes del PR y PS, firmaron el Manifiesto democrático, el que luego se transformó en el grupo llamado Alianza Democrática, coalición que reunió a la DC, el Partido Liberal, el PR y el PS del sector de la Renovación que para entonces llevaba el apellido Núñez. Dicha coalición inició diálogos con el ministro del interior del régimen; Sergio Onofre, en contexto de una serie de medidas de aperturas que el régimen se había visto en la obligación de instaurar a propósito de las presiones internacionales y el surgimiento de una movilización interna producto de la crisis económica. Sin embargo, Pinochet desechó estos intercambios en septiembre de 1983.¹¹⁵ En paralelo, y a modo de reagrupar las corrientes socialistas chilenas, el mismo mes de septiembre, se crea el Bloque Socialista, integrado por iniciativas como el Secretariado por la Convergencia (PSCh XIV Congreso, MAPU OC, MAPU e IC), el Grupo por la Convergencia (intelectuales) y el Grupo por la Convergencia Universitaria.¹¹⁶ En definitiva, a través de esta alianza política, lo que se buscó era acercar a los socialistas históricos con los socialistas de origen cristiano pertenecientes a los MAPU y la IC, proyectando la posibilidad de formar alianzas entre el socialismo y la DC, alejándose del comunismo. No obstante, este marco tampoco proliferó en el tiempo, debido tanto a la multiplicidad de alianzas y a las indefiniciones político-estratégicas de quienes la componían.

Por otro lado, el mismo año 1983, el PCCh, el MIR y el PSCh Almeyda elaboraron su propio frente: el Movimiento Popular Democrático (MDP). La diferencia entre ambas asociaciones radicaba en las alianzas debido a la incompatibilidad de la DC con el PCCh y la estrategia para derribar la dictadura. En dicha agrupación se plasmaba la política del PS Almeyda para enfrentar la dictadura conocida como “lucha de masas rupturista con perspectiva insurreccional” la que incluía la validez de “todas las formas de lucha que contribuyan a consolidar y potenciar el movimiento de masas”, que había sido confirmada en el congreso XXIV del PSCh Almeyda del año 1985. Postura que coincidía con el ya mencionado giro comunista.¹¹⁷ Dicha postura fue la causante de la escisión del grupo

115 Ver: Víctor Muñoz, “El Partido Socialista de Chile y la presente cultura de facciones. Un enfoque histórico generacional (1973 – 2015)”, *Revista Izquierdas*, Santiago de Chile, No.26, 2016.

116 Ver: Rojas, *op.cit.*

117 Muñoz, *op. cit.*, p. 228-229.

Stuardo-Briones ya mencionado, el que se incorpora al PSCh Núñez, reforzando la predominancia de la versión renovada del socialismo.

Vale destacar, que las mencionadas posiciones representan a las más predominantes, pues como señala Muñoz, durante los años 1980, llegan a existir cerca de una veintena de agrupaciones socialistas orgánicas. En la misma línea, Rojas sostiene que:

la coyuntura de la época estuvo invadida de propuestas convergentes, aliancistas e intentos de reunificaciones. Lo anterior convirtió a la arena política chilena en un excéntrico panorama de inclusiones y exclusiones, que en la práctica solo hizo más estéril el proceso de oposición al régimen”.¹¹⁸

Hacia 1987, empezaron las primeras aspiraciones unificadoras en el socialismo. Para entonces, diversos grupos de los MAPU, y representantes de las Convergencias, habían adherido al PSCh de la vertiente renovada. El PSCh XXIV Congreso, ahora liderado por Ricardo Núñez, había conseguido exitosamente, la unión de diversas facciones del socialismo. Por su parte, el sector Almeydista, que venía de vivir fragmentaciones,¹¹⁹ flexibilizó la disposición de socialistas almeydistas a pensar en la unidad. Esta disposición se consolidó con el fracaso de la vía insurreccional del PCCh el año 1986, fracaso articulado a través de dos hitos fundamentales: el descubrimiento por parte del régimen militar de la operación Carrizal que tuvo como objetivo dotar de armas al PCCh y el fallido intento de asesinato a Pinochet por parte del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Ambos episodios marcaron “el ocaso de la política de rebelión popular de masas del PC chileno”.¹²⁰ Este ocaso del PCCh, mencionado por Pérez, significó el quiebre de la relación

118 Rojas, *op.cit.* p. 327.

119 Mauricio Rojas enumera tres tendencias presentes en el Almeydismo: la primera liderada por Clodomiro Almeyda, adhirieron al marxismo-leninismo y fueron cercanos al PCCh, aunque mantuvieron una postura ambigua frente a la validez de la lucha insurreccional; la segunda fueron los “Terceristas”, ubicados al interior de Chile, promovieron la fórmula de Ruptura pactada y fueron proclives a un acuerdo unitario con el resto de las fuerzas socialistas renovadas; y por último, la corriente liderada por “Los Comandantes”, que en contra de la ruptura pactada con la dictadura, promovieron el fortalecimiento del movimiento popular para radicalizar el enfrentamiento. Si bien adherían al marxismo-leninismo, marcaron sus distancias con el PCCh. Luego del XIV Congreso, esta tendencia se escindió del Almeydismo y desde el exterior (Bruselas) formaron la facción PS-Dirección Colectiva. Rojas, *Ibid.*, p. 372-373.

120 Pérez, *op.cit.*, p. 160.

entre PS Almeyda y el PCCh, al ver reducida, éste último, su posibilidad real de incidencia en la política nacional, agregándose un capítulo más al vínculo relacional entre socialismo y comunismo identificado en un apartado anterior. Sumado a lo anterior, y luego del paro de julio del año 1986, se impuso la lógica dentro de la oposición política del fracaso de la movilización política como estrategia para derribar el régimen y se impuso “una visión pragmática de la negociación con el régimen dentro de su institucionalidad jurídica”.¹²¹

Finalmente, el perfil del socialismo almeydistas se orientó hacia el socialismo renovado, cuando en enero de 1988 llama públicamente a votar NO en el plebiscito. Con este gesto, se alejó de la vía insurreccional para derrotar a la dictadura al mismo tiempo que se validaba la estrategia del socialismo renovado. En este contexto, la corriente Tercerista asumió el control manifestando su adherencia a la renovación y la unidad del socialismo. El 29 de diciembre de 1989 se oficializó la reunificación del socialismo en donde Jorge Arrate (líder del socialismo renovado luego de Ricardo Núñez) asumió como secretario general y Clodomiro Almeyda como presidente. En términos generales, como sostiene Mireya Dávila “El Partido Socialista asumió la renovación socialista como la base ideológica de sustentación partidaria”.¹²² Según Heraldo Muñoz, una explicación para que finalmente se haya impuesto la vertiente renovada en el tronco central del PSCh, fue que se lograron imponer las ideas de un nuevo socialismo necesario para las nuevas condiciones sociales en Chile. “por su capacidad de articular un nuevo pensamiento socialista, una nueva imagen socialista -más pragmática, más realista, más en sintonía con el sentimiento popular (...) Creo que esa presencia intelectual, esa capacidad de visión, nos permitió terminar siendo la principal fuerza”.¹²³

A la lectura intelectual que hace Muñoz, habría que agregar el profundo trauma, que los rebrotes de violencia hacían evidentes entre los movimientos sociales en el país. Trauma que se tradujo en una desarticulación de los movimientos sociales, el consecuente fracaso de la política implementada por el PCCh y la decisión, por ende, de apoyar

121 Viviana Bravo, “Neoliberalismo, protesta popular y transición en Chile, 1973-1989”, *Política y Cultura*, No 37, 2012, pp. 85-112, p. 109.

122 Dávila, *op.cit.*, p. 92.

123 Citado en Jeffrey Puryear, *Thinking politics: intellectuals and democracy in Chile, 1973-1988*, Baltimore, Johns Hopkins University Press. 1994, p.64.

una política pacífica de transición hacia la democracia, representada por las fuerzas de la renovación.¹²⁴

El partido ya unificado, no terminó con la presencia de corrientes diversas, pero sí asumió una posición estratégica de unirse pragmáticamente en torno al programa y a su rol en la transición hacia la democracia y al interior de la Concertación de Partidos por la Democracia.

Conclusiones

Las reconfiguraciones políticas que se desarrollaron en la izquierda chilena luego del golpe de estado fueron múltiples. Luego de una crisis de la magnitud del golpe de estado en Chile, los ideólogos de los distintos partidos y movimientos políticos debieron recurrir a nuevos planteamientos para hacer frente a una realidad drásticamente distinta. La reconfiguración política se desarrollaba en ambientes tan diversos y hostiles como el exilio o bajo la persecución política al interior de Chile de un régimen que duró 17 años. Estas circunstancias significaron que la izquierda chilena en su conjunto tuvo que cuestionar y transformar sus postulados políticos para poder ser parte del proceso en contra de la dictadura instalada en Chile. No obstante, como se pudo observar, lejos de tratarse de un proceso homogéneo, los cuestionamientos y reconstrucciones políticas se desarrollaron de manera distinta entre las agrupaciones políticas. Para el caso del socialismo chileno, las divergencias se alojaron en el seno mismo del partido, luego de una severa crisis que fragmentó y dividió a sus representantes. Lo anterior, además de las circunstancias especiales de una dictadura militar, se debió a una naturaleza originaria heterogénea, la influencia del contexto político del exilio, las circunstancias al interior del país, y el rol clave jugado por los líderes del partido. Al igual que en su fundación, en donde convivieron diversas tendencias, el PSCh en su reunificación, logró armonizar sus tendencias internas reuniéndose en torno a un programa específico, sin ahondar en principios ideológicos más profundos. Solo una mirada pragmática de lo acordado en el programa político, (durante su fundación

124 Sobre relación entre trauma, transformaciones del proyecto neoliberal sobre la sociedad chilena y la corriente de la renovación tras el paradigma de la gobernabilidad que aplicó la Concertación durante la transición ver: Camila Jara, *Trayectorias de (des)movilización de la sociedad civil chilena. Post-trauma, gobernabilidad y neoliberalismo en la restauración democrática (1990-2010)*, Tesis doctoral, Universidad de Leiden, Leiden. 2016.

y durante la transición democrática) y una decisión estratégica para ser un actor relevante en la política, es lo que ha logrado mantener unido a un partido que alberga corrientes tan diversas.

Bibliografía

Fuentes impresas

Almeyda, Clodomiro, “El legado de Allende es su llamamiento persistente a la unidad”, *Revista Chile América*, Roma, No. 82-83, 1982

Almeyda, Clodomiro. “Entrevista a Clodomiro Almeyda. El legado de Allende es su llamamiento persistente a la unidad”, *Revista Chile América*, No. 82-83, Roma, Octubre-Noviembre-Diciembre 1982.

Álvarez, Rolando, *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*. Tesis para optar al grado de Magíster, Santiago de Chile, Universidad de Santiago, 2001.

Álvarez, Rolando, *La tarea de las tareas: luchar, unir, vencer. Tradición y renovación en el Partido Comunista de Chile (1965-1990)*, Santiago de Chile, Tesis Doctoral, Universidad de Chile, 2007.

Ampuero, Robert, Carlos Altamirano y Aniceto Rodríguez, “Declaración de los ex secretarios generales del Partido Socialista de Chile”. En Ricardo Nuñez (Ed.), *Socialismo. Diez años de Renovación. 1979-1989 De la Convergencia a la Unidad Socialista*, Santiago de Chile, Ediciones del Ornitorrinco, 1991.

Arrate, Jorge, *El socialismo chileno: rescate y renovación*, Barcelona, Ediciones del Instituto para un Nuevo Chile, 1983.

Arrate, Jorge y Eduardo Rojas, *Memoria De La Izquierda Chilena*, Tomo1, Santiago de Chile, Ediciones B Chile S.A, 2003.

Arrate, Jorge, *Pasajeros en tránsito*, Santiago de Chile, Catalonia, 2007.

Barnard, Andrew, “Chile”, En Leslie Bethell y Ian Roxborough (Edits.), *Latin America between the Second World War and the Cold War 1944-1948* (66-91), Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

Bravo, Viviana, “Neoliberalismo, protesta popular y transición en Chile, 1973-1989”, *Política y Cultura*, No 37, 2012, pp. 85-112.

Bermeo, Nancy, “Democracy and the Lessons of Dictatorship”, *Comparative Politics*, No. 3, Vol. 24, Nueva York, 1992, pp. 273-291.

Casals, Marcelo, *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo” 1956 – 1970*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2009.

CNR, "Carta al Secretario General del PS, Carlos Altamirano", *Chile-América*, Roma, No., 31-32, mayo-junio, 1977.

Corkill, David, "The Chilean Socialist Party and The Popular Front 1933-41", *Journal of Contemporary History*, No. 2/3, Vol. 11, 1976, p.261-273.

Dávila, Mireya, *Historia de las ideas de la renovación socialista 1974-1989*. Tesis de Licenciatura en Historia, Santiago de Chile Pontificia Universidad Católica de Chile, 1994.

Devés, Eduardo y Carlos Día (Ed.), *El Pensamiento socialista en Chile: antología, 1893-1933*, Santiago de Chile, América Latina Libros, 1987.

Drake, Paul, *Socialism and Populism in Chile, 1932-1952*, Champaign, University of Illinois Press, 1978.

Faúndez, Julio, *Marxism and Democracy in Chile. From 1932 to the fall of Allende*, New Haven, Yale University Press, 1988.

Fernandois, Joaquín, *La Revolución Inconclusa. La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular*. Santiago de Chile, Centro de Estudios Públicos, 2013.

Fernández, Joaquín, Álvaro Góngora y Patricia Arancibia (Eds.), *Ricardo Núñez. Trayectoria de un socialista de nuestros tiempos*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Finis Terrae. 2013.

Garretón, Manuel A, *Las ideas de la renovación socialista. Síntesis y Balance. Material de Trabajo*, Santiago, Flasco, 1987.

Garretón, Manuel A. y Malva Espinosa, "Chile: Political Learning and the Reconstruction of Democracy", En Jennifer McCoy (Ed.), *Political Learning and Redemocratization in Latin America: Do Politicians Learn from Political Crises?*, Florida, North-South Center Press at University of Miami, 2000.

Gómez, María Soledad, "Factores nacionales e internacionales de la política interna del Partido Comunista de Chile (1922-1952)", En Augusto Varas, Alfredo Riquelme y Marcelo Casals (Edits.), *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*, Santiago de Chile, Editorial Catalonia. 2010, p. 75-120.

Góngora, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1986.

Halperin, Ernst, *Nationalism and Communism in Chile*, Cambridge, The M.I.T Press, 1965.

Huneus, Carlos, *La guerra fría chilena. Gabriel González Videla y la Ley Maldita*. Santiago de Chile, Random House Mondadori, 2009.

Jara, Camila, *Trayectorias de (des)movilización de la sociedad civil chilena. Post-trauma, gobernabilidad y neoliberalismo en la restauración democrática (1990-2010)*, Tesis doctoral, Universidad de Leiden, Leiden. 2016.

Jobet, Julio, *El Partido Socialista de Chile. Tomo I*. Santiago de Chile: Ediciones Prensa Latinoamericana, 1971.

Jobet, Julio, *El Partido Socialista de Chile. Tomo II*, Santiago de Chile, Ediciones Prensa Latinoamericana, 1971

McCoy, Jennifer, "Political learning and redemocratization in Latin America", *Paper presentado en el XIX Congreso Internacional del Latin American Studies Association*, Washington DC, 1995.

Moraga, Fabio, "¿Un partido indoamericanista en Chile? La Nueva Acción Pública y el Partido Aprista Peruano (1931-1933)", *Histórica*, No. 2, Vol. XXXIII, 2009, p.109-156.

Moulián, Tomás, "Evolución histórica de la izquierda chilena. Influencia del marxismo", *FLACSO Documento de Trabajo*, No. 139, pp.1-54, 1982.

Moulián, Tomás, "El Marxismo en Chile: Producción y Utilización", José. J. Brunner, Martín Hopenhayn, Tomás Moulián, y Ludolfo Paramio (Eds.), *Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile*, Santiago de Chile, FLACSO, 1993, pp. 107-161.

Moyano, Cristina, *La seducción del poder y la juventud. Una aproximación desde la historia a la cultura política MAPU 1969-1973*. Tesis de Magíster, Santiago de Chile, Universidad de Santiago de Chile, 2002.

Muñoz, Víctor, "El Partido Socialista de Chile y la presente cultura de facciones. Un enfoque histórico generacional (1973 – 2015)", *Revista Izquierdas*, Santiago de Chile, No.26, 2016.

Norambuena, Carmen, "Exilio y retorno. Chile 1973-1994", En Mario Garcés y Myriam Olguín (Edits.), *Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2000.

Ominami, Carlos, "De la ideología a la política", *Revista Chile América*, No. 78-79, pp.15-19, 1982.

Ortega, Luis "La radicalización de los socialistas de Chile en la década de 1960", *Revista Universum*, No. 23, Vol..2, Talca, 2008, pp.152-164.

Partido Socialista de Chile, "Crisis de la izquierda según el pleno clandestino de los socialistas de Chile", *Revista Chile América*, Roma, No.78-79, 1982.

Pérez, Cristián, "Compañeros, a las armas: combatientes chilenos en Centroamérica (1979-1989)", *Estudios Públicos*, No 129, 2013, pp-141-164.

Perry, Mariana, *La dimensión internacional del pensamiento político chileno. Aprendizaje y transferencia en el exilio*, Leiden, tesis para optar al grado de Doctor, Universidad de Leiden, 2016.

Politzer, Patricia, *Altamirano*. Buenos Aires, Grupo Editorial Zeta, 1989.

Pollack, Benny, "The Chilean Socialist Party: Prolegomena to Its Ideology and Organization", *Journal of Latin American Studies*, No.1, Vol. 10, Cambridge, 1978, p.117-152.

Pollack, Benny y Hernan Rosenkranz, *Revolutionary social democracy: the Chilean socialist party*, Nueva York, St. Martin's Press, 1986.

Puryear, Jeffrey, *Thinking politics: intellectuals and democracy in Chile, 1973-1988*, Baltimore, Johns Hopkins University Press. 1994.

Riquelme, Alfredo, *Rojo atardecer: el comunismo chileno entre dictadura y democracia*, Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2009.

Roberts, Kenneth, "Renovation in the Revolution? Dictatorship, Democracy, and Political Change in the Chilean Left", *Working Paper*, No. 203, Notre Dame, Helen Kellogg Institute for International Studies, 1994, pp. 1-36.

Roberts, Kenneth, *Deepening Democracy? The modern Left and Social Movements in Chile and Peru*, Stanford, Stanford University Press, 1998.

Rojas, Jorge y Manuel Loyola (Eds.), *Por un rojo amanecer: hacia una historia de los comunistas chilenos*, Santiago, The Author, 2000.

Rojas, Mauricio, *La Renovación de la izquierda chilena durante la dictadura*, Santiago de Chile, Piso Diez Ediciones, 2017.

Silva, Patricio, "Social Democracy, Neoliberalism and Ideological Change in the Chilean Socialist Movement, 1973-1992", en *XVII Congreso Internacional LASA*, California, 1992.

Ulianova, Olga, "La Unidad Popular y el golpe Militar en Chile: percepciones y análisis soviéticos", *Estudios Públicos*, No. 79, 2000.

Ulianova, Olga, "Inserción internacional del socialismo chileno 1933-1973". En Olga Ulianova (Ed.), *Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta*, Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 2009.

Ulianova, Olga, "Relaciones internacionales y redefiniciones en el socialismo chileno, 1973-1979", *Revista Izquierdas*, No., 4, pp. 1-30, 2009.

Ulianova, Olga, "La nueva inserción internacional del comunismo chileno tras el golpe militar", En Alfredo Riquelme y Tania Harmer (Edits.), *Chile y la Guerra Fría global*, Santiago de Chile, RIL Editores, 2014.

Valderrama, Miguel," Renovación Socialista y Renovación Historiográfica", *PREDES Debates y Reflexiones. Aportes para la investigación social*, Santiago de Chile, No.5, 2001.

Vargas, María de los Ángeles y Lucila Díaz, *Del golpe a la división. Historia del Partido Socialista 1973-1979*. Tesis de Licenciatura, Santiago de Chile, Universidad ARCIS, 2007.

Vergara, Jorge, "El pensamiento de la izquierda chilena en los sesenta. Notas de investigación", En Augusto Varas, Alfredo Riquelme y Marcelo Casals (Edits.), *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente (185-226)*, Santiago de Chile, Editorial Catalonia Ltd, 2010.

Viera-Gallo, José Antonio, "Renovar la izquierda", *Revista Chile América*, Roma, No., 50-51, 1979.

Wolpin, Miles, "La influencia internacional de la Revolución Cubana: Chile, 1958-1970", *Foro Internacional*, Vol. 12, No, 4 (48), Colegio de México, 1972, pp. 453-496.

Yocelovsky, Ricardo, "El Partido Socialista de Chile bajo la dictadura militar", *Revista Foro Internacional*, No. 105, vol.21, México D.F, julio-septiembre 1986, p. 105

Fuentes electrónicas

Altamirano. Carlos, "*Informe del Secretario General Camarada Carlos Altamirano al Pleno extraordinario del Comité Central del Partido Socialista*". Berlín, 1978. Documento extraído de Partido Socialista de Chile: www.socialismo-chileno.org, en 2015.

Altamirano, Carlos, "Mensaje a los socialistas de Chile", Berlín, junio de 1977. Documento extraído del sitio web <http://www.socialismo-chileno.org>, visitado el 15 de septiembre de 2015.

Dirección Interior. Partido Socialista de Chile. Al calor de la lucha contra el fascismo, construir la fuerza dirigente del pueblo para asegurar la victoria!. Santiago de Chile, Marzo, 1974. Documento extraído de <http://www.socialismo-chileno.org>, visitado en septiembre de 2015.

LOS LARGOS SESENTA

ESTADO, CONTRARREVOLUCIÓN Y AUTORITARISMO EN LA TRAYECTORIA POLÍTICA DE LA CLASE MEDIA PROFESIONAL CHILENA. DE LA OPOSICIÓN A LA UNIDAD POPULAR AL FIN DE LOS COLEGIOS PROFESIONALES (1970-1981)

Marcelo Casals Araya¹

Introducción

En los momentos en que las Fuerzas Armadas llevaban a cabo el golpe de Estado contra la Unidad Popular el 11 de septiembre de 1973, Salvador Allende pronunció por teléfono su último discurso. En él justificó las demandas históricas de la izquierda y acusó a los militares conspiradores de oponerse a la marcha de la historia y la emancipación de los pueblos. También tuvo palabras contra quienes se habían levantando contra el gobierno de la Unidad Popular, desestabilizándolo y pavimentando el camino para la intervención militar. Entre ellos, señaló Allende, estaban los profesionales, un grupo que conocía bien. Por entonces, los profesionales se organizaban en colegios, poderosas agrupaciones de derecho público que asesoraban al Estado y vigilaban la ética en el ejercicio profesional. De hecho, el propio Allende había participado en la organización del Colegio Médico en los años 50s. Sin embargo, tras la politización y radicalización hacia la derecha de esas organizaciones gremiales, las relaciones habían quedado rotas. Poco antes de su muerte, Allende no tuvo sino palabras de desprecio hacia los profesionales y sus “colegios de clase para defender también las ventajas de una sociedad capitalista de unos pocos”².

1 Chileno, Doctor en Historia de América Latina, University of Wisconsin-Madison. Investigador del Centro de Estudios de Historia Política, Escuela de Gobierno, Universidad Adolfo Ibáñez. marcelo.casals@uai.cl. Agradezco a Juan Luis Ossa y Luis Thielemann sus comentarios y correcciones a este texto.

2 Cit. en Gonzalo Martner, ed., *Salvador Allende. Obras escogidas: período 1939-1973*, Santiago, Ediciones del Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar; Fundación Presidente Allende, 1992, 670.

El ciclo revolucionario de los “largos años 60s” -y su símbolo epocal de las protestas globales de 1968- fracturó en Chile un orden social surgido del “Estado de compromiso” basado en la sanción legal de las jerarquías y la apertura diferenciada hacia grupos sociales medios y obreros organizados. Dentro de los primeros, los profesionales eran quizás quienes concentraban mayor reconocimiento gracias a sus credenciales universitarias. Hasta la llegada de la izquierda al poder en 1970, los profesionales habían gozado de prerrogativas legales y de acceso privilegiado al Estado, tanto para satisfacer demandas gremiales como para incidir en el diseño de políticas públicas. La existencia de los colegios profesionales aseguraba la existencia y reproducción de canales de participación y negociación, cerrados a partir del proceso de radicalización y movilización social bajo el gobierno de la Unidad Popular.

El desafío revolucionario fue percibido por parte importante de la clase media organizada -y de los profesionales entre ellos- como una amenaza vital a sus propias posibilidades de reproducción social. Ya sea por la inversión de jerarquías laborales entre empleados y obreros, la radical reconfiguración del régimen de propiedad (incluyendo en varios casos a la pequeña y mediana propiedad productiva), el deterioro de la economía expresado principalmente en desabastecimiento e inflación, la centralidad de lo popular y lo obrero en la retórica estatal o las incertidumbres que generaba la expansión explosiva del Estado en la economía, lo cierto es que la reacción generalizada de las organizaciones sociales mesocráticas fue de una inédita activación política contrarrevolucionaria, haciendo suyos la lógica antimarxista de Guerra Fría. Todo ello llevó a estas franjas organizadas de clase a apoyar a la dictadura militar de Augusto Pinochet, sobre todo durante sus primeros dos años. Por un tiempo, el Estado parecía ser sensible nuevamente a sus demandas y necesidades. El orden restablecido parecía asegurar un futuro promisorio, a pesar de (o, para no pocos, gracias a) la pérdida del régimen democrático y del enorme despliegue de violencia estatal. Sin embargo, el viraje neoliberal del régimen cambió las cosas. El Estado pareció clausurarse una vez más, al tiempo que los militares institucionalizaban el nuevo orden de cosas en la Constitución de 1980. El progresivo alejamiento de las organizaciones mesocráticas coincidió con un socavamiento moral de las bases sociales de la dictadura dada por la extensión de la violencia estatal codificada ahora en términos de Derechos Humanos. En 1981, la dictadura decidió poner fin a la existencia legal de los colegios profesionales en aras de

la “libertad de trabajo”. Ello marcó un punto final a una larga historia de organización social de clase media, abriendo paso a un nuevo ciclo marcado por la oposición y la confrontación social contra la dictadura que caracterizó a los años 80s.

Este artículo explora este triple proceso de radicalización contrarrevolucionaria, colaboracionismo dictatorial y desafección progresiva con el régimen efecto combinado del neoliberalismo y los Derechos Humanos, por parte de la clase media profesional organizada. Al respecto planteo que esta trayectoria debe ser entendida no como una fatalidad dada por la extracción de clase, ni como parte de un “contexto” global de cambio y reacción. Por el contrario, es necesario explorar las condiciones concretas experimentadas por aquellos grupos sociales involucrados en la lucha política. En ese sentido, argumento que los profesionales reaccionaron en virtud de las reconfiguraciones de la relación entre Estado y sociedad civil verificadas en el ciclo revolución-contrarrevolución de aquellos años. Acostumbrados a los circuitos de negociación y participación con el Estado, la reacción gremial de los profesionales estuvo dada por la clausura de aquellos vínculos en la Unidad Popular. Mientras en los primeros años de la dictadura éstos parecieron reabrirse, las exigencias del “shock” neoliberal y posterior institucionalización los volvieron a cerrar. Las transformaciones subjetivas en torno al autoritarismo –sobre todo de aquellos que se opusieron de algún modo a la Unidad Popular y colaboraron en la destrucción de la democracia chilena- se enmarcaron en estos cambios de las relaciones entre los profesionales y el Estado. Sólo cuando el neoliberalismo cerró definitivamente las puertas, la indignación moral por la masiva violación a los Derechos Humanos pudo tener cierta expresión gremial, gracias a la organización de profesionales disidentes y al ingreso, ya en los años 80s, de sus más reputados representantes a las directivas de los nuevos -y debilitados- colegios profesionales.

Las páginas que siguen están divididas en cinco secciones, además de una breve conclusión. Primero se exploran los significados de la clase media y de los profesionales en los años del “Estado de compromiso” –entre el Frente Popular y la Unidad Popular-, cuando se sentaron las bases legales, sociales y culturales del prestigio mesocrático. Luego, se analizan en detalle los primeros meses de la Unidad Popular y el proceso de desafección de los profesionales ante el intento de construir el socialismo en Chile. La sección siguiente trata la enorme movilización social contra la izquierda en el poder, con participación protagónica de

la clase media en general y los profesionales en particular, hasta el golpe de Estado de 1973. En la cuarta sección, se analizan los términos de la colaboración de organizaciones profesionales con la dictadura, relativas sobre todo a la construcción de legitimidad tanto dentro como fuera de Chile. Por último, se describe el proceso de desafección de los colegios profesionales con la dictadura, gracias a las reformas profesionales y su profundización, como también al impacto de la “oposición moral” en clave de Derechos Humanos. El proceso se cierra con la decisión del régimen de disolver los colegios profesionales en 1981, transformándolas en asociaciones gremiales con facultades notoriamente disminuidas.

Clase media, colegios profesionales y “Estado de compromiso”

La clase media tiene una consistencia histórica problemática. A diferencia de otros sectores sociales definidos en base a una actividad o posición económica -clase “obrera”, “empresarial”, “terrateniente”, etc.-, la clase media tiene tal nivel de heterogeneidad y tal porosidad de sus fronteras que no ha faltado quien dude incluso de su existencia histórica. En ese sentido, la clase media es en realidad una metáfora del orden social. Según ha señalado Ezequiel Adamovsky, lo “medio” implica que existe un alto y un bajo y, por tanto, requiere imaginar una sociedad tripartita con diferenciaciones visibles entre cada grupo. Lo medio, además, en la tradición aristotélica clásica está asociado a la moderación y la virtud, algo recuperado por los liberales franceses del siglo XIX para articular un proyecto político basado en la idea de clase media. De allí se derivó un conjunto cambiante y no siempre explícito de normas éticas para reconocerse y ser reconocido como de clase media, transformando la adscripción a dicha clase en un esfuerzo moral constante por cumplir los estándares de cada época y lugar. Es por eso que la clase media debe buscarse al nivel de identidad e ideal social, antes que en la coherencia interna entre sus miembros o contornos precisos de sus límites³.

A diferencia de años anteriores, las investigaciones recientes sobre clase media en América Latina han puesto el énfasis en la dimensión identitaria

3 Ezequiel Adamovsky, *Historia de la clase media argentina: apogeo y decadencia de una ilusión, 1919 - 2003*, Buenos Aires, Planeta, 2015, 497-514 ; Ezequiel Adamovsky, “Aristotle, Diderot, Liberalism and the Idea of ‘Middle Class’: A Comparison of Two Contexts of Emergence of a Metaphorical Formation”, *History of Political Thought* 26:2, 2005, 303-33.

e históricamente construida de la clase media⁴. La propia noción de clase media, en esa línea de análisis, emerge de las contradicciones propias de sociedades en procesos de modernización, contexto en el cual se articulan grupos de interés y portavoces que asumen una identidad mesocrática para avanzar posiciones y presionar al Estado para una reformulación de las relaciones de poder⁵. Ello por cierto no quiere decir que la clase media sólo exista al nivel del discurso. Rescatando la clásica formulación de E.P. Thompson, asumo la clase como una *experiencia* que codifica al nivel de conciencia las relaciones de producción de determinada sociedad⁶. Ese vínculo, con todo, no es unilineal. La propia identidad de clase media, como veremos en este texto, fue usada también en contextos sociales y políticos concretos con el fin de asegurar aquellas condiciones materiales de existencia que se asumían eran consustanciales a la condición mesocrática. La clase media, de ese modo, fue tanto una identidad como una herramienta de lucha política usada por organizaciones sociales y movimientos políticos con el objeto de definir arreglos institucionales y políticas estatales afines a dicho sector⁷.

En Chile, algunos de los segmentos sociales materialmente diferenciados del mundo popular y del exclusivo mundo oligárquico empezaron a identificarse como clase media de foma más o menos consistente hacia 1920. Para entonces, el Estado -ya sea a través de empleo o educación- había permitido a ciertos actores reclamar una identidad

4 Para balances bibliográficos generales sobre el estudio de la clase media latinoamericana, véase Sergio Visacovsky y Enrique Garguin, "Introducción", Sergio Eduardo Visacovsky y Enrique Garguin (eds.) *Moralidades, economías e identidades de clase media: estudios históricos y etnográficos*, Buenos Aires, EA, 2009); y David S. Parker, "Introduction: The Making and Endless Remaking of the Middle Class", David S. Parker y Louise E. Walke (eds.) *Latin America's Middle Class: Unsettled Debates and New Histories*, Lanham, Lexington Books, 2013.

5 Tres investigaciones a estas alturas clásicas sobre estos temas son David S. Parker, *The Idea of the Middle Class: White-Collar Workers and Peruvian Society*, University Park, Pa., Pennsylvania State University Press, 1998; Patrick Barr-Melej, *Reforming Chile: Cultural Politics, Nationalism, and the Rise of the Middle Class*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2001; Brian Philip Owensby, *Intimate Ironies: Modernity and the Making of Middle-Class Lives in Brazil*, Stanford, Calif., Stanford University Press, 1999.

6 E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, traducido por Elena Grau. Vol. I, Barcelona, Crítica, 1989; Ellen Meiksins Wood, "The Politics of Theory and the Concept of Class: E.P. Thompson and His Critics", *Studies in Political Economy* 9:1, 1982, 45-75.

7 Klaus-Peter Sick, "El concepto de clases medias. ¿Noción sociológica o eslógan político?", Ezequiel Adamovsky, Sergio Visacovsky y Patricia Vargas (eds.), *Clases medias: Nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología*, Buenos Aires, Ariel, 2014.

de clase media y desde allí formular demandas sectoriales específicas⁸. En 1919, por ejemplo, en el contexto de una fuerte crisis económica y social, se organizó una efímera “Federación de Clase Media” de talante reformista⁹. Al año siguiente, el candidato liberal Arturo Alessandri apeló insistentemente a las clase media -junto a los sectores populares- en clave populista y antioligárquica en medio de una encendida campaña presidencial. Más que el ascenso de una clase al poder, esa coyuntura significó la cristalización a nivel político de un proyecto reformista, nacionalista, laico y positivista formulado por intelectuales mesocráticos en las décadas previas, y que tomaría mayor consistencia en los años posteriores¹⁰. El movimiento de oficiales reformistas del Ejército que asumiría el poder en la dictadura de Ibáñez (1927-1931) tomó parte importante de estas banderas, despojando de los controles del Estado a los sectores oligárquicos y aplicando políticas redistributivas y de regulación económica en favor de sectores populares y medios afines al régimen. Al mismo tiempo, nacían o se consolidaban una serie de organizaciones gremiales y laborales que no reconocían filas en el movimiento obrero, y que se identificaban con el aún impreciso término de clase media. El periódico de la entonces poderosa Unión de Empleados de Chile, por ejemplo, llevaba el nombre de “La Opinión de los Empleados. Órgano oficial de los intereses de la clase media”¹¹.

Desde inicios de los años treinta, y con mayor fuerza a partir de 1938 con la victoria del radicalismo y el Frente Popular, el Estado asumió un rol central en la promoción política y legal de la clase media. El Código del Trabajo de 1931 estableció la distinción legal entre obreros y empleados. Pocos años después se creó la noción de “sueldo vital” para los segundos, garantizando así la estabilidad de sus salarios. Al mismo tiempo se instauraba un complejo sistema de seguridad social fuertemente marcado por líneas de clase. Muchas de las “cajas de previsión” fueron exclusivamente diseñadas para funcionarios, empleados y profesionales, buscando a través de préstamos y otros servicios asegurar un nivel de vida

8 Marianne González Le Saux, *De empresarios a empleados: clase media y estado docente en Chile, 1810-1920* Santiago, LOM Ediciones, 2011.

9 Luis Ávalos, *Memorandum de organización profesional para la Federación de la Clase Media*, Santiago Imprenta Chile, 1919.

10 Barr-Melej, *op. cit.*, *passim*.

11 Aldo Cofré Arredondo, “‘Trabajadores de cuello y corbata’: Identidad, asociatividad y acción colectiva en el movimiento de empleados particulares. Chile, 1918-1925”, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, 2011, 67.

acorde con las expectativas de distinción mesocrática de esos grupos¹². Todas estas políticas encontraron acogida en el Estado en la medida en que el radicalismo se erigió como el representante de las clases medias, principalmente aquellas vinculadas vía empleo al Estado. Gracias a ello, hacia los años cincuenta la identidad de clase media estaba fuertemente asentada tanto en el discurso político y las representaciones culturales (incluyendo, por cierto, burlas y sátiras¹³), como también en gremios y asociaciones de productores y propietarios medianos de diverso tipo.

Dentro de los grupos organizados de clase media, quienes mejor pudieron insertarse en el orden político y social del “Estado de compromiso” construido a partir de los años 30s fueron los profesionales. A diferencia de otros sectores, los profesionales podían exhibir credenciales de saber especializado otorgados y reconocidos por el propio Estado y, por ende, podían reclamar un rol preponderante tanto en la estructura económica como en la administración de los asuntos públicos. La expansión de la matrícula de educación superior a lo largo del siglo XX benefició en gran medida a los sectores medios, quienes además se beneficiaban del sistema de educación público primario y secundario. Con todo, el reducido peso cuantitativo de los estudiantes universitarios les confirió también un cierto aire de distinción mesocrática. Si en 1900 habían 1.228 estudiantes, en 1922 ya eran 6.452, y en 1950 10.793. En relación a la población entre 19 y 25 años, estos números significaban una pequeña fracción, aunque en aumento (0,31, 1,26 y 1,46% respectivamente). En la década previa a la reforma universitaria, entre 1957 y 1967, se experimentó una expansión más pronunciada de la matrícula profesional, superando los 100.000 estudiantes hacia 1971, lo que significaba un 8,77% de la población en edad de estudiar¹⁴.

12 J. Pablo Silva, “The Origins of White-Collar Privilege in Chile: Arturo Alessandri, Law 6020, and the Pursuit of a Corporatist Consensus, 1933-1938”, *Labor* 3:1, 2006, 87-112; Rodrigo Henríquez Vásquez, *En “Estado Sólido”: políticas y politización en la construcción estatal Chile 1920-1950*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2014; Francisca Rengifo, “Desigualdad e inclusión: La ruta del estado de seguridad social chileno, 1920-1970”, *Hispanic American Historical Review* 97:3, enero de 2017, 485-521.

13 Tomás Cornejo Cancino, “Una clase a medias: las representaciones satíricas de los grupos medios chilenos en Topaze (1931-1970)”, *Historia* 40:2, 2007, 249-284.

14 Juan Braun Ll. et al., *Economía chilena 1810-1995: estadísticas históricas*, Documento de Trabajo No. 187, Santiago: Instituto de Economía, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2000, 223-38; Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez, *Antecedentes estructurales de las universidades chilenas*, Santiago, Ediciones SUR, 1987, 64.

El prestigio de los profesionales corrió a la par con una relativa apertura hacia sectores medios. Si en el siglo XIX las carreras de mayor reconocimiento social como derecho estaban reservadas para los vástagos de la élite, hacia principios de siglo XX la expansión de otras áreas, como ingeniería, medicina y las pedagogías, diversificaron en parte la composición social de los profesionales¹⁵. Desde los años 20s, y con fuerza a partir de la experiencia autoritaria de Ibáñez, una cohorte de profesionales -en su mayoría ingenieros- se integraron a la dirección del Estado. La creación de la Corporación de Fomento (CORFO) en el gobierno del Frente Popular acentuó esta tendencia, creando una tecnocracia profesional desarrollista que, según Patricio Silva, reflejaba los valores antioligárquicos, meritocráticos y modernizadores de la clase media. La existencia de un grupo profesional cohesionado al mando de los controles técnicos del Estado, además, habría servido como factor moderador del conflicto político al mediar entre el Ejecutivo y los grupos empresariales y de oposición de derecha¹⁶. Al mismo tiempo comenzó un proceso de integración de mujeres profesionales en áreas que en ese entonces se asociaban casi con exclusividad al género femenino: matronas y asistentes sociales, expandiendo aún más el empleo estatal y desestabilizando las relaciones de género tradicionales en el mundo de la clase media profesional¹⁷.

La identidad profesional tomó forma también en la creación, consolidación y sanción legal de sus respectivas organizaciones gremiales. A finales del siglo XIX se habían creado los primeros grupos orientado a la defensa y promoción de intereses profesionales, como el Instituto de Ingenieros y el Club de Abogados, entre muchos otros. Los cambios políticos y sociales de los años 20s abrió la oportunidad para insertar a este tipo de organizaciones en el diseño de políticas públicas y otras instancias de control y decisión del Estado. En 1925 se creó por decreto ley el Colegio de Abogados, que serviría de matriz para el resto de las organizaciones profesionales. Los colegios, a diferencia de las organizaciones anteriores, fueron definidos jurídicamente como instituciones de derecho público, lo que en la práctica los convertía en organismos para-estatales

15 González Le Saux, *De empresarios a empleados... op. cit.*, 338-64.

16 Patricio Silva, *En el nombre de la razón: tecnócratas y política en Chile*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2010, capítulos 2 y 3.

17 A ellas se le sumaban, por cierto, más de la mitad de los profesores hacia 1930. María Soledad Zárate y Elizabeth Q. Hutchinson, "Clases medias en Chile: Estado, género y prácticas políticas, 1920-1970", Iván Jaksic y Juan Luis Ossa (eds.) *Historia Política de Chile, 1810-2010*, vol. I. Prácticas políticas, Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2017, 271-300.

de control, defensa gremial y fiscalización. El Colegio de Abogados, por ejemplo, debía integrar la visita de las cárceles, emitir opinión en la distribución de juzgados y notarías, nominar candidatos a la Corte Suprema y organizar el Servicio de Asistencia Judicial para dar ayuda legal a quienes no podían pagarla, entre muchas otras funciones¹⁸. Por sobre todo, la ley que dio vida al Colegio de Abogados estableció la obligatoriedad de la colegiatura para ejercer la profesión y la fiscalización de la ética profesional, con la facultad de revocar títulos universitarios ante faltas graves. En las décadas siguientes se organizaron el resto de los colegios, siguiendo el ejemplo de los abogados. En 1942 se crearon los colegios de farmacéuticos y de arquitectos. Tras varios años de trámites parlamentarios, en 1948 se creó el Colegio Médico y el Colegio de Dentistas. Entre 1953 y 1958 el sistema se expandió gracias a la creación de los colegios de enfermeras, médicos-veterinarios, asistentes sociales, constructores civiles, periodistas, ingenieros, practicantes del área de la salud, técnicos y contadores¹⁹. Matronas, sicólogos, ingenieros agrónomos, técnicos agrícolas, bibliotecarios, tecnólogos médicos, capitanes y pilotos de la marina mercante, químicos-farmacéuticos, laboratistas dentales, geólogos y asistentes sociales organizaron sus propios colegios en los años 60s y principios de los 70s. El último colegio profesional en organizarse fue el de profesores, creado por la dictadura militar en 1974²⁰.

Los colegios profesionales nacieron imbuidos en una fuerte retórica moral que descansaba en la distinción de los profesionales. Los parlamentarios

18 Alejandro Silva Bascañán, *El abogado, un servidor de la justicia*, Santiago, Mandrágora, 2010, 16; Marianne González Le Saux, "Legal Aid, Social Workers, and the Redefinition of the Legal Profession in Chile, 1925-1960", *Law and Social Inquiry* 42: 2, 2017.

19 Flora Collantes Espinoza, "Los colegios profesionales", Memoria de prueba para el grado de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile, 1962, 20-28.

20 Ley 14.895, creación de Colegio de Matronas, 11 de septiembre de 1962; Ley 16525, creación de Colegio de Ingenieros Agrónomos, 6 de septiembre de 1966; Ley 17.033, creación de Colegio de Psicólogos, 9 de diciembre de 1968; Ley 17.109, creación de Colegio de Técnicos Agrícolas, 5 de marzo de 1969; Ley 17.161, creación de Colegio de Bibliotecarios, 10 de julio de 1969; Ley 17.164, creación de Colegio de Tecnólogos Médicos, 2 de agosto de 1969; Ley 17.330, creación de Colegio de Capitanes y Pilotos de la Marina Mercante Nacional, 27 de agosto de 1970; Ley 17.340, creación de Colegio de Químicos-Farmacéuticos, 15 de septiembre de 1970; Ley 17.383, creación del colegio de Laboratistas Dentales, 6 de noviembre de 1970; Ley 17682, creación de Colegio de Geólogos, 7 de marzo de 1972; Ley 17.695, creación de Colegio de Asistentes Sociales, 22 de agosto de 1972; Decreto Ley 678, creación de Colegio de Profesores, 16 de octubre de 1974.

que auspiciaron las leyes respectivas hicieron alusión a la necesidad de un control de la actividad profesional, por sobre consideraciones económicas, y a la necesidad de contar con órganos técnicos especializados. Todo ello aseguró recursos y ascendiente de los colegios en el Estado y la sociedad. El poder alcanzado por estas organizaciones no pasó desapercibido para sus contemporáneos. Incluso ministros de Estado, además de muchos de los altos funcionarios públicos, estaban sometidos a la jurisdicción de sus tribunales. Esa posición de privilegio se complementaba con el hecho de que se entendía que el Estado debía hacer uso de la capacidad técnica de los profesionales, por lo que los colegios fueron asumiendo distintas funciones públicas. De allí que los colegios profesionales hayan sido quizás la expresión más acabada de la centralidad de la clase media y sus organizaciones representativas en los años del “Estado de compromiso”. Reconocidos por el Estado, con poder de incluir sus políticas, requerido por organismos técnicos y con capacidad de fiscalizar a todos los profesionales de cada área, los colegios fueron organismos respetados y bien financiados. En ese sentido, los colegios gozaban de un lugar central en los mecanismos de negociación y participación en el Estado. Mientras ese sistema se mantuvo, los colegios se abstuvieron de participar abiertamente en política (a pesar de que muchos de sus más destacados dirigentes eran también militantes de partidos), sobre el entendido de que sólo debían velar por el interés gremial. Esa situación cambiaría dramáticamente hacia 1970 con la llegada al poder de Salvador Allende y la Unidad Popular.

Los profesionales y la Unidad Popular (I). Una tensa luna de miel

A diferencia de la prensa de oposición, el empresariado y la derecha política, los grupos organizados de clase media no recibieron con especial alarma el ascenso de Salvador Allende y la izquierda marxista al poder. Al igual que comerciantes, transportistas, empleados y pequeños productores, los profesionales expresaron conformidad con la resolución electoral. Arquitectos y periodistas, por ejemplo, llamaron a crear un clima de confianza y tranquilidad, mientras el Colegio Médico saludaba la llegada a la primera magistratura de uno de los suyos²¹. En gran

21 Guillermo Campero, *Los gremios empresariales en el período 1970-1983: comportamiento sociopolítico y orientaciones ideológicas*, 1a. ed (Santiago: ILET, 1984), 43; Azun Candina, “Studying other Memories: The Colegio Médico de Chile under Socialism, Dictatorship, and Democracy, 1970-

medida, la imagen de Allende como arquetipo del político de clase media ayudaba a calmar las aguas. No sólo era médico de profesión, sino que también ayudó a la fundación del colegio de su orden y la presidió entre 1951 y 1952. A ello se le sumaba su conocida condición de masón –otra institución fuertemente vinculada a la clase media- y nieto de Ramón Allende Padín, uno de los más importantes líderes de la masonería chilena de la segunda mitad del siglo XIX²².

Allende, por su parte, estaba consciente de la necesidad de contar con el apoyo de las organizaciones mesocráticas. Durante los años 60s, la izquierda debatió intensamente sobre el problema de las “vías revolucionarias” y las alianzas sociales necesarias. Mientras el Partido Socialista planteaba un “Frente de Trabajadores” de contenido clasista –es decir, sin alianzas con lo que llamaban “pequeña burguesía”- y la posibilidad real del uso de la violencia revolucionaria según habían acordado en el Congreso de Chillán de 1967, el Partido Comunista sostenía una visión gradualista e institucional en la transición al socialismo, con alianzas sociales amplias que incluían a la “burguesía nacional”. Allende sintetizó la línea estratégica de su conglomerado en la noción de “vía chilena al socialismo”, mezclando gradualismo, alianzas amplias y horizonte revolucionario. En ese esfuerzo, el nuevo presidente hizo llamados explícitos a la clase media a unirse al proceso revolucionario en la medida en que también respondía a sus intereses²³. De allí que, por ejemplo, Allende decidiera reunirse con el Consejo General del Colegio de Abogados en enero de 1971, en la que destacó la importancia del Estado de Derecho y los colegios profesionales en el ordenamiento social²⁴. Algunos colegios fueron receptivos a estos llamados hasta el punto de adecuar su retórica al nuevo orden de cosas. En el Congreso Nacional de Ingenieros de marzo de ese año se aplaudió la nacionalización del cobre, los llamados de Allende a colaborar con ese proceso y el fin de lo que llamaban el “imperialismo tecnológico”²⁵.

1990”, *Latin American Perspectives* 43:6, 2016.

22 Al respecto véase Juan Gonzalo Rocha, *Allende, masón: la visión de un profano*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2000.

23 He explorado ampliamente estos debates en: Marcelo Casals Araya, *El alba de una revolución: la izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo”, 1956-1970*, Santiago, LOM Ediciones, 2010.

24 “Sesión en 22 de enero de 1971”, Actas del Consejo General, 1971. Archivo del Colegio de Abogados (de ahora en adelante ACAb)

25 “El Colegio de Ingenieros de Chile a todos los integrantes de la Orden”, *El Mercurio*, 21 de marzo de 1971, 45. Luego del Congreso, representantes del Colegio se reunieron con Max Nolf, Vicepresidente Ejecutivo de la Corporación del Cobre, para concretar la colaboración. Tanto

Pocos meses después, el Colegio de Ingenieros eligió como presidente al demócratacristiano Eduardo Arriagada, quien agradeció la actitud del Ejecutivo para asegurar la participación de los ingenieros en diferentes instancias técnicas del Estado. En esa línea, definió al ingeniero como un “trabajador intelectual” y un “trabajador de la técnica”, alejándolo así de la imagen del empresario disociado de las necesidades colectivas del país²⁶.

Durante 1971 comenzaron a surgir algunos roces entre los profesionales y el gobierno, sobre todo a raíz del acelerado proceso de politización de algunos grupos al interior de los colegios y de las medidas llevadas a cabo por el gobierno destinadas a reestructurar el régimen de propiedad en Chile. Por ejemplo, la dirección del Colegio Médico expresó críticas hacia los planes del Ejecutivo de crear un Sistema Único de Salud, temiendo la “funcionarización” de quienes ejercían libre y privadamente la profesión. Ese conflicto, por cierto, tenía varios años, desde la creación del Servicio Nacional de Salud en 1953 y la Ley de Medicina Curativa de 1964. Quienes abogaban por la expansión de la “medicina social” de carácter estatal se desmarcaron de las críticas de la directiva y, dado el contexto de entonces, se organizaron en una “Convención de Médicos de la Unidad Popular” para apoyar los planes gubernamentales. Las acusaciones cruzadas no tardaron en llegar. Mientras el grupo de izquierda interpelaba a la directiva por “sumarse a la acción sediciosa y antipatriótica de la ultraderecha”, Emilio Villarroel, presidente de la orden y militante radical, calificaba el incidente como una inaceptable maniobra de “médicos politizados”²⁷.

A pesar de estos y otros roces, Allende fue capaz durante la mayor parte de 1971 de mantener comunicaciones fluidas con los colegios profesionales y el resto de los gremios de clase media, como lo demuestra la reunión que sostuvo con la directiva del Colegio Médico en noviembre de 1971 dedicada explícitamente a restablecer confianzas²⁸. En ese sentido, los

Nolf como los ingenieros expresaron a la prensa conformidad con lo discutido entonces. “Ingenieros buscan su participación en nacionalización del cobre”, *La Prensa*, 22 de abril de 1971, 2

26 “Nueva directiva del Colegio de Ingenieros”, *La Nación*, 10 de agosto de 1971, 4; “No podemos ser chovinistas en la explotación del cobre”, *La Tercera de la Hora*, 16 de agosto de 1971, 5; “Directiva de Ingenieros con Presidente Allende”, *El Mercurio*, 13 de agosto de 1971, 22.

27 “No aceptaron actitud antipatriótica”, *La Nación*, 4 de septiembre de 1971, 4; “Grupos antipatriotas se escudan en Colegio Médico”, *La Nación*, 6 de septiembre de 1971, 10; “Maniobras de médicos politizados”, *La Prensa*, 8 de septiembre de 1971, 5

28 “Editorial”, *Vida Médica. Publicación Oficial del Colegio Médico de*

circuitos de negociación y participación sectoriales seguían operando como lo habían hecho en las décadas anteriores. Esta situación, al mismo tiempo, evidenciaba un grado considerable de autonomía de estos grupos respecto de los partidos políticos de oposición y de los gremios empresariales, quienes ya esgrimían un discurso más duro contra el gobierno²⁹.

Esta situación cambiaría en cuestión de meses, junto a la situación política general. Hacia finales de 1971 se empezaron a evidenciar los límites de la estrategia económica del gobierno que tantos réditos le había dado en un principio (como, entre otras cosas, el casi 50% de los votos en las municipales de abril de 1971). Empezaron entonces a manifestarse las primeras señales de desabastecimiento gracias en gran medida al incremento de capacidad de compra de los sectores populares. Al mismo tiempo, la capacidad ociosa de la industria fue utilizada, sin posibilidad de expandir en el corto plazo la producción. Todo ello empezó a ejercer presiones inflacionarias mientras aumentaba la tensión social y la polarización política³⁰. La visita de Fidel Castro a finales de 1971 sirvió de fuente de inspiración para las primeras protestas públicas de oposición, como la “marcha de las cacerolas vacías”, organizada por mujeres ligadas al Partido Nacional (PN)³¹. Al mismo tiempo, comerciantes y pequeños empresarios -junto a las organizaciones del gran empresariado-, se unieron en el “Frente Nacional del Área Privada” (FRENAP) para hacer frente al ímpetu estatizador del gobierno.

Por su parte, los profesionales expresaron quejas y demandas al gobierno en virtud de lo que entendían era una amenaza tanto al *status* de quienes poseían las credenciales técnicas más elevadas, como al sistema social que hacía posible la reproducción de esas jerarquías. Los episodios conflictivos suscitados entonces dan cuenta de tres problemas fundamentales para quienes se identificaban con los profesionales y la clase media. En primer lugar, muchos profesionales y técnicos resintieron la llegada de obreros a puestos directivos en las empresas socializadas, sobre el entendido que atentaban no sólo contra la capacidad técnica de cada unidad productiva, sino también contra la “dignidad profesional”. A

Chile, Volumen XXIII, No. 1, noviembre de 1971, 5

29 Campero, *op. cit.*, 48.

30 Sergio Bitar, *Transición, socialismo y democracia: la experiencia chilena*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1979, 67-127.

31 Al respecto véase el estudio de Margaret Power, *Right-Wing Women in Chile: Feminine Power and the Struggle Against Allende, 1964-1973*, University Park, Pa: Pennsylvania State University Press, 2002.

mediados de 1972, por ejemplo, el ingeniero Enrique Barriga denunció ante su Colegio al interventor de MADEMSA Raimundo Beca por su “comportamiento altamente censurable” al haberlo sacado de la gerencia de la empresa. Beca contó de inmediato con el apoyo de ingenieros de izquierda, quienes acusaban a Barriga de defender intereses de “minorías privilegiadas”. Si bien Eduardo Arriagada, el presidente de la Orden, anunció una investigación según los procedimientos habituales, aprovechó la ocasión para reclamar públicamente por la situación laboral de los ingenieros y la multiplicación de lo que consideraba eran decisiones arbitrarias y de tinte político en el área de propiedad social³².

En segundo término, las organizaciones profesionales reclamaron contra el quiebre de las jerarquías sociales, aquellas que sostenían la distinción de los profesionales en particular y la clase media en general. En mayo de 1972 esta situación llevó a una airada protesta del Colegio Médico, a raíz del ataque que sufrió el doctor Alejandro Casals en Fresia, en el sur del país, a manos de un grupo de campesinos. El Consejo Regional Santiago del Colegio culpó al gobierno del incidente y organizó un acto público en solidaridad con Casals, en los que se pronunciaron duros epítetos contra Allende y el Ministro de Salud³³.

Por su parte, el Colegio de Abogados comenzó a reclamar contra lo que era el tercer elemento de preocupación de los profesionales: la pérdida del imperio de la ley y el Estado de Derecho. Sus protestas se hicieron más fuertes a raíz del caso de la irrupción de un grupo de manifestantes a los tribunales de la ciudad de Melipilla, exigiendo la liberación de campesinos acusados de usurpación de terrenos del vecino fundo “Millahuín”. Según las autoridades del colegio, el Intendente de Santiago, Alfrego Joignant, y el subsecretario de Justicia, José Antonio Viera-Gallo, no hicieron nada para resolver la situación, a pesar de que se presentaron en el lugar de los hechos. En una concurrida asamblea de abogados se aprobó un voto repudiando estos hechos y exigiendo sanciones contra Viera-Gallo en su calidad de abogado y miembro del colegio. De ahí en adelante, el discurso público del Consejo General del

32 “Comentarios a una carta pública” y “Amparo al Ingeniero Enrique Barriga”, *Ingenieros, Revista del Colegio de Ingenieros*, No. 60, año XII, junio-julio 1972, 4-5 y 14

33 “Médicos cansados de agresiones”, *Las Últimas Noticias*, 4 de mayo de 1972, 4; “Ofensas al Presidente Allende en sesión médica”, *La Nación*, 29 de abril de 1972, 1.

Colegio de Abogados se orientaría a denunciar la amenaza al Estado de Derecho y la arbitrariedad del gobierno en la aplicación de la ley³⁴.

El descontento profesional comenzó a hacerse evidente en el primer semestre de 1972. Como consecuencia de ello, los colegios profesionales comenzaron a activarse políticamente, aunque esforzándose siempre en justificar sus decisiones como parte de su misión legal de defensa de intereses gremiales. Al mismo tiempo, surgían otras organizaciones menos preocupadas de mantener las formas. Por entonces se organizó un “Frente Nacional de Profesionales” asociado a la oposición de derecha, y también la “Confederación Única de Profesionales de Chile” (CUPROCh), que llamaba a defenderse de “un obrerismo exagerado, que nos mira todavía como instrumentos patronales”³⁵. Además, se reactivó la Confederación de Colegios Profesionales, creada unos años antes a instancias del Colegio de Abogados. Bajo la presidencia de Miguel Jacob Helo, la Confederación asumió una postura confrontacional en defensa del status social del profesional, “símbolo de la clase media ilustrada”³⁶. El momento para transformar la molestia en movilización llegaría rápidamente.

Los profesionales y la Unidad Popular (II). De la protesta a la contrarrevolución

El grado de crispación social alcanzado durante la segunda parte de 1972 creó el escenario para que cualquier pequeña chispa encendiera la pradera. Y así fue. Los planes del gobierno de crear una empresa estatal de transportes en la remota región de Aysén fue interpretado por el poderoso gremio de los camioneros como un atentado al área privada y a la libertad de trabajo de la cual se sentían tan orgullosos. El paro

34 “Sesión extraordinaria de 9 de mayo de 1972”, Actas del Consejo General, 1972, ACAB 1-3; “Sesión en 15 de mayo de 1972”, Actas del Consejo General, 1972, ACAB, 6; “Campaña contra la justicia es responsabilidad del Ejecutivo”, *La Segunda*, 12 de marzo de 1972, 8; “La vigencia del derecho: un valor que defender” (Entrevista a Alejandro Silva Bascuñán), *Portada*, No. 32, 20 de julio de 1972, 37-41; Alejandro Silva Bascuñán, “Valor permanente del derecho y de la ley”, *El Mercurio*, 12 de enero de 1972, 3; “Abogados denuncian descrédito de la ley”, *El Mercurio*, 1ero de octubre de 1972, 3.

35 “Definición”, *Ercilla*, 6 de septiembre de 1972, 15.

36 “Los Colegios Profesionales están contra la violencia”, *Vida Médica. Publicación Oficial del Colegio Médico de Chile*, Volumen XXIV, No. 7, julio de 1971, 8; “Escalada contra los profesionales”, *El Mercurio*, 20 de julio de 1972, 17; “Colegios profesionales: hasta irían a la huelga”, *Qué Pasa*, No. 67, 27 de julio de 1972, 14.

convocado por la Confederación de Dueños de Camiones de Chile, liderado por León Vilarín, se extendió rápidamente, concitando el apoyo activo o al menos la solidaridad de comerciantes, pequeños, medianos y grandes empresarios, profesionales y los más destacados representantes de la oposición política, incluyendo a los ex presidentes Gabriel González Videla y Jorge Alessandri. La orden de detención por parte del gobierno contra Vilarín y Rafael Cumsille -el líder de los comerciantes detallistas- no sólo polarizó aún más el conflicto, sino que también elevó a ambas figuras al plano político nacional, siendo reconocidos por la prensa de oposición como los legítimos representantes de la clase media en rebeldía frente al gobierno socialista³⁷.

Los colegios profesionales se fueron plegando al paro en gran medida por la presión de sus bases. El Consejo General del Colegio de Abogados se inundó de cartas y telegramas que exigían la celebración de una asamblea abierta para pronunciarse sobre un posible paro de actividades. A pesar de que muchos de los consejeros estaban conscientes de las dificultades éticas y legales de dicha decisión, las posturas más radicales predominaron. Mientras el Consejo General deliberaba -luego de una tumultuosa asamblea- empezaron a llegar noticias de que varios consejos provinciales se habían plegado al paro sin esperar la resolución de Santiago. En vista de esto y de la “quiebra del estado de derecho que sufre el país”, el Consejo General decidió sumarse al paro. Dado el rol paraestatal del colegio en la administración de justicia, la medida era impugnabile. Allende pidió a la Corte Suprema pronunciarse sobre la legalidad del paro, aunque sin mucho éxito. La Corte, también crítica del gobierno, adujo falta de atribuciones³⁸.

Médicos, ingenieros y la mayoría de los demás colegios se unieron al paro en los días siguientes. Los consejos regionales médicos de Valparaíso, Santiago y Talca pararon actividades junto a enfermeras y dentistas el 22 de octubre, exigiendo un “Estatuto General de los Gremios” para desistir de su posición³⁹. Los ingenieros, por su parte, pararon con el 75%

37 Joaquín Fernando, *La revolución inconclusa : la izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular*, Santiago, Centro de Estudios Públicos, 2013, 566-78.

38 “Sesión extraordinaria en 17 de octubre de 1972”, Actas del Consejo General, 1972, ACAB, 2-3; “Colegio de Abogados desnaturaliza su rol”, *La Nación*, 19 de octubre de 1972, 8; “Club de Abogados rechazó acuerdo político del Colegio”, *El Siglo*, 21 de octubre de 1972, 10; “Respuesta de la Corte Suprema a S.E.”, *El Mercurio*, 22 de octubre de 1972, 21.

39 “Las causas del movimiento”, *Vida Médica. Publicación Oficial del Colegio Médico de Chile*, Volumen XXIV, No. 11, noviembre de 1972, 17.

de apoyo de sus miembros. Arriagada justificó la decisión aludiendo al daño al acervo tecnológico del país, el desplazamiento del conocimiento técnico en favor de consideraciones políticas y la falta de diálogo con el gobierno, entre otras razones. Para acallar la oposición interna, la mesa directiva apoyó la organización de un acto de masas el 31 de octubre junto al CUPROCh. En su alocución, Arriagada llamó a endurecer posiciones, en la medida en que “están en juego toda la suerte y el porvenir de la clase media chilena, sostén democrático del país que no debe ser destruido”⁴⁰

El conjunto de organizaciones sociales que participaron del paro de octubre de 1972 se organizó en el “Comando Nacional de Defensa Gremial”, instancia en la que se redactó el “Pliego de Chile”, conjunto de demandas al gobierno para terminar con la paralización. Allí se exigieron respeto a los derechos gremiales, el fin de las estatizaciones, la incorporación de los gremios a las instancias de planificación del Estado, el respeto a las jerarquías laborales y la seguridad de que no habrían represalias. El gobierno calificó las demandas de “políticas”, es decir, una dimensión impropia al ámbito de acción gremial, sobre todo aquellas relativas a los conflictos que sostenía con la “Papelera”, aquella enorme compañía productora de papel que se resistía a ser estatizada y que se transformaría en un símbolo de la derecha política y económica en su lucha contra el gobierno. Por su parte, la prensa de izquierda acusaba a los huelguistas de estar financiados por el “imperialismo norteamericano”⁴¹ y de buscar abiertamente el derrocamiento del gobierno. Luego de largas negociaciones, el gobierno transigió en algunos puntos y reorganizó su gabinete, ahora con presencia de los altos mandos de las Fuerzas Armadas. Los huelguistas, acusando ya cierto desgaste, aceptaron las garantías ofrecidas y volvieron a sus labores.

Ya para entonces la prensa y partidos de oposición, más los grupos empresariales, ideólogos conservadores y líderes de organizaciones mesocráticas, habían logrado redefinir la noción de clase media en términos contrarrevolucionarios. A ello ayudó un poco disimulado desdén de la izquierda por la clase media y ciertas tensiones al interior de la Unidad Popular con respecto a este tema. En la reunión de El Arrayán de febrero de 1972 los representantes del Partido Comunista

40 “Crónica de un paro”, *Ingenieros. Revista del Colegio de Ingenieros*, Año XII, No. 61, agosto-diciembre de 1972, 8.

41 Esa acusación terminó siendo cierta, como revelara documentación desclasificada posterior. Al respecto véase Kristian Gustafson, *Hostile Intent: U.S. Covert Operations in Chile, 1964-1974*, Washington, D.C: Potomac Books, 2007, 164-67.

insistían que había que acercarse a lo que ellos llamaban las “capas medias”, mientras que las fracciones radicalizadas de la izquierda dentro y fuera de la coalición oficialista desconfiaban de esos llamados, relacionándolos con claudicaciones inaceptables del proceso revolucionario⁴². Al interior del Partido Radical -que en el esquema mecanicista de muchos de los análisis gubernamentales, era la expresión política de la clase media- fue llamado a asumir su misión, al tiempo que varios de sus miembros dejaban la colectividad, organizando el Partido de Izquierda Radical (PIR), que al poco tiempo se uniría a la oposición. Por su parte, demócratacristianos y nacionales asumieron la defensa de la clase media como una de sus principales banderas. Mario Arnello, uno de los principales intelectuales del PN, fue explícito al respecto: la Unidad Popular tenía por objetivo estratégico la destrucción de la clase media, ya que sería la base de la libertad, el derecho, la democracia y la propiedad privada⁴³. Al mismo tiempo, la prensa de oposición apuntaló estas definiciones antiizquierdistas de clase media a través de una serie de artículos y reportajes que asumían a dicho sector social como esencialmente incompatibles con toda tentativa revolucionaria de tintes igualitaristas. La clase media, en esa perspectiva, era entendida como el grupo depositario de la razón, el progreso, la moderación y el equilibrio y, por ende, como el principal enemigo de la Unidad Popular⁴⁴. En ese esquema, los profesionales eran entendidos como “las fuentes intelectuales y morales de la nación”, que se encontrarían injustamente divorciados del poder político. “El leal y apto pensamiento de la sociedad chilena discurre por un camino -señalaba una editorial de *El Mercurio*-, y los designios y la acción de los gobernantes discurren por otro, no ya distinto sino contrapuesto e inconciliable con el primero”. El resultado no podía sino ser una “gigantesca crisis”⁴⁵.

42 Unidad Popular (Comité Nacional), “La Declaración de El Arrayán», 9 de febrero de 1972; y Manuel Cabieses (MIR), “Primero hay que ganarse a la clase trabajadora”, *Punto Final*, No. 150, 1ero de febrero de 1972, cit. en Víctor Fariás, *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica*, vol. III, Berlin; Santiago: Wissenschaftlicher Verlag Berlin; Centro de Estudios Públicos, 2000, 1861, 1864 y 1993.

43 Mario Arnello, “Un objetivo marxista: destrucción de la clase media”, *Qué Pasa*, No. 72, 31 de octubre de 1972, 40-41

44 “¿Quién se queda con las capas medias?”, *Qué Pasa*, No. 42, semana del 10 de febrero de 1972, 7-8; “El destino de la clase media”, *El Mercurio*, 4 de febrero de 1972, 3; “La clase media: fiel de la balanza”, *El Mercurio*, 15 de febrero de 1972, 3; “No dan cabida a la clase media”, *El Mercurio*, 20 de noviembre de 1972, entre otros.

45 “La Moral Profesional”, *El Mercurio*, 1º de noviembre de 1972, 3.

El fin del paro no aquietó las aguas. Las organizaciones de clase media reclamaron por lo que consideraban era una seguidilla de represalias en las reparticiones públicas y empresas estatizadas. La polarización y movilización social y el deterioro pronunciado de la situación económica empujó a los profesionales y sus organizaciones a una lucha frontal contra el gobierno. En sucesivas elecciones internas, los grupos de profesionales de izquierda fueron desplazados de todo cargo directivo. En el Colegio de Ingenieros, por ejemplo, la lista de la “Confederación Democrática” -el pacto político opositor liderado por la Democracia Cristiana y el Partido Nacional- obtuvo el 92,3% de los votos, mientras que en los colegios de abogados y médicos las listas de la Unidad Popular se abstuvieron de participar⁴⁶. A finales de junio de 1973, además, las sedes de Santiago y Concepción del Colegio Médico fueron atacadas con bombas y pedradas. Al responsabilizar al gobierno, las relaciones entre Allende y sus colegas organizados quedaron totalmente rotas⁴⁷.

En julio de 1973 se inició un nuevo paro camionero, al que los profesionales adhirieron con entusiasmo. Como en el año anterior, las bases superaron muchas veces a sus directivas en osadía y radicalidad. Ante la indecisión de la directiva nacional del Colegio Médico de plegarse al nuevo paro, las bases de Santiago y provincias se reunieron en asamblea y censuraron a sus dirigentes, eligiendo una “mesa de guerra”, como se dijo entonces, liderada por Ernesto Mundt⁴⁸. Muchos de los otros colegios profesionales demandaron la renuncia de Allende, y en un Congreso Multigremial junto a otras organizaciones mesocráticas celebrado en Concepción el 3 de septiembre de 1973, pidieron abiertamente la intervención militar⁴⁹. Todo ello pavimentaría el camino para que pocos días después, el 11 de septiembre, las cuatro ramas de las Fuerzas Armadas y Carabineros derrocaria violentamente el gobierno constitucional de Salvador Allende, estableciendo en su reemplazo una Junta Militar que prometía, entre

46 “Nueva derrota UP en Colegio de Ingenieros”, *La Prensa*, 29 de abril de 1973, 9; “Lista gremialista ganó el Consejo del Colegio Médico”, *La Prensa*, 27 de mayo de 1973, 3; “El PIR, primera mayoría”, *La Prensa*, 9 de junio de 1973, 4; “Irregular elección en Colegio de Abogados”, *La Nación*, 16 de abril de 1973, 7

47 “Atentados”, *Vida Médica. Publicación Oficial del Colegio Médico de Chile*, Volumen XXV, No. 7, julio de 1973, 11; “Agresiones y atentados denunció Colegio Médico”, *Las Últimas Noticias*, 11 de julio de 1973, 32.

48 “Histórica Intervención del Colegio Médico de Chile”, *Vida Médica. Publicación Oficial del Colegio Médico de Chile*, Volumen XXV, No. 9, septiembre de 1973, 17; “Nuevo conflicto nace en el Colegio Médico”, *El Mercurio*, 4 de septiembre de 1973, 23

49 Campero, *op. cit.*, 86.

otras cosas, el restablecimiento del orden y la “normalización” de las relaciones sociales, aspiraciones muy sentidas por los profesionales y la clase media organizada.

Los profesionales y la dictadura militar (I). Colaboración, legitimación y participación

Las organizaciones de clase media recibieron con algarabía el golpe de Estado y la llegada de los militares al poder. Los profesionales, uno de los grupos civiles más activos en el esfuerzo por desestabilizar el gobierno de Allende, expresaron desde el primer día una actitud colaboracionista, sobre el entendido de que la naciente dictadura restauraría el orden social y su aproximación al Estado. El mismo día 11, dirigentes del Colegio de Ingenieros “montaron guardia” en la sede de la institución, donde estuvieron “atentos a prestar los servicios de la orden que el momento que vivió el país requiriera”, según rezaba el acta que levantaron en la ocasión. A los pocos días, la dirigencia del colegio publicaba un inserto en diarios de circulación nacional en la cual anunciaba su intención de prestar “toda su colaboración a las nuevas autoridades en el puesto que cada uno sea llamado a desempeñar”⁵⁰. La contrarrevolución exigía ahora deponer la beligerancia política e integrarse al nuevo esquema de poder autoritario.

La “sincronización” del discurso de los profesionales con la Junta asumió los marcos del anticomunismo que se había popularizado en la lucha social contra la Unidad Popular. Ello, por cierto, no era nuevo en Chile. El anticomunismo en Chile hunde sus raíces en las últimas décadas del siglo XIX, con la paulatina recepción del marxismo y de eventos revolucionarios internacionales. El impacto de la Revolución Rusa modificó radicalmente los términos de esta oposición, más aún cuando aparecieron grupos políticos locales que asumieron esa identidad revolucionaria, como el Partido Comunista de Chile, fundado en 1922. De allí en más, en un contexto de crisis institucional y económica, las élites políticas y sociales desarrollarían diferentes mecanismos para contener el desafío de las franjas politizadas del mundo popular. Quizás el de mayor impacto fue la “Ley de Defensa Permanente de la Democracia”, dictada

50 Documento reproducido en Colegio de Ingenieros de Chile, *Libro blanco de la Ingeniería chilena*, Santiago, Talleres Gráficos Corporación, 1974, 62.

en 1948 a instancias del gobierno radical de Gabriel González Videla y que ilegalizó al PC por una década. En los años 60s, bajo el influjo de la Revolución Cubana y la radicalización de las luchas sociales en el Tercer Mundo, el anticomunismo operó como base de la identidad política de un amplio arco de partidos y movimientos. Mientras la derecha sufría una reconversión desde un republicanismo conservador y liberal a un movimiento nacionalista de tintes más confrontacionales, la Democracia Cristiana llegaba al poder en 1964 luego de una enorme campaña propagandística anticomunista financiada en gran parte por organismos de inteligencia norteamericana⁵¹. Al momento del triunfo de la Unidad Popular, entonces, el anticomunismo era parte integrante del modo de percibir la realidad política del centro y la derecha, y en el fragor del conflicto contra el gobierno permeó a los grupos sociales mesocráticos.

Desde el régimen, además, se crearon instancias para apoyar y difundir una interpretación anticomunista y contrarrevolucionaria de los acontecimientos. Funcionarios de gobierno crearon el “Plan Z”, un supuesto complot de la Unidad Popular para asesinar a altos mandos militares y civiles e instaurar una dictadura comunista. Las iniciativas culturales de la Unidad Popular fueron también reconvertidas para estos fines. La editorial Quimantú, por ejemplo, se transformó en la Editora Nacional Gabriela Mistral, cuya nueva línea de publicaciones apuntaba a redefinir la nación en términos conservadores, nacionalistas y clericales⁵².

Los profesionales contrarrevolucionarios participaron entusiastas de ese esquema de interpretación y del nuevo orden de cosas. Apuntalar el discurso legitimador del régimen implicaba reclamar un puesto en el bando victorioso. El Colegio de Abogados, por ejemplo, publicó su “informe” que probaba el carácter ilegal del gobierno de Allende, dado el “relajamiento, la anarquía y la inmoralidad” en la que habría incurrido. Al ser un “tirano de régimen”, entonces, se podía justificar el “derecho a rebelión” y su violento derrocamiento⁵³. Lo propio hizo el Colegio de Ingenieros a través de la publicación de un *Libro Blanco*

51 He tratado este tema con más detalle en Marcelo Casals Araya, *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la «campana del terror» de 1964*, Santiago, LOM Ediciones, 2016.

52 Isabel Jara, “Graficar una ‘segunda independencia’: el régimen militar chileno y las ilustraciones de la Editorial Nacional Gabriela Mistral (1973-1976)”, *Historia* 44:1, 2011, 131-63.

53 Colegio de Abogados de Chile, *Quiebra del estado de derecho durante el régimen marxista de Salvador Allende y adhesión del Colegio de Abogados al nuevo gobierno: antecedentes*, Santiago, Imprenta y Litografía Roma, 1973, 8-9.

institucional. En el prólogo señalaban: “cuando el país se sumerge en un desastre económico, social y moral, donde los que gobiernan son incapaces, arbitrarios y sectarios, el deber de los ingenieros es realizar todas las acciones y vencer todos los obstáculos hasta conseguir superar ese caos”⁵⁴. En todos estos casos se mezclaban recuerdos traumáticos por la experiencia vivida, pero también una memoria épica por la victoria alcanzada: “Fueron los ingenieros, médicos, arquitectos y otros profesionales y técnicos quienes se convirtieron en un dique para las pretensiones de quienes trataban de imponer a la ciudadanía un régimen que no aceptaba”, señaló en entrevista al diario *La Patria*, el presidente de la ingenieros, Eduardo Arriagada, agregando: “Fueron ellos los que, junto a otros sectores de la producción y de la clase media, contando apenas con el respaldo moral de millones de chilenos, detuvieron la marcha de la nación e hicieron ver a quienes estaban equivocados la necesidad de enmendar rumbos”⁵⁵.

En otras palabras, los profesionales fueron funcionales a la reproducción de lo que Steve Stern ha llamado “memoria como salvación”, es decir, un marco de interpretaciones posible que justificaban la presencia de la dictadura, y que otorgaban sentido a las experiencias individuales gracias a un relato socialmente compartido y aceptado del pasado reciente⁵⁶. Ello se tradujo en una serie de esfuerzos destinados a dar legitimidad al régimen en dos áreas particularmente difíciles de justificar: la represión desplegada contra la izquierda y el mundo popular, por una parte, y el repudio internacional generalizado hacia la dictadura, por la otra.

El Colegio de Abogados tuvo una tarea especialmente activa con respecto al primer punto. Autoridades de la organización visitaron centros de detención para dar cuenta de la “normalidad” de los procesos⁵⁷. Abogados disidentes, sin embargo, hicieron más difícil la situación. Eugenio Velasco Letelier envió una carta solicitando al Consejo General interceder ante la Junta para dar a conocer las listas de detenidos. Al mismo tiempo, el Consejo recibía peticiones de amparo para abogados detenidos, muchas de las cuales con patrocinio de abogados demócratacristianos. Otro grupo de abogados identificados con la Unidad Popular -Fernando Ostornol,

54 Colegio de Ingenieros de Chile, *op. cit.*, 33.

55 “Ahora: la mejor oportunidad para arreglar el país” (Entrevista a Eduardo Arriagada), *La Patria*, 21 de diciembre de 1973, 3

56 Steve J. Stern, *Remembering Pinochet's Chile: On the Eve of London, 1998*, Durham: Duke University Press, 2004, capítulo 1.

57 “Sugestión beneficiosa”, *El Diario Austral*, 11 de noviembre de 1973, 3.

Graciela Álvarez y Sergio Teitelboim- acusaron también trabas al libre ejercicio de la profesión por parte de las autoridades militares, un aspecto que el propio Colegio había repudiado sistemáticamente en el gobierno anterior. La actitud de Alejandro Silva Bascañán y el resto del Consejo General se limitó a conversar con autoridades, recibir promesas vagas de garantías, para luego dar por cerrado el asunto. Otros consejeros asumieron actitudes más duras, y recordaron que se vivían “tiempos de guerra” por lo que el orden jurídico se sometía a las disposiciones del Código de Justicia Militar. Además, se sostuvo que aquellos abogados relacionados con “partidos marxistas” no debían recibir la protección de la institución, sobre el entendido de que se encontraban involucrados en actividades delictuales. Esa pasividad institucional pudo evidenciarse en casos más trágicos: Carmen Hertz denunció ante el Consejo el fusilamiento de su marido, el abogado Carlos Berger, quien se transformaría en uno de los casos emblemáticos de violaciones a los Derechos Humanos. El Consejo sólo acordó oficiar al Ministro de Justicia para recabar más antecedentes⁵⁸. El asunto llegó al extremo de colaborar con los organismos de seguridad en la detención de sospechosos. El consejero Pablo Rodríguez -líder del ya para entonces disuelto grupo ultraderechista Patria y Libertad- relató al Consejo cómo entregó a autoridades militares al abogado del Comité Pro-Paz Marcos Duffau, quien luego fue llevado al campo de Tres Álamos para su interrogatorio⁵⁹. Las tensiones, al igual que la represión, fueron en aumento, provocando finalmente un quiebre en el Consejo. A raíz de la petición de información del gobierno al Consejo sobre las actividades de Eugenio Velasco, Alejandro Silva Bascañán fue desplazado de la presidencia, quedando el poder concentrado en el grupo mayoritario de consejeros más firmemente pro-gobiernistas⁶⁰.

Por otro lado, la dictadura se vio enfrentada a un repudio generalizado en la arena internacional, algo que no dudó en catalogar de “campana antichilena” promovida por el “marxismo”. Para contrarrestar esa

58 “Sesión en 1ero de octubre de 1973”, “Sesión en 15 de octubre de 1973”, y “Sesión en 22 de octubre de 1973”, Actas del Consejo General, 1973, ACAB; y “Sesión en 1ero de abril de 1974”, Actas del Consejo General, 1974, ACAB, 3; “Sesión en 5 de noviembre de 1973, Actas del Consejo General, 1973, ACAB, 2; “Sesión en 29 de octubre de 1973, Actas del Consejo General, 1973, ACAB, 2-3.

59 “Sesión en 24 de noviembre de 1975”, Actas del Consejo General, 1975, ACAB, 3.

60 “Cambios en el Colegio de Abogados”, *Qué Pasa*, s/n, 7 de noviembre de 1974, 16; “Más expedientes para la crisis”, *Ercilla*, No. 2052, 27 de noviembre de 1974, 30-31; “Censura a Alejandro Silva y cartas de Eugenio Velasco”, *Qué Pasa*, s/n, 5 de diciembre de 1974, 38.

imagen, el régimen pidió ayuda a sus bases sociales organizadas, dentro de las cuales los profesionales destacaron por la magnitud de las medidas llevadas a cabo. Los colegios, por ejemplo, hicieron uso de sus redes internacionales para defender a la dictadura. El Colegio Médico tuvo que responder enérgicamente ante la Confederación Médica Panamericana y la Asociación Médica Mundial ante cuestionamientos por la situación de los detenidos⁶¹. El Colegio de Ingenieros, por su parte, envió decenas de telegramas a organizaciones internacionales afines solicitando colaboración “para hacer público que Junta de Gobierno actuar representa sentir todo chileno respetuoso del orden y la justicia” (sic)⁶². También se redactaron documentos más elaborados. La Confederación de Colegios Profesionales envió a los “colegios hermanos de Latinoamérica” un extenso texto titulado “El testimonio de Chile”, para combatir “una imagen que nos perjudica como país libre, civilizado y democrático”, advirtiendo que la Junta “asume el rol de reparador de males, de constructores del nuevo amanecer que debe ser la unión de nuestro pueblo”. El documento fue traducido al inglés, alemán, francés, italiano y portugués, e impreso en más de 15.000 copias. Por la prensa, la Confederación llamó a sus miembros a ir a retirar copias del texto y enviarlas a sus conocidos en el extranjero⁶³.

Las iniciativas de mayor envergadura, y en la que los profesionales y otros grupos de clase media tuvieron más dificultades, fueron las giras internacionales. En noviembre de 1973 una delegación de dirigentes gremiales liderados por León Vilarín emprendió una larga gira por América y Europa para defender a la dictadura, encontrándose con la oposición de partidos, gobiernos y grupos de exiliados. Los profesionales hicieron otro tanto. Los abogados Armando Álvarez, Eduardo Escudero y Jorge Bendjerodt representaron a su colegio en distintos congresos y reuniones internacionales en su disciplina con el mismo objetivo. Eduardo Arriagada hizo lo mismo en Perú, Venezuela y Estados Unidos para exponer la situación chilena y gestionar financiamiento para proyectos de

61 “Notas entre entidades de Uruguay y Chile”, *Vida Médica. Publicación Oficial del Colegio Médico de Chile*, Volumen XXV, No. 9, septiembre de 1973, 10-11; “Colegio Médico luchó contra el marxismo e impedirá todo trato discriminatorio”, *Vida Médica. Publicación Oficial del Colegio Médico de Chile*, Volumen XXVI, s/n, enero-febrero de 1974, 16.

62 Colegio de Ingenieros de Chile, *op.cit.*, 67.

63 “A los profesionales de Chile”, *La Patria*, 14 de octubre de 1973, 8; “Ahora: la mejor oportunidad para arreglar el país (Entrevista a Eduardo Arriagada)”, *La Patria*, 21 de diciembre de 1973, 3; “Colegios Profesionales en la ‘Operación Verdad’”, *El Diario Austral*, 15 de octubre de 1973, 1

desarrollo⁶⁴. Por lo general, las respuestas fueron frías, sino directamente hostiles. Una delegación liderada por Silva Bascañán en Europa terminó con incidentes en Madrid a raíz del rechazo a la dictadura por parte de estudiantes universitarios. En París, la comisión no fue recibida por el presidente del Colegio de Abogados francés, lo que motivó un reclamo formal ante la Unión Internacional de Abogados⁶⁵.

La justificación de la dictadura y la represión a nivel doméstico e internacional fue clave para la reconstrucción de los canales de participación y negociación con el Estado rotos durante el gobierno de la Unidad Popular. Gracias a ello, los colegios profesionales pudieron posicionarse durante los primeros años del régimen como organismos asesores en políticas sectoriales. Como el propio Consejo General del Colegio de Abogados reconocía y celebraba, en muchos de los bandos militares aparecían reproducidos expresiones textuales de sus propias declaraciones públicas. Al mismo tiempo, al interior del Colegio se discutían materias de Estado, como el problema limítrofe con Bolivia o las difíciles relaciones Gobierno-Iglesia, generando informes para las autoridades⁶⁶. Ingenieros, médicos y otros profesionales, al mismo tiempo, aplaudían la oportunidad de participar en reformas ordenadas por la Junta -como la reestructuración del Servicio Nacional de Salud o la reforma a la administración del Estado-, aumentando de ese modo su prestigio e importancia a ojos de las autoridades⁶⁷. Todo ello se tradujo en la transferencia de cuadros técnicos desde los colegios al Estado, tema especialmente sensible dada la experiencia reciente de desplazamiento durante la Unidad Popular. Muchos de los dirigentes de los colegios asumieron labores de gobierno, enfatizando en la prensa su condición de “técnicos” y no “políticos”, lo que aseguraría su

64 “Sesión en 22 de octubre de 1973”, Actas del Consejo General, 1973, ACAb, 9; “Sesión en 7 de enero de 1974”, Actas del Consejo General, 1974, ACAb, 1; “Sesión en 29 de abril de 1974”, Actas del Consejo General, 1974, ACAb, 2; “Gira por América inició presidente de ingenieros”, *La Tercera de la Hora*, 2 de junio de 1974, 14.

65 “Sesión en 7 de enero de 1974”, Actas del Consejo General, 1974, ACAb, 1; “Sesión en 4 de marzo de 1974”, Actas del Consejo General, 1974, ACAb, 3

66 “Sesión en 22 de diciembre de 1975”, Actas del Consejo General, 1975, ACAb, 4.

67 “Ahora: la mejor oportunidad para arreglar el país” (entrevista a Eduardo Arriagada), *La Patria*, 21 de diciembre de 1973, 3; “Editorial”, *Ingenieros. Revista del Colegio de Ingenieros*, No. 66, diciembre de 1974, 3; “Colegio Médico: Tendrá participación importante en la reestructuración del S.N.S.”, *Vida Médica. Publicación Oficial del Colegio Médico de Chile*, Volumen XXV, No. 10, octubre de 1973, 14.

eficiencia e imparcialidad. Por unos años, el rol que los profesionales habían reclamado y por el cual se habían levantado contra la izquierda en el poder, parecía estar restableciéndose gracias a los militares. El apoyo irrestricto y la celebración de su propia experiencia como fuerza contrarrevolucionaria parecía estar dando réditos⁶⁸.

Los profesionales y la dictadura militar (II). Neoliberalismo, Derechos Humanos y fin de los colegios

Hasta 1975 no existía un diseño político-económico a aplicar que concitara consenso en las autoridades militares. La “Declaración de Principios” de marzo de 1974 había sido redactada de manera tal que todas las fuerzas contrarrevolucionarias quedaran representadas: la derecha política, grupos hispanistas e integristas como los gremialistas de Jaime Guzmán, intelectuales nacionalistas, el empresariado, grupos de economistas neoclásicos y corrientes corporativistas de larga data en el pensamiento conservador chileno. Dentro de este último grupo destacaba un grupo de militares que hacían suyo una tradición “ibañista”, de fuerte raigambre estatista y desarrollista, que además llamaba a la organización civil y a la participación despolitizada y tecnificada en el nuevo Estado⁶⁹. Muchos grupos mesocráticos -colegios profesionales incluidos- se sintieron interpelados por estos llamados, celebrando las posibilidades de colaboración que abría el régimen.

La decisión de Pinochet y su círculo de inclinarse por las políticas de “shock” neoliberales hacia 1975 acabó por desplazar de los espacios de decisión estatal a los representantes del “ibañismo” militar, algo que se hizo patente con la exclusión de la Junta del Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, Gustavo Leigh, en 1978. Al mismo tiempo, ese viraje modificó sustancialmente los modos de vinculación entre las organizaciones civiles de clase media y el Estado. Por una parte, el “shock” neoliberal afectó sustancialmente la base material sobre la cual se había reproducido hasta entonces la clase media: el Estado se

68 “Designaciones en Salud”, *Vida Médica. Publicación Oficial del Colegio Médico de Chile*, Volumen XXV, No. 9, septiembre de 1973, 21; “Sesión en 24 de septiembre de 1973”, *Actas del Consejo General*, 1973, ACAB, 3.

69 Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *El golpe después del golpe: Leigh vs. Pinochet : Chile 1960-1980*, Santiago, LOM Ediciones, 2003, 18.

contrajo, expulsando a decenas de miles de funcionarios públicos⁷⁰; el valor de la producción industrial se desplomó, afectando sobre todo a las pequeñas y medianas empresas; la economía se orientó hacia el sector terciario, obligando a una adaptación abrupta de muchos empleados que antes gozaban de un reconocimiento institucional de su posición. En los años siguientes la profundización del modelo a través de las llamadas “modernizaciones” -privatización de servicios estatales en salud, educación y previsión, más la reforma a las relaciones laborales-, desestabilizarían aún más la situación de aquellos asalariados de clase media que no podían integrarse al nuevo orden de cosas⁷¹.

Por otro lado, la concentración de las decisiones de política económica en los economistas neoliberales -decisiones cargadas de lenguaje cientificista y, por lo tanto, no sujetas a discusión-, y el alineamiento de la Junta con ese proyecto, clausuraron los canales de participación y negociación que habían sido temporalmente restablecidos luego del golpe. En algunos casos, la relación pasó de la colaboración a la indiferencia, e incluso a la hostilidad. En la Convención Médica Nacional celebrada en junio de 1977, el entonces Ministro de Salud Fernando Matthei desestimó las quejas de los médicos en relación a remuneraciones y reforma del sistema de salud, en la medida en que eran parte de la “política social de mercado que rige el campo económico” y que, por ende, “no eran negociables”⁷². Lo mismo sucedía en otros ámbitos: en 1978 el Colegio de Arquitectos pidió a las autoridades antecedentes sobre la nueva política de uso de suelos con el fin de asesorar al gobierno. La respuesta del Ministro de Vivienda fue representativa de la nueva forma de llevar a cabo las reformas: “si quieren conocerla antes que los demás, se pueden levantar más temprano ese día para comprar el Diario Oficial”⁷³.

Al mismo tiempo comenzó un lento y conflictivo proceso de pérdida de legitimidad de la dictadura a ojos de algunos grupos de profesionales de clase media, sobre todo aquellos que combatieron a la Unidad Popular

70 Enzo Faletto, “Chile: Transformaciones económicas y grupos sociales (1973-1986)”, en *Obras completas*, vol. I, Santiago, Editorial Universitaria, 2008, 269.

71 Para un caso especialmente dramático en este sentido, véase Larissa Adler de Lomnitz y Ana Melnick, *Neoliberalismo y clase media: el caso de los profesores de Chile*, Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos : Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1998.

72 “El gobierno estudia con comprensión los problemas que aquejan al gobierno”, *Vida Médica. Publicación Oficial del Colegio Médico de Chile*, Volumen XXVI, s/n, mayo-junio de 1977, 27

73 “La espera de la derogación”, *Hoy*, Año II, No. 89, 14 al 20 de febrero de 1979, 12.

desde posiciones centristas. Desde mediados de los años 70s, la represión estatal, alguna vez justificada por los colegios y otras organizaciones sociales, comenzó a ser codificada en términos de violaciones a los Derechos Humanos, fenómeno transnacional que tuvo a las experiencias autoritarias latinoamericanas, y a la chilena en particular, en el centro de la discusión y elaboración de estos conceptos⁷⁴. De ese modo, los episodios más dramáticos de violencia política dictatorial -sobre todo aquellos cuyas justificaciones oficiales resultaban poco creíbles- comenzaron a minar la confianza en la labor restauradora y moralizadora del régimen. En términos de Steve Stern, se produjo un “despertar” moral en muchos grupos y sujetos ante lo que consideraban era un uso arbitrario e inhumano de la violencia de Estado⁷⁵. Los atentados de la DINA en Argentina, Italia y Estados Unidos, y episodios como el descubrimiento de cadáveres en 1978 de decenas de campesinos ajusticiados poco después del golpe en Lonquén, cerca de la capital, dejaron en evidencia las dimensiones y brutalidad de las prácticas represivas de los militares⁷⁶.

En estas labores de denuncia y movilización en torno a la noción de Derechos Humanos, la Iglesia Católica tuvo un rol central. Al ser virtualmente la única institución que podía operar con altos grados de autonomía, concentró la labor de organización y ayuda a quienes sufrían persecución política y sus familiares, primero a través del ecuménico Comité Pro-Paz y, tras presiones del régimen para disolver dicha instancia, la Vicaría de la Solidaridad. No tendrían que pasar muchos años para que la Vicaría se transformara en el símbolo visible de una incipiente oposición social. En un régimen autoritario represivo y antipolítico, las vías por las cuales podían organizarse instancias de disidencia tenían obligatoriamente que soslayar la arena política tradicional. De allí que la Vicaría se organizara como lo que Pamela Lowden ha llamado “oposición moral”, que tuvo un gran impacto en aquellos identificados con la clase media y más aún, por supuesto, entre quienes profesaban la fé católica⁷⁷.

74 Al respecto véase, entre muchos otros: Kathryn Sikkink, *The Justice Cascade: How Human Rights Prosecutions Are Changing World Politics*, New York, W. W. Norton & Co, 2011; y Patrick William Kelly, “The 1973 Chilean Coup and the Origins of Transnational Human Rights Activism”, *Journal of Global History* 8:1, 2013, 165-86.

75 Stern, *Remembering Pinochet's Chile... op. cit.*, capítulo 3.

76 Steve J. Stern, *Batling for Hearts and Minds: Memory Struggles in Pinochet's Chile, 1973-1988*. Durham, Duke University Press, 2006, 156-67.

77 Pamela Lowden, *Moral Opposition to Authoritarian Rule in Chile, 1973-90*, New York, St. Martin's Press, 1996, 1-32.

El paradigma de los Derechos Humanos dio una poderosa herramienta a los profesionales disidentes que habían sido desplazados de los colegios por directivas oficialistas. Ello fue especialmente evidente en el Colegio de Abogados dada su implícita condición de salvaguarda de la juricidad. A partir de 1978, abogados de oposición -en su mayoría demócratacristianos- comenzaron a presionar al Consejo General para asumir un rol más activo en la defensa de abogados perseguidos y en las formas legales de detención y enjuiciamiento por parte de las autoridades. Ante la falta de resultados, los abogados opositores comenzaron a organizarse en grupos como el “Sindicato de Abogados” de 1980, que asumió una actitud más confrontacional. Ante lo que consideraban era la total falta de legitimidad legal del plebiscito constitucional de ese año, un centenar de abogados del “Sindicato” irrumpió en la sesión del Consejo General del Colegio exigiendo ser escuchados⁷⁸. En los años siguientes, la lucha por los Derechos Humanos se transformaría en la principal bandera aglutinadora de la oposición, tanto al interior de las organizaciones mesocráticas como en el resto de la sociedad civil. En las organizaciones de profesionales esto se haría posible sólo a raíz de los cambios legales introducidos por la dictadura.

La dictadura militar, tras las “modernizaciones”, se abocó a sancionar constitucionalmente el nuevo orden, para lo cual hizo aprobar en un plebiscito sin garantías electorales una nueva carta fundamental en 1980⁷⁹. Las disposiciones de ese documento afectarían radicalmente el modelo de relaciones entre Estado y sociedad civil construido en los años del “Estado del compromiso” que tan buenos resultados le había traído a la clase media organizada. Para los profesionales, esto significó la demolición de todo el aparato jurídico que sostenía las prerrogativas y prestigio de los colegios. Esto empezó poco antes de la aprobación de la nueva constitución. En febrero de 1979, en medio de las vacaciones y sin previo aviso, el régimen aprobó el Decreto Ley 2519 que establecía la libertad en el cobro de honorarios profesionales y suprimía la

78 “Sesión ordinaria de 1ero de septiembre de 1980”, y “Sesión ordinaria de 8 de septiembre de 1980”, Actas del Consejo General, 1980, ACAb, 2-3 y 4

79 La decisión de crear una nueva Constitución fue asumida pocos días después del golpe. Por entonces, se había creado una comisión de juristas con el objetivo de redactar un anteproyecto constitucional. Tanto en esa comisión como en las subcomisiones participaron profesionales radicalizados hacia la derecha durante la Unidad Popular, como el presidente del Colegio de Abogados, Alejandro Silva Bascuñán, entre muchos otros. Carlos Huneeus, *El régimen de Pinochet*, Santiago, Penguin Random House, 2016, 239.

obligatoriedad de la colegiatura para quienes se desempeñaban en la administración pública. Esto recortaba dos de las principales atribuciones de los colegios⁸⁰. Incluso obsecuentes pinochetistas como el consejero del Colegio de Abogados Pablo Rodríguez, reclamaron por la medida, acusando al equipo económico de querer “destruir todo organismo intermedio que pueda ser base de poder”⁸¹.

El régimen, sin embargo, fue más allá. Luego de la aprobación de la constitución empezaron a circular rumores de que los colegios profesionales serían derogados dado que no se avendrían con una serie de nuevas disposiciones relativas sobre todo a la “libertad de trabajo”. Los dirigentes profesionales más destacados salieron a la esfera pública a defender las prerrogativas de sus organizaciones, como el entonces presidente del Colegio de Abogados, el radical y ex-candidato presidencial de 1964 Julio Durán, quien sostuvo que los colegios eran la expresión directa de la “clase media intelectual”, y que como tal habría servido de “amortiguador a la violencia sembrada por los partidarios de la revolución que sostienen la lucha de clases”⁸². Atentar contra los colegios, según Durán, sería ir contra una larga historia de desarrollo cultural y democrático. Sin amilanarse por estas declaraciones, la dictadura dio a conocer en enero de 1981 el DL 3621 que decretaba la transformación obligatoria de los colegios profesionales en asociaciones gremiales, es decir, instituciones de derecho privado y no público⁸³. Julio Durán, consternado, se preguntaba en la prensa: “¿Cómo íbamos a imaginar que nuestro propio gobierno nos iba a liquidar?”⁸⁴.

Un nutrido grupo de profesionales favorables a la política económica del gobierno publicó insertos y declaraciones apoyando la nueva medida. En respuesta, las directivas de los colegios organizaron consultas para saber el sentir de las bases, luego de años de relativa inactividad organizacional. El resultado fue claro: El 97,4% de los periodistas rechazaron la nueva legislación, así como también el 91% y el 95% de

80 “Política de las sorpresas”, *Hoy*, Año II, No. 88, 7 al 13 de febrero de 1979, 6.

81 “Sesión en 12 de marzo de 1979”, Actas del Consejo General, 1979, ACAb, 2-4.

82 “Discurso pronunciado por el presidente del Colegio de Abogados don Julio Durán Neumann en el juramento de abogados de 29 de diciembre de 1980”, Actas del Consejo General, 1980, ACAb, 3-4.

83 *Nueva legislación sobre asociación de profesionales*, Santiago: División de Comunicación Social, 1981, 10-11.

84 “Durán y su nueva bandera”, *Hoy*, No. 187, 18 al 24 de febrero de 1981, 13.

las Asistentes Sociales y los Constructores Civiles, respectivamente. En otros colegios se repitió la misma tendencia: el 93,5% de los abogados, el 91,49% de los dentistas, el 88,83% de los ingenieros y el 92,83% de los médicos apoyaron a sus respectivas directivas⁸⁵. Esos resultados se tradujeron pocos meses después en victorias de listas de profesionales de oposición -donde abundaban militantes radicales y, sobre todo, demócratacristianos- en las elecciones gremiales que por disposiciones de la misma ley las nuevas organizaciones debían realizar⁸⁶. De allí en más, los colegios profesionales virarían hacia una oposición cada vez más frontal. El doble impacto del neoliberalismo y las violaciones a los Derechos Humanos había destruido la legitimidad contrarrevolucionaria de la dictadura militar que alguna vez los colegios le habían reconocido.

Conclusiones

Los colegios profesionales no asumieron un rol abiertamente político sino hasta el gobierno de la Unidad Popular. Antes de ello, habían sido celosos guardianes de la autonomía de lo “gremial” con respecto a la política. Fue la fractura del esquema de relaciones entre Estado y la sociedad civil organizada la que fomentó la radicalización política y su deriva golpista durante los últimos meses del régimen democrático. En otras palabras, el desplazamiento de la clase media en tanto ideal social del centro de preocupaciones del Estado prendió la mecha para la lucha política y social sin cuartel. La llegada de los militares al poder, por otra parte, elevó por un momento los bonos de los profesionales y otros grupos mesocráticos organizados frente al Estado. No sólo habían sido protagonistas de la reacción social contra el “marxismo”, sino que también estaban ansiosos de colaborar con la “reconstrucción” que, en gran medida, era entendida como la restitución de las jerarquías amenazadas por el proyecto socialista derrotado. La supresión de la política, además, sacó de escena a los partidos políticos, quienes hasta ese momento habían sido los principales intermediadores entre las demandas sociales y su

85 “La hora decisiva”, *Hoy*, No. 191, 18 al 24 de marzo de 1981, 25; “Colegios Profesionales: Defensa masiva”, *Hoy*, No. 192, 25 al 31 de marzo de 1981, 16; “Los Colegios Profesionales: Pasos del gobierno”, *Hoy*, No. 193, 1 al 7 de abril de 1981, 16; “Colegios Profesionales: Consultas y negociaciones”, *Hoy*, No. 194, 8 al 14 de abril de 1981, 15; “Resultados finales en consultas de colegios”, *La Tercera de la Hora*, 4 de mayo de 1981, 6.

86 “Colegios Profesionales. Las nuevas directivas”, *Hoy*, No. 225, 11 al 17 de noviembre de 1981, 9-10.

procesamiento institucional en el Estado. Por un momento, parecía ser que los gremios mesocráticos asumían la representatividad de la sociedad civil contrarrevolucionaria, en línea con las aspiraciones de la dictadura.

Ello, sin embargo, no duraría mucho. El viraje neoliberal del régimen acabaría con los sueños corporativistas de participación social despolitizada de un sector de los militares. La defensa irrestricta del mercado y de sus “libertades” convencería a la Junta de acabar con el andamiaje legal que sustentaba las facultades y prerrogativas de los profesionales y sus organizaciones. Además, la “oposición moral” y el despliegue del paradigma de los Derechos Humanos ayudó a la visibilización de grupos profesionales disidentes, incluyendo a aquellos que se habían levantado contra el gobierno de la Unidad Popular y que tras años de autoritarismo se habían convencido de la necesidad de una restauración democrática.

La trayectoria política de los colegios profesionales está atravesada por dos ironías. La primera, la más obvia, es que, como exclamara amargamente Julio Durán, el mismo gobierno que habían defendido y que habían ayudado a instalar en el poder decidió la disolución legal de ese mundo social. La lucha política contra la Unidad Popular y el antimarxismo compartido con los militares golpistas no hizo posible prever las posibles consecuencias de una dictadura de ánimo refundacional. La segunda ironía jugó en favor del restablecimiento de la democracia en Chile. La decisión de transformar los colegios profesionales en asociaciones gremiales en 1981 obligó a estos grupos a realizar elecciones, algo que no habían podido hacer en ocho años de autoritarismo. La mayoría de los puestos directivos fueron ocupados por representantes de la oposición moderada, con no pocos militantes de partidos centristas. Los nuevos colegios profesionales (acompañados ahora en su nombre por la sigla A.G. -asociación gremial-, para recordar su nueva condición) volverían al protagonismo político y social en los años 80s, pero ahora en la oposición a la dictadura. La restitución democrática fue exigida como un imperativo moral para acabar con la brutal represión militar, pero también como una demanda por un Estado abierto a las demandas de la sociedad civil organizada. Los términos en que esa demanda se plasmaría en la alianza política social de oposición moderada –lo que se transformaría en la Concertación de Partidos por el No en la víspera del plebiscito de 1988- condicionaría en gran medida el modo en que se efectuaría la transición a la democracia en los años 90s.

Fuentes consultadas

Libros, artículos y capítulos de libros

Adamovsky, Ezequiel, “Aristotle, Diderot, Liberalism and the Idea of ‘Middle Class’: A Comparison of Two Contexts of Emergence of a Metaphorical Formation”, *History of Political Thought* 26:2, 2005, 303-33.

———, *Historia de la clase media argentina: apogeo y decadencia de una ilusión, 1919 - 2003*, Buenos Aires, Planeta, 2015.

Barr-Melej, Patrick, *Reforming Chile: Cultural Politics, Nationalism, and the Rise of the Middle Class*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2001.

Bitar, Sergio, *Transición, socialismo y democracia: la experiencia chilena*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1979.

Braun Ll., Juan, Matías Braun Ll., Ignacio Briones, José Díaz, Rolf Lüders, y Gert Wagner, *Economía chilena 1810-1995: estadísticas históricas*, Documento de Trabajo No. 187, Santiago, Instituto de Economía, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2000.

Campero, Guillermo, *Los gremios empresariales en el período 1970-1983: comportamiento sociopolítico y orientaciones ideológicas*, Santiago, ILET, 1984.

Candina, Azun, “Studying other Memories: The Colegio Médico de Chile under Socialism, Dictatorship, and Democracy, 1970-1990”, *Latin American Perspectives* 43:6, 2016.

Casals Araya, Marcelo, *El alba de una revolución: la izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo” 1956-1970*, Santiago, LOM Ediciones, 2010.

———, *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la “campana del terror” de 1964*, Santiago, LOM Ediciones, 2016.

Cofré Arredondo, Aldo, “‘Trabajadores de cuello y corbata’: Identidad, asociatividad y acción colectiva en el movimiento de empleados particulares. Chile, 1918-1925”, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, 2011.

Collantes Espinoza, Flora, “Los colegios profesionales”, Memoria de Prueba para optar al grado de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales, Escuela de Derecho, Universidad de Chile, 1962.

Cornejo Cancino, Tomás, “Una clase a medias: las representaciones satíricas de los grupos medios chilenos en Topaze (1931-1970)”, *Historia* 40:2 (2007), 249–284.

Faletto, Enzo, “Chile: Transformaciones económicas y grupos sociales (1973-1986)”, en *Obras completas*, Vol. I, Santiago, Editorial Universitaria, 2008.

Farías, Víctor, *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica*, Vol. III, Berlin; Santiago, Wissenschaftlicher Verlag Berlin; Centro de Estudios Públicos, 2000.

Fernandois, Joaquín, *La revolución inconclusa: la izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular*, Santiago, Centro de Estudios Públicos, 2013.

Garretón, Manuel Antonio, y Javier Martínez, *Antecedentes estructurales de las universidades chilenas*, Santiago, Ediciones SUR, 1987.

González Le Saux, Marianne, *De empresarios a empleados: clase media y estado docente en Chile, 1810-1920*, Santiago, LOM Ediciones, 2011.

———, “Legal Aid, Social Workers, and the Redefinition of the Legal Profession in Chile, 1925-1960”, *Law and Social Inquiry* 42:2, 2017.

Gustafson, Kristian, *Hostile Intent: U.S. Covert Operations in Chile, 1964-1974*, Washington, D.C, Potomac Books, 2007.

Henríquez Vásquez, Rodrigo, *En “Estado Sólido”: políticas y politización en la construcción estatal Chile 1920-1950*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2014.

Huneus, Carlos, *El régimen de Pinochet*, Santiago, Penguin Random House, 2016.

Jara, Isabel, “Graficar una ‘segunda independencia’: el régimen militar chileno y las ilustraciones de la Editorial Nacional Gabriela Mistral (1973-1976)”, *Historia* 44:1, 2011, 131-63.

Kelly, Patrick William, “The 1973 Chilean Coup and the Origins of Transnational Human Rights Activism”, *Journal of Global History* 8:1, 2013, 165-86.

Lomnitz, Larissa Adler de, y Ana Melnick, *Neoliberalismo y clase media: el caso de los profesores de Chile*. Santiago: Dirección de Bibliotecas,

Archivos y Museos; Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1998.

Lowden, Pamela, *Moral Opposition to Authoritarian Rule in Chile, 1973-90*, New York, St. Martin's Press, 1996.

Martner, Gonzalo (ed.), *Salvador Allende. Obras escogidas: período 1939-1973*, Santiago, Ediciones del Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar; Fundación Presidente Allende, 1992.

Owensby, Brian Philip, *Intimate Ironies: Modernity and the Making of Middle-Class Lives in Brazil*, Stanford, Calif., Stanford University Press, 1999.

Parker, David S., "Introduction: The Making and Endless Remaking of the Middle Class", en David S. Parker y Louise E. Walker (eds.), *Latin America's Middle Class: Unsettled Debates and New Histories*, Lanham, Lexington Books, 2013.

———, *The Idea of the Middle Class: White-Collar Workers and Peruvian Society*, University Park, Pa., Pennsylvania State University Press, 1998.

Power, Margaret, *Right-Wing Women in Chile: Feminine Power and the Struggle Against Allende, 1964-1973*, University Park, Pa, Pennsylvania State University Press, 2002.

Rengifo, Francisca, "Desigualdad e inclusión: La ruta del estado de seguridad social chileno, 1920–1970", *Hispanic American Historical Review* 97:3, enero de 2017, 485-521.

Rocha, Juan Gonzalo, *Allende, masón: la visión de un profano*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2000.

Sick, Klaus-Peter. "El concepto de clases medias. ¿Noción sociológica o eslógan político?", en Ezequiel Adamovsky, Sergio Visacovsky y Patricia Vargas (eds.), *Clases medias: Nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología*, Buenos Aires, Ariel, 2014.

Sikkink, Kathryn, *The Justice Cascade: How Human Rights Prosecutions Are Changing World Politics*, New York, W. W. Norton & Co, 2011.

Silva, J. Pablo, "The Origins of White-Collar Privilege in Chile: Arturo Alessandri, Law 6020, and the Pursuit of a Corporatist Consensus, 1933-1938", *Labor* 3:1 (20 de marzo de 2006), 87-112.

Silva, Patricio, *En el nombre de la razón: tecnócratas y política en Chile*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2010.

Stern, Steve J, *Battling for Hearts and Minds: Memory Struggles in Pinochet's Chile, 1973-1988*, Durham, Duke University Press, 2006.

———, *Remembering Pinochet's Chile: On the Eve of London, 1998*, Durham, Duke University Press, 2004.

Thompson, E. P, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, traducido por Elena Grau, Vol. I, Barcelona, Crítica, 1989.

Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica, *El golpe después del golpe: Leigh vs. Pinochet: Chile 1960-1980*, Santiago, LOM Ediciones, 2003.

Visacovsky, Sergio, y Enrique Garguin, “Introducción”, en Sergio Eduardo Visacovsky y Enrique Garguin (eds.), *Moralidades, economías e identidades de clase media: estudios históricos y etnográficos*, Buenos Aires, EA, 2009.

Wood, Ellen Meiksins, “The Politics of Theory and the Concept of Class: E.P. Thompson and His Critics”, *Studies in Political Economy* 9:1, 1982, 45–75.

Zárate, María Soledad, y Elizabeth Q. Hutchinson, “Clases medias en Chile: Estado, género y prácticas políticas, 1920-1970”, en Iván Jaksic y Juan Luis Ossa (eds.), *Historia Política de Chile, 1810-2010*, Vol. I. Prácticas políticas, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2017.

Fuentes impresas

Ávalos, Luis, *Memorandum de organización profesional para la Federación de la Clase Media*, Santiago, Imprenta Chile, 1919.

Colegio de Abogados de Chile, *Quiebra del estado de derecho durante el régimen marxista de Salvador Allende y adhesión del Colegio de Abogados al nuevo gobierno: antecedentes*, Santiago, Imprenta y Litografía Roma, 1973.

Colegio de Ingenieros de Chile, *Libro blanco de la Ingeniería chilena*, Santiago, Talleres Gráficos Corporación, 1974.

Nueva legislación sobre asociación de profesionales, Santiago, División de Comunicación Social, 1981.

Silva Bascuñán, Alejandro, *El abogado, un servidor de la justicia*, Santiago, Mandrágora, 2010.

Publicaciones periódicas

El Diario Austral (Temuco)

El Mercurio

El Siglo

Ercilla

Hoy

Ingenieros. Revista del Colegio de Ingenieros

La Nación

La Prensa

La Segunda

La Tercera de la Hora

Portada

Qué Pasa

Vida Médica. Publicación Oficial del Colegio Médico de Chile

Archivos

Archivo del Colegio de Abogados de Chile (ACAb).

LAS BARRICADAS DE ALBERTO PÉREZ. FUERZAS DE COMBATE EN EL ARTE Y LA POLÍTICA

Soledad García Saavedra¹

La barricada se asocia al mítico Mayo del 68 y en Chile, al reventón callejero de 1957. A pesar de sus distintas temporalidades y contextos, la explosión de los enfrentamientos, la apropiación de la calle, y el frenesí violento de esas acciones, fueron episodios comunes en ambas latitudes. Asimismo, sus convicciones: destruir las vías para movilizar un cambio. A diferencia de la construcción de las barricadas de las revoluciones populares y proletarias del siglo XIX en Europa, éstas no tenían la finalidad de convertir al pueblo en carne de cañón o ser un escudo militar, más bien consistían en marcar y cubrir provisionalmente un territorio, una trinchera donde un nuevo bando se construía: el de los manifestantes. En Chile, las alzas exuberantes de las tarifas del transporte escolar hizo estallar la construcción de barricadas de estudiantes, obreros y pobladores y con ello, la concepción del nuevo poder en la calle. Una nueva comunidad se alzó unificada por el combate contra la injusticia animada por las protestas y el saqueo².

Además de bloquear el avance policial y militar, la barricada, históricamente, ha sido un divisor de una trinchera temporal de dos territorios; una zona de encuentro del conflicto, donde los cuerpos antagónicos, las fuerzas del movimiento de protesta y la policía, se cruzan, se disputan, se atacan. Las barricadas del 57, además de ser un torpedo que incentivó la violencia, fue el símbolo de los disturbios eminentemente poblacionales del sector sur de la ciudad de Santiago. Y a diferencia de las barricadas de París no contarón con la poesía estudiantil. Las barricadas del 68 se unían al desate de la invención, de

1 Chilena, Historiadora del arte, Universidad de Chile y MFA in Curating, Goldsmiths College. Coordinadora de Programas Públicos Museo de la Solidaridad Salvador Allende. sgarciasaa@gmail.com

2 Gabriel Salazar, *La violencia política popular en las "Grandes Alamedas". La violencia en Chile 1947-1987 (una perspectiva histórico popular)*, Santiago: LOM, 2006

la imaginación. El uso poético de la palabra en los muros de París, se inscribió en el sentir y el deseo de frases radicales: “el arte ha muerto, liberemos nuestra vida cotidiana”³ o “la barricada cierra la calle pero abre el camino” impactando en la conciencia emancipadora. Los elogios a la barricada como acto audaz de apertura, de libertad, impulsaba el poder de la imaginación, la creación, y por extensión, el hacer la revolución. En ese sentido, la barricada condensa una dicotomía de juegos dobles: la destrucción de un orden impuesto para la construcción de otras alternativas de vida; el quiebre con la continuidad de las reglas modernas de patriarcado y colonialismo subordinado al capitalismo corporativo por la contracultura, la liberación del Tercer Mundo y la eliminación de los nacionalismos.

La barricada fue un actante en latinoamérica y en las artes repercutió en su apropiación violenta y creativa. Desde esa doble confluencia, este ensayo observa la barricada como una alegoría de cambio social que condensa el carácter de distintas trayectorias, materiales y metafóricas, en las artes y la cultura del Santiago en la década de 1960. La barricada es un botín de luchas, cuyas analogías aparecen en las obras, protestas y declaraciones en el pequeño circuito artístico de la capital. Principalmente en los planteamientos artísticos, universitarios y militantes del artista e intelectual Alberto Pérez (1926-1999), quien conjugó una doble trayectoria, práctica y teórica a lo largo de su vida.

Profesor de la Escuela de Bellas Artes desde 1953, Pérez fue doctor en Historia del arte y un mentor vital para la enseñanza del arte, la literatura y la política. Fue integrante del Grupo Signo⁴ (1962), participante activo de exposiciones en la Escuela y Bienales (Quito, 1962/1968, La Habana, 1969, Venecia, 1973) y por sobre todo, fue un intelectual en el sentido que lo propone Raymond Williams⁵; es decir, que contribuyó a las reflexiones de su tiempo insertadas en un orden social o en la opinión pública.

3 Patricia Badenes Salazar, *La estética de la barricada: Mayo del 68 y la creación artística*, Castelló de la plana: Universidad Jaume I., 2006, 243

4 Conformado por José Balmes, Gracia Barrios y Eduardo Martínez Bonati tras la exposición homónima *Signo* en Madrid en 1962, en una nota del Fondo Alberto Pérez del MNBA, se señala: “El grupo “Signo” de Chile, tiene ya un nombre. Esta exposición su partida de bautismo. Antes de ella, existía una coordinación de esfuerzos, una amistad y un intercambio de ideas. Pero, para nuestra exposición en España, quisimos legalizar la coherencia espontánea de nuestro quehacer, de que algunas exposiciones chilenas fueran partida de nacimiento. Madrid, enero, 1962”, Fondo Alberto Pérez, Archivo MNBA.

5 Raymond Williams, *Cultura. Sociología de la Comunicación y del arte*, Barcelona: Paidós, 1980, 201

Escasamente estudiado⁶, el carácter osado de sus pensamientos y acciones se recuerdan en sus clases, en los rastros de sus escritos, en sus obras y en su breve y drástico ejercicio como Director del Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de Chile, entre agosto de 1968 y 1970, para luego abandonar el arte y alistarse en la militancia del Ejército de Liberación Nacional, entrenándose en la táctica guerrillera e instruyendo en la alfabetización y combate a campesinos. Este texto explora las transformaciones de sus obras en esos años, su labor académica en medio de la Reforma Universitaria y su voluntad consciente por ocuparse de la militancia radical. Pérez, movilizará junto a otros agentes culturales, cambios estructurales y sociales en la larga década del 60 que se clausura con el golpe de Estado de 1973.

De esta manera, este ensayo propone una aproximación histórica de tres momentos de la vida y trabajo de Pérez a partir del hilo conductor de los usos de la barricada, -desde la génesis hasta el ocaso de sus levantamientos revolucionarios. Se sostiene una lectura cercana a la posición política de Pérez, quien ejerció una conciencia social, universitaria y aguerrida de extrema izquierda plasmada en sus obras y escritos. Divido en tres secciones, este texto introduce el panorama de las artes visuales en el contexto de la reformas estructurales que se agudizan en 1964, observando los cambios de los lenguajes en el arte popular y reparando en las militancias de izquierda de los artistas. Insertado en un ambiente de conciencia radical, las barricadas de Alberto Pérez son analizadas desde los enfrentamientos populares, las consignas e invocaciones revolucionarias que se materializan en primer grado, en su trabajo pictórico y teórico. Un segundo momento, atiende a la defensa universitaria pública y latinoamericana cuando ejerció la dirección del Museo de Arte Contemporáneo en 1968, y los altercados ideológicos entre el sector progresista de inclinación social y el conservador mercantilista cultivador de un gusto foráneo e indiferente de los conflictos. Se finaliza con la adherencia de Pérez a la militancia armada y su distancia parcial del arte en los años de la Unidad Popular para cerrar con el desplome brutal de la democracia y la libertad ante el ataque al gobierno de Salvador Allende y la usurpación de poder de la Junta Militar.

6 Atender el trabajo de Pérez en este periodo no es una tarea fácil ya que, aunque él donó su archivo al Museo Nacional de Bellas Artes, la organización de sus documentos aun esperan de un orden y acceso para la investigación. Por lo que aun existen baches y lagunas que completar sobre su trayectoria.

Primera conciencia en las barricadas callampas

El circuito artístico a fines de la década del sesenta, estuvo compuesto por una convivencia de nuevos medios, espacios alternativos y galerías, unido a las transformaciones que afectó a la institucionalidad artística, principalmente a la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile y la recientemente fundada Facultad de Artes de la Universidad Católica. Atravesando los espacios institucionales y alternativos, los artistas Guillermo Núñez y Patricia Israel exhibieron sus obras desde las distintas vertientes del “Arte popular”. Por una parte, Núñez desarrolló explosivas pinturas de denuncia mediante corporalidades ahuesadas, gritos y colores planos de carácter Pop despertando las sensaciones de destrucción, horror y muerte frente a las víctimas de la guerra de Vietnam. Por otra parte, junto con Israel se aventuraron en emprendimientos comerciales, al ofrecer a bajo costo la reproducción de afiches “populares” de artistas internacionales como The Beatles y el folklore en Chile de los cantautores Víctor Jara, Angel Parra y la recientemente fallecida Violeta Parra, en la tienda “Poster shop” en el Barrio Bellavista. Las distintas versiones de lo popular, cobraron otro estatuto con las acciones relámpago de la Brigada Ramona Parra, con sus murales en la calle y el compromiso con un arte del pueblo. A esa conjunción amplia de lo popular, se sumaba el arrojito de algunos artistas por experimentar con materiales y sustancias para generar otras sensaciones artísticas. En 1968, coexistieron exhibiciones que reflexionaban sobre las transformaciones del ser humano y la ciencia; como fármaco aséptico en las esculturas-laboratorios de la artista Valentina Cruz en la Galería Patio, o como experimentos liberadores de creatividad mediante el happening y la sicodelia al utilizar los jóvenes artistas drogas, como en la exposición *Arte LSD* en la Casa de la Luna⁷.

En paralelo a estas irreverentes expresiones y lenguajes artísticos, la agitación política de huelgas, tomas y marchas de pobladores, obreros y estudiantes, determinaba también la adhesión a partidos de izquierda o la participación de militancias sociales por parte de los artistas, quienes solidarizaron con las masas postergadas y su estado de pobreza económica y cultural. La tendencia de la ciudadanía ilustrada, tal como lo señala el historiador Gabriel Salazar, “tendía a privilegiar su militancia

7 Ver “Inaugurada muestra de experimentación científica. Cuadros inspirados por droga LSD”, *El Mercurio*, Santiago: 30 de agosto de 1968 y “Arte psicodélico: expresión auténtica o ¿una moda importada?”, *La Nación*, Santiago: 2 de septiembre de 1968.

social por sobre su militancia partidaria”⁸. En ese sentido y aun cuando artistas como Guillermo Núñez militaron en el Partido Comunista (PC) y otros como Francisco Brugnoli, Virginia Errázuriz o Félix Maruenda apoyaban mediante sus exposiciones e intervenciones la emancipación de los trabajadores desde su participación en el Frente de Acción Popular (FRAP), lo cierto es que los artistas en su mayoría tendieron hacia un apoyo moral y social más que una retórica dogmática de partidos⁹.

Una de las obras que marcó esa tendencia es la barrera realizada por Virginia Errázuriz llamada 2,2,2. A partir de una valla de defensa, la artista materializó la amenaza ideológica de la candidatura a la presidencia de Eduardo Frei Montalva en 1964, en un ensamblaje triangular de listones de madera sobre los cuales incorporó pintura roja y textos como “peligro”, “222”, “Frei Frei”. Los números aludían al registro electoral de Frei quien siendo, representante del Partido Demócrata Cristiano, disputó la candidatura presidencial entre otros, con Salvador Allende, candidato de la coalición de partidos de izquierda, FRAP. En medio de la campaña conservadora y anticomunista de Frei Montalva, conocida como la “campaña del terror”, Errázuriz realizó esta obra en los últimos años de sus estudios en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile, denunciando la agresividad política del programa de Frei Montalva.

El peligro que observó Errázuriz, era el control social de las masas populares a través de un gobierno con interés empresarial que se camuflaba en un Estado democrático.

Con el propósito de salir del estancamiento económico, el gobierno de Frei Montalva ejecutó reformas estructurales para modernizar las industrias. A partir de 1964, dio continuación al programa de la Alianza por el progreso impulsado por el presidente John F. Kennedy para prevenir la amenaza de una izquierda revolucionaria en toda América Latina; profundizó la Reforma Agraria a partir de 1967, iniciada por su antecesor, el presidente Jorge Alessandri. Agilizó la expropiación de predios para ser trabajados por el campesinado con el objetivo de

8 Salazar, *La violencia política popular*, 245

9 En el caso de Guillermo Núñez, la irregularidad de su militancia en el Partido Comunista coincide con la Ley Maldita y la prohibición de la militancia comunista. No existiendo registro formal como militante, las reuniones y pagos de cuotas se hacían camufladamente a través del “Club Deportivo Atlético “David Arellano”. A partir de 1961 y luego de regresar de un viaje a Checoslovaquia, Núñez dejó de asistir a las reuniones y optó por renunciar al Partido, sin quedar registro alguno de inscripción y desinscripción. Agradezco a Guillermo Núñez e Isidora Neira por esta aclaración.

incrementar la productividad agrícola y sus condiciones salariales y, diversificó las exportaciones no solo hacia Estados Unidos, también hacia Europa y Japón¹⁰. En 1968, en medio de un clima de agitación social tanto en las zonas rurales por las tomas de fundos¹¹ y urbanas por las movilizaciones obreras y estudiantiles, se intensificó el proceso de Reforma universitaria o el pilar de un nuevo modelo que buscaba, según el plan de Frei Montalva, la profesionalización para enfrentar una sociedad industrial. El instrumento volcó las viejas estructuras que centralizaba la toma de poder y decisiones administrativas y académicas por un sistema descentralizador a nivel nacional. Sin embargo, el perfil de una universidad profesionalizante integrado a la economía, suscitó la oposición en el sector más progresista, que defendía el rol abierto a todos los sectores sociales, al servicio del pueblo¹². Esta disyuntiva obtuvo en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile un carácter transformador no solo en la reorganización administrativa y académica en el país, sino que también en sus querellas filosóficas y estéticas frente a las convenciones y reglas del arte, la formación y el rol de los artistas, la relación más estrecha con los problemas de la vida social, la gestación de acciones culturales hacia la calle, la insubordinación al capitalismo corporativo en la educación, el compromiso, la denuncia y el trabajo junto a los más explotados.

Esta conciencia radical¹³, resonó en el curso de las contingencias políticas y sociales por estrechar el arte con la vida. Y se plasmó en el inconformismo de los propios medios modernos de las Bellas Artes, el culto burgués de la pintura de caballete. El viraje prerevolucionario que se fraguó a mediados de los años sesenta en las artes locales, estimuló una inmersión en la realidad, un compromiso con las problemáticas sociales del propio tiempo y la expresión de un evidente y auténtico rostro local. Desde esa posición, las obras de Alberto Pérez a partir de 1964, trazaron una sensibilidad comprometida con las expresiones de los pobladores, sus frustraciones y agresividad. Su trabajo se tornó en una confrontación pictórica, que buscaba sacudir los ropajes prestados de la representación de una realidad por incluir la realidad en el propio cuadro.

10 Gabriel Salazar, Julio Pinto, Historia contemporánea de Chile III. La economía: mercados, empresarios y trabajadores, LOM: Santiago, 96-115

11 op.cit., 114

12 Osvaldo Cazanga Moncada, Historia crítica de la educación pública en Chile, Rialstat Editores: Santiago, 2017, 223-266

13 Herbert Marcuse, Un ensayo sobre la liberación, Edición Joaquín Mortiz S.A: México, 1969, 37

Así, en medio de los modelos antagónicos de libertad que la Revolución cubana avivó y las campañas anticomunistas para los trabajadores en Chile¹⁴, las obras de Pérez se aproximaron metafóricamente a las luchas de los pobladores de campamentos, cuyas deplorables condiciones de vida, hacinamiento y miseria en las “poblaciones callampas” en Santiago evidenciaban, por una parte, la realidad de pobreza, inequidad y marginación social y, por otra, la realidad brutalmente violenta, al protestar y defender sus campamentos con barricadas hechas de maderas y desechos frente a la represión de la policía. El conjunto de obras que Pérez denominó como *Barricadas*, plasmó esos rastros de las fuerzas de combate colectivas, la destrucción y la muerte producida por balaceras. Las barricadas de Pérez fue una serie de obras que parte con *Bandera guerrillera* de 1964 y que se cierra con *Bandera de Lonquén* de 1985, luego del hallazgo público de quince cadáveres de pobladores y campesinos en una mina de cal en Lonquén en 1978. Según sus distintos contextos, antes y después del golpe militar, las banderas de estas barricadas, buscaron animar la revolución o levantar un escudo de vida y recuerdo de muertes que para otros ya no tendrán ningún efecto.

Las construcciones de las barricadas rompieron con los esquemas tradicionales del cuadro, la vigencia del “hacia adentro” de la pintura y el reemplazo de la tela-bastidor por la integración a la superficie de “cosas”: objetos sobrantes, maderas viejas de tabiques de mediagua o cajas de feria, telas rasgadas y fotografías intervenidas. En los orificios de las barricadas, Pérez integró fotografías y fotocopias en blanco y negro, que repiten la impresión de ojos entreabiertos, expresivos y asombrados que generan la sensación de confrontar o rechazar una realidad. La importancia de la mirada corresponde a una de las distintas capas semánticas de las barricadas que pueden comprenderse desde las lecturas existencialistas que Pérez realizó sobre el escritor argelino Albert Camus.

En el año 1965, Pérez publicó en la Revista de Filosofía un ensayo sobre la *Concepción del arte y la visión del artista en Camus* donde meditará sobre el primer libro del autor *El revés y el derecho* escrito en Praga en 1937. Este libro Pérez lo leyó en Santiago, traducido al español, cuando Argelia recién se recompuso de la guerra. Y tendrá un especial

14 Marcelo Casals A. “Chile en la encrucijada”. Anticomunismo y propaganda en la “campana del terror” de las elecciones presidenciales de 1964”, Chile y la Guerra Fría, Eds., Tanya Harmer, Alfredo Riquelme Segovia, Santiago: Ril Editores, 2014, 89-112

interés por las ideas de Camus en torno a los dos lados que coexisten y contrastan en la vida. Por una parte, un lado correcto representado por la explosión de sensaciones de felicidad que uno puede sentir al estar con los demás y encontrar su lugar en el mundo, y por otra parte, un lado incorrecto, representado por la desesperanza que uno siente cuando contempla la vida, sobre todo por el pensamiento de no poder impedir la muerte inevitable. El gran coraje para Camus es aceptar y mirar ambos lados, sobre todo el destino que está de frente que es la muerte. En ese sentido, en los ojos y rostros que selecciona Pérez para sus barricadas se encuentran desde las más perfectas musas de la revolución de la moda de la década de 1960 como Peggy Moffitt o quien podría ser la supermodelo Twiggy, hasta la figura del Che Guevara, en la desaparecida barricada de 1968.

La barricada *Homenaje al Che* fue una apología al héroe guerrillero asesinado en Bolivia y una antesala para comprender las situaciones prerrevolucionarias en el arte: los llamados de Pérez de nutrirse de una realidad latinoamericana. Tales declaraciones fueron exploradas en su texto “La pintura cubana en la revolución”, publicado en la *Revista Atenea* en 1970, donde cuestionó la imposición de las ideologías capitalistas de Estados Unidos en los países latinoamericanos y abrazó, con admiración, los cambios políticos que se construían en Cuba al avanzar hacia un modelo de liberación común -desde una sociedad socialista hacia el comunismo. La importancia de la figura del Che Guevara concentró para Pérez “la inspiración más original de revolución en la historia y la orientación para los objetivos prerrevolucionarios” en países que aun no habían alcanzado la rebelión para suplir “aquellas necesidades incumplidas del proletariado y campesinado”,¹⁵ y “reconquistar la dignidad” a través de la vía socialista como es el caso de Chile. Pérez, alentó a los intelectuales, -a quienes tildó de burgueses de nacimiento o de elite-, a asumir el deber y el peso de “forjar el hombre nuevo en la lucha armada y en la movilización de la conciencia de las masas postergadas”¹⁶. Este deber fue apuntado por Pérez como la primera realidad de América y significó como requisito, la necesidad de transformar la relación protectora y paternalista del intelectual con las masas. A su vez, esta nueva directriz guerrillera en el arte, contó con resonancias contradictorias. Una de las principales contradicciones que Pérez vivió y observó fue la incapacidad

15 Alberto Pérez, “La pintura cubana en la revolución”, en *Revista Atenea*, 10

16 Pérez, *op. cit.*, 9

de excluirse de la invasión ideológica norteamericana cuya política cultural colonialista o simplemente comercial “lo tragaba todo” en defensa de que las nuevas tecnologías solucionaban los problemas del pueblo. Por otra parte, Pérez reflexionaba sobre las porosidades inevitables que sus atractivas mercancías y también tendencias artísticas ofrecían a los intelectuales, siendo tentados a replicar estas obras o “mimetizar estas estéticas para no quedar marginados” evitando ser catalogados en las llamadas derivaciones, copias, dependencias artísticas o “colonialismo intelectual”¹⁷. En oposición a las estructuras impuestas por intereses foráneos, la realidad de los intelectuales en América estaba motivada en cambio, por la creación de nuevas formas que pudieran interpretar lo propio: “los sufrimientos del pueblo, la conciencia del ser explotado, perseguido y humillado”¹⁸. Pérez señalaba, asimismo, que nuestra realidad “responde a una sociedad que despierta” como una “nacionalidad configurada de americanidad bolivariana”¹⁹ y que tendrá que ser formulada por una política radical.

La barricada por Cuba. Del programa abstracto del MoMA a las vallas cubanas

Con un tono de anarquismo, las declaraciones de Pérez fueron encarnadas a partir de 1970 cuando convivió y se sumergió en la cooperación armada con los trabajadores de extrema pobreza en los fundos del sur de Chile. En el intertanto, los debates sobre el auge de la sociedad de consumo, la dependencia colonial de empresas y las filiaciones norteamericanas en el ámbito educativo y artístico, fueron enfrentados en medio de la implementación de la Reforma Universitaria de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, en especial, a través del faro público de las tendencias actuales del arte: el Museo de Arte Contemporáneo.

La Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, ubicada en ese tiempo en lo que es el actual Museo de Arte Contemporáneo del Parque Forestal y dirigida entonces por el pintor José Balmes, logró actualizar los programas de estudios por medio de la Reforma. En ese contexto se crearon los departamentos de Teoría y Pedagogía y el Centro de Estudios

17 Pérez *op.cit.*, 20

18 Pérez cita a Camilo Torres, el cura guerrillero, militante del Ejército de Liberación Nacional en Colombia.

19 Pérez *op.cit.*, 15

de Arte Latinoamericano²⁰ y se unificó la licenciatura en arte para aquellos estudiantes considerados previamente como artífices y artesanos. Se agregaron cátedras de tecnología, de diseño y experimentación con otros materiales industriales.

Activo y comprometido con el movimiento de la comunidad universitaria, Pérez participó con gran dedicación y pasión por esta causa, declinando a invitaciones extendidas desde la Habana, para enfrentar los rápidos y profundos cambios en los talleres y cátedras para “acabar con el autoritarismo universitario”- como recuerda Pedro Miras, quien fue a partir de 1968 el decano de la Facultad²¹.

Inseparable de la Facultad de Bellas Artes, se encontraba el Instituto de Extensión de Artes plásticas dirigido por el escultor Abraham Freidfeld. El Instituto tuvo la misión de establecer las directrices de las investigaciones, las exhibiciones, las publicaciones, los foros y la planificación de la docencia en torno al arte nacional en las distintas sedes universitarias a lo largo del país²². En la jerarquía de la Facultad, el Instituto canalizaba su programa a través del Museo de Arte Popular (MAPA), el Museo de Arte Contemporáneo (MAC) y la Sala Universitaria en la Casa Central de la Universidad.

El MAC se encontraba subordinado a una directiva integrada por el Instituto de Extensión de Artes Plásticas que en 1970 pasó a llamarse Instituto de Arte Latinoamericano. Este Instituto también sufrió en 1968 un cambio en su dirección con la designación de Abraham Freidfeld para reemplazar la gestión de Jorge Elliot. La directiva de recambio, se completaba con José Balmes, como director de la Facultad de Bellas Artes y Pedro Miras, como decano de la Facultad, quien reemplazó a Luis Oyarzún. Todos ellos trabajaron en el programa y principios de la Reforma.

En ese proceso, el Instituto replanteó su rol estructural con la nación, cuestionando la formación de profesionales-funcionarios que

20 Artículo, “Bellas Artes...recuento del año 69 en el MAC e Instituto”. Fondo Alberto Pérez, Archivo MNBA.

21 Pedro Miras, *Alberto Pérez en la Reforma universtaria*, Revista Electrónica de Arte, REA, 2008, s/n

22 El Instituto de Extensión de Artes Plásticas de la Universidad de Chile, fue creado por decreto el 27 de Junio de 1945 por del Ministerio de Educación, con el objetivo de estudiar, difundir y estimular las Artes Plásticas Nacionales. Atendió, además, al intercambio artístico con el extranjero y fue un organismo técnico consultivo al servicio de la Universidad y demás organismos oficiales que solicitaban su colaboración. Transcripción del Artículo 1° del Reglamento, Decreto No 425, de abril de 1946, de la Universidad de Chile.

respondieran a la inserción laboral capitalista, a la dependencia de ideas importadas, a la concepción de un arte autónomo y anquilosado en una tradición para una elite. El deber en cambio, consistía en quebrar drásticamente con estas antiguas estructuras para formar intelectuales comprometidos que catalizarían una “participación directa y activa de la creación” con el fin de confrontar “los problemas de una realidad (propriadamente) latinoamericana”²³. En un ambiente de ruptura con los valores extranjeros de corte imperialista, el Instituto enfatizaba la formación de un intelectual íntegro que pudiese “activar la conciencia” en la sociedad²⁴.

En lo que refiere a estos valores bajo el alero de una bandera latinoamericana, los otros espacios donde van a propagarse estos lemas, serán en los museos y en especial, las exposiciones. En el caso del MAC, serán las muestras las que van a permitir dirigir el rumbo latinoamericano y las “mediaciones” incipientes con “el pueblo”.

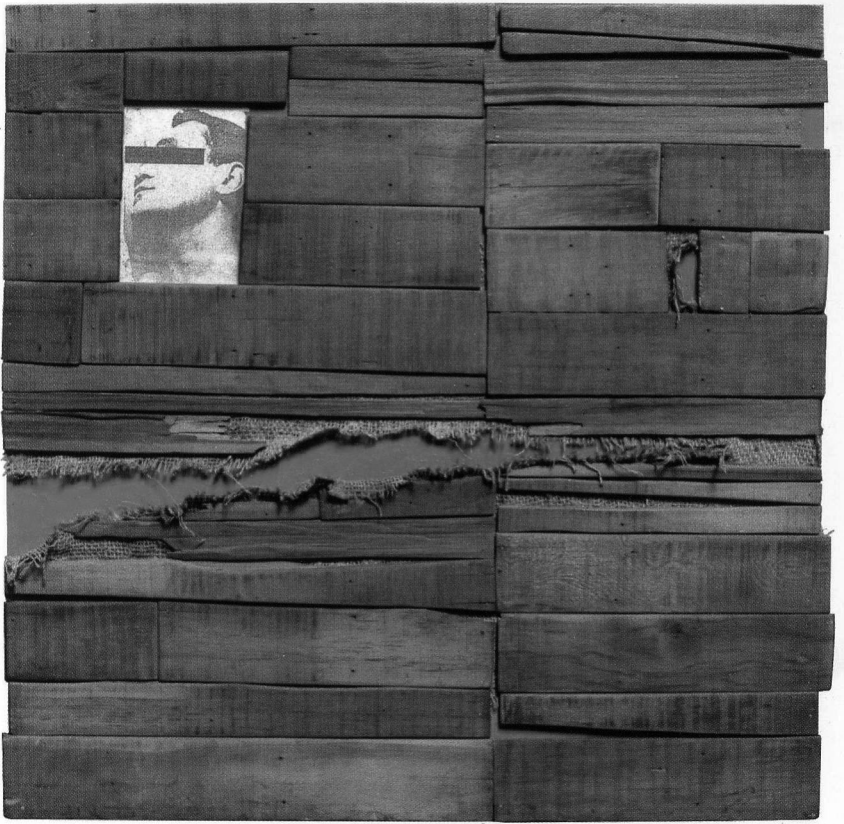
La repercusión de la Reforma universitaria y las transformaciones declaradas por el Instituto, tuvieron una clara incidencia en el giro de la dirección del Museo de Arte Contemporáneo, ubicado en la Quinta Normal. Alberto Pérez fue director del Museo durante dos años, entre agosto de 1968 y agosto de 1970²⁵. Este corto periodo de liderazgo, compartido con los distintos directivos y representantes de los departamentos de la Facultad en la toma de decisiones, marcó un cauce de trabajo colectivo, determinado por una especial apertura para acoger las prácticas de artistas nacionales y latinoamericanos, con exposiciones de arraigo local y popular, coexistiendo muestras de arte infantil y experimental y ofreciendo cursos vespertinos de perfeccionamiento artístico, artesanal y profesional a los obreros de la Central Única de Trabajadores (CUT)²⁶. Pérez se empeñó en revertir y abrir el imaginario artístico de su tiempo, forjando otra dirección en la sociedad en base a la concepción de un imaginario colectivo anticolonial. Estos ideales

23 Copia borrador del Informe, Comisión de Función, Fondo Alberto Pérez, Archivo MNBA

24 *op.cit.*, s/n

25 En una carta enviada al decano Pedro Miras, Pérez deja su cargo el 1 de agosto de 1970, Fondo Alberto Pérez, Archivo MNBA

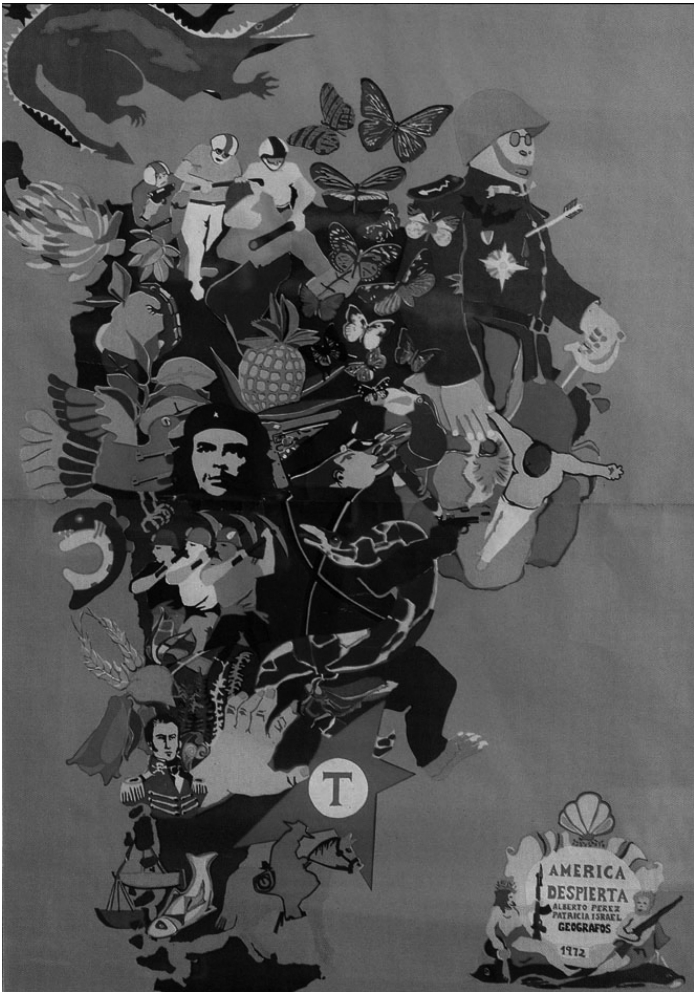
26 Ver convenio CUT e Instituto de Extensión de Artes Plásticas, Serie Correspondencia, FAIMAC, Archivo Institucional MAC. El programa del Instituto buscó generar acuerdos con la Comisión de Cultura de la CUT, a través de Jorge Godoy, quien además conectó con los Sindicatos de Chilectra, Cuero y Calzado y construcción. Ver: Acta N°14. Consejo Co-directivo, Martes 14 de octubre de 1969. Serie Correspondencia, FAIMAC, Archivo Institucional MAC.



Alberto Pérez, Barricada II, 1965, Colección y gentileza Museo Nacional de Bellas Artes.



Alberto Pérez, Barricada III, 1965, Colección y gentileza Museo Nacional de Bellas Artes.



Alberto Pérez y Patricia Israel, América despierta. Serigrafía,
1972. Colección Privada.

obedecieron por una parte, a una nueva actitud de estudiantes y docentes generando puentes de comunicación con el pueblo a través de sus obras, exposiciones y programas de formación. Por otra parte, a una resistencia a la instrumentalización de bienales²⁷, exposiciones o premios auspiciados por la empresa privada²⁸ o los subsidios provenientes por presupuestos locales como la Sociedad Amigos del Museo de Arte Contemporáneo²⁹ o internacionales como el Consejo Internacional del Museo de Arte Moderno de Nueva York, MoMA.

Una pugna local con alcances internacionales fue la exitosa y polémica exhibición *De Cézanne a Miró*. Este fue un conjunto de obras, reunidas estratégicamente que hoy, mediante los archivos y las nuevas lecturas sobre las complicidades ideológicas del MoMA con la CIA en medio de los enfrentamientos de la Guerra Fría³⁰, puede leerse desde una formulación educativa para despolitizar al arte y al público a través del recurso de los grandes maestros modernos del arte. La exposición realizada entre el 26 de junio y el 17 de julio en el MAC de Quinta Normal, organizada en Santiago por su director de entonces, el escultor Federico Assler, auspiciada por el diario El Mercurio y patrocinada por

27 La Facultad se opone a la persecución de los artistas e intelectuales de Brasil, y protesta con el retiro del envío nacional a la Bienal de Sao Paulo, conocida como la "Bienal Gorila". Recuento Bellas Artes, 1969. Fondo Alberto Pérez, MNBA.

28 Con el fin de prevenir manifestaciones de los estudiantes contra el premio anual de pintura y escultura auspiciado por la empresa Compañía de Refinería de Azúcar de Viña del Mar, conocido como Premio CRAV, la empresa arbitrariamente convocó a la policía sin consulta previa al director Alberto Pérez, lo que significó un atropello a la autonomía universitaria y el fin de las colaboraciones entre el MAC y la empresa CRAV a fines de 1968. Posteriormente, los premios se llevaron a cabo en el Museo Nacional de Bellas Artes. *Recuento Bellas Artes, 1969*. Fondo Alberto Pérez, MNBA.

29 Agustín Edwards era miembro del directorio de la Sociedad Amigos del Museo de Arte Contemporáneo de Santiago, órgano ideado por el artista Nemesio Antúnez, director del Museo de Arte Contemporáneo entre 1962 y 1964. Integrado por empresarios como Flavián Levine, José Klein y Salvador Pubill, encargado de finanzas de la campaña de Frei Montalva, y políticos y empresarios como Germán Picó, miembro del Partido Radical, Gabriel Valdés, miembro del Partido Demócrata Cristiano y luego Ministro de Relaciones Exteriores de Frei Montalva, Sergio Larráin García Moreno, arquitecto, decano de la Pontificia Universidad Católica y embajador de Chile en Perú en el gobierno de Frei Montalva y funcionarios de la Facultad de Bellas Artes, como Luis Oyarzún, y Jorge Elliot, participaron en una empresa que daba las directrices del Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de Chile. Ver Sociedad Amigos del Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de Chile, Santiago: Editorial Universitaria, 1966. <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0069933.pdf>. Acceso: 5/05/18

30 Frances Stonor Saunders, *Who Paid the Piper?: The CIA and the Cultural Cold War*, London: Granta, 1999

el Ministerio de Relaciones Exteriores, constituyó un éxito mediático alcanzando un record masivo de público, con más de 218.000 visitas -cuatro veces más de la capacidad que tiene actualmente el Estadio Nacional en Santiago-, y con un horario continuo de apertura desde las 13:00 hrs hasta las 12 de la noche todos los días, transformándose en la exposición más recordada del siglo XX en Santiago. Para el MoMA esta exposición fue un hito al consagrar sus relaciones con Latinoamérica a través de su Programa de Exposiciones Internacionales, al itinerar esta exposición por Caracas y Buenos Aires y ser la sexta muestra de su colección internacional en Chile³¹. Las obras de la colección del MoMA constituían una elección discursiva de los grandes maestros de la abstracción moderna y el canon historiográfico del arte europeo; un relato que provenía de las genealogías formalistas y cohesivas de Alfred Barr, el primer director de este museo, quien forjó un nuevo paradigma de museo-escuela con “pronunciamiento normativo” e “identidad corporativa” desde 1929 hasta 1967. Tal como lo analiza Karsten Schubert, “para el Consejo directivo, Barr había desarrollado la imagen de la colección del museo como un torpedo: empujó ‘un marcado avance del presente, cuya trinchera era su retroceso en el pasado’”³².

La elección de estas exposiciones “cometa” en el MAC de Santiago no obedecían a decisiones azarosas, más bien respondían a la expansión del arte norteamericano con capitales privados. En el caso de Chile, exhibir los grandes maestros de la abstracción moderna constituyó un hito que estimuló otros programas de itinerancia y un instrumento eficaz para apartar todo atisbo revolucionario como el modelo cubano. La abstracción, tal como lo señala la historiadora del arte Andrea Giunta, será un “lenguaje puro” capaz de diluir los conflictos que la vida pública podría acarrear saltando por encima los contextos y situaciones históricas específicas. El arte abstracto y no la figuración, podía cumplir esta tarea³³.

No existen certezas de que los artistas en el año 1968 hayan percibido la instrumentalización que se hacía del arte con las exposiciones de

31 *De Cézanne a Miró*, International Council of the Museum of Modern Art, New York. Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires, Museo de Arte contemporáneo Santiago, Museo de Bellas Artes, Caracas, 1968

32 Karen Schubert, *The Curators's Egg, The evolution of the museum concept from the French Revolution to the present day*, London: Ridinghouse, 2000, 47. La traducción es mía.

33 Andrea Giunta, *Vanguardia, Internacionalismo y Política. Arte argentino en los años sesenta*, Buenos Aires: Siglo veintiuno editores, 2008, 246

tendencia moderna, lo que si era evidente fueron las intervenciones directas que el Consejo Internacional del MoMA³⁴, y en especial de Agustín Edwards, dueño del diario El Mercurio y miembro del directorio de la Sociedad de Amigos del MAC, respaldaba y financiaba con sus fondos privados la envergadura de la producción de una exposición de este tipo, en un museo público y universitario. La controversia que se desató posteriormente a la exposición *De Cézanne a Miró*, puso termino a la alianzas entre el MAC, el MoMA y la Sociedad de Amigos del Museo. No obstante, las exposiciones del MoMA encontraron otra plataforma cultural para sus itinerancias y alianzas a través de las salas del Museo Nacional de Bellas Artes de Santiago en 1970³⁵.

Los usos del MAC como sede de intereses privados desvinculados de su misión pública, indignaba internamente a la junta directiva del Instituto, principalmente al artista Eduardo Martínez Bonati y al decano Pedro Miras, quienes acusaban las irregularidades administrativas, el usufructo ilegal y el intervencionismo con fondos inadecuados³⁶. La polémica que gatilló estas acusaciones fue la visita de una comitiva de dieciocho directivos del Consejo Internacional del MoMA a Santiago en el mes de octubre y la organización de una exposición especialmente preparada para los altos directivos norteamericanos por Assler sobre artesanía en el MAC³⁷; una muestra que no contaba con el conocimiento ni la aprobación del Instituto. Por esa razón, Alberto Pérez es designado director del MAC en agosto de 1968, representando un punto de inflexión con respecto a las exhibiciones provenientes de Nueva York, para dar paso a un cambio de las relaciones internacionales culturales enraizadas principalmente en Latinoamérica, y con especial énfasis en las practicas artísticas llevadas a cabo en Cuba.

34 Malú del Río, esposa de Agustín Edwards, en la entrevista a Sharon Zane señala que perteneció al Consejo Internacional del MoMA desde la exposición *De Cézanne a Miró* de 1968 hasta 1998, invitada por David Rockefeller, empresario banquero, coleccionista y amigo de Edwards. Sharon Zane, *MoMA Archives Oral History*, New York: MoMA, 1994, https://www.moma.org/momaorg/shared/pdfs/docs/learn/archives/transcript_edwards.pdf

35 MoMA, *International Circulating Exhibitions*: <https://www.moma.org/momaorg/shared/pdfs/docs/learn/icelist.pdf>

36 Ver documento sesión ordinaria de la junta directiva del Instituto de Extensión de Artes Plásticas, 23 de abril de 1968, Serie Correspondencia, FAI-MAC, Archivo Institucional MAC.

37 De acuerdo al mismo documento de la sesión ordinaria, se menciona al curador Waldo Rasmussen del MoMA, sin mencionar los nombres o la asociación a los dieciocho altos directivos.

Este giro radical y directo hacia Cuba, se ligaba desde inicios de la década de 1960 con las invitaciones que realizaba la Casa de las Américas de la Habana a participar de las Bienales de grabado y las distintas ediciones de la Exposición de la Habana a los artistas chilenos³⁸. Pérez fue invitado como Jurado del certamen de la Exposición de la Habana a inicios de 1968, sin embargo, concentrado en la Reforma universitaria de la Facultad, descartó la invitación hasta el año siguiente al ser nuevamente invitado a la Bienal de la Habana como parte de la comisión del certamen.

De la experiencia de esa visita, la participación en los foros con artistas cubanos, y su conocimiento de la obra de Raúl Martínez, el entusiasmo de Pérez hacia Cuba se manifestó en su extenso ensayo ya comentado, *La pintura cubana en la revolución*. Para Pérez la creación de los artistas era vital para “dinamizar lo vivo, redescubrir, mirar de nuevo, re-conocer el mundo”³⁹ hacia una expresión propia y movilizar las conciencias de las masas postergadas, principalmente los obreros y campesinos, sin implantaciones audaces, ajenas y alienantes.

Este pensamiento simpatizaba con figuras y medios que alentaron las revoluciones frente al rechazo de la “paz americana” promulgada por Estados Unidos, y fue uno de los derroteros que condujo los nuevos criterios latinoamericanistas del MAC. Asimismo y aun cuando el MAC dio continuidad a la programación definida por Assler como la exposición *Arquitectura fantástica (Visionary architecture)* perteneciente a la colección del MoMA, la nueva impronta del año 1969 estuvo sujeta a la integración del arte, a la realidad social con exposiciones que iban desde la protesta y el desarrollo de talleres artísticos como *Homenaje a Ho Chi Minh*, presidente guerrillero muerto por la lucha de la liberación de Vietnam y representante para Pérez de los pueblos combatientes, hasta *Vallas Cubanas*, a partir del envío de la Casa de las Américas de la Habana de carteles ubicados entre la calle y el campo de Cuba. Ambas exposiciones acompañadas de actos culturales, música, foros o proyecciones de películas al aire libre⁴⁰, se materializaron como los primeros encuentros solidarios con las contingencias políticas de Vietnam

38 Las correspondencias entre la Casa de las Américas en La Habana se inician con las invitaciones a participar del Primer Concurso Latinoamericano de Grabado en 1961 y luego a la Bienal de Grabado en 1965, dirigidas al artista Mario Toral. Ver correspondencias entre Casa de las Américas, Archivo MSSA.

39 Alberto Pérez, *La Pintura cubana en la revolución*, en *Revista Atenea*, 10

40 El corto *Hanoi martes 13* (1967) del cineasta y documentalista cubano Santiago Álvarez se proyectó afuera del Museo. Ver *Bellas Artes*, 1969.

y Cuba, respondiendo a la urgencia de incidir con nuevos lenguajes en la conciencia de los visitantes, aquellos hombres y mujeres humildes que paseando por la Quinta Normal se introducían en las contrastantes disputas polares de la Guerra Fría: por una lado, los símbolos de la guerra, la muerte y la destrucción colonial y en el segundo caso, la vitalidad de la unión latinoamericana desde Cuba.

Como referente especial, la exposición *Del Tercer Mundo*, celebrada en la Habana en 1968, fue para Pérez un hito que compatibilizaba la calidad plástica en técnicas comerciales como el cartel, las portadas de libros, las revistas, las serigrafías y por sobre todo, las vallas. Fue en el gran cartel camionero en donde Pérez encontró la unión más contemporánea de la plástica y la política, la originalidad del trabajo colectivo y la proyección de la fantasía, la contingencia, el trabajo y lo cotidiano por medio del color y el diseño⁴¹. El entusiasmo de Pérez por la creación cubana se enganchó con el cine como con las pinturas, serigrafías y vallas del artista Raúl Martínez, del cual se exhibió en Santiago la valla llamada *Nosotros*, compuesta por la reunión colectiva de rostros de jóvenes, niños, hombres y mujeres, trabajadores y líderes de la revolución que construían un rompecabezas de diversidad y unión.

Sin embargo, las muestras más ambiciosas en su periodo como director fueron *Expresión plástica del niño en Latinoamérica* (en diciembre de 1968), muestra en la que contó con la colaboración del Ministerio de Educación, llamando a participar niños y jóvenes latinoamericanos entre los 6 y 16 años con el fin de obtener una imagen global de la expresión infantil y juvenil; y la exposición-concurso *Historieta de la política Latinoamericana 1969*, cuya evidente ofensiva a la penetración de los valores imperialistas encarnados en el héroe, convocaba a denunciar a los agresores y a crear los tipos latinoamericanos a través del medio popular de la historieta. Posteriormente, para el año 1970, la ambiciosa exposición-concurso estuvo encabezada por *América no invoco tu nombre en vano*, y la exposición-manifiesto *Homenaje al triunfo del pueblo*, para finalizar con la celebración de la victoria presidencial de Allende y la reafirmación de la actitud militante y de absoluto respaldo de los artistas chilenos. Para esa exposición, Pérez participó como artista, tras ser relevado en su cargo como director del MAC por el artista Guillermo Núñez a partir de 1971⁴².

41 Alberto Pérez, La Pintura cubana en la revolución, en *Revista Atenea*,

20

42 Guillermo Núñez, *Retrato hablado: una retrospectiva*, Santiago:

Estas muestras, fuera del canon hegemónico, más bien referentes de un modelo alternativo de convicciones, continuó hasta septiembre de 1973 con la conducción de Núñez y luego del artista Lautaro Labbé. Estas muestras abrieron preguntas sobre los nuevos valores, principios del arte y del museo al tener como objetivo principal la integración del pueblo. Estas exposiciones podrían permitir interpretaciones de un “contra museo” o de un “anti-museo” como lo propone Martin Grossman⁴³; término acuñado en los años 90 para evidenciar el recambio del museo no para el arte culto de las Bellas Artes sino en su extremo, un museo “con olor a cebolla”⁴⁴ como diría Núñez, para las masas de “pies pelados”.

A partir de 1970, Pérez se desapega de su trabajo artístico y universitario en Santiago y solicita un permiso a la Universidad de Chile para ausentarse por dos años⁴⁵ para poder dedicarse activamente en un proceso revolucionario con el sector de trabajadores rurales más pobres y marginados en el sur de Chile. Atraído por la conciencia y la lucha guevarista, Pérez encarnará la conversión de un militante de izquierda extrema, radicalizando su labor intelectual al servicio de la ofensiva campesina.

La última barricada: el apoyo al socialismo y su destrucción

Los problemas tan fútiles como los del arte, la teoría y la burocracia del museo no tuvieron ninguna urgencia al lado de la necesidad de hacer la revolución solidaria. En 1971, Pérez se incorporó a trabajar activamente en el Instituto de Capacitación e Investigación de la Reforma Agraria (ICIRA), un organismo que dependía de la Corporación de la Reforma Agraria y del Ministerio de Agricultura, desde donde él y otros miembros educaron políticamente al campesinado en el entrenamiento de la defensa armada, en especial a los “afuerinos”, campesinos muy pobres sin casa que trabajaban ofreciendo sus servicios en los fundos. Desde esta trinchera, Pérez ejerció los lineamientos declarados para los artistas en el Congreso de la Habana de 1968, esto es, relegar el arte “para una

Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de Chile, 1993, 151

43 Martin Grossman, Giberto Mariotti, Org. *Museum art today. Museu arte hoje.*, São Paulo: Hedra, 2011, (Coleção Fórum Permanente), 90

44 Guillermo Núñez, *Retrato hablado: una retrospectiva*, Santiago: Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de Chile, 1993, 151

45 Entrevista de Claudia Zaldívar a Alberto Pérez 6 de octubre de 1990.

Archivo Museo de la Solidaridad Salvador Allende

vida nueva y mejor” y emprender la lucha armada en defensa de los explotados⁴⁶. Ocupándose de esta misión sin titubeos, se incorporó a la militancia socialista y al Ejército de Liberación Nacional (ELN).

De los escasos rastros de este periodo, se encuentran los testimonios del artista Roberto Matta, quien fue invitado por Pérez para reunirse con distintos afuerinos en los fundos de Los Angeles, Parral y Mulchén. Matta, quien participó del Congreso de la Habana de 1968, definió a los afuerinos como la “mano de obra gitana que hay en Chile”⁴⁷ y les dedicó una arpillera elaborada con tierra posterior a su encuentro, *Mira la lucha del afuerino*. De acuerdo a Matta, la finalidad de reunirse con ellos era la de convencerlos para que conformaran un sindicato y defendieran sus derechos. Los afuerinos como lo consignó el presidente Salvador Allende en su discurso sobre la propiedad agraria en agosto de 1971, eran “chilenos sin tierra, viviendas, derechos de previsión, al margen de toda protección legal y en condiciones infrahumanas de existencia”⁴⁸.

En el plan de fortalecer la organización y erradicar la inferioridad social de los afuerinos, Pérez se dedicó a su alfabetización y al trabajo gráfico en la sección de comunicaciones del ICIRA junto a la artista Patricia Israel. De esta gestión colectivista, se desprende la serigrafía titulada *La unidad campesina es el camino al poder Consejo comunal*, donde retratan a un hombre vestido de poncho verde, descalzo y una herramienta similar al azadón para remover la tierra. Las serigrafías de estos años, estaban arraigadas en el socialismo y en la profundización de las reformas de Allende desde su vertiente más enérgica y revolucionaria. Mientras que en la serigrafía *Por un Chile socialista* (circa 1971) aglutinó a líderes que movilizaron el despertar de la clase obrera desde las filas socialistas como Luis Emilio Recabarren, Pedro Aguirre Cerda y el mismo Salvador Allende, la emblemática serigrafía *América despierta* de 1972 representó el refluorecimiento de la herencia hispánica, africana e indígena y la expresividad de integración real y abierta de Latinoamérica tal como se traduce en la exaltación simbólica y colorida de héroes, fauna y alimentos sobre el mapa que une la geografía caribeña con el subtropico del Cono sur. Esta serigrafía tuvo la singular cualidad de contar con una complejísima manufactura de trece colores, dividida en dos pliegos y de representar, por sobre todo, la unión de Latinoamérica desde los polos

46 Declaración General del Congreso Cultural de La Habana, publicada en *Cuadernos de Cultura*, Buenos Aires, año XVIII, n°89, mayo-junio, 1968

47 Eduardo Carrasco, *Matta conversaciones*, Santiago: Cesoc, 1987

48 Salvador Allende, *Discurso sobre la propiedad agraria*, 23 de agosto de 1971. Acceso: <https://www.marxists.org/espanol/allende/1971/agosto23.htm>

culturales y políticos de Cuba y Chile. La serigrafía fue exhibida con el apoyo del Instituto de Arte Latinoamericano de la Universidad de Chile en la trigésima sexta Bial de Venecia en junio de 1972, siendo seleccionada para la sección de diseño gráfico experimental.

La impronta gráfica, su concreta simbología socialista y su circulación nacional e internacional, tuvo, a pocos días del golpe de Estado de la Junta Militar, su revés más violento: la quema pública frente a las Torres San Borja de la serigrafía junto con los libros, entre otros, de Ariel Dorfman y Armand Mattelart, *Para leer al Pato Donald*. La destrucción de la serigrafía fue publicada a primera plana en el diario *La Tercera*, el día 21 de septiembre de 1973. En la imagen, se observaba a los militares destruyendo todo lo que era considerado “propaganda extremista”.

La última lucha social y combativa a la que apelaba Pérez se convirtió de golpe en una barricada de fuego dando sepulcro a la agitación revolucionaria y a la muerte del sistema democrático socialista. En el momento de la destrucción violenta y visible de la serigrafía *América despierta*, subyacían invisiblemente el inicio de las desapariciones, torturas y muertes de estudiantes, obreros y campesinos, volcando el ambiente social y artístico en una oscura y silenciada comunicación, frente a las brutalidades de las fuerzas militares. Después del 11 de septiembre de 1973, “nada ocurría que no fuera miedo y desesperanza”, le dirá Pérez en una entrevista a Claudia Zaldívar. “Llegó la barbarie, el deseo de atropellar el orden establecido, era una sensación de angustia. La gente moría todos los días y las obras no tenían importancia”⁴⁹. Pérez fue exonerado de la Universidad de Chile y buscó integrarse en espacios de disidencia al régimen como la Galería Paulina Waugh, la Unión Nacional por la Cultura (UNAC) o el Centro Imagen, con saldos muchas veces, negativos. Las galerías fueron incendiadas, la censura prevaleció en los ámbitos culturales, las desapariciones y las muertes aumentaron reproduciendo un torbellino de traumas que no cesó nunca. Luego de cinco años de regimen, el hallazgo de las osamentas de quince cuerpos en los hornos de Lonquén fue la primera noticia que se publicó en la revista *Hoy*, donde se reconoció el rastro de hombres, en su mayoría jóvenes y campesinos asesinados, víctimas de la masacre y de los ocultamientos la dictadura, y que despertó la conmoción pública local e internacional.

La última barricada de Pérez fue *Bandera de Lonquén* que ensambló en 1985 con retazos de maderas, trapos y arpilleras viejas. La *Bandera*

49 Entrevista de Claudia Zaldívar a Alberto Pérez, 6 de octubre, 1990. Archivo Museo de la Solidaridad Salvador Allende

guerrillera de 1964 que alentó el espíritu de lucha, se transformó veinte años después, en un emblema macabro de los campesinos muertos: despojos corporales de lo que quedó destrozado, perdido, derrotado, sin flamear, sin habla, sin esperanza.

Luego del silencio obligado de la dictadura y de un autoexilio en su casa de Farellones, Pérez se incorporó en 1981 como docente en la Universidad Central y Universidad Católica. A fines de la década de los noventa se reincorpora a la Facultad de Artes de la Universidad de Chile, desencantado por la dirección democrática del país. Rebelde de los recuentos de una historia biográfica individual, muere al margen de todo homenaje, en julio de 1999.

El revés y el derecho

Este texto buscó reconocer el espesor material y mental de Alberto Pérez, un artista que obstinado con la guerrilla interior y exterior, hizo cambios radicales e inminentes al acontecer de los tiempos convulsos y violentos de la década de 1960. Sin términos medios, estuvo inmerso en la problemática social de su tiempo con su doble cara de dolor ante la muerte y la reivindicación de poder integrar la transformación liberadora de las colectividades culturales, artísticas, estudiantiles y campesinas. En el relato, se reconstruyó los tres momentos de los usos alegóricos de las barricadas y que, vistos en retrospectiva, se observan como una fuerza representativa de las reformulaciones creativas de Pérez. Apropriadadas desde el combate de la calle, las barricadas traspasaron su mera contemplación estética para instalarse en el propio cuerpo y quehacer del artista. La barricada retrató a Pérez en su oposición a las imposiciones coloniales y desiguales para abrir paso a la participación y creación directa con el pueblo. La barrera invisible pero efectiva que se sostuvo en el Museo de Arte Contemporáneo y que puso freno a la despolitización y la intervención económica de capitales nacionales y norteamericanos, se encauzó hacia el norte de la solidaridad revolucionaria: latinoamericana orbitó en Argelia, en Vietnam pero sobre todo en Cuba. La lucha guevarista ofreció una acción concreta de cómo recuperar la libertad y dignidad en el Cono sur. Destruir la propiedad individual era, en la utopía revolucionaria, crear un mundo común. Rebelde de las limitaciones artísticas, Pérez se integra a la instrucción para-militar y guerrillera de la red revolucionaria ELN. Esta última barricada, que abre y cierra el

lapso de los avatares más agresivos y radicales de las convicciones de Pérez, se erige en una barricada de fuego y unión plena con la miseria de los afuerinos. *El revés y el derecho* de las barricadas fueron los propios contrastes de la trayectoria de Pérez. Estos episodios, que no han tenido cabida en los recuentos de la historia reciente del arte chileno, y que por muchos años han permanecido silenciados, rechazados y olvidados, requieren de una nueva barricada: resistir las tabulas rasas que han borrado los agentes de convicciones revolucionarias dentro de la historia.

Bibliografía

- Badenes, Patricia, *La estética de la barricada: Mayo del 68 y la creación artística*, Castelló de la plana: Universidad Jaume I., 2006
- Berrios, María, “Struggle as Culture: The Museum of Solidarity, 1971-73” en *Journal Afterall* 44, Autumn/Winter, 2017
- Bianchi, Soledad *Libro de Lectura(s), Poesía-poetas-poéticas*, Santiago: Universidad de Santiago de Chile, 2014
- Galaz, Gaspar, Ivelic, Milan, Chile Arte Actual, Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1988
- Carrasco, Edurado, *Matta conversaciones*, Santiago: Cesoc, 1987
- Cazanga Moncada, Osvaldo, *Historia crítica de la educación pública en Chile*, Rialstat Editores: Santiago, 2017
- Harmer, Tanya, Riquelme Segovia, Alfredo Eds., Chile y la Guerra Fría, Santiago: Ril Editores, 2014
- Gimpel, Jean, *Contra el arte y los artistas, o el nacimiento de una religión*. Barcelona: Gedisa, 1979
- Giunta, Andrea, *Vanguardia, Internacionalismo y Política. Arte argentino en los años sesenta*, Buenos Aires: Siglo veintiuno editores, 2008
- Gordon, Avery F., *Letters from the utopian margins. The Hawthorn archive*, New York: Fordham University Press, 2018
- Longoni, Ana, *Vanguradia y revolución. Arte e izquierdas en la Argentina de los sesenta-setenta*, Buenos Aires: Ariel, 2014
- Pérez, Alberto, *La pintura cubana en la revolución*, Revista Atenea, 1970
- Concepción del arte y la visión del artista en Camus*, Revista de Filosofía, N°1-2 Vol XII, 1965
- Macchiavello, Carla, Juaréz, Silvia, “Solidaridad, plástica, redes y revolución: una crónica breve del surgimiento y oclusión del meridiano Chile-Cuba en el ámbito del arte latinoamericano” en *Redes intelectuales. Arte y política en América Latina*, María Clara Bernal, Comp., Bogotá: Ediciones Uniandes, 2015
- Matta, Roberto. *La guerrilla interior*, Congreso de la Habana, 1968
- Marcuse, Herbert, *Un ensayo sobre la liberación*, México: Editorial Joaquín Mortiz, 1969

Maruenda, Félix, *Felix Maruenda. Sin miedo*, Fundación Pablo Nerurda: Santiago, 2007

Miras, Pedro, *Alberto Pérez en la Reforma universtaria*. En Revista Electrónica de Arte, REA, 2007. Ver: <http://arteuchile.uchile.cl/rea/>. Acceso: 2017

Núñez, Guillermo, *Retrato hablado: Una retrospectiva*. Santiago: Museo de Arte Contemporáneo, Universidad de Chile, 1993

Rasmussen, Waldo, *MoMA Archives Oral History*, New York: MoMA, 1994, pp.1-75. https://www.moma.org/momaorg/shared/pdfs/docs/learn/archives/transcript_rasmussen.pdf. Acceso: 28/07/2017

Salazar, Gabriel, *La violencia política popular en las "Grandes Alamedas". La violencia en Chile 1947-1987 (una perspectiva histórico popular)*, Santiago: LOM, 2006

_____, Pinto, Julio, *Historia contemporánea de Chile III. La economía: mercados, empresarios y trabajadores*, Santiago: LOM, 2002

Sociedad Amigos del Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de Chile, Santiago: Editorial Universitaria, 1966

Schubert, Karen, *The Curators's Egg, The evolution of the museum concept from the French Revolution to the present day*, London: Ridinghouse, 2000

CIUDADES DEL CONO SUR COMO LABORATORIOS POLÍTICOS EN LOS SESENTAS GLOBALES: MONTEVIDEO (1962-1968); SANTIAGO DE CHILE (1969-1973); BUENOS AIRES (1973-1976)¹

Aldo Marchesi²

¿Cuál fue la importancia del Cono Sur en los sesentas globales? Las narrativas dominantes sobre el período le otorgan un papel periférico. Siguiendo perspectivas difusionistas, la mayoría de estos enfoques consideran a la región como un espacio vacío que solo recibió influencia de procesos históricos en marcha en otras partes del mundo. Para muchos historiadores, la Revolución Cubana tuvo un papel central en la emergencia de la lucha armada en el sur del continente, mientras otros insisten en la influencia de la revuelta juvenil del mundo desarrollado de 1968³. Por el contrario, mi investigación sugiere —como otras también lo han sostenido— que las dinámicas políticas nacionales y transnacionales de la propia región fueron cruciales para la paulatina formación de experiencias compartidas entre los militantes y las diferentes organizaciones de izquierda que irrumpieron en la vida pública a mediados de la década de

1 Este artículo fue originalmente publicado en inglés con el título “Southern Cone Cities as Political Laboratories of the Global Sixties: Montevideo (1962-1968); Santiago de Chile (1969-1973); Buenos Aires (1973-1976)” en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* 28: 2 (2017), 54-79. La traducción es de Ignacio Valdés Fuentes.

2 Uruguayo, historiador y académico de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, Uruguay.

3 Existe una abundante bibliografía que enfatiza el papel de Cuba en la radicalización de los sesenta en América Latina. Para el caso argentino, Juan B. Yofré, *Fue Cuba* (Buenos Aires: Sudamericana, 2014). El reciente trabajo de Hal Brands es un sofisticado ejemplo de esta perspectiva. Brands postula que los grupos guerrilleros emergieron como resultado de la influencia ideológica de la Revolución Cubana en las nuevas generaciones de activistas de izquierda en diferentes países de Latinoamérica. En su perspectiva esta ola de violencia política tuvo un efecto negativo, ya que encendió una reacción conservadora como respuesta a estas acciones. Hal Brands, *Latin America's Cold War* (Cambridge: Harvard University Press, 2010).

1960⁴. Ellos no solo se convirtieron en actores centrales de los procesos que precedieron a la consolidación del autoritarismo en el Cono Sur, sino que también fueron parte del proceso global de la nueva izquierda en los tardíos sesentas y tempranos setentas. En este sentido, la región fue un laboratorio donde los militantes juzgaron cada evento local y elaboraron conclusiones que influirían en las luchas venideras en sus países y en la región, y desde luego en sus alianzas globales.

Estos intercambios regionales comenzaron en Uruguay como resultado del crecimiento del autoritarismo en Brasil y Argentina. La campaña boliviana del Che Guevara en 1966 estimuló estas interacciones. Estos intercambios se volverían luego formales en Chile bajo el gobierno de la Unidad Popular (UP), donde algunos grupos barajaron la posibilidad de crear una nueva organización regional. Esta idea tomó forma en la

4 Una contundente literatura ha discutido las implicancias de los sesentas globales para la izquierda en diferentes partes del mundo. La mayoría de los enfoques coinciden en que los sesentas abrieron posibilidades para el nacimiento de un movimiento político novedoso, conocido como la nueva izquierda, que desafió los supuestos políticos de la izquierda tradicional. Las características definitorias de este emergente movimiento político han sido materia de debate alrededor del mundo. Para Jeremi Suri ese malestar global estuvo ligado a un poroso “lenguaje internacional de disidencia” promovido por una nueva generación de jóvenes (los *baby-boomers* de la segunda posguerra) socializados en las universidades; por el contrario, para Immanuel Wallerstein y otros, el año 1968 marca el comienzo de un ciclo revolucionario comparable al de 1848, pero que a diferencia de la crítica al antiguo régimen del siglo XIX, el de 1968 se enfocó en cuestionar la hegemonía global de los Estados Unidos, articulándose en reacción a la incapacidad de la izquierda tradicional de poner freno a ese proceso. Ver Jeremi Suri, *Power and Protest: Global Revolution and the Rise of Détente* (Cambridge: Harvard University Press, 2003), e Immanuel Wallerstein *et al.*, *Anti-Systemic Movements* (Londres, Nueva York: Verso 1989). La mayoría de los enfoques sobre América Latina han presentado una visión mucho menos antagónica de las relaciones entre la nueva izquierda y la tradicional. Jeffrey Gould y Eric Zolov —en aproximaciones regionales— y Vania Markarian, Victoria Langland y María Cristina Torti —en estudios específicos—, tienden a sugerir que si bien hubo conflictos, también hubo casos de convergencia entre este “movimiento de movimientos” que fue la nueva izquierda (en el que confluyeron corrientes intelectuales, sensibilidades estéticas, expresiones de cultura popular y nuevos hábitos, movimientos sociales, organizaciones políticas, grupos armados) y la izquierda tradicional. Ver Jeffrey Gould, “Solidarity under Siege: The Latin American Left, 1968”, *American Historical Review* 114: 2 (2009), 348-375; Eric Zolov, “Expanding our Conceptual Horizons: The Shift from an Old to a New Left in Latin America”, *A Contracorriente* 5: 2 (2008), 47-73; Vania Markarian, *El 68 uruguayo: el movimiento estudiantil entre molotovs y música beat* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2012); Victoria Langland, *Speaking of Flowers: Student Movements and the Making and Remembering of 1968 in Military Brazil* (Durham y Londres: Duke University Press, 2013); María Cristina Torti, “Post Scriptum: La construcción de un campo temático,” en Alfredo Pucciarelli (ed.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN* (Buenos Aires: EUDEBA, 1999).

Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR), integrada por el Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Bolivia, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) de Argentina, y el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-T) de Uruguay. Estos esfuerzos de coordinación alcanzaron su punto más alto en Buenos Aires entre 1973-1976, hasta que el golpe de Estado en Argentina eliminó el último “refugio” existente en la región. Tras los duros golpes provocados por la acción represiva de sus gobiernos, estas organizaciones tratarían de reagruparse durante la transición a la democracia en la década de los ochenta y adaptarse al nuevo contexto político.

Estas dinámicas forjaron una cultura política transnacional entre los militantes de la región. Esto fue resultado de la confluencia de las distintas maneras en que experimentaron los procesos políticos locales y reinterpretaron los procesos globales. Ciertas ciudades latinoamericanas tuvieron un papel crucial en el desarrollo de estos intercambios. En este artículo revisaré brevemente tres diferentes períodos en los que militantes de diversos países se reunieron en una ciudad en particular: Montevideo a mediados de los sesenta; Santiago entre 1969 y 1973; y Buenos Aires entre 1973 y 1976. Propongo que cada una de estas experiencias estimuló la expansión de la red de militantes y el desarrollo de una cultura política común que tuvo impacto más allá de la región.

Montevideo, 1962-1968

Sidney Tarrow argumenta que hay momentos en la historia donde emerge un nuevo repertorio de disenso que cuestiona las tradiciones de una comunidad específica⁵. Algo así ocurrió con la Revolución Cubana. Mediante el efecto demostración y también gracias al entrenamiento y apoyo a grupos guerrilleros, Cuba generó un nuevo contexto regional que llamó a renovar los métodos de protesta⁶. Sin embargo, las formas específicas que esta renovación adoptó en el Cono Sur no posibilitaron la imitación automática de la experiencia cubana. Hay testimonios de militantes, que

5 Sidney Tarrow, *Power in Movement: Social Movements and Contentious Politics*. 2nd ed. (Nueva York: Cambridge University Press, 1999), 91-105.

6 Piero Gleijeses, *Conflicting Missions, Havana, Washington, and Africa, 1959-1976* (Chapel Hill y Londres: University of North Carolina Press, 2002), 21-23.

luego participaron en el MIR o en el MLN-Tupamaros, que describen el entrenamiento militar rural y el inicio de operaciones inspiradas en las acciones del ejército rebelde cubano; está también la experiencia de Masseti en Argentina. Sin embargo, estos intentos fallaron debido a las grandes diferencias entre estos territorios y Cuba, ya por la ausencia de un campesinado similar al descrito en los relatos de la Revolución Cubana, ya por la inexistencia de las formas geográficas características de la isla, o por la percepción de que había otros espacios, como los urbanos, con mejor disposición para “combatir” a los gobiernos que los entornos rurales donde se habían iniciado estas campañas⁷. En términos políticos, Uruguay, Chile y Brasil –al menos hasta 1964– estaban bajo regímenes democráticos relativamente estables, y Argentina bajo un régimen semi-democrático, dado que el movimiento peronista fue prohibido. Socialmente, estos países componían la sub-región con los mayores índices de desarrollo urbano, y en el caso argentino y uruguayo, con poblaciones rurales reducidas. Si bien muchos militantes de izquierda del Cono Sur pretendieron emular la Revolución Cubana, pronto se dieron cuenta que debían producir un repertorio de lucha diferente.

Uno de los aspectos que contribuyó al desarrollo de este nuevo repertorio entre los militantes del Cono Sur fue la circulación de experiencias entre las comunidades de exiliados. Desde 1964 a 1968, Montevideo fue el eje de estos intercambios. Fue ahí donde diferentes grupos provenientes de Argentina (de extracción peronista e izquierdista), de Brasil y también de Paraguay planearon incursiones armadas sobre sus respectivos países. A través de su participación en las luchas sociales y en actividades de solidaridad en Uruguay, estos militantes extranjeros entraron en creciente contacto con sus pares locales, a quienes transmitieron sus experiencias de lucha armada. Este movimiento militante fortaleció así las redes de contacto y permitió debates que fueron claves en la construcción de nuevos repertorios de protesta.

La larga tradición uruguaya de dar asilo a los exiliados, junto al respeto por las libertades individuales –que permanecieron relativamente garantizadas al menos hasta 1968– convirtieron al país en un polo de atracción para disidentes brasileños, argentinos y paraguayos. Estas condiciones transformaron a la capital de Uruguay en un refugio y en espacio propi-

7 Para el caso Chile, ver la entrevista de Andrés Pascal Allende con el autor. Para Uruguay, véase las actividades realizadas por algunos de los grupos y militantes que dieron forma al MLN-T en Samuel Blixen, *Sindic* (Montevideo: Ediciones Trilce, 2000), y Eleuterio Fernández Huidobro, *Historia de los Tupamaros* (Montevideo: Tupac Amaru Editores, 1986), vols. 1 y 2.

cio de conspiración para varios militantes de la región que vieron la ciudad como un espacio de libertad en un contexto regional crecientemente autoritario. Flavio Tavares, un exiliado brasileño ligado al gobernador Leonel Brizola, concebía a Montevideo como un “lugar ideal para la conspiración” y la describía como poseedora de:

[u]na libertad absoluta, con partidos de distintas tendencias y todos legalizados (incluso trostkistas y anarquistas, que están estigmatizados en el resto del mundo, tienen aquí sedes, banderas, periódicos y similares). Y, sobre todo, muchos libros y revistas contando la utopía de la revolución. Todo esto a plena vista, como esos cientos de exiliados brasileños que repletaban los cafés de la Avenida 18 de Julio o la calle San José o Pocitos, soñando con el regreso⁸.

Un agente de la CIA de la época describía a Montevideo como un lugar con una “atmósfera política extremadamente permisiva”, lo que permitía, entre otras cosas, que la embajada cubana se involucrara intensamente en la política local y trabajara con los exiliados de la región⁹. Este clima de activa socialización política en bares y cafés del centro de Montevideo, y la divulgación de literatura en librerías, editoriales, y publicaciones como el semanario *Marcha* y el diario *Época* —cuyas columnas visibilizaban a intelectuales extranjeros imposibilitados de escribir en sus países de origen—, contribuyeron a la forja de una comunidad que estimuló la reflexión sobre los procesos políticos en la región. Un creciente número de argentinos y brasileños se congregaron en Montevideo y comenzaron a organizar la resistencia contra los regímenes políticos en sus respectivos países. Si bien la resistencia a la dictadura paraguaya de Adolfo Stroessner, el ex aliado de Perón, fue organizada principalmente en Argentina debido al anti-peronismo de los gobiernos posteriores a 1955, también hubo una importante comunidad de exiliados paraguayos en Montevideo¹⁰.

8 Flavio Tavares, *Memórias do esquecimento* (Sao Paulo: Globo, 1999), 175.

9 Philip Agee, *La CIA por dentro, diario de un espía* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1987), 265. De acuerdo con Agee, la estación de Montevideo era la única estación de la CIA en el hemisferio donde las operaciones anti-cubanas eran la principal prioridad, incluso por sobre las operaciones contra la embajada soviética.

10 Roberto Céspedes y Roberto Paredes, “La resistencia armada al stronismo: panorama general”, y Víctor R. Duré y Agripino Silva, “Frente Unido de Liberación Nacional (1959-1965), guerra de guerrillas como guerra del

Argentinos de distintas trayectorias políticas venían usando la ciudad como lugar de encuentro de los opositores al gobierno de turno. A partir de 1955, después de la caída de Perón, Montevideo comenzó a ser frecuentado por la resistencia peronista proveniente de diversas provincias, desde donde planificaron acciones contra el gobierno y establecieron contactos internacionales. También arribaron a Montevideo militantes de izquierda no necesariamente ligados al movimiento peronista, porque una vez que Argentina rompió relaciones diplomáticas con Cuba, todos los contactos con los cubanos se trasladaron a la capital uruguaya.

Después del golpe de Estado de marzo de 1964 en Brasil, la ciudad recibió un gran número de exiliados brasileños, incluyendo grupos de oficiales anti-golpistas, políticos vinculados a Leonel Brizola, gobernador de Rio Grande, y miembros de *Ação Popular* (Acción Popular), un grupo cristiano de izquierda que había roto con *Ação Católica* (Acción Católica). Junto a miembros de la izquierda católica local, *Ação Popular* ayudó a desarrollar una serie de encuentros para la juventud católica de la región. En enero de 1968 hubo una importante reunión en la universidad nacional donde los delegados, mayoritariamente provenientes de Argentina, Chile y Colombia, discutieron la creación de un movimiento “camilista”, en honor al sacerdote colombiano Camilo Torres fallecido dos años antes.

A pesar de lo promisorio que Uruguay lucía para los exiliados, el país no pasaba por su mejor momento. Hacia mediados de la década de 1950 Uruguay había alcanzado un nivel de prosperidad social significativa para el contexto latinoamericano. Este período de gran optimismo, galvanizado en el dicho “como el Uruguay no hay”, estuvo caracterizado por el crecimiento económico, el desarrollo de un Estado de bienestar con leyes sociales y laborales de punta y un régimen democrático estable. De acuerdo al censo de 1963, Uruguay presentaba características que la distanciaban de las concepciones más estereotipadas sobre América Latina. Su población urbana alcanzaba el 80,7%, la tasa de analfabetismo era de 8,7%, la de matrícula en escuelas primarias de 91,6%, y el desempleo de solo 6,3%¹¹. En cuanto a salarios, de 1946 a 1950 el país presenció un alza salarial anual de 7,9%, lo que permitió que hacia inicios de la década de 1950 Uruguay mostrara un nivel de bienestar similar al de algunos

pueblo”, ambos en *Revista NovaPolis* 8 (agosto 2004), 5-26 y 61-90, respectivamente.

11 Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH), *Indicadores básicos del Uruguay 4. Cultura, sociedad y política* (Montevideo: CLAEH, 1991).

países desarrollados¹². Sin embargo, este progreso mostró su fragilidad en el período de la post-guerra, con el deterioro de los términos de intercambio y serios ajustes en la economía. Hacia mediados de esa misma década, Uruguay entró en una fase de estancamiento, seguida de una crisis económica estructural que duró dos décadas.

Los altísimos niveles de inflación, que alcanzaron tasas anuales de 60% en la segunda mitad de los sesentas, escaparon al control de los sucesivos gobiernos de los partidos Colorado y Nacional y tuvieron un fuerte impacto en la distribución de la riqueza¹³. El efecto en las clases trabajadoras se expresó en crecientes movilizaciones que demandaban ajustes que compensaran el descenso de los salarios reales. Este malestar no pudo ser capitalizado electoralmente por la izquierda, cuya suma de votos nunca alcanzó más del 7% durante toda la década de 1960, mientras los partidos Nacional y Colorado parecían inexpugnables. En 1958, el Partido Nacional ganó las elecciones después de estar casi un siglo en la oposición, y en 1967 el Partido Colorado volvía a poder. Aunque la primacía de los partidos tradicionales se mantuvo, la izquierda comenzó a capitalizar el descontento social a través de una fuerte presencia en sindicatos y federaciones estudiantiles.

Una respuesta a la crisis fue la politización del movimiento de trabajadores. En un artículo de enero de 1963 en *Marcha*, el líder sindical Héctor Rodríguez escribió que, en medio de la crisis, el movimiento de trabajadores se enfrentaba a una encrucijada: podían plantear demandas económicas sin involucrarse en política, o podían apelar a la crisis y sus causas. La segunda requería proponer sus propias soluciones y movilizar las fuerzas necesarias para implementarlas¹⁴. La respuesta estatal al crecimiento de las movilizaciones fue la represión y el control policial. Si bien la mayoría de los estudios han señalado que la represión estatal incrementó a partir de 1967, una serie de trabajos recientes ha demostrado cómo una significativa proporción de las prácticas autoritarias rutinizadas en el Estado a partir de 1968, bajo el gobierno de Pacheco Areco, ya eran parte de un repertorio represivo que venía desarrollándose desde

12 Al respecto, Instituto de Economía, *El Uruguay del siglo XX. La economía* (Montevideo: Banda Oriental, 2003), 29 y Germán Rama, *La democracia en Uruguay: una perspectiva de interpretación* (Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1987), Colección Cuadernos del RIAL, v. 4, 75.

13 Instituto de Economía, *El proceso económico del Uruguay* (Montevideo: Universidad de la República, 1969), pp. 257–271.

14 Héctor Rodríguez, “Dos caminos ante los sindicatos”, *Marcha*, 11 de enero de 1963, p. 10.

inicios de la década¹⁵. Entre 1960 y 1963, ciertos sectores del gobierno del Partido Nacional, junto con la oposición del Partido Colorado, se embarcaron en una campaña anticomunista enfocada en la amenaza que significaba la Revolución Cubana. Procuraron, sin éxito, la proscripción del Partido Comunista, la reglamentación de la actividad sindical y la ruptura de relaciones con la Unión Soviética y Cuba. Entre 1962 y 1963, grupos de extrema derecha llevaron a cabo ataques contra militantes políticos, sociales, exiliados y judíos. En 1963 y 1965, el gobierno decretó medidas de seguridad que suspendían los derechos individuales a efecto de reprimir las protestas de los sindicatos del sector público. Estas medidas permitieron el encarcelamiento de cientos de sindicalistas y en algunos casos el uso sistemático de la tortura¹⁶.

El golpe de Estado de 1964 en Brasil sumó ingredientes regionales a la escalada de autoritarismo sostenida por los sectores conservadores de Uruguay¹⁷. En septiembre de 1965 la presión empezó a aumentar en Argentina. En una entrevista con el general brasileño Costa e Silva, el influyente general argentino Juan Carlos Onganía –quien ese mismo año había pronunciado un discurso en la Academia Militar de West Point proponiendo que las fronteras nacionales fueran remplazadas por fronteras ideológicas– sugirió que ambos países suscribieran un pacto para frenar la subversión en América Latina. Los dos generales vieron a Uruguay como la principal amenaza, dada la fuerte presencia de exiliados en un marco de inestabilidad política¹⁸. Nueve meses después un golpe de Es-

15 Magdalena Broquetas, “Los frentes del anticomunismo. Las derechos en el Uruguay de los tempranos sesenta” y Gabriel Bucheli, “Organizaciones ‘demócratas’ y radicalización anticomunista en Uruguay, 1959-1962”, ambos en *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX* 3: 3 (2012), 11-29 y 31-52, respectivamente.

16 “El gobierno contra el derecho de reunión. Decretó medidas de seguridad. Quieren el golpe” y “Dictadura legal”, *Época*, 9 de abril y 8 de octubre de 1965, ambas en portada. Para una visión general del período, Rosa Alonso Eloy y Carlos Demasi, *Uruguay, 1958-1968: crisis y estancamiento* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1986).

17 Para bibliografía respecto a la influencia brasileña, Ananda Simões Fernandes, “Quando o inimigo ultrapassa a fronteira: as conexões repressivas entre a ditadura civil-militar brasileira e o Uruguai (1964-1973).” (Tesis de Maestría en Historia, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 2009) y Gissele Cassol, “Prisão e tortura em terra estrangeira: a colaboração repressiva entre Brasil e Uruguai (1964-1985)” (Tesis de Maestría en Integración Latinoamericana, Universidade Federal de Santa Maria, 2008).

18 “Entrevista Onganía-Costa: ‘Uruguay, un grave peligro’” y “¿Otra vez la Cisplatina?”, *Época*, 1 y 6 de septiembre de 1965. Las noticias generaron preocupación entre los diplomáticos argentinos y uruguayos. Sobre esto, “Declaraciones General Juan Carlos Onganía,” Argentina, Carpeta confidencial no. 20, 1965. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Uruguay.

tado en Argentina instalaba una nueva dictadura militar bajo la conducción de Onganía. A partir de 1966 Uruguay estaba rodeada de dictaduras militares.

Fue en este contexto de aumento de autoritarismo y represión estatal, de falta de opciones electorales por la izquierda, y de incremento de las protestas sociales, que un grupo de militantes de diversas trayectorias políticas (anarquistas, socialistas, ex comunistas y activistas independientes), aunados por la disconformidad con la izquierda tradicional, comienzan a reunirse en lo que posteriormente sería conocido como el “coordinador”. Dicho espacio, que existió desde 1963 a 1965, fue el germen del movimiento MLN-Tupamaros¹⁹. Este pequeño grupo de militantes tuvo múltiples contactos con equivalentes de otros países, quienes en cierta medida ayudaron a diseñar la estrategia de los tupamaros. En efecto, muchos militantes de la región que pasaron por Montevideo por diferentes razones, tuvieron contacto con miembros del “coordinador”.

Aunque las acciones del primer intento de guerrilla rural, liderada por el periodista Jorge Ricardo Masetti con apoyo de Ernesto Guevara desde Cuba, tomó lugar en el norte de Argentina, los contactos con Bolivia a través de los cubanos también tuvieron lugar en la capital uruguaya. Varios materiales fueron distribuidos a través de Montevideo vía contactos hechos, primeramente, con la Embajada de Cuba, hasta que las relaciones diplomáticas fueron cortadas en septiembre de 1964; posteriormente el vínculo sería a través de los funcionarios que permanecieron en el país o mediante una nutrida red de simpatizantes de la Revolución Cubana. El pintor Ciro Bustos –un amigo de Guevara quien había participado en el Ejército Guerrillero del Pueblo y luego en Ñancahuazú, Bolivia– cuenta que, como uno de los sobrevivientes del EGP en Argentina, decidió volar a Montevideo donde reestableció contacto con los cubanos. En ese viaje se juntó en el Sorocabana –uno de los cafés más importantes de la ciudad– con el periodista Eduardo Galeano, director de *Época y Marcha*, quien a su vez lo puso en contacto con Raúl Sendic, el futuro líder de los tupamaros en Montevideo. Las noticias de la derrota del EGP habían llegado a la prensa uruguaya y los militantes del “coordinador” querían saber qué había sucedido. Bustos y Sendic discutieron por horas las razones del fracaso del EGP. Sendic le expresó que pertenecía a un

19 Clara Aldrighi, *La izquierda armada: ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros* (Montevideo: Ediciones Trilce, 2001); Eduardo Rey Tristán, *A la vuelta de la esquina: la izquierda revolucionaria uruguaya, 1955–1973* (Montevideo: Fin de Siglo, 2006).

grupo que estaba dispuesto a iniciar la lucha armada, pero aún no tenían claro qué características podía tener algo así en Uruguay. El resultado de este encuentro fue un acuerdo de colaboración. Bustos entregó a Sendic algunas armas que su grupo tenía en Montevideo y que no podían pasar por la frontera argentina, y le ofreció además un curso de seguridad. La reunión aparentemente coincidió, como mostraremos más adelante, con el momento en que miembros del “coordinador” comenzaron a abandonar la idea de que la guerrilla rural fuera factible en Uruguay²⁰.

Desde el momento en que Perón fue depuesto en 1955, Montevideo se convirtió también en un refugio para los activistas de la resistencia peronista y en un lugar donde podrían replegarse²¹. John William Cooke – secretario de Perón– usó Montevideo como su base de operaciones cuando tuvo que huir de Argentina²². También fue desde Montevideo que Alicia Eguren (esposa de Cooke) arregló los viajes de varios argentinos pertenecientes a organizaciones peronistas y de izquierda que fueron a entrenarse a Cuba entre 1961 y 1962. Otro activista ligado al movimiento peronista que llegó a Montevideo en esa época fue Abraham Guillén, un anarquista español de cincuenta y cinco años que peleó durante la Guerra Civil Española²³. En Argentina se aproximó a Cooke y a los sectores peronistas más radicales y después del golpe de Estado de 1955 fue su con-

20 Ciro Bustos, “El sueño revolucionario del Che era Argentina”, entrevista por Jaime Padilla, Malmö, Suecia, 1997, disponible en Archivo CEDINCI; del mismo autor, *El Che quiere verte: la historia jamás contada del Che en Bolivia* (Buenos Aires: Vergara, 2007), 231–239. Para las reacciones al EGP en Uruguay, Rogelio García Lupo, “Masetti, un suicida” y Rodolfo Walsh, “Masetti, un guerrillero”, *Marcha*, 14 de mayo de 1965, 18 y 19.

21 Eduardo Pérez, “Una aproximación a la historia de las Fuerzas Armadas Peronistas”, en Eduardo Duhalde y Eduardo Pérez (comps.), *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base* (La Plata: De la Campana, 2003); Alejandra Dandan y Silvina Heguy, *Joe Baxter, del nazismo a la extrema izquierda. La historia secreta de un guerrillero* (Argentina: Editorial Norma, 2006), cap. 7; y Bustos, *El Che quiere verte*.

22 Para un ejemplo de las actividades de Cooke en Montevideo, ver “Carta a Héctor Tristán”, en Eduardo Luis Duhalde (comp.), *John W. Cooke. Obra completa. Artículos periodísticos, reportajes, cartas y documentos*, vol. 3 (Buenos Aires: Ediciones Colihue, 2009), 45.

23 Para una visión general de la biografía de Guillén, Guillermo Daniel Nañez, “Abraham Guillén: Los remotos orígenes de la guerrilla peronista 1955–1960”, en *Historia, Publicación del Instituto Superior de Formación Docente (Berazategui)* 3 (2008); Hernán Reyes, “Abraham Guillén: teórico de la lucha armada”, *Lucha Armada* 4 (septiembre-noviembre 2005); entrevista con Abraham Guillén, *Bicicleta. Revista de comunicaciones libertarias* (octubre 1978); y “¿Quién es Abraham Guillén?”, entrevista en Carlos A. Aznárez y Jaime E. Cañas, *Tupamaros. ¿Fracaso del Che?* (Buenos Aires: Ediciones Orbe, 1969), 167-177.

sejero y una especie de intelectual de la resistencia peronista. En 1960 Guillén fue arrestado y pasó varios meses en prisión, luego de lo cual viajó a Cuba donde, según su propio relato, estuvo un año entrenando grupos guerrilleros. Posteriormente se estableció en Montevideo trabajando como periodista en *Acción*, el diario del Partido Colorado. En 1963 algunos miembros de Tacuara, grupo nacionalista que giró a la izquierda, se dirigieron a Montevideo para unirse a la resistencia peronista. Joe Baxter, uno sus líderes, viajó a Vietnam y estableció contacto con oficiales del Partido Comunista Chino, quienes invitaron a Tacuara y a otros integrantes de la resistencia peronista a recibir entrenamiento militar en China. Luego del curso, imposibilitados de volver a Argentina, los militantes regresaron a Montevideo y se unieron al “coordinador” uruguayo, ofreciendo una escuela de formación de cuadros para militantes argentinos y uruguayos. Joe Baxter, Nell Tacci y “Pata” Cataldo ofrecieron cursos sobre aspectos teóricos, guerrilla urbana y explosivos²⁴. Nell Tacci sería luego arrestado en 1967 por su participación con los tupamaros; Joe Baxter huirá a La Habana, regresando a Argentina en 1970 y dejando el movimiento peronista para unirse al PRT-ERP (Partido Revolucionario de Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo); Cataldo regresaría a Argentina en 1967²⁵.

A partir de 1964 Uruguay recibió una nueva ola de refugiados, ahora desde Brasil. Luego del golpe militar en ese país, Uruguay se convirtió en el principal centro de organización contra la dictadura brasileña. Leonel Brizola, gobernador de Rio Grande do Sul, llevó a cabo varias actividades de resistencia desde Uruguay y hubo varios amagos de insurrección organizados por oficiales militares. Los dos intentos en Rio Grande no tuvieron éxito²⁶. A pesar de que Brizola se enfocó en la posibilidad de generar levantamientos militares en el sur de Brasil, los sucesivos fracasos lo llevaron a adoptar otras estrategias, incluyendo el apoyo a una iniciativa de un grupo de sargentos que habían pedido respaldo para montar un foco rural.

El establecimiento de un foco rural en las montañas de Caparaó en el sudeste de Brasil, entre los estados de Espírito Santo y Minas Gerais, fue planeado desde Montevideo, Cuba y Brasil. Cuba proveía dinero a

24 Eduardo Pérez, “Una aproximación a la historia de las Fuerzas Armadas Peronistas”, 48, 51.

25 Para una biografía de Joe Baxter, Heguy and Dandan, *Joe Baxter. Del nazismo a la extrema izquierda*. Sobre el encarcelamiento de Nell Tacci, revisar los artículos de Cooke y Galeano en *Marcha*.

26 “Chispa guerrillera en Brasil”, *Época*, 27 de marzo de 1965, 5.

través de Uruguay y ofrecía entrenamiento militar en la isla. En octubre de 1966, el grupo inició sus acciones en Caparaó con catorce activistas, cinco de los cuales habían sido entrenados en Cuba. Según Denisse Rollemberg, el inicio del foco fue coordinado por Cuba para coincidir con la campaña de Guevara en Bolivia. Después de cinco meses, sus militantes fueron encontrados en pésimas condiciones. Aunque no habían tenido enfrentamientos con las “fuerzas enemigas”, los guerrilleros tuvieron que afrontar condiciones extremas, mala alimentación, aislamiento, lesiones y daño psicológico, por lo que fueron presa fácil para los 3.000 efectivos de la policía y el ejército que fueron desplegados para reprimirlos²⁷.

Estos planes fueron respaldados por actividades de apoyo en Montevideo, que supusieron contactos con militantes uruguayos y otros exiliados. Jorge Rulli recuerda cómo luego del golpe algunos peronistas, por encargo del mismo Perón, fueron encargados de expresar su solidaridad con João Goulart, quien inicialmente había buscado refugio en Montevideo²⁸. Los partidos uruguayos de izquierda y los medios de comunicación también expresaron su apoyo. Los comunistas uruguayos, quienes fueron críticos del fracaso de sus pares brasileños de tomar las armas frente al golpe, ofrecieron su ayuda directamente a Brizola²⁹. Según el periodista Samuel Blixen, Sendic llevó armas personalmente a Brasil y forjó relaciones políticas bastantes cercanas con Brizola en Montevideo³⁰. Además, el diario *Época* ofreció una tribuna a los refugiados brasileños para denunciar las presiones de la dictadura sobre el gobierno uruguayo y los casos de intervención directa por parte de militares y policías bra-

27 Ver Denise Rollemberg, *O apoio de Cuba à luta armada no Brasil: o treinamento guerrilheiro* (Rio de Janeiro, RJ: Mauad, 2001), cap. 2; José Caldas, *Caparaó, a primeira guerrilha contra a ditadura* (Sao Paulo: Boitempo Ed., 2007). Revisar también el relato testimonial de Flavio Tavares, *Memórias do Esquecimento*, 173-205. En cuanto a la coordinación con Guevara en Bolivia, Manuel “Barbarroja” Piñeiro indica que se estaban preparando grupos de apoyo en Argentina y Brasil en simultáneo a la incursión de Guevara. Ver Manuel Piñeiro, *Che Guevara y la revolución latinoamericana* (Colombia: Ocean Sur, 2006), 97-98. Para los contactos entre los exiliados en Montevideo y la preparación de Caparaó, Artigas Rodríguez Devicenzi, “Asunto: Actividades del ex-diputado Leonel Brizola”, 8 de mayo de 1967, Brasil, caja 169, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Uruguay.

28 Envar El Kadri y Jorge Rulli, *Diálogos en el exilio* (Argentina: Foro-sur, 1984), 178.

29 Leibner, *Camaradas y compañeros*, 481.

30 Blixen, *Sendic*, 108.

sileños en contra de los exiliados en Uruguay, dando también cobertura a cada evento que los exiliados quisieran difundir³¹.

A través de todos estos intercambios, los uruguayos del “coordinador” tuvieron conocimiento de primera mano sobre lo que estaba sucediendo en la región. Por una parte, fueron testigos del proceso del avance del autoritarismo, que fue interpretado como un camino que los uruguayos de las clases dominantes tomarían tarde o temprano; por otra, tuvieron contacto directo con las diferentes experiencias radicales que se habían ensayado en la región. Vieron las limitaciones de aquellos que intentaron replicar mecánicamente el proceso cubano, como pasó con el EGP en Argentina o las guerrillas de Caparaó en Brasil. También sostuvieron discusiones y tomaron ideas de quienes intentaban otros caminos, como los miembros de la resistencia peronista. Todos estos aspectos son claves para comprender cómo los tupamaros forjaron un cuerpo de ideas sobre la guerrilla urbana que luego presentarían como una alternativa al modelo cubano en la región.

Uno de los debates más importantes dentro de este pequeño grupo tuvo que ver con la definición de la estrategia a implementar. Al ser un país plano, de praderas, sin montañas o selvas y con una baja población rural, Uruguay no cumplía con las condiciones ideales para la guerrilla rural. Sin embargo, entre 1964 y 1965, Sendic y un grupo de trabajadores rurales buscaron lugares selváticos o pantanosos en el norte de Uruguay que pudiesen ser usados como refugios en una estrategia rural. Otros miembros del “coordinador” comenzaron a estudiar diferentes alternativas. En 1965, Jorge Torres, un joven ex comunista, escribió un documento sosteniendo que en Uruguay la revolución debía basarse en las ciudades. Rubén Navillat y el empleado bancario Eleuterio Fernández Huidobro también contribuyeron a ese documento³².

En 1966 Régis Debray visitó Montevideo y se reunió con Torres, Navillat y el militante argentino Baxter. La discusión fue acalorada. Mientras Debray hablaba de la imposibilidad de hacer la revolución en Uruguay dadas sus condiciones geográficas, Baxter y los militantes uruguayos defendían la viabilidad de la guerrilla urbana, respaldando su propuesta con experiencias como la del Frente de Liberación Nacional en Argelia, la resistencia judía al control británico en Palestina, y algunos casos de

31 “Castelo nos gobierna internaron a Brizola”, *Época*, 30 de enero de 1965, 1.

32 Fernández Huidobro, *Historia de los Tupamaros*, vol. 2, 69-71, y Blixen, *Sendic*, 122-124.

resistencia partisana en la Segunda Guerra Mundial. Algunos miembros del “coordinador” y militantes argentinos que estuvieron en Montevideo empezaron a estudiar con detención estos casos, que cuestionaban la teoría del *foco* sostenida por el francés³³. Navillat recuerda que en un punto de la conversación que él y Baxter sostuvieron con Debray, se sentía tan frustrado con la “suficiencia” de este último al negar la posibilidad de una insurrección armada en Uruguay, que terminó diciéndole: “El Che es burro, pero de los que ponen huevos. El Che se va a hacer matar”³⁴.

Ese mismo año, Abraham Guillén publicó el libro *Estrategias de la guerrilla urbana* en Uruguay, donde cuestionaba la aplicabilidad del foquismo en Latinoamérica, en particular en países altamente urbanos como las naciones del Cono Sur. El texto tenía varios puntos en común con el documento de Torres de 1965. Ambos se conocieron ese mismo año y Torres acusó a Guillén de plagiar su trabajo³⁵. Los dos textos argumentaban que la demografía y las condiciones económicas debían determinar las líneas específicas que debían guiar la estrategia revolucionaria. En casos como Argentina y Uruguay, donde el 30 y el 50% de la población, respectivamente, vivían en las capitales, la ciudad era el lugar por excelencia para desarrollar la base de un movimiento guerrillero. A diferencia de Guevara, ellos consideraban que desarrollar una guerrilla urbana presentaba ciertas ventajas sobre la guerrilla rural, dado que en la primera los combatientes, que trabajaban de día y luchaban de noche, estaban familiarizados con el campo de batalla y podían apoyarse en sus redes de contacto para asegurar la supervivencia.

La discusión se asentó en 1967. Los uruguayos en el MLN-T serían los primeros en aplicar estas ideas políticas y militares a una organización concreta. En el *Documento número 1*, aprobado en junio de 1967, los tupamaros incluyeron una sección titulada “Guerrilla Urbana”, donde

33 Una de las obras más citadas por algunos tupamaros fue *Rebelión en Tierra Santa* de Menajem Beguin. Ver Rey Tristán, *A la vuelta de la esquina*, 173.

34 Blixen, *Sendic*, 123 y Jorge Torres, *Tupamaros: la derrota en la mira* (Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2002), 114, 184, 347-360.

35 El texto de Torres no se conserva, pero varios de sus compañeros de militancia afirman que fue la base para el *Documento número 1* del MLN-T, el cual fue aprobado por la organización en junio de 1967. El documento tiene aspectos que son muy similares al libro de Guillén de 1966. Blixen, *Sendic*, 139-140. Abraham Guillén se convirtió en un pensador influyente de la guerrilla urbana, publicando libros sobre la temática en Latinoamérica, España y los Estados Unidos. Él mismo se consideró “el inspirador táctico y estratégico” de los tupamaros, aunque su “origen libertario” lo separaba políticamente de ellos. Ver *Bicicleta, revista de comunicaciones libertarias*, año 1, no. 9, octubre de 1978.

explicaban que su estrategia derivaba de las tácticas que les habían permitido sobrevivir durante sus primeros años de existencia³⁶. El viraje se había dado en 1966, cuando la policía se percató de la existencia de la organización, siendo forzados a desplazarse al área urbana y las periferias de Montevideo en busca de infraestructura y refugios, abandonando así los planes originales de Sendic.

La razón del viraje hacia la guerrilla urbana está conectada con dos factores. Primero, el intercambio de experiencias y debates entre militantes argentinos, brasileños y uruguayos debió haber contribuido a una evaluación exhaustiva de las dificultades enfrentadas por los intentos de *foco* rural ensayados en la región. Segundo, cuando el gobierno se percató de la existencia del MLN-T a consecuencia de un tiroteo en diciembre de 1966 e impulsó una vigorosa campaña para perseguir a sus miembros, la organización pudo sobrevivir gracias a las redes de contacto que habían establecido en Montevideo con activistas políticos y sindicales. Toda esa experiencia acumulada los llevó a definir la ciudad como el campo de batalla ideal. Por esa razón, el documento argumentaba que la lucha armada en Uruguay no podía estar atada a las “ideas estratégicas clásicas”. Luego enumeraba las ventajas de la lucha urbana respecto a la rural: las ciudades ofrecían buenas condiciones para la comunicación y los enlaces; las capacidades de control urbano de la policía y el ejército quedaban relativamente inutilizados; no eran necesarias las redes de abastecimiento; los combatientes podían trabajar durante el día y luchar por la noche y se movían, además, en un ambiente que conocían. El documento también reconocía que existían ciertos aspectos de la estrategia que no tenían todavía una clara resolución. Uno de esos aspectos era la transformación de la guerrilla urbana en un ejército regular, pero advertía que para ello había que tener “en cuenta la continentalidad del proceso” y que esa transformación era solo “dable en la etapa final”.

Hacia fines de 1968, los tupamaros emergieron como un ejemplo de guerrilla urbana que desafiaba los modelos anteriores. En julio de 1968, la revista chilena *Punto Final* presentó una extensa nota sobre la organización y reprodujo uno de sus primeros documentos públicos, “30 pre-

36 Documento 1, en INDAL, *Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros): documentación propia* (Belgica: Heverlee-Louvain: Information documentaire d'Amérique latine, 1973).

guntas a un tupamaro”³⁷. Este artículo sería luego reimpresso en la revista argentina *Cristianismo y Revolución*³⁸.

Gracias al relativo éxito de estas acciones iniciales, el MLN-T pudo proyectarse como una alternativa frente a la ortodoxia de la Revolución Cubana, y su experiencia e ideas comenzaron a circular por el Cono Sur entre aquellas organizaciones que buscaban alternativas al foquismo de Guevara. Un libro titulado *Tupamaros. ¿Fracaso del Che?*, publicado por periodistas argentinos en 1969, sugería que las acciones de este grupo inauguraban una nueva etapa en el desarrollo de los movimientos guerrilleros latinoamericanos. Para muchos analistas, el ciclo de la guerrilla rural había terminado con la muerte de Guevara en Bolivia. Pero los tupamaros proponían un camino alternativo que reavivaba las expectativas de aquellos que creían en la violencia revolucionaria³⁹.

La experiencia de los tupamaros fue replicada en Argentina por diferentes grupos como las Fuerzas Armadas Peronistas, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), y las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL), que en diversos documentos mencionaron la estrategia de los tupamaros como un ejemplo a seguir⁴⁰. El PRT-ERP, la única organización armada no peronista aún activa en los setenta, parece menos influida por ellos, aunque compartían algunos enfoques heterodoxos al foquismo rural. Si bien no hay muchas referencias a los tupamaros en los documentos del PRT-ERP, algunos militantes jóvenes que se unieron a la organización en los años 1969 y 1970 recordaban el impacto de la guerrilla uruguaya. Daniel de Santis recuerda una de sus primeras reuniones del PRT en 1969:

Los compañeros con los que me reuní hablaban de la tupamarización, idea a la que adherí inmediatamente, ya que la brillante línea operativa de los tupamaros a muchos nos había ganado para la estrategia guevarista⁴¹.

37 “30 preguntas a un tupamaro”, *Punto Final*, No. 58, 2 de julio de 1968, Sección Documentos.

38 *Cristianismo y Revolución*, No. 10, octubre de 1968.

39 Aznárez y Cañas, *Tupamaros. ¿Fracaso del Che?*

40 Guillermo Caviaasca, *Dos caminos. ERP-Montoneros en los setenta* (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, 2006), 67; *Cristianismo y Revolución*, No. 28, abril de 1972, 58; ver también Juan Carlos Cibelli, “Orígenes de la FAL,” *Lucha Armada en la Argentina*, No. 1; Gabriel Rot, “Notas para una historia de la lucha armada en la Argentina. Las Fuerzas Argentinas de Liberación”, *Políticas de la Memoria*, No. 4, verano 2003-2004.

41 Daniel de Santis, “Carta a un tupamaro. Desde el alma y con dolor. Carta abierta a Eleuterio Fernández Huidobro”, en Daniel de Santis, *Entre tupas y perros* (Buenos Aires: Ed.R y R, 2005).

Durante este periodo también se tejieron vínculos entre los tupamaros y miembros de incipientes grupos guerrilleros organizados en Brasil después de 1966. En 1969, Carlos Marighella publicó su *Minimanual do Guerrilheiro Urbano*, que contenía evidentes puntos en común con las ideas discutidas en Uruguay. Guillén señaló que su texto fue traducido al portugués y entró a Brasil en una versión mimeografiada⁴².

Según las memorias de Andrés Pascal Allende y Max Marambio, la nueva generación que emergió dentro del MIR chileno en 1967 reivindicando la lucha armada también prestó atención a ciertas acciones del MLN-T. Por ejemplo, las expropiaciones de bancos fueron realizadas en el marco del criterio de propaganda armada desarrollada por los tupamaros⁴³.

Finalmente, la estrategia de los tupamaros tuvo repercusiones en una nueva ola de grupos armados surgidos en Estados Unidos y Europa, quienes vieron la guerrilla urbana como la estrategia más adecuada para luchar en sociedades urbanizadas y modernas. En 1972, en un prólogo a las *Actas Tupamaras*, Régis Debray –quien se había opuesto a la guerrilla urbana– se mostró favorable a los tupamaros describiéndolos como “el único movimiento revolucionario armado de la América Latina que –al menos hasta ahora– ha sido capaz de, o ha sabido cómo, luchar en todos los frentes”⁴⁴.

Santiago, 1969-1973

El 4 de noviembre de 1970 Salvador Allende juró como presidente de Chile. Su gobierno prometía una revolución que causó expectación a través del mundo. Su proyecto político unía lo mejor de los dos bloques de la Guerra Fría, transitando al socialismo mediante la democracia. Más allá de las diferencias con la Revolución Cubana, este proceso era concebido como un nuevo paso en el camino hacia la liberación de América

42 Guillén, en *Bicicleta. Revista de comunicaciones libertarias*, año 1, no. 9, octubre de 1978.

43 El MIR estaba particularmente preocupado por la cobertura que tendrían estas acciones en la prensa e involucró a un gran número de sus líderes en ellas. Sobre este punto, Andrés Pascal Allende, *El MIR chileno, una experiencia revolucionaria* (Argentina: Ediciones Cucaña, 2003), 39; entrevista del autor a Andrés Pascal Allende; y Max Marambio, *Las armas de ayer* (Santiago: La Tercera, Debate, 2007), 67.

44 Ver Régis Debray, *Los tupamaros en acción* (México: Editorial Diógenes, 1972), 8.

Latina. Entre las posibilidades que la victoria de la Unidad Popular abrió, estuvo la disposición de un nuevo lugar de refugio para los militantes de la región. Es más, desde el inicio la solidaridad de Allende con los refugiados políticos de América Latina fue un aspecto clave de su gobierno y uno de los asuntos que generó los debates públicos más acalorados. Ya en las primeras semanas de su presidencia, Allende otorgó asilo político a diecisiete bolivianos, siete brasileños, nueve uruguayos y doce mexicanos⁴⁵.

Si bien Chile tenía una larga tradición de asilo político, durante este período el número de refugiados creció, dado que muchas organizaciones de izquierda de la región vieron en el Chile socialista un refugio seguro frente la persecución que sufrían en sus propios países. A menudo no hubo solicitudes oficiales de asilo, y por lo general los refugiados eran recibidos como resultado del apoyo que algunos partidos chilenos de izquierda brindaban a otros partidos latinoamericanos, en algunos casos en contra de los deseos de Allende o sin su conocimiento.

Fue en este escenario que muchos militantes de la izquierda armada del Cono Sur se reunieron, debatieron y comenzaron a delinear acciones políticas coordinadas en la región. Asimismo, algunos académicos vinculados con estas experiencias políticas desarrollaron las líneas más radicales de la teoría de dependencia, ofreciendo coordenadas para interpretar el proceso político regional mediante una intensa participación pública.

En los sesentas, Santiago se convirtió en uno de los centros más importantes del Cono Sur para el campo de las ciencias sociales. Espacios institucionales como la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)⁴⁶, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), numerosos centros académicos y de investigación conectados a la Iglesia Católica, y centros de investigación de ciencias sociales como el Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO) y el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), ligados al proceso de renovación de las universidades de Chile y Católica, respectivamente, generaron un flujo constante de académicos, expertos e intelectuales que arribaron a Chile desde diversas partes de América Latina⁴⁷. Asimismo, el hecho de

45 Patricio Quiroga, *Compañeros. El GAP: la escolta de Allende* (Santiago: Aguilar, 2001), 108.

46 Fernanda Beigel, "La Flacso chilena y la regionalización de las ciencias sociales en América Latina (1957-1973)", *Revista Mexicana de Sociología* 71: 2 (2009), 319-349.

47 Inés Cristina Reca, "El movimiento estudiantil y el proceso de reforma

que Chile estuviera al margen de las experiencias autoritarias que asolaban la región (Brasil 1964, Argentina 1966, Bolivia 1971), fue un incentivo para aquellos académicos que debían abandonar sus países. Fue en estos espacios que un número importante de exiliados entró en acción, trabajando y participando en discusiones que resultaron claves para el pensamiento político y académico del período. Algunos de estos exiliados estuvieron fuertemente comprometidos con las ideas propuestas por grupos de la nueva izquierda que emergía en los países del Cono Sur.

Este fue el contexto en que muchos intelectuales (algunos de ellos exiliados) y otros visitantes que llegaron a conocer la experiencia de la UP, se vincularon con sus pares chilenos y produjeron libros que resultarían extremadamente influyentes en la izquierda latinoamericana en los años siguientes. Obras como *Pedagogía del oprimido*, de Paulo Freire, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Para leer al Pato Donald*, de Ariel Dorfman y Armand Mattelart, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, de Marta Harnecker, y *El poder dual en América Latina*, de René Zavaleta Mercado, entre otros, son ejemplos de este momento intelectual.

Entre estos intelectuales, un grupo en particular tuvo considerable impacto sobre algunos militantes de organizaciones armadas, en específico los cultores de la versión más radical de la “teoría de la dependencia”, como los brasileños Theotônio dos Santos, Vania Bambirra y Ruy Mauro Marini, y el académico alemán André Gunder Frank, todos vinculados a la agenda de la nueva izquierda. Estos académicos, quienes habían estado trabajando en la Universidad de Brasilia, llegaron a Santiago escapando de la persecución de la dictadura brasileña y aquí tuvieron un diálogo político e intelectual constante con dirigentes socialistas y miristas, e incluso algunos de ellos se incorporaron a estas organizaciones. Por ejemplo, Ruy Mauro Marini se convirtió en un miembro orgánico de la dirigencia del MIR. Entre los libros que fueron publicados por este grupo están *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, de André Gunder Frank⁴⁸, *Socialismo o fascismo, el nuevo carácter de la dependencia y*

de la Universidad de Chile”, *Revista Mexicana de Sociología* 32: 4 (1970), 893–947; Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez (dir.), *La reforma en la Universidad de Chile*, vol. 3 (Santiago: Ediciones Sur, 1986); Eduardo Devés-Valdés, *Redes intelectuales en América Latina, hacia la constitución de una comunidad intelectual* (Santiago: Universidad Santiago de Chile, IDEA, 2007), 180.

48 Para un análisis del impacto del trabajo de André Gunder Frank, ver Aldo Marchesi, “Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el Cono Sur a fines de los sesenta,” *E.I.A.L.* 17:1 (2006), 135-160.

El dilema latinoamericano, de Theotônio dos Santos, y *Subdesarrollo y revolución*, de Ruy Mauro Marini.

En sus intervenciones desafiaron de manera consistente dos perspectivas que habían comenzado a ser cuestionadas desde mediados de los sesenta desde la academia y la política. Por una parte, la perspectiva más clásica de la teoría del desarrollo latinoamericano según la cual el desarrollo capitalista autónomo era compatible con ciertos niveles de integración social; por otra, las tesis defendidas por los partidos comunistas desde los años cincuenta que propugnaban la revolución por etapas, lo que suponía una primera fase de alianzas con la burguesía nacional con vistas al desarrollo de un capitalismo nacional que superara los vestigios feudales.

Uno de los argumentos clave en este nuevo pensamiento “dependentista” fue la idea de que la radicalización política en América Latina era inevitable; que en un contexto de crisis política y económica, la única forma en la que el capitalismo podía sobrevivir era recurriendo a un nuevo tipo de fascismo, distinto al europeo. Este fascismo era el resultado de la nueva naturaleza de la dependencia, determinada por procesos de transnacionalización económica, que venían destruyendo gradualmente las economías nacionales y socavando tanto a sus respectivas burguesías como a los regímenes políticos que estos sectores habían encabezado desde las décadas de los cuarenta y cincuenta.

En la perspectiva de Dos Santos, la crisis económica y social que configuró esta nueva forma de dependencia había generado una “situación revolucionaria” donde las alternativas reformistas, desarrollistas y nacionalistas enfrentaban profundas limitaciones, a saber, la limitación estructural del desarrollo dependiente, y las limitaciones políticas derivadas de las contradicciones de las demandas sociales, agravadas por la crisis. En este escenario solo dos vías eran posibles: socialismo o fascismo.

Muchos grupos armados de la región que se encontraban en Chile en ese momento adoptaron esta forma de interpretar el proceso histórico. En septiembre de 1971, Bautista van Schouwen, miembro del comité político del MIR, dio un discurso en la población La Victoria de Santiago en honor al comandante Carlos Lamarca, un oficial militar brasileño quien desertó para unirse a la *Vanguardia Popular Revolucionária* (VPR). Después de describir a la dictadura brasileña como la más repulsiva de Latinoamérica, Van Schouwen observó que su ilusión sub-imperialista se había convertido en una amenaza para los pueblos vecinos, operando como soporte y centro de coordinación de la reacción contrarrevolucio-

naría en el Cono Sur⁴⁹. De acuerdo a Van Schouwen, “las dinámicas reaccionarias y contrarrevolucionarias de la dictadura brasileña” eran el punto de referencia obligado para “formular la estrategia de la revolución continental latinoamericana”. En vista de esa amenaza, el “internacionalismo proletario” y “la solidaridad revolucionaria” dejaban de ser una cuestión de principios y se transformaban en una necesidad objetiva⁵⁰. Finalmente, Van Schouwen listó los lugares en que ese proceso se estaba materializando en Latinoamérica: Bolivia, Uruguay, Brasil y Argentina.

El incremento del autoritarismo en la región empujó a estos grupos de militantes que se habían conocido como refugiados en Santiago a buscar medidas concretas para coordinar sus acciones regionales. Un documento de 1975 de la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR) referido a sus orígenes, indicaba que en noviembre de 1972 se había realizado una importante reunión en Santiago con la participación del comité político del MIR, tres líderes importantes del MLN-T y algunos líderes del PRT-ERP⁵¹. De acuerdo a este documento, Miguel Enríquez propuso establecer una “pequeña Zimmerwald” del Cono Sur, en alusión a la reunión en Suiza en 1915 en la que convergieron socialistas opositores a la Primera Guerra Mundial y donde se fijaron las bases para la fundación de la Tercera Internacional. Según el texto, el “imperativo” de la JCR era: “unir a la vanguardia revolucionaria que ha emprendido con decisión el camino de la lucha armada contra la dominación imperialista, por la implantación del socialismo”⁵².

Aparte de la estrategia continental definida por Guevara en su mensaje a la Tricontinental y con la cual estos grupos se identificaron, hubo necesidades concretas que demandaron el establecimiento de alianzas

49 “En homenaje a Lamarca el MIR plantea sus lineamientos políticos”, en *Documentos. Punto Final*, 17 de octubre de 1971, 28–29.

50 *Ibid.*

51 Los recuerdos de los participantes en estas reuniones no son muy claros. A la fecha, he consultado con dos de los tres militantes que sobrevivieron a las dictaduras y al paso del tiempo: Andrés Pascal Allende del MIR, y Efraín Martínez Platero del MLN-T. Intente entrevistar al tercer participante, Luis Mattini del PRT-ERP, pero no he recibido respuesta de su parte. De la lista dada por John Dinges en *The Condor Years*, solo estos líderes están vivos: Mario Roberto Santucho y Domingo Menna del PRT-ERP. Miguel y Edgardo Enríquez y Alberto Villabela del MIR, y William Whitelaw del MLN-T fueron asesinados en diferentes acciones represivas. Enrique Gorriarán Merlo de PRT-ERP y Nelson Gutiérrez murieron recientemente. Para la lista, ver John Dinges, *The Condor Years: How Pinochet and His Allies Brought Terrorism to Three Continents* (Nueva York: New York Press, 2004), 51.

52 JCR, “Editorial: Junta de Coordinación Revolucionaria. Orígenes y perspectivas”, *Revista Che* 2 (febrero de 1975), 3-4.

entre los diversos grupos de la región. Desde la perspectiva del MIR, la posibilidad de una reacción autoritaria en Chile, que parecía cada vez más inminente, implicaba la necesidad de una retaguardia estratégica que hiciera posible organizar la resistencia⁵³. En el caso del PRT-ERP, el año de 1972 representó la consolidación de un cambio significativo en sus relaciones internacionales. Además de considerar a Chile como una potencial retaguardia estratégica, otros aspectos fortalecieron la búsqueda de alianzas. Santucho decidió que el PRT-ERP debía dejar la Cuarta Internacional debido a sus acusaciones contra Cuba y el retiro de su apoyo a los grupos guerrilleros latinoamericanos⁵⁴. Por último, tras su derrota y sin líderes en Uruguay, el comité directivo que el MLN-T había establecido en el exterior apuntó a incrementar sus contactos internacionales, dado que ello era clave para asegurar la sobrevivencia de la organización en Chile y Argentina, los dos lugares que en diferentes períodos fueron elegidos como posibles retaguardias. Este fue el contexto en el cual se discutieron algunos acuerdos durante la reunión de noviembre de 1972. Las primeras actividades en conjunto tenían que ver con la incorporación de militantes de diferentes organizaciones a través de una escuela internacional de cuadros y la formación de comités encargados de infraestructura militar y asuntos logísticos⁵⁵.

Buenos Aires, 1973-1976

El año 1973 culminó con un escenario que estaba muy lejos de las expectativas que habían circulado a inicios de la década. El golpe de Estado de Banzer en 1971 en Bolivia, la reacción autoritaria del Presidente Bordaberry en 1972 en Uruguay y la subsiguiente disolución del parlamento al año siguiente, y el golpe militar en Chile en septiembre de 1973 sepultaron aquellas ilusiones. Para los militantes de la izquierda armada, sin embargo, el Cono Sur seguía siendo una zona clave donde se jugaba el destino de la revolución latinoamericana. En 1975, escribiendo en el *Correo de la Resistencia* bajo el seudónimo de Luis Cerda, el sociólogo

53 Entrevista del autor a Andrés Pascal Allende.

54 María Seoane, *Todo o nada. La historia secreta y pública de Mario Roberto Santucho, el jefe guerrillero de los años setenta* (Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 2003), 184; Eduardo Weisz y José Luis Bournasell, *El PRT-ERP: nueva Izquierda e Izquierda tradicional* (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación, Dep. de Historia, 2004), 69–73.

55 JCR, "Orígenes," y la entrevista del autor a Pascal Allende y Martínez Platero; también Dinges, *The Condor Years*, 41–63.

Ruy Mauro Marini –quien a la fecha era jefe del comité exterior del MIR– señalaba que mientras existieran en América Latina países con proyectos reformistas nacionalistas (Perú, Panamá, Venezuela, México) y que fueran una fuente de preocupación para Estados Unidos, la “zona clave” donde se disputaba el futuro de la revolución continental era el Cono Sur⁵⁶.

En la visión de Marini, que expresaba el sentir de la recién creada JCR, después de 1973 Argentina se había convertido en un lugar clave para el desenlace definitivo del enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución. Argentina era el lugar donde las fuerzas contrarrevolucionarias no se habían establecido firmemente aún, y aquel que, dada su ubicación geográfica, podía servir como un sitio estratégico donde los militantes revolucionarios de países vecinos (Uruguay, Chile, Bolivia, Brasil) podrían reagruparse y formar una retaguardia.

Este período de la Argentina peronista, que va desde 1973 a 1976, marcó un nuevo momento en la historia de la JCR. Por un lado, como se señaló anteriormente, la experiencia de Allende fortaleció las posiciones radicales de quienes postulaban la inevitabilidad de la lucha armada y expresaban una firme preocupación por el desarrollo de la infraestructura militar de las agrupaciones armadas de izquierda. Por otro lado, la situación geopolítica transformó a Argentina en un lugar de refugio y retaguardia para estas organizaciones. Durante este período, la JCR ganó cierta autonomía institucional respecto a sus organizaciones fundacionales y desarrolló una importante infraestructura en materia de propaganda, logística y armamento. Este fue también el momento en que implementó una política internacional que le permitió expandir sus contactos hacia diferentes regiones del mundo.

Las organizaciones armadas de izquierda y las fuerzas armadas del Cono Sur parecían coincidir en que entre 1973 y 1976 se estaba desarrollando en Argentina un conflicto que trascendía la política nacional y resultaba central para el futuro del Cono Sur. En palabras de los guerrilleros, se trataba de la dinámica entre revolución y contrarrevolución, mientras que para las fuerzas armadas era el “equilibrio geopolítico de fuerzas subversivas y contra subversivas”⁵⁷. Pero mientras los miembros de la JCR

56 Luis Cerda, “Aspectos internacionales de la revolución latinoamericana”, *Correo de la Resistencia* 9 (julio-agosto de 1975), 60-61.

57 Ver SIDE, “Parte de inteligencia n. 06/76. Asunto: Modificación del equilibrio de fuerzas subversivas contrasubversivas en el plano geopolítico”, MDS, Legajo 22851, Archivo DIPBA, La Plata, Argentina y Cerda, “Aspectos internacionales de la revolución latinoamericana”.

se veían a sí mismos como los auténticos revolucionarios en oposición a otras fuerzas de izquierda que frenaban el proceso, las fuerzas armadas no reparaban en esa distinción a la hora de desarrollar sus prácticas represivas, que se desplegaron de forma equitativa a lo largo de todo el espectro social y político de izquierda en la región.

La respuesta frente al crecimiento del autoritarismo fue la de reafirmar el objetivo de constituir ejércitos revolucionarios populares, tal como estos grupos venían proponiendo en sus documentos desde finales de los sesenta. A pesar de que ninguna de estas organizaciones fue capaz de formar un ejército insurgente, durante este período todas enfocaron sus energías en obtener recursos para desarrollar su infraestructura militar y entrenar militarmente a sus militantes. El grado de avance varió de organización a organización. El ERP argentino fue, sin duda, la organización que alcanzó los más altos niveles de desarrollo, pero los demás no renunciaron a ese objetivo.

En Buenos Aires, los tupamaros y los elenos bolivianos se concentraron en la adquisición y aprovisionamiento de armas para futuras incursiones en sus respectivos territorios. Aunque inicialmente el MIR no pudo consolidar una estrategia de propaganda armada, a partir de 1975 y en el marco de la JCR comenzó a desarrollar un plan dirigido por Edgardo Enríquez que también priorizó la formación militar de un grupo selecto de militantes en Cuba y luego en Argentina.

El hecho de que el PRT-ERP tomara el liderazgo dentro de la JCR en lo referido a la acción militar, puede ser explicado, entre otras razones, por una particular circunstancia histórica. El desarrollo militar del PRT-ERP se dio en un contexto democrático, si bien limitado, que contrastaba con la situación de los países vecinos, donde los regímenes dictatoriales habían logrado frenar cualquier intento de resistencia armada. Aunque inicialmente el desarrollo militar del PRT-ERP fue objetado al interior de la JCR, para 1975 todas sus organizaciones habían incorporado esa estrategia⁵⁸.

En Argentina, este énfasis en la acción militar promovido por el PRT-ERP ha sido explicado por lo que se ha llamado la “desviación militarista”. Esta expresión, que era parte del lenguaje de los militantes de

58 Un documento del MIR lo expresó de la siguiente manera: “el ERP ha logrado afirmar y ampliar su influencia entre las masas, fortalecer las acciones armadas urbanas e iniciar la lucha armada en zonas suburbanas y en el norte”. Comisión Política del MIR, “La situación internacional”, último trimestre de 1975, en MIR, *MIR, dos años en la lucha de la resistencia popular del pueblo chileno, 1973-1975* (Madrid: Ed. Zero, 1976), 93.

los sesenta, ha sido retomada por la mayoría de los trabajos académicos referidos las acciones del PRT-ERP en el período 1973-1976. Ella describe las consecuencias del énfasis puesto en la lucha contra el ejército y el descuido del análisis político de la coyuntura democrática inaugurada en 1973, liderada por el peronismo. Estos enfoques comparten una meta narrativa sobre la lucha armada que plantea que el movimiento iba en la dirección correcta hasta la reinstalación de la democracia, y que después de 1973 la inercia militar los lleva a ignorar la opinión de la población, incluso de aquellos sectores que habían simpatizado con la insurgencia⁵⁹.

Unos de los enfoques más paradigmáticos de esta perspectiva es el trabajo de Pilar Calveiro, quien en su libro *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70* contrapone política y violencia para sugerir una lectura según la cual el énfasis en las acciones militares en los años 1973-1976 negaba la dimensión política de estas organizaciones. A su juicio:

Las armas son potencialmente “enloquecedoras”: permiten matar y, por lo tanto, crean la ilusión de control sobre la vida y la muerte. Como es obvio, no tienen por sí mismas signo político alguno, pero puestas en manos de gente muy joven que además, en su mayoría, carecía de una experiencia política consistente, funcionaron como una muralla de arrogancia y soberbia que encubría, sólo en parte, una cierta ingenuidad política⁶⁰.

Recientemente, la historiadora Vera Carnovale ha propuesto una versión alternativa, afirmando que esta “militarización” no fue el resultado de la incompreensión del proceso político ni de una alineación derivada de la práctica armada, sino que el resultado previsible de las definiciones, sentidos e imaginarios políticos que las guerrillas venían desarrollando desde los últimos años de la década de 1960⁶¹. El enfoque de Carnovale es relevante en cuanto muestra que no había contradicción entre el proyecto político que confirió popularidad a estos grupos armados duran-

59 Pilar Calveiro, *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70* (Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2005); Maristella Svampa, “El populismo imposible y sus actores, 1973–1976”, en Daniel James (dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Nueva Historia Argentina, tomo 9 (Buenos Aires: Sudamericana, 2003), 381-438; Pablo Pozzi, *Por las sendas argentinas: el PRT-ERP, la guerrilla marxista* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2004), 271.

60 Calveiro, *Política y/o violencia*, 135.

61 Vera Carnovale, *Los combatientes: historia del PRT-ERP* (Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2011), 99.

te la dictadura y el proyecto político que los volvió impopulares durante el periodo democrático. Desde el comienzo el proyecto político del ERP fue predecible. Ya hacia fines de los 60's sus documentos explicitaban el norte de la organización. Más que desviación, lo que se encuentra en el PRT-ERP es una gran consistencia entre los objetivos definidos en la década de 1960 respecto a la construcción de un ejército revolucionario y los pasos tomados en la década siguiente para concretarlo.

Sin embargo, la explicación de Carnovale no resuelve otros problemas materiales relevados por aquellos que han formulado el problema en términos de desviación militarista: la definición de la oportunidad para avanzar en el logro de los objetivos impuestos. Las metas eran claras, pero determinar cuándo avanzar para alcanzarlas fue el resultado de evaluaciones políticas (correctas o incorrectas) realizadas en un momento u otro. ¿Qué llevó al PRT-ERP a adoptar una política confrontacional contra el nuevo gobierno de Perón y considerar que ese era el momento apropiado para iniciar la construcción de su ejército revolucionario? Dos explicaciones han sido sugeridas por los autores que han estudiado este proceso: por una parte, la visión del peronismo como una forma de bonapartismo que el PRT-ERP había contribuido a desenmascarar; y, por otra, el carácter reaccionario de algunos sectores del peronismo⁶².

Sin embargo, la bibliografía existente no ha prestado atención a algo que resulta evidente en los documentos y en las acciones políticas de esta organización hacia fines de 1973 y comienzos de 1974: la justificación regional de su acción local. Como se discutió anteriormente, el golpe de Estado en Chile fue leído como una confirmación de que la vía de la lucha armada era la correcta y también una advertencia de lo que se debía evitar en Argentina. La justificación de la lucha armada en democracia, de acuerdo al PRT-ERP, era la de detener un golpe de Estado que parecía altamente probable dado el avance del autoritarismo entre 1973 y 1976 y la condición de Argentina como el único régimen no dictatorial en la región. La respuesta a este avance autoritario debía ser regional. No fue casualidad que la JCR fuese presentada en una conferencia de prensa sostenida luego del ataque al regimiento de caballería Azul, que marcó un salto cualitativo en la confrontación del ERP con el ejército argentino. En este sentido, la estrategia militar desplegada por el ERP entre 1973 y 1976 no debe ser leída como el mero resultado de circunstancias locales,

62 Pozzi, *Por las sendas argentinas*, caps. 9 y 10 y Luis Mattini, *Hombres y mujeres del PRT-ERP: la pasión militante* (La Plata: De la Campana, 2011), cap. 13.

sino como consecuencia de una lectura regional compartida por sus organizaciones “hermanas”, que gradualmente convergieron en una estrategia común. Hacia 1975, las restantes organizaciones integrantes de la JCR parecían coincidir en que la estrategia implementada por el ERP era la correcta, por lo que resolvieron aplicarla en sus respectivos países. Durante este periodo, las derrotas sufridas por el MIR, los tupamaros, y el ELN boliviano aislaron progresivamente a los sobrevivientes de estas organizaciones. La disminución de la actividad pública impuesta por las dictaduras limitó la vida política de todo tipo de organizaciones, pero afectó con particular severidad a los militantes de estos grupos, quienes sabían que eran blancos de la represión. El puñado de sobrevivientes de las distintas organizaciones que pudieron quedarse en sus países redujeron sus contactos sociales y políticos al mínimo para evitar ser capturados, apresados o desaparecidos, pero la gran mayoría se unió a las filas de exiliados en la región. Tanto los militantes que permanecieron en sus países como aquellos que fueron exiliados vieron limitado su trabajo político como resultado del contexto autoritario. En este sentido, insistir en la acción militar era el camino obvio para continuar una lucha que desde un punto de vista político y moral parecía más que justificada por el hecho de que se hacía frente a dictaduras.

Las pérdidas del ERP como resultado de estas dos operaciones (Tucumán y Monte Chingolo) tendieron a debilitar su infraestructura material y recursos humanos, así como lo que quedaba de la JCR en Buenos Aires. El 24 de marzo de 1976, el golpe de Estado anuló de una vez por todas cualquier posibilidad de operación de la JCR en Argentina. Los márgenes de acción de la organización fueron además limitados porque no había otros espacios donde refugiarse y porque la coordinación regional de la represión implicó que las fuerzas de seguridad podían operar sin restricciones. Mientras tanto, la represión contra la izquierda y las fuerzas anti-dictatoriales que permanecían en Buenos Aires se intensificó, enfocándose en los líderes del espectro de movimientos anti-autoritarios.

Aunque los intercambios entre las organizaciones armadas habían servido para advertir mutuamente respecto al creciente autoritarismo en la región, resultaron estériles para evaluar las posibilidades del PRT-ERP de ofrecer resistencia frente un golpe de Estado. De una estructura de 1.500 militantes y 2.200 simpatizantes y colaboradores con los que el partido contaba en marzo de 1976⁶³, hacia mediados de 1977 solo qued-

aban 300 miembros, esparcidos entre Italia, España y México. Al igual que en Uruguay y Chile, los mismos militantes que acertadamente habían previsto la emergencia de nuevos regímenes autoritarios, fallaron en prepararse adecuadamente para hacer frente a los desafíos políticos y militares planteados por tales regímenes.

Conclusión

Los testimonios aquí reunidos revelan que muchas de las ideas, definiciones políticas y estrategias que nutrieron la experiencia de las organizaciones armadas de izquierda en el Cono Sur no solo eran consecuencia de la diseminación de ideas venidas de Cuba o Europa. Al contrario, ellas fueron resultado de profundos diálogos regionales en un contexto de crecimiento del autoritarismo conservador, lo que tuvo implicaciones importantes para los procesos locales. Sumado a esto, varios episodios locales que dieron forma a esta generación política también tuvieron impacto en los sesentas globales. Grupos europeos de la nueva izquierda emularon los debates y las experiencias de estrategia y táctica de guerrilla urbana de Montevideo. Las aproximaciones de los dependentistas discutidas en Santiago influyeron en movimientos políticos de África, Asia y otras latitudes. Asimismo, la experiencia militar de algunas de estas organizaciones operativas en Buenos Aires durante el período sentó un precedente para organizaciones armadas de América Central durante los finales de los setenta.

A través de la reconstrucción histórica de estos intercambios en distintas ciudades del Cono Sur es posible aproximarse a una historia más interconectada de los sesentas globales, una historia que va más allá de las visiones dicotómicas (fuera-adentro) que inspira a las historiografías nacionales. En efecto, cuando se tienen en cuenta más partes de ese puzle infinito que fueron los sesenta globales, es posible comprender mejor las formas específicas en que la nación, la región y la esfera internacional interactuaron durante la Guerra Fría.

Así como otros historiadores han demostrado la importancia del Tercer Mundo y Latinoamérica en la narrativa global de la Guerra Fría, afirmaríam que es posible sostener algo similar tratándose de los sesentas globales⁶⁴.

64 Ver, como ejemplos representativos, Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times* (Cambridge, Nueva York: Cambridge University Press, 2005) y Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War* (Chapel Hill: University of North Carolina

Por lo pronto, la historia del activismo transnacional en el Cono Sur pone la geografía y narrativa de los sesentas en cuestión. Tal como sucedió con las revoluciones del siglo XIX, 1968 es conceptualizado en gran medida desde Europa occidental y los Estados Unidos. Si bien la mayoría de los estudios reconocen el papel del Tercer Mundo y sus luchas en los disturbios que conmovieron al Primer Mundo, estos aspectos son reconocidos como mero contexto y no están incluidos como parte de la misma red de circulación de ideas y actores. En breve, los sesentas fueron globales, pero la mayoría de los estudios sobre este período parecen minimizar el activo papel de los países de la periferia en la generación de ideas y repertorios de disenso que impactaron en los países del centro. Estudiar esas experiencias desde la perspectiva de los encuentros revolucionarios transnacionales del Cono Sur puede proporcionar aproximaciones más robustas a la naturaleza verdaderamente global de los sesentas, estimular reflexiones sobre la influencia de procesos que han sido sistemáticamente ignorados por la bibliografía especializada, y, finalmente, proponer nuevos enfoques para entender la tensión que existía respecto a estos problemas entre la nueva izquierda y la izquierda tradicional.

LA RUDEZA PAGANA: SOBRE LA RADICALIZACIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO EN LOS LARGOS SESENTA. CHILE, 1957 – 1970

Luis Thielemann H.¹

Introducción

La radicalización del movimiento popular en Chile en los años de la Unidad Popular (1970 – 1973) y el período inmediatamente anterior, fue un tema de debate entre intelectuales y académicos, especialmente científicos políticos y sociólogos, que comenzó a producirse contemporáneo a los hechos mismos. En una primera etapa, la discusión se centró en sí realmente ocurría una radicalización entre obreros, campesinos y habitantes de las poblaciones “callampas”², en clave de izquierda. Específicamente, la cuestión era sí los partidos marxistas contaban con el apoyo de estas clases populares, pues la elección de 1964 dejaba dudas al respecto. Dicha discusión se sostuvo hasta derrocada la Unidad Popular en 1973. Hubo quienes adjudicaron el amplio apoyo recibido por el candidato presidencial demócratacristiano Eduardo Frei Montalva, con casi dos tercios de los votos totales a su favor, a la adhesión mayoritaria de la clase obrera a su proyecto de “revolución en libertad”.³ Como contraparte, y estableciendo un momentáneo y relativo consenso al respecto, académicos como Maurice Zeitlin, James Petras o Atilio Boron, que se mantuvieron en Chile investigando, establecieron importantes elementos para la comprensión de la radicalización obrera. Destacan así los dos escritos de los primeros en que establecen una

1 Historiador. académico de la Escuela de Historia, Universidad Finis Terrae, Santiago de Chile. luisthielemann@gmail.com.

2 Nombre dado en el Chile de la época a los barrios de vivienda autoconstruida, muchas veces nacidos de ocupaciones (tomas) de terrenos periféricos de la ciudad.

3 Por ejemplo, Ernst Halperin, *Nationalism and Communism in Chile*. (Cambridge, Mass: The M.I.T. Press, 1970).

masiva y amplia “izquierdización” del voto popular, especialmente obrero, y su relación con la radicalización campesina en los largos años sesenta.⁴ Boron, por su parte, dio por descontada la idea de un cambio repentino y sorpresivo en las bases obreras y populares del país que explicarían el triunfo de Allende en 1970, estableciendo las profundas raíces histórico sociales del avance electoral de los partidos marxistas.⁵ Estos análisis demostrativos de un amplio apoyo obrero y popular a la izquierda marxista en el Chile de los años sesenta y hasta 1973, serían confirmado más tarde por nuevas investigaciones⁶, pero el tema perdió interés, salvo para los historiadores.

Con el Golpe de Estado de 1973 y la posterior Dictadura, el acceso a las fuentes “vivas” para investigadores locales o extranjeros se hizo difícil o imposible. Desde entonces, la radicalización sólo ha podido estudiarse en base a registros del pasado, ya fuese en documentos o en la memoria de los actores sociales. Pero la desaparición de la importancia política del movimiento obrero, primero, y de la izquierda marxista, después, restó interés en la pregunta por la radicalización en clave revolucionaria y socialista ocurrida en los largos años sesenta. Y si bien los años 1970 a 1973 han sido cubiertos profusamente por los especialistas, los años anteriores se vuelven cada vez más desconocidos. El movimiento obrero es aún más desconocido si se le compara, por ejemplo, con el movimiento campesino o de pobladores; y su historia se suele confundir con la historia de la CUT⁷. A pesar de que la historiografía relativa al movimiento obrero en Chile ha tenido una interesante vitalidad en los últimos años, de la mano de investigadores jóvenes y también de parte de historiadores del hemisferio norte, esta situación no se ha revertido para

4 James Petras y Maurice Zeitlin, «Agrarian Radicalism in Chile», *The British Journal of Sociology* 19, n.º 3 (1968): 254-70; Maurice Zeitlin y James Petras, «The Working-Class Vote in Chile: Christian Democracy versus Marxism», *The British Journal of Sociology* 21, n.º 1 (1970): 16-29.

5 Atilio A. Boron, «Notas sobre las raíces histórico-estructurales de la movilización política en Chile», *Foro Internacional* 16, n.º 1 (1975): 64-121.

6 Cherita Girvan y Carl Stone, «Social Modernization and Left Wing Voting in Chile», *Social and Economic Studies* 20, n.º 4 (1971): 335-61; James W. Prothro y Patricio E. Chaparro, «Public Opinion and the Movement of Chilean Government to the Left, 1952-72», *The Journal of Politics* 36, n.º 1 (1974): 2-43.

7 Al respecto, la más completa historia del movimiento obrero en Chile en el siglo XX y hasta 1970, sigue siendo la obra de Alan Angell, publicada en 1974. Alan Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile* (México: Ediciones Era, 1974); Entre los nuevos trabajos sobre el tema, destaca la obra de Paola Orellana. Gilda Paola Orellana V., «Clotario Blest en la CUT: Por una Nueva Cultura Sindical y Política (1953 – 1961)», *Tiempo Histórico* 7 (2013): 29-46.

la década que se estudia en este artículo, salvo notorias excepciones⁸. Así, desde fines de los años setenta, las explicaciones sobre la radicalización del movimiento obrero, y en general de las clases populares, ha sido o bien puesta en duda⁹, o bien, explicada como radicalización de los grupos marginales y no de la clase obrera¹⁰. Todo ello sin entrar en la común explicación tautológica o de un culturalismo degradado, aquella que adjudica el fenómeno de la radicalización del período a algo así como “los años sesenta”. A pesar de que sigue siendo común verla en textos escolares o en investigaciones no especializadas, la explicación que ubica en la revolución cubana el origen de toda radicalización continental, ha sido desmentida para distintos casos, también el chileno.¹¹

El análisis que sigue se hace desde una perspectiva que apuesta en todo momento a comprender la racionalidad política del movimiento obrero, para así establecer los hechos en su valor parcial, de clase. Visto así, vale hacer un alcance introductorio relativo a la cuestión de la clase y el movimiento. Por movimiento obrero se comprende una referencia social más grande que las direcciones sindicales formales, a la vez que simbólicamente poderoso por sobre sus reales fuerzas. En el Chile del siglo XX y para buena parte de los actores sociales y políticos, el movimiento obrero significó a la vez un espacio simbólico donde podía referenciar el antagonismo al capitalismo y a la oligarquía, un hilo histórico que le daba sentido estratégico a diversas luchas sociales populares, y una identidad demostrada que unificó a buena parte de los obreros en la lucha, dentro y fuera de la fábrica. A diferencia de la teoría, en la historia cuesta distinguir al movimiento obrero de la clase obrera, lo que sin duda enriquece el conocimiento y la reflexión sobre ambos actores.¹²

8 Por ejemplo, destaca el trabajo de Ángela Vergara. Ángela Vergara, *Copper Workers, International Business, and Domestic Politics in Cold War Chile* (University Park, Pa.: Pennsylvania State University Press, 2008).

9 Arturo Valenzuela, *El quiebre de la democracia en Chile* (Santiago de Chile: Universidad Diego Portales, 2013), 70-78.

10 Esta es una opinión permanente entre la denominada «Nueva historia social» en Chile, cuyo principal referente ha sido Gabriel Salazar. Dicha opinión, en especial, en Gabriel Salazar Vergara, *Violencia política popular en las «grandes alamedas»: Santiago de Chile 1947-1987: una perspectiva histórico-popular* (Santiago de Chile: Lom, 2006), 197-98.

11 Miles D Wolpin, «La influencia internacional de la Revolución Cubana: Chile, 1958-1970», *Foro Internacional* 12, n.º 4 (48) (1972): 453-96; Luis Ortega Martínez, «La radicalización de los socialistas de Chile en la década de 1960», *Universum* 23, n.º 2 (2008): 152-64.

12 Esta posición se basa en las reflexiones de Ellen Meiksins-Wood, especialmente aquellas contenidas en Ellen Meiksins-Wood, *Democracia*

Este escrito vuelve al problema de la radicalización. Argumenta que ésta fue un proceso de aprendizaje y crecimiento en identificación clasista del movimiento obrero, basado en un nuevo escenario de lucha. El objetivo es probar, primero, que hubo radicalización del movimiento obrero en la larga década de los años sesenta del siglo pasado (1957 - 1973), y, segundo, explicar de qué forma se verificó el proceso de radicalización. Para describir este proceso desde la perspectiva de la experiencia obrera, se debe poner atención no tanto a la ideología profesada como a las formas concretas de su existencia en la lucha. En las mismas, es visible un posicionamiento cada vez más radical ante una cada vez más evidente crisis del orden económico y político del país, situación que se agudizaba ante dicha disposición obrera. Esta radicalización se fue perfilando desde las rupturas sociales y políticas de fines de la década de 1950, particularmente desde las revueltas de 1957 y el ascenso electoral de la izquierda marxista en la elección presidencial de 1958. Se desarrolló durante los años sesenta, y encontró en la coyuntura de 1970 una brecha por donde irrumpir. Esta disposición radicalizada del movimiento obrero se realizó en experiencias específicas, en diálogo con los partidos y no dirigida por ellos, y que en sus formas responden a las condiciones del desarrollo capitalista, a la represión estatal a huelgas y movilizaciones, y al desarrollo de una “teoría de la praxis” de las formas de lucha radical.

I. Sobre la radicalización y el movimiento obrero.

Como se mencionó más arriba, la radicalización del movimiento obrero durante los años de la “vía chilena al socialismo” ha sido puesta en duda desde varias voces, desacreditándola en general, por muy moderada o por su preferencia por conflictos estrictamente salariales. De esta forma, se le ha juzgado por no demostrar en la práctica lo que las idealizaciones izquierdistas han asegurado, es decir, un movimiento obrero que se confunde con su leyenda de propaganda. Visto desde esa expectativa ideológica, el movimiento obrero no fue ni el más revolucionario, pues siempre elegía negociar a sostener la ofensiva hasta el final; ni el más humanista del período, pues siempre elegía su interés por sobre el del resto del pueblo. En cambio, visto desde la perspectiva obrera, nunca como en esos dieciséis años transcurridos entre 1957 y 1973 el movimiento

obrero estuvo tan a la ofensiva. Puesta la vista sobre los hechos de la década de 1960 y desde la razón obrera, la radicalización no solo ocurrió, sino que fue un paso lógico y, sobre todo, el más beneficioso en el corto y mediano plazo.

Para observar la radicalización del movimiento obrero de los largos años sesenta del siglo XX se requiere, al comenzar, poner atención, una vez más, a los hechos de 1970 – 1973, es decir, el trienio revolucionario. Recuperar el asombro ante los niveles de movilización, de clasismo y ánimo de enfrentamiento político que demostró el movimiento popular, y allí, como referencia central, el movimiento obrero. En su edición de los meses de abril y mayo de 1971, la revista chilena *Panorama Económico* presentó la transcripción de una mesa redonda conformada por economistas del gobierno de la Unidad Popular (UP), representantes de los empresarios, de la oposición y los periodistas especializados del medio. En un momento de la discusión, que giraba puntualmente sobre las posibilidades de crecimiento económico del país ante las reformas de Allende, uno de los periodistas pide conocer la opinión de los representantes empresariales respecto de actitud de los trabajadores. Ante la pregunta, el representante de la industria privada y de la SOFOFA, Sergio López, respondió: “la actitud de los trabajadores es extraordinariamente agresiva”.¹³ La constatación del empresario no era una exageración. En los primeros meses del gobierno de Allende, la oleada de movilizaciones obreras en el lugar de trabajo fue enorme. Los trabajadores se habían tomado en serio los lemas de “Poder popular” y “gobierno de los trabajadores” con que la izquierda consignó el comienzo de la administración presidencial de Allende y la UP.

La clase obrera chilena de los años sesenta no gozaba de un elevado nivel de salarios ni tampoco de condiciones de trabajo ideales. Como se ve más adelante, el rechazo desde las bases a las modernas pero tortuosas faenas laborales aumentó con el avance de la década de 1960. Los dirigentes obreros, por su parte, distaban bastante de sus pares argentinos o norteamericanos, los que entonces eran bien pagados y estaban integrados al poder. Por el contrario, ni siquiera en los años de los gobiernos de centro izquierda (1938 – 1946), es visible una institucionalización del sindicalismo similar a lo que ocurría entonces

13 «Defensa, crítica y dudas sobre la política gubernativa», *Panorama Económico*, mayo de 1971; En Víctor Fariás, *La izquierda chilena (1969 -1973): documentos para el estudio de su línea estratégica.*, vol. 3 (Berlín: Wiss. Verl. Berlin - Centro de Estudios Públicos, 2000), 767.

en los países mencionados. Los años de la Ley Maldita (1948 – 1958) acrecentaron la distancia entre la política formal, los patrones y las organizaciones obreras. En la década de 1960 esta situación pasó hacia una creciente tensión y desconfianza entre sindicato y patrón. Más allá de la alejamiento de la CUT y de la sostenida persecución estatal y patronal al movimiento obrero, la exclusión empezaba en la profundidad de las fábricas y talleres. La radicalización, por tanto, fue un proceso que le ocurrió a un movimiento obrero obligado a elevar los niveles del enfrentamiento, pues sólo ahí aseguraba su poder reivindicativo. Resulta útil para conocer al movimiento obrero de la época el recurrir a un estudio de 1963, realizado por el Instituto de Organización y Administración de la Universidad de Chile¹⁴ sobre 231 dirigentes sindicales de organizaciones pequeñas y grandes.¹⁵ Como se ve en el párrafo que sigue, el carácter social y la autocomprensión del movimiento obrero resultó ser campo fértil para la radicalización de las formas de luchas y, desde ellas, de la imaginación de futuro.

Según los datos aportados por el estudio citado, el 90% de las franjas organizadas tenían menos de 51 años, y un 20% del total era menor de 32 años. La importancia de estos dirigentes jóvenes era notoria y en 1962, en las reuniones regionales del XVI congreso nacional de la CUT, la prensa destacó “la elevada renovación de los cuadros dirigentes”, agregando que estos habían crecido en “un 50 por ciento”, siendo en su mayoría jóvenes.¹⁶ También es posible saber que buena parte de los dirigentes obreros de los años sesenta se habían formado en el sindicalismo durante los gobiernos radicales, habiendo ascendido como representantes en los peores años de la Ley Maldita. Para los más jóvenes, su mayor experiencia y formación había sido bajo la represión anti-sindical. De esta forma y para una considerable porción de los obreros organizados, la confianza en la ley y la institucionalidad era algo, por lo menos, dudoso. Aunque los dirigentes en general estaban más educados que el promedio de los obreros (solo un 2% carecía de escolaridad y más de dos tercios eran obreros calificados), casi un 70% no tenía responsabilidades de

14 Henry A Landsberger, Manuel Barrera, y Abel Toro, *El pensamiento del dirigente sindical chileno un informe preliminar*, Publicaciones INSORA 17 (Santiago de Chile: Instituto de Organización y Administración, 1963).

15 Tomando en cuenta que para 1969 Angell cifra en 1342 los sindicatos industriales y que durante el período la cantidad de sindicatos aumentó sostenidamente, los entrevistados eran bastante representativos del movimiento obrero. Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*, 52.

16 «Comunistas dicen que ha llegado la hora para un gobierno popular», *Las noticias de última hora*, 1 de marzo de 1962, 3.

supervisión en sus lugares de trabajo. Es más, una proporción similar ganaba un sueldo de nivel medio hacia abajo, el cuál declaró que no le alcanzaba para mantener bien a su familia. Así se producía una cercanía de clase entre la dirigencia y sus bases, que permite explicar por qué la radicalización del movimiento obrero en Chile no se expresó como crítica al sindicalismo, hecho común en las revueltas obreras del “68” en Europa y Latinoamérica. Pero no sólo era cercanía social, además, los dirigentes estaban lejos de los patrones. Si bien, siempre según la encuesta del Instituto de Organización y Administración de la U. de Chile (INSORA), en su mayoría reconocían tener buenas relaciones industriales, desconfiaban del propietario, a quién lo sentían como enemigo del sindicato y reacio a los acuerdos sin conflicto. Este distanciamiento social se nutría mutuamente de una comprensión política de su posición cotidiana y general como movimiento obrero. Para un 55% de los dirigentes, la empresa en que trabajan tenía utilidades muy altas, y un 66% afirmó gozar poco o nada de las mismas. La inmensa mayoría consideraba los salarios de su empresa como bajos y solo un 8% estaba satisfecho. Para combatir esta situación, un 70% pregonaba una lucha “directamente en las empresas”, mientras que en su mayoría desconfiaban de la actuación a través del Estado, el parlamento o los partidos. Pero no eran gremialistas, y si bien muchos culpaban a las pugnas entre los partidos en la organización sindical de los fracasos de las mismas, un 43% apoyaba a los partidos marxistas y uno de cada cinco no apoyaba a ningún partido. La mayoría de los dirigentes consideraba de forma combativa, y no armoniosa, su rol: más de la mitad de ellos aseguraron haber ingresado al movimiento obrero organizado para combatir las injusticias sociales y los problemas materiales de sus compañeros. Más interesante resulta conocer que un 77% creía que solo una transformación social profunda, inmediata o en el mediano plazo, lograría el progreso económico y social del país.¹⁷

Mal pagados y no considerados para las tareas de responsabilidad, excluidos de los beneficios y de la gestión, también de la política. Muchos se formaron en los años represivos de la Ley Maldita y habían aprendido a desconfiar del Estado y de los patrones, y a apoyarse en la lucha y en sus compañeros más que en el cultivo de buenas relaciones con los primeros. Además, los dirigentes obreros estaban lo suficientemente educados como para comprenderlo, y lo suficientemente militantes como

17 Landsberger, Barrera, y Toro, *El pensamiento del dirigente sindical chileno un informe preliminar*, 3-33.

para decidirse a pasar a la ofensiva. Así las cosas, desde la creciente crisis del Desarrollismo abierta en la década de 1950, los obreros, y sobre todo las franjas organizadas de los mismos, se posicionaron cada vez más en lógica de lucha estratégica. El mito de la “clase obrera integrada” no se sostiene. Más bien, un movimiento obrero legalmente reconocido, pero que en la práctica mantenía sus derechos y reivindicaciones, las más de las veces, por la vía del conflicto.

La radicalización no fue algo de formas muy sofisticadas, pues, como se ha dicho, se trató de una reflexión a caballo de la experiencia de prácticas de lucha reivindicativa, de lo que dejaba en la memoria cuando la consigna se hacía ruda y pagana realidad. La radicalización ocurrida durante los largos sesenta debe entenderse como preferencia por formas de lucha que tienden a situar al movimiento obrero de forma partisana en el conflicto capital-trabajo, y por la centralidad absoluta del interés de la clase obrera organizada. Los datos son claros en todos los campos. En lo electoral, como demostró el estudio de Petras y Zeitlin de 1970, en las zonas de mayoría obrera ganaba la alianza de los partidos marxistas, el FRAP. A mayor presencia obrera en una comuna, mayor votación de la izquierda. Así, en lugares en donde la clase obrera representaba más del 40% de la población, Allende obtuvo en las elecciones presidenciales de 1958 y 1964 hasta cuatro veces más votos que los vencedores en tales contiendas.¹⁸ Ese desarrollo del obrerismo también tuvo lugar en los niveles de organización. Si en el quinquenio 1958 – 1962 el promedio de afiliados a sindicatos, respecto del total de obreros y empleados en Chile, estuvo en el 16,79%, para 1968 – 1972 esta proporción subió a 33,75%.¹⁹ Podría pensarse que el crecimiento sindical se debió a una relación positiva para el sindicalismo con la presidencia de Frei Montalva, pero los datos que se ven a continuación muestran lo contrario.

Durante el período tratado en este estudio, el movimiento de huelgas se agudizó en todos los sentidos posibles. Más obreros fueron por más tiempo a huelgas cada vez más radicales en su discurso, medios y fines. Destacan en estos años las nueve huelgas generales convocadas por la CUT, en su mayoría con objetivos a la vez políticos y clasistas en su sentido más estricto, como aquellas contra las alzas de bienes y servicios básicos, además de algunas de apoyo a la revolución en Cuba (1960) y

18 Zeitlin y Petras, «The Working-Class Vote in Chile», 20-22.

19 Boron, «Notas sobre las raíces histórico-estructurales de la movilización política en Chile», 97.

contra la represión, como ante los hechos de El Salvador en 1966.²⁰ El total de huelgas por año, que en 1962 llegaron a 560, en 1964 alcanzaron las 1026, para llegar a 2464 en 1967 y luego descender manteniéndose sobre las mil movilizaciones por año hasta el fin de la década. En esa cifra, las huelgas ilegales superaban ampliamente a las legales. Entre 1961 y 1970, solo en dos años (1961 y 1967) las huelgas ilegales fueron algo menos que el 80% del total de paralizaciones.²¹ La “tranquilidad” de los últimos tres años del gobierno de Frei Montalva se demuestra solo aparente cuando se atiende, primero, que esto llegó después de un cambio de ministro obligado por la conflictividad obrera, y, segundo, que en esos años se comienza a practicar de forma masiva la más osada forma de protesta obrera: la toma de fábrica. En 1968 Carabineros registró 5 tomas de fábrica, en 1969 fueron 24 y en 1970 la cifra saltó a 133.²² Cuesta pensar con esas cifras a la vista que el movimiento obrero haya ido moderando sus posiciones y acciones hacia 1970. Por el contrario, es posible sostener que durante la década de 1960 el interés directo del movimiento obrero de base se realizó cada vez más con una especie de actitud oportunista ante lo institucional y lo legal, y en el período de Frei, en movimientos que se declaraban extraños a los equilibrios económicos que el orden social requería para funcionar. La radicalización obrera es el proceso que las cifras antes mencionadas dibujan, un proceso en que la realización del interés directo ocurrió cada vez más “de hecho” y en un tono cada vez más confrontacional. Se aprendió que la radicalidad paga y que el clasismo era una identidad viva, cuya liga era la experiencia concreta de lucha.

20 Crisóstomo Pizarro, *La huelga obrera en Chile, 1890-1970* (Santiago: Ediciones Sur, 1986), 184. En la ciudad minera de El Salvador, específicamente en el local sindical, el movimiento obrero de la zona fue atacado a tiros por el ejército y los Carabineros el 11 de marzo de 1966, dejando 8 muertos y decenas de heridos. La medida represiva buscó detener una huelga de los trabajadores del cobre. Al respecto; Vergara, *Copper Workers, International Business, and Domestic Politics in Cold War Chile* y; René Cerda Inostroza y Laura Benedetti Reiman, «Relación Estado y Movimiento Obrero, un quiebre: huelgas, represión y solidaridad obrera en El Salvador 1965-1966» (Universidad de Concepción, 2012).

21 Cifras de José Díaz Bahamonde, Rolf Lüders, y Gert Wagner, *Chile 1810-2010 la república en cifras: historical statistics* (Santiago, Chile: Ediciones UC, 2016).

22 Boron, «Notas sobre las raíces histórico-estructurales de la movilización política en Chile», 99.

II. La radicalización en forma: identidad, situación y práctica de un movimiento obrero a la ofensiva

Se ha visto que el movimiento obrero estuvo lejos de estar integrado a los beneficios y comando del orden del Estado nacional popular o nacional desarrollista, con suerte gozó de una legalidad que le permitía existir y algo de margen de movimiento. Además, su radicalización es visible como fenómeno general al observar las cifras de movilizaciones obreras, y sobre todo, de la tendencia al uso medido de los métodos ilegales o extremos en las disputas salariales. Establecido aquello, es posible entonces revisar la forma concreta en que la radicalización se verificó. Esto quiere decir que, más allá de las cifras antes vistas y de la idea general del proceso, comprender al mismo como una experiencia de clase durante la década de 1960 y que no terminó sino hasta ser interrumpido en 1973.

Como se indicó en la introducción, si la clase obrera es una categoría que solo es visible en los momentos de lucha, su radicalización es observable en la historia de tales luchas. Es por eso que ponemos atención a las formas de la radicalización, pues esta suele ser concebida como un proceso únicamente ideológico o propio de grupos marginales a la sociedad, que son el opuesto al estar “integrado”, carentes de mediaciones institucionales para su malestar. A tono de investigaciones recientes²³, los elementos de contexto, la historicidad más cercana y presente de los sujetos, los actores que se interrelacionan con el movimiento obrero, dan forma a la historia de la radicalización del movimiento obrero en los largos años sesenta. Así se evita caer en la reducción del fenómeno histórico a su definición teórica. De esta forma, en las páginas que siguen se revisan las principales formas de expresión en que la radicalización se vuelve un proceso visible. Primero, la modulación en clave antagonista y frontal de la identidad de clase obrera; segundo, la disputa salarial como momento y lugar de la lucha de clases; tercero, las prácticas de lucha extrema y la expansión de los límites de lo posible.

Conflicto social, movimiento obrero e identidad clasista

23 Eitan Y. Alimi, Lorenzo Bosi, y Chares Demetriou, *The Dynamics of Radicalization: A Relational and Comparative Perspective*, 2015.

Para la comprensión general del proceso de radicalización del movimiento obrero de la década de 1960, el principal objetivo de este escrito, resulta pedagógico comenzar por los cambios observables en la identidad y la cultura de algunos sectores. En la medida que la década avanzó, la modulación de lo que se consideró como “consciencia de clase”, se fue diferenciando en distintos tonos, que iban desde un populismo sofisticado hasta un clasismo radical. Atravesando todos esos discursos de identidad, fue creciendo una estructura de sentido que acentuaba la importancia de la frontalidad en la lucha, del antagonismo al Estado y a la oligarquía. Este proceso, en sí, fue una radicalización, pues celebraba la identidad de clase, a la vez que densificaba de cultura y memoria la lucha obrera. En adelante se pone atención a dos conjuntos de prácticas de identificación clasista registradas en la década de 1960: la solidaridad interna del movimiento obrero y la exaltación de una memoria parcial.

Si bien se han establecido las diferencias de imaginarios e identidades que se producían entre las bases obreras de una faena tradicional y de bajos salarios, con una de sectores productivos modernos y en que participaba la denominada “aristocracia obrera”²⁴, es también verificable que las franjas organizadas del movimiento obrero bogaron en dirección contraria, vale decir, en pos de la unidad en torno a los intereses comunes de bases cuya inserción productiva difiere.²⁵ Así, los modernos acereros de Huachipato paralizaron en varias ocasiones, sobre todo en la huelga larga de 1960, en apoyo a las luchas de los tradicionales carboníferos de Lota, ejemplo que no fue un caso aislado. La afirmación de la ubicación en la lucha de clases contra la ubicación en el orden del patrón, fue un llamado a la guerra. La solidaridad clasista (más que “de clase”) fue una práctica creciente en la medida que la cantidad de las luchas que la demandaron fue también en aumento, y permitió implicar a un universo mayor de personas -incontable, amenazante, real- en los conflictos particulares de fábrica o ante el Estado. Es más, y como también es verificable para el caso argentino, fue precisamente en los sectores más modernos del

24 Torcuato S. di Tella et al., *Huachipato y Lota. Sindicato y comunidad. Dos tipos de estructura sindical latinoamericana*. (Buenos Aires: Editorial del Instituto, 1967).

25 La bibliografía al respecto es poca, pero en general y para otros casos, resalta el rol de las franjas organizadas en la solidaridad y acción común del movimiento obrero. Sidney L Haring, «Class Conflict and the Suppression of Tramps in Buffalo, 1892-1894», *Law & Society Review* 11, n.º 5 (1977): 873; Dmytro Ostapenko, «Forging Regional Connections: The Cold War Internationalism of Asia-Pacific Dockworkers», *Labour History*, n.º 111 (2016): 59-77.

sector industrial sustitutivo, mejor pagados y con menor tradición de conflictividad, los que mostraron mayores grados de conflictividad.

A veces la solidaridad clasista no pasaba de ser un punto aprobado en un congreso o conferencia de un sindicato o federación. Así y todo, no se puede desconocer su importancia agitativa e identitaria. Los continuos llamados a la solidaridad con huelgas que ocurrían en otras fábricas o en otras regiones, llamados que muchas veces no tenían oferta práctica y que se hacían en las asambleas obreras, servían por lo menos de información parcializada. Así, los obreros se enteraban mínimamente de lo que le ocurría, en otros lugares a personas que estaban en condiciones más o menos similares a las de ellos. La primera solidaridad era la existencia imaginada de la comunidad de clase, que demandaba y ofrecía pertenencia. En ese sentido destaca el dramatismo y la información que daba la CUT sobre las huelgas de 1965, cuando tras dar una larga lista de fábricas y cantidades de obreros en protesta, llama a organizar la ayuda “para estos hermanos de clase, que hoy están en combate”, sosteniendo que “la gran consigna del momento es elevar la solidaridad de clase en todos los niveles. [...] La solidaridad económica no se mendiga, se da plenamente cuando es de la clase y esta se enfrenta a su clase antagonica, los explotadores”²⁶. Otra forma en que la solidaridad realizó la relación imaginada de los “hermanos de clase”, era a través de los diversos apoyos monetarios. Estos se dieron en todo tipo de ocasiones trágicas o conflictivas como en los terremotos o inundaciones, siendo normal en las actas de sindicatos publicadas en la prensa de izquierda y en medios obreros la aprobación de ayudas a las familias en desgracia, en su mayoría ubicadas en provincias distantes a la propia. Durante las huelgas, los aportes monetarios se mostraron de importancia, y en las revistas de los sindicatos de la época es común ver los reconocimientos a los sindicatos por sus donaciones en dinero en los conflictos.

Pero la forma más activa de la solidaridad fue la creciente práctica de acompañar con movilizaciones parciales una huelga en particular. Esta práctica era antigua y provenía de las primeras tradiciones de lucha del movimiento obrero, pero durante la década se desplegó hacia los nuevos sindicatos de las empresas más modernas. Si en octubre de 1959 destacaban paros como el de los obreros de la construcción, de medio día y en solidaridad con mil quinientos de sus compañeros que estaban en distintas huelgas²⁷; en mayo de 1968, el largo paro de los trabajadores

26 «Urge la solidaridad», *Central Única*, junio de 1965, 5.

27 «Mil 409 obreros de la construcción en huelga», *El Siglo*, 19 de

de LAN fue apoyado por un día de paralización de los trabajadores del cobre.²⁸ Así, ante la diferencia salarial, la militancia obrera forzó una liga de solidaridad, en donde se encontraron pobres panificadores con calificados acereros. La activación de tal liga solidaria en clave clasista, que de por sí era anómala y conflictiva, desdibujaba a su vez las formas de identificación basadas en la armonía de clases.

El clasismo no fue únicamente fruto del acto voluntarista de la solidaridad, sino que también contribuyó a formarlo el encuadramiento al que fue sometido por la fuerte represión estatal de la década de 1960. La vieja memoria obrera de las luchas de clases, contenidas en las nuevas investigaciones historiográficas que habían empezado a emerger desde el bando marxista en la década anterior²⁹, se reactivó ante cada masacre o balacera desde el Estado. El sostenido aumento del uso de las balas estatales para resolver conflictos sociales terminó por explicar con cierta nitidez qué intereses sociales dirigían, al final del día, la represión. Para buena parte del movimiento obrero, la violencia represiva significó que las formas de conseguir sus objetivos tendrían que ser necesariamente directas y muchas veces costosas en sangre propia. Con el tiempo, esto se confirmó en distintos momentos, y fue comprendido por las franjas organizadas tanto como fruto de su situación objetivamente miserable como de una elaboración estratégica autónoma.

El enlace entre la memoria de las viejas luchas y la nueva memoria del agravio comenzó con la revuelta de abril de 1957. La importancia de las muertes de aquellas jornadas se realzó con los años, y es visible su permanencia en la memoria escrita de las franjas organizadas del movimiento popular, especialmente las organizaciones obreras y de izquierda. En 1959, la CUT, el FRAP y un amplio abanico de organizaciones populares de base conmemoraron el 2 de abril con marchas en las calles, actos de masas en la comuna obrera de San Miguel en Santiago, y disturbios en la noche, en el centro de la ciudad.³⁰ ¿Por qué es importante esta conmemoración “en lucha” del 2 de abril de 1957 en 1959? Porque nos da pruebas de que la identidad obrera de los

octubre de 1959, 5.

28 «Sigue sin solución el conflicto LAN; el cobre paralizará en solidaridad», *Las noticias de última hora*, 23 de mayo de 1968, 4.

29 Julio Pinto Vallejos, *La historiografía chilena durante el siglo XX: cien años de propuestas y combates* (Valparaíso: América en Movimiento, 2016).

30 «Ocho actos habrá el martes en la preparación de mitin. 2 de abril», *El Siglo*, 28 de marzo de 1959, 3; Ver también *Las noticias de última hora*, 2 de abril de 1959, 4.

“largos sesenta” se formó de una memoria de la represión, una memoria inmediata y movilizadora, en que los muertos antes de ser enterrados ya eran mártires de una nueva movilización. Mucho antes que Marc Ferró³¹, Walter Benjamin resaltó el peso de la memoria sanguinolenta de los oprimidos. Para el judío muerto en Port-Bou, el sujeto a conocer por un historiador interesado en la apropiación reflexiva de los hechos de violencia represiva es “la propia clase en lucha, oprimida”. Según Benjamin, el resentimiento -“el nervio de su mejor energía”- de las franjas organizadas de las clases populares se nutre “de la imagen de los antepasados avasallados, no del ideal de los nietos liberados”, y así se aprende “tanto el odio como la disposición al sacrificio”³². Si, como se ha dicho en varios momentos de este texto, la cosa llamada clase obrera existió “para sí”, su historicidad se nutrió de hechos de sangre, en un ciclo de experiencia concreta que la dispuso como clase. Algunos días después de los actos del 2 de abril de 1959, los obreros municipales realizaron un evento en el Teatro Sicchel, en Santiago, previo al acto del 1 de mayo de ese año, en conmemoración de los cinco obreros municipales “que cayeron en la masacre ocurrida el 27 de abril de 1934 en el local de [la FOCh] de San Francisco 608”.³³ Habían pasado veintiséis años y no olvidaban. La radicalización práctica de las organizaciones de las clases populares en la década de los sesenta se nutrió de esta memoria inmediata y a la vez permanente de la represión, paralela y subterránea al calendario oficial.

Esta memoria se activó en discursos en distintos momentos, ante cada represión. El día 3 noviembre de 1960 fueron asesinados dos obreros en el marco de una movilización por mejores reajustes, convocada por la CUT. En la esquina de calle Puente con calle Esmeralda en pleno centro de Santiago fueron baleados Vladimir Tobar Tobar y Antonio Valenzuela. El funeral de Tobar y Valenzuela dejó claro para buena parte de las bases del movimiento popular que la violencia mortal era uno de los extremos posibles del proceso político que estaban viviendo.³⁴ La memoria de los hechos de 1960 no fue olvidada rápidamente. Los obreros metalúrgicos, a través de su medio de prensa, anunciaban en diciembre de ese año

31 Marc Ferró, *El resentimiento en la historia : comprender nuestra época* (Madrid: Cátedra, 2009).

32 Walter Benjamin, *Tesis de filosofía de la historia*, Varias Ediciones, 1940.

33 «8 concentraciones previas del primero de mayo habrá mañana», *El Siglo*, 25 de abril de 1959, 5.

34 «Trabajadores fueron ayer los patronos», *Las noticias de última hora*, 8 de noviembre de 1960, 8.

un homenaje a “los caídos” Tobar y Valenzuela, sosteniendo con pluma vehemente que “La sangre de estos obreros y de muchos que quedaron heridos en esta lucha como en otras refleja la brutalidad de las fuerzas represivas que defienden los intereses de los poderosos y del gobierno”.³⁵ Esta memoria se activó de nuevo con la masacre de la población José María Caro, el 19 de noviembre de 1962 en Santiago, cuando las fuerzas armadas despejaron la línea del tren, ocupada por obreros y pobladores en un paro nacional convocado por la CUT. Al relatar los hechos, el diario *Las Noticias de Última Hora*, de circulación en las bases obreras y socialistas, afirmaba la tesis de que la violencia estatal era parte de una confrontación larga entre distintos, indicando que “[l]a historia es la misma desde las masacres de La Coruña y San Gregorio, hasta el baleo de ayer, pasando por los episodios trágicos de Plaza Bulnes y el 2 de abril”³⁶.

Al ocurrir la matanza de El Salvador, el 11 de marzo de 1966, cualquier ilusión del movimiento obrero con Frei Montalva se hizo imposible. En su lugar, la memoria del agravio realzó la autonomía política del movimiento obrero, basada en la historicidad de la violencia del Estado. Las organizaciones mineras no olvidaron, y se lo recordaban al resto de los obreros. En un comunicado publicado el 30 de abril de 1967 con motivo del 1 de mayo, el Sindicato Industrial de El Salvador llamó emotivamente a la unidad de la clase obrera, en nombre de sus mártires y convocó al movimiento obrero a “conquistar un mañana mejor, un destino sin sobresaltos y donde no se derrame la sangre del género humano, la sangre del motor y nervio de la humanidad, la sangre de la clase obrera. Un mañana en que la sangre derramada florezca en el bienestar de los que producimos.”³⁷ En una sociabilidad tan densa como la del movimiento obrero era difícil que se olvidaran los muertos, sobre todo porque la violencia obrera, como se verá más adelante, era medida y rara vez mortal. Casi siempre los muertos corrían por cuenta obrera. Además los testigos vivos de los hechos siempre eran más y su relato alimentaba el resentimiento de clase. Al final, como dijo tres años después de la masacre el obrero Pedro Torres, de 33 años de edad, herido en la masacre de El Salvador: “¿Cómo podría olvidarme del crimen que

35 «Homenaje a los que cayeron luchando contra la congelación.», *La voz del metalúrgico*, diciembre de 1960, 2.

36 «Triunfo y dolor del pueblo», *Las noticias de última hora*, 20 de noviembre de 1962, 2.

37 «La sangre de El Salvador florece en la esperanza (inserción)», *El Siglo*, 30 de abril de 1967, 8.

cometió el gobierno contra mis compañeros si a mi mismo me amputaron la pierna derecha por un balazo que recibí el 11 de marzo en la masacre en este mineral?”³⁸.

Esta memoria no se perdió y era uno de los hilvanes de la movilización de las bases de la Unidad Popular. El número 20, de julio de 1972, de la conocida y difundida serie de libros breves “Nosotros los chilenos” de la editorial Quimantú, estuvo dedicada a “Las grandes masacres”, las que se cuentan en “más de treinta”.³⁹ Estos relatos, ampliamente difundidos en libros como éste y de boca en boca por la militancia, fueron construyendo una idea extendida en el colectivo que aquellos que se organizaban y luchaban en pos del interés obrero tenían una historicidad propia de represión y muerte, pero también llena de héroes y mártires propios. El historial de baleos y apaleos se confunde con uno de resistencias gloriosas y triunfos de elevados costos en sangre.

Como se ha presentado, la identidad clasista de muchos obreros organizados se configuró en confrontación y distancia mediada por balas con el Estado y las clases propietarias. A su vez, se fortaleció la identificación horizontal, entre la clase, a través de la solidaridad en momentos críticos y de lucha. Esta identificación clasista que se afirmó en la solidaridad y la memoria, tuvo su negativo en una escisión cada vez más pronunciada respecto de los intereses de la empresa o bien, incluso, los llamados “nacionales”. El fortalecimiento general de la identidad obrera en la década de 1960, y sobre todo el tono clasista de algunos sectores del movimiento, fue el medio ambiente cultural radicalizado en que se desarrolló la exacerbación “irresponsable” del interés de clase en las huelgas de mediados de la década y el recurso a métodos extremos de lucha. Las dos secciones que siguen se ocupan de eso, en el orden presentado.

Centralidad clasista y lucha salarial

El clasismo fue la respuesta afirmativa que importantes sectores de la militancia obrera ofrecieron a la creciente negación que ocurría en las fábricas y talleres. El mito del bienestar desarrollista y la exaltación académica de los grupos más pobres de las décadas centrales del siglo XX han ocultado la permanencia del malestar obrero durante la década

38 «Me amputaron una pierna, ¿puedo olvidar la masacre?», *El Siglo*, 11 de marzo de 1969, 5.

39 Patricio Manns, *Las grandes masacres* (Santiago de Chile: Quimantú, 1972), 62.

de 1960. Este malestar encontró razón y solución en las luchas de clases del período, resituando la diferencia obrera en el lugar de trabajo. En los párrafos que siguen, se plantean las razones que llevaron a que el salario fuese el principal campo de la lucha de clases desde el movimiento obrero. Se propone que esta centralidad salarial de la lucha se basó en un movimiento obrero empujado al conflicto por la intensificación de la explotación y por la forma política de los ajustes salariales. En el fondo, se cree que la lucha salarial fue fundamental en la formación de un espíritu de escisión práctico, al evidenciar la contradicción de intereses entre la demanda obrera y el objetivo de las empresas. En el fondo, fue una forma de radicalización.

El proyecto desarrollista en Chile, superada ya la etapa de instalación, parecía estancado hacia la década de 1950, incapaz de modernizar su todavía reciente músculo industrial. Así lo mostraron indicadores como el PGB y el evidente endeudamiento y atraso de la economía local.⁴⁰ Para las clases propietarias, el desarrollismo y el pacto del Compromiso comenzó a ser cada vez más costoso, perdiendo el entusiasmo en el mismo.⁴¹ Para los obreros, la crisis de mediados de 1950 cambió las reglas del juego más aún de lo que ya lo había hecho la “Ley Maldita” desde 1948. En estos cambios, destaca, primero, la eliminación en 1956 del reajuste automático de salarios⁴²; y, desde comienzos de los años sesenta, la aplicación de medidas tayloristas.

Lejos de la posibilidad de conseguir trabajadores calificados en corto plazo y sin inversión, los propietarios industriales decidieron echar mano a lo que había. Asumieron entonces la aplicación de métodos tayloristas en las fábricas, caracterizados por una celosa vigilancia casi personalizada de tiempos y ritmos productivos de la clase obrera, para que coincidieran con los tiempos y ritmos de la maquinaria moderna, intentando así lograr una armonía eficaz y veloz en la producción de mercancías. Estos métodos generaron una presión insostenible en algunos sectores de la clase obrera, pues en la práctica los cambios significaron principalmente

40 Julio Pinto Vallejos y Gabriel Salazar Vergara, *Historia contemporánea de Chile.*, vol. III (Santiago de Chile: Lom, 2002), 39-41.

41 Joaquín Fernández Abara y Margarita Goldflam Leiva, «Hacia la constitución de una economía de mercados jerárquicos: Modernización capitalista y tradicionalismo social en los industriales chilenos (1952-1958)», *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, n.º 32 (1 de diciembre de 2016), <http://journals.openedition.org/alhim/5550>.

42 Sofía Correa Sutil, «Algunos antecedentes históricos del proyecto neoliberal en Chile (1955-1958)», *Opciones : Revista del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea*, 1986, 133-137.

sobre-explotación del trabajador sin aumentos notorios en el salario. Por una parte, afectaba a los trabajadores más jóvenes, a los cuales los sometía a ritmos extremos de trabajo enajenantes; por otra, afectaba a los obreros más viejos, cuya historia cargaba años de calificaciones (reconocidas en el salario), pero que la integración a la máquina y la métrica abstracta de las modernas formas productivas no reconocía sino como un proveedor de tiempo de trabajo. Pero como sugiere Winn, también aportó a la destrucción del paternalismo del patrón sobre los grupos obreros y a la empatía de clases construida en los primeros años del desarrollismo.⁴³ Entre muchas consecuencias, es destacable cómo los conflictos por los cambios “tayloristas”, junto a las transformaciones salariales, tendieron a resituar el enfrentamiento de clases en el interior de la fábrica, la mina o el taller.

A partir de las medidas tomadas por los gobiernos de Ibáñez y Alessandri, en los cuales se obligó de distintas maneras a las empresas a mejorar su productividad, la aplicación de medidas llamadas de “racionalización” de la producción fueron respondidas con fieras movilizaciones obreras. Fueron luchas estrictamente obreras que salieron de la tónica normal de pliegos de peticiones por salarios o por ciertas mejoras, que buscaron proteger los puestos de trabajo en detrimento de las posibilidades de ganancia del propietario. Aunque implicaron pocos obreros respecto del total, y sólo de solo algunas fábricas muy modernas y ubicadas en las ciudades más industrializadas, sus luchas tuvieron impacto nacional a través de la prensa, lo que prueba el interés político del movimiento obrero en el período. El obrerismo comenzó así a mostrar su parcialidad ante la sociedad, en hechos que buscaban estrictamente su interés, a coste sobre todo del patrón, pero no solamente del patrón.

La mejora tecnológica y, sobre todo, los métodos de “racionalización” o “control científico” de todos los pasos de la cadena productiva, significaban para los obreros masivos despidos y más trabajo, o sea, una cosificación radical. La burocratización en las relaciones de producción, la abstracción del dominio en la obligación frenética de responder a los tiempos de la cadena de montaje, y sin grandes mejoras salariales, no podía sino disponer a los obreros hacia el conflicto, y lo hizo en forma clasista. Las grandes huelgas del Carbón y de Madeco – Mademsa en 1960, la huelga de Yarur en 1962, entre otras del comienzo de la década, estuvieron motivadas por las llamadas “racionalizaciones”. La misma

43 Peter Winn, «El taylorismo y la gran huelga de Yarur de 1962», *Proposiciones*, n.º 19 (1990): 202-23.

situación ocurrió en las minas del cobre, en donde la conflictividad estuvo puesta, además de los salarios y la cuestión de la nacionalización, en el debate sobre las distintas formas de racionalizar la producción y reducir la cantidad de mano de obra.⁴⁴ Como ha sostenido Barrera para el caso del cobre pero extensible a las fábricas urbanas y otras industrias capitalistas, la escasa institucionalización de una aguda conflictividad de la clase obrera, empujaba a las empresas a buscar aún más la maquinización y la reducción de personal intensificando la explotación. Esta mútua alimentación de procesos puede ser vista como la radicalización de la defensa del interés obrero por parte de sus franjas organizadas.⁴⁵

A pesar de que nunca se aplicaron de forma total las medidas tayloristas de racionalización productiva, ni siquiera en una sola fábrica, la respuesta conflictiva de los obreros a estas, ayudó a agudizar la tensión en las fábricas. En 1965 el petitorio de los sindicatos de la seda consideró la “automatización” un “problema serio”: “Mediante este sistema, cada operario es obligado a trabajar a cargo de varias máquinas. En los telares mecánicos, un obrero trabaja con dos máquinas. En los automáticos, se pretende que cada operario trabaje a cargo de doce telares”.⁴⁶ La defensa del trabajo, tanto de su comodidad como de la permanencia del obrero en el mismo, se mostró contradictoria con las mejoras tecnológicas que buscaba introducir un sector de los gremios propietarios de industrias, especialmente textiles. No hubo acuerdo durante la década de 1960, los obreros pasaron a la ofensiva y los propietarios poco hicieron por resistir. El poder de veto a la modernización de las fábricas que algunas veces logró instaurar el movimiento obrero, a la vez que se hacía parte del estancamiento tecnológico, radicalizó la diferencia de intereses entre empresa y obreros. Como se verá, las tomas de establecimientos productivos se originaron también en las diferencias sobre la gestión misma de aquellas, de su orden fabril.

Además de la intensificación de la explotación, el salario se volvió un tema conflictivo en la década de 1960 como consecuencia política del fin de los ajustes automáticos de salarios en 1956. Esta transformación

44 Manuel Barrera, «El conflicto obrero en el enclave cuprífero chileno», *Revista Mexicana de Sociología* 40, n.º 2 (1978): 609-82; Joel Stillerman, «El ‘día-D’ en Madeco: La huelga de 1960: sus causas, consecuencias y significados», *Crisol*, n.º 5 (octubre de 1994): 18-34; Winn, «El taylorismo y la gran huelga de Yarur de 1962».

45 Barrera, «El conflicto obrero en el enclave cuprífero chileno», 678-80.

46 «Pliego de la seda moviliza a personas de 60 fábricas», *Central Única*, junio de 1965, 10.

convirtió la fijación de los sueldos obreros, antes una mera cuestión del calendario, en una batalla masiva, a veces de carácter nacional pero situada en la fábrica, muchas veces violenta. Para buena parte de la clase obrera urbana, la década de 1960 se caracterizó por la repetición de conflictos anuales para lograr aumentar los salarios. En medio, a modo de árbitro con sospechas de parcialidad, se encontraba el Estado. A éste los propietarios industriales le demandaban menores costos salariales, pocos impuestos, precios altos. La permanente inflación de la economía chilena del siglo XX, por su parte, funcionaba como un indicador de la “naturaleza”, y su aumento se cargaba como culpa al movimiento obrero y su intransigencia reivindicativa. Para los grupos obreros, en lo cotidiano, la inflación significó cargar el costo interno de cada crisis económica desde 1950 en adelante. Por tanto, se puede plantear que la crisis del desarrollismo significó el paso a una etapa en que la discusión sobre el salario y la inflación, se convirtió en el conflicto sobre los posibles equilibrios entre las clases a modo de salida de dicha crisis.

La forma en que el salario se había vuelto el principal objetivo a ganar en la lucha de clases de la época se expresó con claridad en 1965. En abril de ese año el gobierno emitió su decreto de ajuste salarial del 38,4%, que era el alza del costo de la vida a fines de 1964. El ministro del Trabajo, Sergio Molina, defendió el decreto en giras por el país y en el Congreso desde 1964. La argumentación de Molina, y con ella la del Gobierno, era llegar a un sistema de “convivencia pactada” entre los “empresarios, trabajadores y Gobierno”: “Esta proposición significa que algunos trabajadores harán un sacrificio mayor en favor del país. [...] Al mismo tiempo el Gobierno solicita una colaboración mayor a los grupos de asalariados que están en condiciones de darla”. El gobierno se lo exigió sobre todo a “aquellos que debido a la fuerza de su sindicato y al poder monopólico de la industria en que trabajan suelen obtener aumentos de remuneraciones que están por encima del alza del costo de la vida”.⁴⁷

Los obreros respondieron con una serie de huelgas que pasaron por lejos la barrera del gobierno, sin hacer caso a los llamados a la responsabilidad nacional. En mayo de 1965, el periódico de la CUT enumeraba 62 organizaciones sindicales que habían roto la barrera del 38,4% en sus respectivas huelgas. De las 62, treinta habían conseguido reajustes sobre el 50% y hubo cuatro que tuvieron reajustes del 100%.⁴⁸

47 «Gobierno trata de convencer a gremios para que no pidan más remuneraciones», *Las noticias de última hora*, 17 de marzo de 1965, 4.

48 *Central Única*, 2 de mayo de 1965, 9.

La prensa sindical celebraba estas alzas, demostrando que el discurso del Gobierno no les hacía mella. Justificaba la lucha por salarios más altos a un “problema de fondo en el desarrollo de la estructura económica”, el cual se solucionaba por la vía de “detener la injusta distribución de la renta nacional que posibilita que siendo los trabajadores el 48% de la población activa reciban apenas el 19% y que los 350 mil empresarios, patrones y rentistas se lleven más del 50% de nuestro ingreso nacional”.⁴⁹ Finalmente, las huelgas de 1965 y su tendencia a sobrepasar a punta de lucha obrera el límite de ajuste fijado por el Gobierno, no terminaron sino con la masacre de El Salvador en marzo de 1966. El rol de la masacre estaba claro: contener la presión obrera, la “huelga irresponsable”, al costo que fuese necesario. La respuesta del movimiento obrero dio cuenta de la radicalización y de su antagonismo. A su vez, Frei y la DC vieron los efectos inmediatos en las bases obreras de su partido. En 1966, la DC quedó casi sin representación en el sindicato de El Salvador⁵⁰, hecho que se repitió en varios sindicatos durante ese año y los siguientes. William Thayer, el ministro del trabajo de Frei Montalva, desde que arribó al puesto tenía claro aquello. En sus memorias describe como tras rechazar para el puesto de subsecretario a Bosco Parra, dirigente del sector rebelde DC, acepto a un dirigente obrero DC llamado Emiliano Caballero. Sobre él, Thayer recuerda: “Decía no a la lucha de clases, pero el resentimiento marcaba su condición de hombre de avanzada y de dirigente sindical demócratacristiano. Ese tipo de reacciones no las teníamos Frei ni yo”⁵¹. Probablemente esta actitud clasista unitaria y que quebraba al partido de gobierno duraba poco tiempo, tal vez no superaba las coyunturas movilizadas o la rabia tras alguna masacre, pero su existencia breve hacía real para los militantes y activistas obreros la universalidad de la idea clase y su potencialidad transformadora. En estos hechos está en parte el origen del quiebre de enero de 1968 en la DC y el cambio de ministro del trabajo en el gobierno de Frei el mismo año.⁵² La frontalidad que

49 Esta argumentación, según la cual la inflación era producto del carácter dependiente de la economía chilena y su sumisión al imperialismo de los países capitalistas del hemisferio norte, especialmente Estados Unidos, estaba bastante extendida en la izquierda chilena del período y permitía atar los cabos de la demanda gremial de mejores salarios con la demanda política anti-imperialista de izquierda. Similar opinión en Vergara, *Copper Workers, International Business, and Domestic Politics in Cold War Chile*, 2.

50 Vergara, *Copper Workers, International Business, and Domestic Politics in Cold War Chile*, 148.

51 William Thayer Arteaga, *Memorias ajenas* (Santiago, Chile: Andrés Bello, 2010), 207.

52 Ricardo Yocelvezky, *La Democracia cristiana chilena y el gobierno*

alcanzaron los conflictos salariales hicieron transparente la diferencia clasista. De esta forma, radicalizaron la política de relaciones industriales en una abierta lucha de clases por la repartición de la ganancia.

En la década de 1960, el salario comenzó a depender más de la opinión del Estado, en términos colectivos, y de abstractas medidas de intensidad productiva captadas por los técnicos de las empresas, en términos individuales, de cada obrero, que de las viejas relaciones extraeconómicas con el patrón. Con el orden paternalista en las fábricas en acelerada descomposición, el campo de acciones posibles para mediar pacíficamente entre capital y trabajo se reducía y comenzaba a ser copado por diversos tonos del conflicto, del paro parcial a la huelga salvaje y violenta. Así, la radicalización práctica avanzó por el cauce de la búsqueda de una solución afín a la parcialidad obrera de la permanente, a decir de Gabriel Salazar, “guerrilla salarial”. Allende, en cuya presidencia se comenzó por elevar los salarios de la clase obrera, no pudo contener esta guerrilla. Entonces, se acusó a los trabajadores de indisciplina, y estos entendieron la exacerbación salarial como radicalización. De ahí a exigirla por la violencia, la toma, la crisis económica del “gobierno de los trabajadores”, incluso. Tronti reflexionó sobre el mismo problema en 1965, también desde la perspectiva obrera, pero en Italia. Entonces el teórico comunista sostuvo: “El desequilibrio salario – productividad es un hecho político, debe entenderse como un hecho político y utilizarse políticamente”⁵³.

La radicalización en forma: violencia y acción directa

A lo largo de este texto se ha descrito la subjetividad afín a la radicalización del movimiento obrero, su dimensión general en acciones, y cómo se fue construyendo una identificación del movimiento obrero en términos clasistas, en que la lucha salarial y la brutalización de las relaciones con el Estado fueron vías de la radicalización. Así y todo, la radicalización como proceso termina de realizarse en las acciones de hecho, antagonistas, y el caso del movimiento obrero en el Chile de los años sesenta no fue la excepción. A pesar de lo que se pueda creer, la radicalización del movimiento obrero no pasó ni por un aumento de

de Eduardo Frei: 1964-1970 (México: Universidad autónoma de México, Unidad Xochimilco, 1987), 218-19.

53 Clase Operaia, año 1, mayo de 1964. Publicada en Mario Tronti, *Obreros y capital* (Madrid: Akal, 2001), 105.

la violencia obrera, ni por una extensión previa a 1970 de las acciones directas. Más bien pasó por una reflexión sobre la orientación de estas acciones y por una fina medición táctica de las mismas. Así, la violencia obrera se usó extensivamente como medio de presión en la negociación de los conflictos laborales (como se vio, principalmente salariales y sobre los niveles de explotación directa), mientras que las ocupaciones tuvieron un fin similar. En éstas prácticas “de hecho” el poder obrero, hasta entonces enunciado en las consignas o visibilizado solo en la resistencia violenta y los votos, se realizaba por momentos. Las experiencias del poder obrero antes de 1970 -experiencias prosaicas y paganas- abrieron toda una serie de cuestiones y posibilidades que se desplegaron conflictivamente durante la Unidad Popular, sin lograr nunca un encaje cómodo en el orden de sentidos de la política partidaria del período.

El movimiento obrero no intentó comenzar una guerra de clases en la década de 1960. Por ejemplo, los obreros de Madeco-Mademsa que en 1960 apuñalaban rompehuelgas en San Miguel⁵⁴ no eran más o menos violentos que aquellos que en 1973 intentaron resistir a tiros el Golpe de Estado. Lo que sí hizo fue expandir el uso de la ilegalidad y las prácticas de hecho de forma horizontal, entre sus bases. Varias razones, además de la voluntad militante de una parte del movimiento obrero, se encuentran en dicha expansión de los métodos de hecho. Por una parte, la represión del Estado, intensificada en la década de 1960 y hasta el año 1970, ayudó a construir una cultura antagonista, identificada en el clasismo, en importantes sectores obreros y que se expresó muchas veces en un cinismo ante la ley⁵⁵. Además, estaba la violencia privada, de los patrones y en la fábrica, que reprimía a los obreros militantes luego de las huelgas y también de las elecciones. Así ocurrió, por ejemplo, con los obreros textiles de Sumar que participaron en la campaña del FRAP de 1958, que denunciaron persecuciones y desahucios de parte de la empresa, debiendo ser defendidos por campañas de la CUT y los

54 «Huelga de hambre y evacuación de niños resuelven mañana obreros de Mademsa», *Las Noticias de Última Hora*, 2 de julio de 1960, 16; ver también el relato de la huelga de uno de sus protagonistas, en Marcos Medina y Rolando Carrasco, *Lo que hoy tiene de más capaz la clase: historia del Sindicato Madeco bajo diez gobiernos: 1945-2002* (Santiago, Chile: Sindicato Industrial MADECO, 2002), 75.

55 Al mismo proceso, Illanes lo denomina «cansancio de la ley» María Angélica Illanes, *La batalla de la memoria: ensayos históricos de nuestro siglo. Chile, 1900-2000* (Santiago de Chile: Planeta, 2002), 137.

partidos de izquierda⁵⁶. En Yarur, la banda patronal de la fábrica intervino en la huelga de 1962, dejando ocho heridos a bala, y en un conflicto en 1963, baleando a otros siete.⁵⁷ A los obreros, en un clima de huelgas crecientes, no les quedó más que defenderse. El tono represivo expresó el escaso peso de la institucionalidad para la relación entre capital y trabajo. Mucho antes de 1970, la legislación laboral fue desbordada. Así, para buena parte del movimiento obrero, comprometido en una cada vez más radical lucha salarial, avanzó por cauces indiferentes a la ley, en la medida que casi todos los actores hicieron lo mismo. Por estas razones y otras, el uso de la ilegalidad -que incluye las acciones violentas- se expandió en un período determinado por el dúo conflicto – negociación. La violencia obrera de la década de los largos sesenta, si bien poco común, fue parte de un repertorio en la negociación. Estas prácticas han quedado presa de dos prejuicios: uno que la considera posible únicamente en los momentos insurreccionales de la actitud de los trabajadores, y aquel que la considera como expresión de enajenación o lumpenización de los ‘rotos’. Las fuentes de la década de 1960 muestran, más bien, que el uso de instrumentos extremos era muy útil para arrancar concesiones a los patrones, pero costoso políticamente. Si bien los obreros no necesitaban recurrir a la violencia en todo momento, la posibilidad de la misma era una de sus armas. Por otra parte, los choques violentos disponían de tal manera el campo social directo de los obreros, como la fábrica, el barrio, la ciudad, que la identificación de clase se volvía algo concreto y transparente. Esta construcción de identidad se sumó a los aprendizajes respecto de lo que era posible “por la vía de los hechos” para los obreros militantes, y fue una de las formas más concretas de la radicalización.

La conciencia de contar con esa fuerza hizo de las organizaciones obreras algo más volátil y desestabilizador que el mito de la “clase obrera integrada”, como la llamó el MIR y cierta historia social. Pero también sabían de la fuerza de los patrones y el Estado, y los obreros quieren vivir tranquilamente, no morir gloriosamente. Su uso de la vía de los hechos fue bastante medido, con inteligencia táctica. Pocos registros hay de las reflexiones más tácticas de la base del movimiento obrero, de esas que

56 «Denunciar persecución a obreros en Sumar acordó el FRAP anoche», *El Siglo*, 27 de septiembre de 1958, 16.

57 «Jefes de Yarur balearon a obreros: hay 8 heridos», *Las Noticias de Última Hora*, 23 de julio de 1962, 16; «Siete obreros heridos en nuevo baleo en ‘Yarur’», *Las noticias de última hora*, 24 de junio de 1963, 16; Peter Winn, *Tejedores de la revolución: los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo* (Santiago de Chile: Lom, 2004), 162.

no se revelan a cualquier académico con una grabadora, pero algunos retazos de su memoria todavía quedan. En 1967, un boletín del sindicato de empleados técnicos y de terreno de la CAP de Huachipato, explicaba la derrota de los dirigentes “moderados” en las elecciones indicando que: “cuando los trabajadores han elegido a dirigentes que tienen clara concepción de lucha es porque ha entrado en las masas el espíritu de que es necesario cambiar los métodos, que hasta aquí habían empleado los antiguos dirigentes, para buscar la salida a los problemas propios de la clase trabajadora”. Los “antiguos métodos”, según el medio sindical, era el recurso a los tribunales de justicia, “como si las leyes se hubieran hecho para los trabajadores”. Así, “la experiencia [...] les demostró a estos ilusos, cuan equivocados estaban, por eso hubo cambios; esa es la razón clara y concreta del porque no fueron reelectos y es por eso que hoy tenemos otros dirigentes”. El escrito termina argumentando a favor de que “en el futuro se empleen los métodos de lucha que a escala mundial están aplicando tanto los pueblos que hoy luchan por su liberación política y económica, como por los sindicatos que a través de la movilización directa logran arrancar reivindicaciones a lo compadre”⁵⁸.

Esta tendencia radicalizante de las prácticas de lucha tiene su cénit en la Toma. Las ocupaciones de los centros productivos no era algo de total novedad para la década de 1960. La historia misma del movimiento obrero en Chile encontraba sus orígenes en las ocupaciones de oficinas salitreras. Lejos de las ciudades de importancia, el movimiento obrero aprendió a negociar con las instalaciones pampinas en su poder. Pero en los tiempos del desarrollismo, salvo algunos hechos de resistencia en enclaves mineros, la ocupación había tendido a ser algo extraña. Con la paulatina exclusión legal del movimiento obrero en la década de 1950, los métodos extremos dejaron de ser tabú. La primera toma de fábrica de la historia, según Salazar, ocurre en 1953, en la textil Sumar. Los obreros, en huelga y organizados en un sindicato autónomo del patrón, ocuparon la fábrica luego de resistirse a la intervención de la Policía Política⁵⁹ que los obligaba a punta de pistola a volver al trabajo. En pocas horas fueron desalojados por cientos de policías, usando gases y siendo apaleados. La toma de Sumar fue así disuelta, y algunos días después, la huelga

58 Todas las citas de Juan Urrutia Muñoz, «Resultado de una elección y sus causas», *Unidad Gremial (Informativo del sindicato empleados técnicos y de terreno de la Compañía de Acero del Pacífico - CAP)*, junio de 1967, 4.

59 Esta fue una institución creada en la dictadura de Ibáñez en 1930, como herramienta de vigilancia de militantes y activistas de izquierda o insurreccionalistas.

fue derrotada. Al poco tiempo unos 500 obreros fueron despedidos de la fábrica y sus nombres fueron puestos en listas negras.⁶⁰

Aunque no aparecen registradas en índices como el citado en el primer capítulo de este texto, las tomas de fábricas comenzaron a expandirse antes de 1968. Donde la militancia obrera era fuerte, como en el Cuero y el Calzado o en los textiles, las ocupaciones no fueron comunes, pero desde mediados de la década de 1950 ocurrieron con la suficiente regularidad como para hacer permanecer el instrumento “toma” en la memoria de los organizados. También se dio una expansión general del instrumento: los transportistas del estado se tomaban las garitas de estacionamiento, obreros de la construcción se tomaban construcciones de viviendas, funcionarios públicos ocuparon oficinas y los estudiantes realizaron cientos de tomas de liceos y universidades en la década.

En general los obreros fueron desalojados con violencia, pero en no pocos casos, los trabajadores ganaban, vía toma, la negociación de su petitorio. Así ocurrió en la toma de la Población Manuel de Salas, que estaba en construcción y fue ocupada por obreros que allí trabajaban el día 5 de noviembre de 1962. Los 750 obreros, en dos días de toma y con amplio apoyo político y social por la izquierda y varios sindicatos, ganaron su petitorio salarial, devolviendo las viviendas y volviendo de inmediato al trabajo⁶¹. Durante la oleada de huelgas de 1965, la toma reapareció en algunas ocasiones, como por ejemplo en las exitosas ocupaciones de las fábricas Me Tigrit de Talcahuano en junio e INDURA de Santiago en noviembre, las que no fueron las únicas victorias obreras vía toma de ese año.⁶² Aunque escasos, dichos resultados positivos de las ocupaciones de la década dieron cuenta que recurrir a la toma, en casos extremos, no resultaba en un suicidio. La radicalización del movimiento obrero pasó por una legitimación de las acciones directas que más allá de argumentos ideológicos, se sostuvo en su utilidad práctica. La expansión de la toma en los registros policiales -de 5 en 1968 a 133 en 1970, como ya se indicó más arriba- da cuenta de ello con claridad.

60 Salazar Vergara, *Violencia política popular en las «grandes alamedas»*, 203-4; Cristián Pozo Mayorga, «Orientaciones del Movimiento obrero en Chile. Unidad sindical, antagonismo y reflujo (1952 – 1957)» (Tesis para optar al grado de Maestro en Estudios Públicos y Sociales) (Universidad Nacional Autónoma de México, 2013), 98-100.

61 «Triunfaron los obreros que se apoderaron de población», *Las noticias de última hora*, 6 de noviembre de 1962, 16.

62 «Urge la solidaridad»; «Obreros de INDURA se tomaron fábrica», *Las Noticias de Última Hora*, 2 de noviembre de 1965, 14.

Es posible asegurar es que las tomas de fábricas y centros productivos no tuvieron, en su mayoría, fines socialistas, sino que corporativos en un principio. En el proceso mismo de tomas y en la medida que avanzó la década de 1960, buena parte del movimiento obrero vio posible una política más radical. Así, en la práctica se combinaron objetivos individuales de cada obrero, con objetivos gremiales del colectivo específico de cada fábrica o taller, y también con objetivos clasistas e históricos, es decir, de la “gran política” en sentido gramsciano⁶³. En 1970 y luego que los propietarios abandonaran las fábricas o las pusieran al servicio del boicot económico contra el gobierno de Allende, los obreros sentían que su trabajo se degradaba y su posición de clase se subordinaba a la acción del patrón, contraria a su propia identidad y postura política, más allendista y de izquierda moderada que revolucionaria, pero fuertemente clasista.

El 30 de agosto de 1971, *El Mercurio* informó de la toma de la Industria Nacional de Neumáticos S.A., INSA, ubicada en Maipú”. El medio resaltaba que la toma había sido pacífica y en ella habían participado la totalidad de obreros y empleados que trabajaban allí, cerrando las puertas y permitiendo que los que no adherían se fuesen voluntariamente del lugar. Los trabajadores explicaron su movimiento porque INSA estaba al límite mínimo de su producción, a la vez que las líneas de crédito con los bancos nacionales estaban agotadas. Manuel Cifuentes, dirigente sindical en la fábrica INSA, indicó que el deseo de los dos mil trabajadores era poner a funcionar la fábrica, al servicio del Gobierno.⁶⁴ Una especie de productivismo radicalizado. En su mayoría, los trabajadores que desataron varias oleadas de tomas de fábricas de todo tipo y tamaño antes y durante el gobierno de Allende, no estaban motivados por la posibilidad de un “desborde revolucionario” del Gobierno. Más bien parece que los trabajadores, embarcados en un ciclo de conflictos que se venía agudizando, se encontraron en un contexto agitado y en que se pregona una nueva valoración del trabajo y los trabajadores, y simplemente usaron las herramientas de lucha que habían desarrollado a lo largo de la década, en la pedagogía de la huelga. Desde 1970, en la gran política del trienio de la Unidad Popular, a los obreros, muy confusos ideológicamente pero con una probada disposición clasista, no les quedó otra que hacerse cargo de su fuente de ingresos y, asimismo,

63 Ver «Gran política y pequeña política», en Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1980), 169-70.

64 «Tomada por trabajadores Industria INSA de Maipú», *El Mercurio*, 31 de agosto de 1971, 1.

de la producción. El objetivo político de clase era así “descubierto” en la radicalización de conflictos de objetivos sociales.

Conclusiones

La intención de este artículo ha sido adentrarse en el fenómeno de la radicalización del movimiento obrero durante la década de 1960. De esta forma, se pasó revista, primero, a los registros generales de la radicalización y el movimiento obrero del período, caracterizando ambos y probando la existencia misma del fenómeno en el período anterior al comienzo del gobierno de Salvador Allende, en 1970. En segundo lugar, se dio cuenta de las principales formas en que se fue realizando este proceso de radicalización, estableciendo su naturaleza más práctica que ideológica. En todo momento se trató de desmontar las extendidas ideas sobre los obreros de los años sesenta, presentados como una clase integrada al orden social y político del período, o como un grupo conforme con su situación y reacio al conflicto.

Una primera conclusión es que la radicalización del movimiento obrero fue un fenómeno real para el período. Todas las cifras al respecto confirman un aumento sostenido y masivo del conflicto salarial, tanto en el interior de las fábricas, como a nivel de todo el país. Como se vio, varias condiciones de base explican el proceso. En una situación de empobrecimiento y de exclusión política, incluso de las franjas dirigentes, los obreros, mejor educados y más distantes de sus patrones que las generaciones sindicales que les precedieron, asumieron una identificación clasista. Todo esto, bajo una descomposición de la institucionalidad, en general, y en la legislación laboral en específico.

En segundo lugar, es posible concluir que la radicalización del movimiento obrero se fue realizando a lo largo de la década en formas específicas, y a través de particulares reflexiones. Se estableció que la compleja relación colectiva de memoria común, interés directo compartido y experiencias de lucha extrema, generaban una identificación del grupo obrero en clave clasista. Así, una memoria de la represión violenta y los mártires propios de la clase obrera, permanentemente convocada en el discurso de la década de 1960 gracias a la generosa represión estatal de esos años, dibujaba con claridad la identidad de los agraviados y, en otro extremo, su diferencia con los intereses que defendían las balas que los mataban. El interés directo compartido, expresado en la vulgar lucha

salarial, establecía de otra forma la misma frontera de clase. La lucha por el salario en la forma de huelgas “irresponsables”, el recurso a la violencia y a la toma para forzar negociaciones, son todas formas reales -y no ideales- de lo que se llama poder obrero. La probada escisión del interés del movimiento obrero, visible en la práctica y de forma creciente durante la década de 1960, respecto del interés nacional, es una forma de describir su radicalización.

En el fondo, lo que se ha querido plantear es que la radicalización del movimiento obrero durante los años sesenta es un fenómeno que se observa poco en los escasos registros de las bases obreras del período. Más, en cambio, se hace visible en las prácticas de lucha del período. Lejos de la espectacularidad frontal que adquirieron las luchas de los movimientos de pobladores o campesinos de la época, y que llenaron la imaginación insurreccional de ciertas izquierdas e investigadores sociales, la radicalización del movimiento obrero corrió por una más opaca pero más fundamental: la disputa por la ganancia, y de ahí a la propiedad. Además, es necesario establecer que la radicalización del movimiento obrero no fue desatada por la llegada de Allende y la Unidad Popular a la presidencia del país, ni tampoco un proceso digitado desde la política. Más bien, la radicalización del movimiento obrero fue un proceso larvado durante la década de 1960, y que en el trienio de 1970 a 1973 tuvo un despliegue desbordante en un escenario de crisis.

Fuentes

Prensa

El Siglo.

El Mercurio

Las Noticias de Última Hora.

Prensa obrera

Central Única (CUT)

Unidad Gremial (Sindicato empleados técnicos y de terreno de la
Compañía de Acero del Pacífico - CAP)

Documentos Impresos

Manns, Patricio. Las grandes masacres. Santiago de Chile: Quimantú,
1972.

Landsberger, Henry A, Manuel Barrera, y Abel Toro. El pensamiento del
dirigente sindical chileno un informe preliminar. Publicaciones INSORA
17. Santiago de Chile: Instituto de Organización y Administración, 1963.

Compilaciones de fuentes.

Díaz Bahamonde, José, Rolf Lüders, y Gert Wagner. Chile 1810-2010 la
república en cifras: historical statistics. Santiago, Chile: Ediciones UC,
2016.

Farías, Víctor. La izquierda chilena (1969 -1973): documentos para el
estudio de su línea estratégica. Vol. 3. 8 vols. Berlin: Wiss. Verl. Berlin -
Centro de Estudios Públicos, 2000.

Bibliografía

- Alimi, Eitan Y., Lorenzo Bosi, y Chares Demetriou. *The Dynamics of Radicalization: A Relational and Comparative Perspective*, 2015.
- Angell, Alan. *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*. México: Ediciones Era, 1974.
- Barrera, Manuel. «El conflicto obrero en el enclave cuprífero chileno». *Revista Mexicana de Sociología* 40, n.o 2 (1978): 609-82.
- Benjamin, Walter. *Tesis de filosofía de la historia*. Varias Ediciones., 1940.
- Boron, Atilio A. «Notas sobre las raíces histórico-estructurales de la movilización política en Chile». *Foro Internacional* 16, n.o 1 (1975): 64-121.
- Cerda Inostroza, René, y Laura Benedetti Reiman. «Relación Estado y Movimiento Obrero, un quiebre: huelgas, represión y solidaridad obrera en El Salvador 1965-1966». *Tesis de licenciatura en Educación mención Historia y Geografía*, Universidad de Concepción, 2012.
- Correa Sutil, Sofía. «Algunos antecedentes históricos del proyecto neoliberal en Chile (1955-1958)». *Opciones : Revista del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea*, 1986.
- Fernández Abara, Joaquín, y Margarita Goldflam Leiva. «Hacia la constitución de una economía de mercados jerárquicos: Modernización capitalista y tradicionalismo social en los industriales chilenos (1952-1958)». *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, n.o 32 (1 de diciembre de 2016). <http://journals.openedition.org/alhim/5550>.
- Ferrò, Marc. *El resentimiento en la historia : comprender nuestra época*. Madrid: Cátedra, 2009.
- Girvan, Cherita, y Carl Stone. «Social Moderniaton and Left Wing Voting in Chile». *Social and Economic Studies* 20, n.o 4 (1971): 335-61.
- Gramsci, Antonio. *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1980.
- Halperin, Ernst. *Nationalism and Communism in Chile*. Cambridge, Mass: The M.I.T. Press, 1970.
- Harring, Sidney L. «Class Conflict and the Suppression of Tramps in Buffalo, 1892-1894». *Law & Society Review* 11, n.o 5 (1977): 873.

Illanes, María Angélica. *La batalla de la memoria: ensayos históricos de nuestro siglo*. Chile, 1900-2000. Santiago de Chile: Planeta, 2002.

Manns, Patricio. *Las grandes masacres*. Santiago de Chile: Quimantú, 1972.

Medina, Marcos, y Rolando Carrasco. *Lo que hoy tiene de más capaz la clase: historia del Sindicato Madeco bajo diez gobiernos: 1945-2002*. Santiago, Chile: Sindicato Industrial MADECO, 2002.

Meiksins-Wood, Ellen. *Democracia contra capitalismo: la renovación del materialismo histórico*. México: Siglo XXI - Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2000.

Orellana V., Gilda Paola. «Clotario Blest en la CUT: Por una Nueva Cultura Sindical y Política (1953 – 1961)». *Tiempo Histórico* 7 (2013): 29-46.

Ortega Martínez, Luis. «La radicalización de los socialistas de Chile en la década de 1960». *Universum* 23, n.o 2 (2008): 152-64.

Ostapenko, Dmytro. «Forging Regional Connections: The Cold War Internationalism of Asia-Pacific Dockworkers». *Labour History*, n.o 111 (2016): 59-77.

Petras, James, y Maurice Zeitlin. «Agrarian Radicalism in Chile». *The British Journal of Sociology* 19, n.o 3 (1968): 254-70.

Pinto Vallejos, Julio. *La historiografía chilena durante el siglo XX: cien años de propuestas y combates*. Valparaíso: América en Movimiento, 2016.

Pinto Vallejos, Julio, y Gabriel Salazar Vergara. *Historia contemporánea de Chile*. Vol. III. Santiago de Chile: Lom, 2002.

Pizarro, Crisóstomo. *La huelga obrera en Chile, 1890-1970*. Santiago: Ediciones Sur, 1986.

Pozo Mayorga, Cristián. «Orientaciones del Movimiento obrero en Chile. Unidad sindical, antagonismo y reflujos (1952 – 1957) (Tesis para optar al grado de Maestro en Estudios Públicos y Sociales)». Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.

Prothro, James W., y Patricio E. Chaparro. «Public Opinion and the Movement of Chilean Government to the Left, 1952-72». *The Journal of Politics* 36, n.o 1 (1974): 2-43.

Salazar Vergara, Gabriel. *Violencia política popular en las «grandes alamedas»: Santiago de Chile 1947-1987: una perspectiva histórico-popular*. Santiago de Chile: Lom, 2006.

Stillerman, Joel. «El 'día-D' en Madeco: La huelga de 1960: sus causas, consecuencias y significados». *Crisol*, n.o 5 (octubre de 1994): 18-34.

Tella, Torcuato S. di, Lucien Brams, Jean Daniel Reynaud, y Alain Touraine. *Huachipato y Lota. Sindicato y comunidad. Dos tipos de estructura sindical latinoamericana*. Buenos Aires: Editorial del Instituto, 1967.

Thayer Arteaga, William. *Memorias ajenas*. Santiago, Chile: Andrés Bello, 2010.

Tronti, Mario. *Obreros y capital*. Madrid: Akal, 2001.

Valenzuela, Arturo. *El quiebre de la democracia en Chile*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales, 2013.

Vergara, Angela. *Copper Workers, International Business, and Domestic Politics in Cold War Chile*. University Park, Pa.: Pennsylvania State University Press, 2008.

Winn, Peter. «El taylorismo y la gran huelga de Yarur de 1962». *Proposiciones*, n.o 19 (1990): 202-23.

———. *Tejedores de la revolución: los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*. Santiago de Chile: Lom, 2004.

Wolpin, Miles D. «La influencia internacional de la Revolución Cubana: Chile, 1958-1970». *Foro Internacional* 12, n.o 4 (48) (1972): 453-96.

Yoccelevzky, Ricardo. *La Democracia cristiana chilena y el gobierno de Eduardo Frei: 1964-1970*. México: Universidad autónoma de México, Unidad Xochimilco, 1987.

Zeitlin, Maurice, y James Petras. «The Working-Class Vote in Chile: Christian Democracy versus Marxism». *The British Journal of Sociology* 21, n.o 1 (1970): 16-29.

III. DEBATES

PINOCHET Y LOS “HIJOS DE LA LIBERTAD”. CONTORNOS DE UNA POLÉMICA RESPECTO AL PASADO RECIENTE

Andrés Estefane

En el marco de la celebración del Bicentenario de la firma de la Independencia, el Museo Histórico Nacional de Chile programó tres muestras temporales para el año 2018. Cada una abordaría de manera sucesiva los conceptos centrales del ideario de la Revolución Francesa –Libertad, Igualdad y Fraternidad– con el objetivo de rastrear sus usos e interpretaciones a lo largo de los últimos dos siglos. Mediante este ejercicio el equipo curatorial se proponía representar el carácter histórico, es decir contingente, del uso de cada uno de estos conceptos, y a la vez avanzar en la exploración de lenguajes y discursos que pusieran en tensión la institución “museo” como espacio meramente receptor y reproductor de contenidos gubernamentales.

Pero esta oportuna apuesta fue abruptamente abortada.

A casi un mes de su inauguración, el recién estrenado Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio ordenó la clausura de la muestra “Hijos de la Libertad. 200 años de Independencia”, dispuesta para abrir la serie. Los motivos profundos de esa decisión permanecen desconocidos para quienes transitan lejos de los recovecos de la racionalidad ministerial, ese limbo opaco donde conspiran las pulsiones de la burocracia y los cálculos de la política. Lo único disponible para la reflexión es el “hecho-síntoma” que forzó la orden de censura. Ese “hecho síntoma” fue la circulación en redes sociales de fotografías que alertaban sobre la inclusión de Augusto Pinochet en la muestra. La imagen iba acompañada de un extracto de un discurso pronunciado por el dictador un mes después del golpe de Estado: “La gesta del 11 de septiembre incorporó a Chile en la heroica lucha contra la dictadura marxista de los pueblos amantes de su libertad”¹.

1 El discurso fue publicado en *El Mercurio* el 12 de octubre de 1973 y luego recopilado en *Revista de Derecho, Jurisprudencia y Ciencias Sociales*, Tomo LXX, Nos. 7-8 (septiembre-octubre de 1973), dedicado a los “Antecedentes histórico-jurídicos relacionados con el cambio de gobierno en Chile”. El fragmento incluido en la muestra puede encontrarse en la página 290 de la publi-

Las reacciones a esta alerta no se hicieron esperar y tomaron la forma de juicios museográficos y condenas morales que situaron al Museo Histórico Nacional en el centro de la polémica. De manera intempestiva emergió un ejército de curadores improvisados y catones del buen gusto que criticaron la supuesta imprudencia de la institución. ¿Cómo era posible que Pinochet, el factótum de todos los males contemporáneos, fuese asociado a la sacrosanta idea de libertad? ¿Qué tipo de razonamiento era capaz de sostener ese imposible discursivo?

Lo cierto es que las autoridades se vieron desbordadas por el escándalo, atizado de hora en hora por la indignación de parlamentarios, el ruido del progresismo bienpensante y la intervención oportunista de otras instituciones museales que vieron en esta crisis una grieta propicia para reforzar preeminencias en la representación del pasado reciente. A la clausura de la exhibición siguió la solicitud de renuncia al director del Museo Histórico Nacional, Pablo Andrade, en lo que constituyó una impugnación velada a un proyecto de renovación museográfica que, según los entendidos, iba mucho más allá de este ciclo de muestras. En lo inmediato, el ecosistema político-cultural chileno mostraba su incapacidad de procesar en términos abiertos la emergencia de lecturas disonantes respecto al consenso que hoy custodia el abordaje del pasado reciente. Si no hubo disposición para hacer frente a una visión histórica, es decir dinámica y tensionada, de la idea de libertad, ¿qué destino deparaba a las siguientes dos estaciones del proyecto, dedicadas a conceptos tan polisémicos y disputados como fraternidad e igualdad? Se trata de una pregunta a todas luces inofensiva, toda vez que ambas exhibiciones figuran hoy en los anaqueles de las intervenciones abortadas del folclore museográfico nacional.

La crisis, sin embargo, dejó un saldo productivo. La censura de la muestra dio paso a una interesante polémica desplegada primero en medios nacionales y luego en seminarios académicos. El tema en común fue el lugar de los perpetradores de violaciones a los derechos humanos, y en particular de Pinochet, en las representaciones del pasado reciente local. Si bien esta discusión ya había tenido lugar en latitudes tramadas por conflictos similares, se trataba de un debate relativamente novedoso para el medio local².

cación.

2 En un gesto anticipatorio, las académicas Daniela Jara y Carolina Aguilera editaron en 2017 el libro *Pasados inquietos. Los desafíos de la memoria pública de los perpetradores de violaciones de DD.HH. y crímenes de lesa humanidad en Argentina y Alemania* (Santiago: Museo de la Memoria y los Derechos Humanos), resultado de un seminario internacional homónimo realizado en el Museo de la Memoria de Santiago en diciembre de 2016. Como parte de las respuestas al cierre de la muestra “Hijos de la Libertad”, Daniela Jara y Carolina

Con el objetivo de dejar registro de la polémica, a continuación se reproducen las columnas que delinearon los contornos más conflictivos de la misma. Esta selección, conviene precisarlo, responde a una visión partisana del debate y debe ser ponderada en esos términos. Quienes deseen tomar el pulso a la discusión en todos sus pliegues, deberán acometer la tarea de recopilar las numerosas columnas y notas de prensa que reaccionaron a la clausura de la muestra y al debate que le siguió.

Aguilera, junto a la académica Loreto López, organizaron un ciclo de cuatro foros titulado “Representaciones de la historia reciente y perpetradores en museos del Estado: límites, desafíos y dilemas”, realizados en Santiago y Valparaíso, al alero del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES), entre junio y septiembre de 2018.

El escudo y la espada: el peso de la imagen de Pinochet en el Chile reciente

Manuel Gárate, *El Mostrador*; 11 de mayo de 2018³

La polémica desatada en torno al cierre abrupto de la exhibición *Hijos de la Libertad: 200 años de Independencia*, del Museo Histórico Nacional (MHN), ha puesto de manifiesto la vigencia de Augusto Pinochet y de su controvertido legado en el imaginario de los chilenos. El escándalo se desató con la denuncia de varias personas que habían asistido a la mencionada muestra recién inaugurada, y quienes lo comentaron desde las redes sociales.

La queja principal se refiere a la aparición de una fotografía de Augusto Pinochet en un panel gigante junto a otros personajes de la historia de Chile, pero cuyo contexto está marcado por el polémico título de la exhibición y donde destacaban creadores y políticos que discutieron en torno a los ideales democráticos y de libertad, aunque no necesariamente liberales. Se destacaba a figuras tan disímiles como Elena Caffarena (abogada feminista), Abdón Cifuentes (político católico conservador), Gabriela Mistral, Andrés Bello o Salvador Allende.

Si el panel mismo constituye, desde el punto de vista museográfico e historiográfico, una extraña selección y combinación de personalidades, lo que verdaderamente causó molestia fue la inclusión de una cita (sin comillas ni autoría ni año) de un discurso de Pinochet del año 1973 que dice lo siguiente: “La gesta del 11 de septiembre incorporó a Chile en la heroica lucha contra la dictadura marxista de los pueblos amantes de su libertad”.

Si la simple inclusión del concepto de libertad en algún discurso o texto es lo que permite formar parte de una selección que incluye a quienes la defendieron, murieron por ella o simplemente la restringieron en todas sus formas (libertad de reunión, libertad de expresión, libertad de movimiento, de elegir o ser elegido), el criterio es, al menos, demasiado laxo e historiográficamente discutible. Si, por el contrario, se buscaba “provocar” al visitante, como admitió a TVN uno de los funcionarios del MHN, el efecto se logró pero con coletazos absolutamente inesperados,

3 Manuel Gárate es historiador y académico de la Pontificia Universidad Católica de Chile. La columna apareció en:

<http://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/columnas/2018/05/11/el-escudo-y-la-espada-el-peso-de-la-imagen-de-pinochet-en-el-chile-reciente/>

partiendo por el despido del director de dicho museo y el cierre definitivo de la muestra.

Uno podría preguntarse sobre qué es lo que se intentaba generar o si, efectivamente, la labor de un museo nacional es “provocar” o, más bien, invitar a la reflexión e intentar comprender, como estoy convencido debiera ser, especialmente cuando se hace referencia a los capítulos más dolorosos de la historia del país y cuyas heridas aún no han cerrado.

Si para algunos resulta intelectualmente atractivo escandalizar o investigar sobre la posible naturalización del personaje por medio de una criticable neutralidad valórica sobre la libertad, cuestión quizás atractiva para el mundo académico o para un museo de arte vanguardista, resulta un despropósito en una exhibición de una entidad pública que expone la historia de nuestro país a un público amplio y no experto. Tratándose además de uno de los museos más visitados del país, tanto por escolares como por extranjeros, la cuestión es todavía más delicada. La amalgama solo agrega confusión.

El poner a Pinochet junto a Allende obviamente llama a la comparación: ¿ambos fueron defensores de la libertad en la misma medida y con el mismo grado de sacrificio?, ¿son solo dos versiones de la libertad? o, bien, ¿una suerte de caricatura del bien y del mal (según el ojo del observador)? o, simplemente, están ahí por compartir un mismo horizonte cronológico. El juicio histórico queda entonces suspendido frente a la lógica del guión museográfico, que claramente no era tan evidente, pues casi nadie entendió la intención de la curaduría. En historia, cuando un mensaje no es claro, es un mal mensaje. El significado del panel queda entonces a la imaginación del visitante, quien además debe suponer que ambos personajes están unidos por la idea de libertad, tan amplia y polisémica como el concepto de justicia.

El episodio nos hizo recordar, en otro contexto, una vieja tesis revisionista que surgió en medios franceses después de la Segunda Guerra Mundial, y que se refería a las figuras de Charles de Gaulle y Philippe Pétain como protagonistas de una misma estrategia política: la defensa de la libertad y la soberanía de Francia. Se la llamó la tesis del “Escudo y la Espada”. Según esta teoría, el mariscal Pétain habría sido el escudo que cuidó y defendió a los franceses durante la ocupación alemana, mientras de Gaulle era la espada que se preparaba para liberarlos. Claramente la tesis tenía el interés de exculpar a Pétain durante el juicio que se le realizó tras la liberación.

La teoría no tenía ningún fundamento y ha sido refutada por connotados historiadores como Robert Paxton. Sin embargo, ha gozado de cierta popularidad, hasta el día de hoy, en medios nacionalistas y revisionistas.

De Gaulle y Pétain aparecían como luchadores por la libertad en tanto que no podían estar en posiciones más contrapuestas. Que Pinochet y Allende aparezcan juntos en un panel cuyo contexto es el tema de la libertad y su defensa, y que además se cite al primero refiriéndose a su Gobierno como una dictadura marxista es, por lo menos, un despropósito y un error grueso.

La figura de Pinochet y el legado autoritario de su régimen siguen estando presentes en el imaginario de la mayoría de los chilenos, si bien algunos estudios plantean que es un personaje olvidado por las nuevas generaciones. Sin duda, todavía es recordado internacionalmente como un símbolo del mal y una de las figuras más negativas del siglo XX y, con seguridad, el chileno más controvertido de la historia del país. Si se me permite la metáfora, su imagen funciona como una especie de “agujero negro”, que se traga todo lo que toca, ocultando la responsabilidad de muchos de sus colaboradores.

Su inclusión en una muestra museográfica de historia en un museo público, hace necesario tomar algunos resguardos mínimos y requiere claramente de un apoyo historiográfico experto, que implique tanto a la museografía, como al guión y catálogo de la exhibición. En el caso del MHN pudimos acceder al catálogo, el cual posee una propuesta interesante y bien cuidada, trabajada por historiadores, pero que no se condice con el resultado museográfico y el panel en cuestión.

Dicho lo anterior, las autoridades del Ministerio de la Cultura podrían haber aprovechado la oportunidad para debatir estos temas y no cerrar abruptamente la exposición. Esto último, sumado al despido del director del MHN, solo somete al equipo del museo a una enorme presión y a una humillación innecesaria al tener que cancelar una muestra que ha tomado meses preparar. Más allá de los problemas ya mencionados de la exhibición y del título poco feliz de *Hijos de la Libertad*, hay varias cosas que se pueden rescatar sin lanzar todo por la borda. De lo contrario se corre el riesgo de que museos de este tipo eviten tratar temas de historia reciente por miedo a las polémicas y represalias a las que estarían expuestos.

Como anécdota, aprovecho de mencionar el cono rojo que ayer impedía el paso a la sala donde estaba la exhibición, cuyas luces estaban apagadas, como haciendo alusión a la sombra que Pinochet aún ejerce sobre los chilenos.

Pinochet y lo irrerepresentable

Mauro Basaure, *El Desconcierto*, 11 de mayo de 2018⁴

La muestra del Museo Histórico Nacional (MHN), abruptamente clausurada, era bastante más que una mal ubicada foto y una frase de Pinochet. En el marco de una muestra muy interesante y bien lograda museográficamente, la referencia a este era mínima, y el texto citado expresa bien lo burdo del dictador. Excluirlo era lo obvio pues una dictadura sanguinaria es la figura anti-libertaria por antonomasia. La pregunta obvia por tanto es por qué hacer algo tan contra-intuitivo, sabiendo además que no se trata de un acto de pinochetistas infiltrados, ni nada parecido.

Se escuchó, como respuesta, que se hizo como un acto intencional de provocación. De ser así, ello abre un debate crucial sobre la definición y función de un museo de historia nacional, si el de atraer la atención hacia sí, la de los medios y generar reflexión colectiva mediante instalaciones altamente provocadoras –como es tendencia en los museos de arte contemporáneo– o, bien por el contrario, conservar y educar de manera inequívoca en las tranquilas aguas de los consensos históricos. Si esto último resulta demasiado conservador y constituye una visión clásica que pone en juego la relevancia social de un museo, lo primero parece demasiado extremo. Un museo debe abrirse a la controversia, debe incomodar en el presente si no quiere ser mero pasado. Pero, más que perseguidas por la vía de la provocación intencionada, las controversias son un gran favor hecho no intencionalmente a los museos por sus detractores públicos. Como Judas en relación con los designios divinos, los muchos detractores de derecha del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos (MMDH), para citar un ejemplo, han contribuido sin quererlo al cumplimiento de su misión. El MMDH no busca provocar; es simplemente lo que es.

El MHN tomó recurso de la provocación tal vez porque, siendo lo que normalmente es, por sí solo, no genera adversidad y controversia. Es posible que no haya que pedirle al MHN lo que, por su propia definición, no puede dar. Lo cierto es que el atrevido acto de provocación está hecho, y, como tal, a juzgar por sus efectos, ha tenido un éxito desmedido, impensado y hasta perjudicial para sus curadores.

4 Mauro Basaure es sociólogo y Director del Doctorado en Teoría Crítica y Sociedad Actual de la Universidad Andrés Bello. La columna apareció en: <http://www.eldesconcierto.cl/2018/05/11/pinochet-y-lo-irrepresentable/>

Cuando ellos se decidieron a inscribir al dictador en la muestra, tomaron la decisión (provocadora sin duda) de ponerlo en una posición –en apariencia– exactamente equivalente a Allende, Elena Caffarena o Gabriela Mistral. Hay ahí ya algo grotesco que a cualquier ser sensible e informado lo golpea e invita a reaccionar con un NO. Es como si en un museo del protestantismo se pusiera, sin más, a Martín Luther King y a Hitler juntos como ambos inspirados por Martín Lutero. Pero hay algo más. Esa posición equivalente no parece serlo del todo, pues la frase seleccionada del dictador es lo suficientemente burda, como para levantar la sospecha de que se quería ironizar con Pinochet. Todo en extremo sofisticado.

De ser cierta esta sospecha, el recurso es demasiado sutil e intelectual, al punto que nadie se percató de ello. Se ha visto en él mera provocación con efecto revisionista, y no provocación sarcástica. En todo caso, la responsabilidad ahí es del emisor y no del receptor. Pero ¿podían ir más allá en la ironía para contrarrestar el efecto revisionista? Pudieron poner, en vez de la burda frase seleccionada, una imagen de la “llama de la libertad” (la que en 2003 Francisco Estévez intentó apagar con un extintor) y el carácter satírico del mensaje, posiblemente, se hubiese entendido mejor. El costo de algo así, sin embargo, no es bajo: además de ser bastante ramplón como recurso, y de que algo así, en todo caso, parece ser simplemente impropio en un museo como el MHN, toda la muestra (compleja y rica como lo era) se hubiese reducido a una parodia del dictador. Paradojalmente, hoy, ya cerrada, la muestra será solo recordada por el hecho Pinochet.

Las alternativas parecen ser: o no incluir al dictador y olvidarse de la provocación, traicionando una idea de museología crítica que pretendía cambiar la definición misma y función del MHN o, como aquí se sospecha, hacerlo buscando chocar a la audiencia, entregándole solo una demasiado sutil pista de interpretación; es decir, hacerlo de un modo en extremo sofisticado, con el riesgo de que no se entendería en absoluto, que fue lo que finalmente ocurrió.

El dictador debía ser simplemente excluido de la muestra. Nadie hablaría de ella. Pero se lo incluyó. La muestra fue clausurada, cuestión bien inédita. Seguramente los denunciantes tienen razón. En medio de las consecuencias abiertas de una dictadura sanguinaria con pactos de silencio operando y sufrimiento vivo, actos de provocación como estos –por sarcásticos, chocantes y bien intencionados que busquen ser– resultan, para muchos, actos de barbarie. Siendo esto cierto, no hay que olvidar lo que resultó de esta suerte de experimento irrepetible y crucial. Le debemos el habernos dado muestra fehaciente de que la figura de Pinochet es irrepresentable en el cuerpo nacional más allá de la infamia

y el horror; que la representación abiertamente anti-pinochetista es la única inscripción museográfica posible de este personaje en la historia de Chile. O se lo ignora o se lo ubica en la sombra del horror. No hay alternativas ni espacios para ambivalencias.

¿Por qué (no) se puede incluir a Pinochet en una muestra museográfica?

Felipe Mallea y Sigal Meirovich, *El Mostrador*, 12 de mayo de 2018⁵

La reciente inclusión del dictador Pinochet en la última exhibición museográfica del Museo Histórico Nacional (MHN) de Santiago de Chile, llamada “Hijos de la Libertad. 200 años de Independencia”, ha provocado críticas por redes sociales. Autoridades e instituciones como el Museo de la Memoria y el Instituto Nacional de DDHH han arremetido contra la exposición que, señalan, constituiría una apología al dictador.

La crítica descontextualizada, centrada en un elemento de un conjunto expositivo, ha provocado que un gobierno de derecha censure, en democracia y a pedido de sectores de izquierda, una propuesta de reflexión en torno a la historicidad del concepto de libertad.

La muestra en cuestión, de la que poco se ha descrito en los medios, intenta ir más allá de la ritualidad conmemorativa que la fecha implica (2018, conocida como “el otro bicentenario”). Busca promover una reflexión acerca de qué y por qué conmemoramos la independencia, qué conceptos moviliza y cómo estos se han resignificado a lo largo de 200 años. El proyecto general establece abordar museológicamente las ideas ilustradas de libertad, igualdad y fraternidad que gatillaron el proceso revolucionario-independentista: pues es a ellas a las que la república ha apelado de manera recurrente desde sus inicios. Esta muestra constituía la primera de 3 exposiciones, centrada en problematizar la libertad y los procesos y actores sociales que la cautelan y cuestionan.

En su narración, cuando se refiere a la dictadura, el guion es claro⁶. “Más de un siglo y medio después de aquella independencia, el país se jactaba de su construcción democrática, de la confiabilidad de sus instituciones, de la estabilidad de su sistema político, de la ampliación en la participación social y ciudadana, entre otros [...] Algunos pensaban que una limitación de la democracia no era posible en Chile. Pero otra vez en un día de septiembre, una importante transformación estaba por ocurrir, y esa idea

5 Felipe Mallea es sociólogo y académico colaborador de la Universidad Alberto Hurtado. Sigal Meirovich es historiadora del arte y doctoranda en el Programa de Teoría Crítica y Sociedad Actual de la Universidad Andrés Bello. La columna apareció en: <http://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2018/05/12/por-que-no-se-puede-incluir-a-pinochet-en-una-muestra-museografica/>

6 En la versión web, la columna incluía un hipervínculo al catálogo de la muestra, descargable aquí: http://www.museohistoriconacional.cl/618/articulos-85161_archivo_01.pdf (nota de los editores).

se demostraría como una completa falacia. Un golpe de Estado, alguna vez inimaginable en Chile, efectivamente ocurrió e instaló una violenta dictadura por más de 16 años. Así se estableció una fractura democrática en la construcción nacional, que suprimió las libertades que se creían indisociables de la ciudadanía chilena. Paradojalmente, todo aquello se realizó en nombre de la libertad. (...) La libertad, en ese entonces, volvía a resignificarse” (MHN, 2018, p.16).

La moneda de 10 pesos de la época dictatorial, con el ángel de la libertad cortando las cadenas del supuesto régimen marxista en ciernes, es quizás la expresión más icónica y materialmente concreta del mito totalizante que alimentó la dictadura sobre la “gesta de liberación nacional” cometida por los “valientes soldados” el 11 de septiembre de 1973. Desde ahí resultaría interesante apreciar la instrumentalización de la noción de libertad por parte del dictador y su régimen cívico-militar. ¿Se puede tematizar todo aquello en una muestra museográfica? Por supuesto que sí, se puede y es necesario. La pregunta, evidente, es ¿de qué modo? El modo criticado, que forma parte de un conjunto de intervenciones, es un panel que exhibe la selección de fragmentos de 14 discursos sobre la libertad que daban cuenta de posiciones diversas e incluso antagónicas al respecto. El problema es que los discursos fueron asociados a un retrato en primer plano del emisor del mensaje, de manera simétrica y cronológica, sin distinción ni jerarquía. Esto fue recibido por algunos visitantes de modo violento, y con justa razón. De hecho, nos parece repulsivo ver la imagen del dictador en conjunto con presidentes elegidos democráticamente (Bachelet, Aylwin, Allende) y grandes intelectuales y políticos (Neruda, Mistral, Caffarena, Recabarren, Lastarria, Bello, entre otros).

La respuesta inmediata dada por parte del Museo Histórico Nacional (MHN) a las duras críticas fue que la selección del discurso y retrato de Pinochet no “fue debidamente aclarado en el diseño de la muestra” y que se disculpan, pues “la libertad de pensamiento y de expresión no está por sobre los derechos humanos”. Con esta defensa, instalan un juicio de valor que confunde género y especie en cuanto a los DDHH, y dicen poco respecto al debate que nos parece más interesante: aquel que se pregunta por si se debe (o no) incluir al dictador en una exhibición museográfica y cuál es el rol social de los museos en el mundo contemporáneo.

La idea del museo como una de las instituciones pilares de la sociedad moderna, destinada a legitimar, reafirmar y socializar sobre las verdades e ideas dominantes del Estado-Nación, resulta estrecha para evaluar su función social. Los museos actuales (por más que hayan nacido en el siglo XIX o XX) deben historizar aquello que muestran en aras de instalar una reflexión crítica en el espacio público. En este contexto, incomodar

con ciertas apuestas, así como irritar con ciertos contenidos discursivos-estéticos, son resultados intrínsecos de la función y responsabilidad al cual deberían estar llamados hoy.

El personaje y el mensaje, en efecto, deben estar, pero presentados del modo adecuado para que el visitante logre posicionarse críticamente frente a ellos. Desde nuestro punto de vista, se requería dejar en evidencia, de manera más clara, la paradójal búsqueda de libertad en distintos períodos.

Con todo, un debate sobre la musealización de la figura de Pinochet, creemos, pierde fuerza al girar en torno a la inclusión –o no– de él en una exposición. Pues asumir que se le legitima, honra y ensalza sólo por el hecho de su ingreso a un museo es una visión decimonónica de lo que un museo (en potencia) performa hoy en día. De fondo, proponemos, las preguntas deben ser ¿para qué? y ¿cómo? la musealización de Pinochet y el discurso dictatorial puede ayudar a interrogar el discurso de la libertad en el presente.

Finalmente, nos gustaría cerrar esta columna invitando a observar e interrogar la muestra en cuestión, sin embargo, ésta ha sido cerrada suprimiendo la posibilidad y libertad de hacerlo.

Sobre la necesidad ciudadana de recordar al Pinochet real

Andrés Estefane y Luis Thielemann, *Red Seca*, 15 de mayo de 2018⁷

“El asombro de que las cosas que estamos experimentando ocurran aún en pleno siglo XX no es filosófico. Este asombro no es principio de conocimiento —a menos que sea el conocimiento de que la visión de la historia que lo hace posible es insostenible”.

Walter Benjamin

En la reciente polémica suscitada por la clausura de la muestra “Hijos de la Libertad” —título aparentemente inspirado en una insulsa reflexión de Benjamín Vicuña Mackenna, pero en el que también resuenan algunas pistas de la independencia estadounidense— se han actualizado cuestiones solo comprensibles dentro de una sociedad que se resiste a mirar de frente y nombrar con las palabras apropiadas los traumas que la distinguen. El punto de discordia gira en torno a la inclusión de la figura de Augusto Pinochet en un panteón libertario que, por mera definición, lo aborrecería. Sobre el gesto se ha dicho de todo, pero el juicio más sensible ha resaltado la supuesta barbarie contrabandeada en una provocación curatorial malograda por exceso de sofisticación. Para quienes conocen el catálogo que acompañaba a dicha muestra, resulta difícil coincidir con reclamos de esa naturaleza. La apuesta jugaba su efecto en una línea nítida. El ideal de libertad no puede entenderse en un sentido unívoco y la historia nos muestra que la palabra ha sido apropiada por actores diversos en función de agendas que no siempre han conducido al mismo fin. En último término, los opositores de la muestra cuestionan que la idea de libertad pueda estar asociada a una figura que nuestra mitología democrática ha convertido en la encarnación de todos los males, tal como lo hacían los notables renacentistas, quienes proyectaban en la representación del tirano los sangrientos efectos de sus pulsiones de clase.

¿Es tan difícil reconocer que la palabra libertad fue pronunciada una y otra vez por los corifeos de la dictadura y que su carga semántica fue uno de los principales recursos de justificación discursiva del golpe de Estado?
¿Es tan sofisticado sugerir que ese vocablo también fue trastocado por la

7 Andrés Estefane es historiador e investigador del Centro de Estudios de Historia Política de la Universidad Adolfo Ibáñez. Luis Thielemann es historiador y académico de la Universidad Finis Terrae. La columna apareció en <http://www.redseca.cl/sobre-la-necesidad-ciudadana-de-recordar-al-pinochet-real/>

voracidad de una clase que no titubeó a la hora de acudir a la mano militar para mantener a salvo sus privilegios cuando sus fronteras materiales se vieron seriamente amenazadas? ¿Iluminar la contradicción entre dictadura y libertad desmiente de inmediato que la primera haya reivindicado hasta el cansancio a la segunda como credencial de existencia, y que hasta hoy sus adherentes así lo sostengan? ¿Será cierto que esta polémica no habría tenido lugar –o al menos no habría desembocado en la censura de la exposición– si el equipo curatorial se hubiese tomado la molestia de incluir un par de comillas por aquí y por allá para hacer evidente que la cita era una forma de representar que los conceptos también están sujetos al peso de gravedad de los contextos en los que los actores históricos los emplean? Los temas que estas preguntas abren son inmensos y todavía no tratados, y permanecerán así mientras se siga pensando a Pinochet como el innombrable monstruo, y a la dictadura como un período anómalo por excelencia, y a ambos, por tanto, como síntomas de algo extraordinario que reside fuera de toda lógica comprensiva.

Lo cierto es que la afiebrada reacción ante esta decisión curatorial plantea desafíos de no menor calado para el estudio y discusión del pasado reciente. Pues lo mismo que sucede aquí con el concepto de libertad podría pasar con otros de igual relevancia para la convivencia política, como democracia o derechos humanos. Si seguimos el razonamiento de que a Pinochet o se le ignora o se lo ubica en la sombra del horror –con todo lo que los vocablos sombra y el horror implican para cualquier esfuerzo de comprensión–, y que el terrorismo de la dictadura constituye algo “irrepresentable”, ¿cómo podremos explicar a las nuevas generaciones que en la Declaración de Principios del Gobierno de Chile, de marzo de 1974, haya un extenso apartado donde se instala una definición de los derechos humanos elaborada según el particular razonamiento de los cortesanos ideológicos de la dictadura? ¿Se nos exigirá omitir ese documento en aras de salvaguardar la pureza de la definición liberal, a la que ingenuamente se le supone inmunizada de las tormentas de la historia? ¿Qué pasa con la idea de democracia? ¿Vamos a omitir que la dictadura no solo acudió al concepto para justificar sus horrores más macabros, sino que además logró redefinirla y proyectarla en el tiempo bajo una serie de supuestos que marcaron los límites de nuestro sistema político una vez recuperada la democracia formal? ¿Vamos a seguir refiriendo al pasado como si Pinochet no hubiera sido Presidente de la República, siendo que cumplió los mismos requisitos que Aylwin y sus sucesores, incluyendo el haber sido el primero en asumir un 11 de marzo, pero en 1981, seis meses exactos después del 11 de septiembre de 1980, cuando entró en vigencia la actual Constitución?

Cuesta entender que la ciudadanía y sus intelectuales rindan tan fácil las armas de la crítica a favor de una comprensión del pasado desembarazada de sus aristas más jabonosas. Cuesta entender que la incomodidad de habitar una historia doliente nos lleve a enjuagar el pasado en mezclas analgésicas cuyo único fin pareciera ser el disciplinar lo sucedido a favor de un espectro estéril e inocuo que no perturbe nuestras democráticas conciencias. En la moda de creer en historias secretas, terminamos simulando una patológica ceguera ante lo evidente: la brutal y compleja actualidad de las razones de la dictadura. Mirar de frente a nuestros traumas impone aceptar que la violencia trastoca todas las certezas, incluso aquellas sobre las que se ha depositado la esperanza de la reparación. Ni Pinochet ni la dictadura pueden ser esquivados bajo la cómoda e inútil fórmula de que todo aquello constituye material irrepresentable o solo reconocible en la jurisdicción de la infamia y el horror. Lo mismo cabe para sus detractores y su impoluto rótulo de “opositores al régimen”. Rendirnos a ese espejismo es condenarnos a vivir en los territorios de un trauma que no podremos superar mientras no nos atrevamos a describirlos con las palabras y las herramientas analíticas que nos ofrece la razón. Habría que partir, por ejemplo, asumiendo públicamente que Pinochet tuvo una idea de libertad y un proyecto de democracia, y que todo eso representó al 44% del país en 1988.

El encadenamiento de los hechos de esta controversia no hace sino reflejar el calado de la tragedia: una foto de pésimo encuadre se convierte en el argumento que enciende la furia de las redes sociales, esto empalma con las necesidades de la pequeña política de la ministra del ramo, y todo desemboca en la censura de una exposición y la desautorización a un director de museo que termina despojado de su cargo. ¿Es posible sostener que Chile tiene madurez democrática y no sufre de un trauma, que no es sino una memoria enferma y trabada? Ahí reside el principal peligro acusado por este incidente. En los años previos al golpe de Estado de 1973 primaba un consenso —oportunamente reforzado desde el extranjero— según el cual Chile llevaba 150 años de trayectoria democrática. Ese consenso era vocalizado desde la izquierda a la derecha, e incluso el mismo Allende lo reafirmó en su recordado discurso ante la ONU en diciembre de 1972. La fuerza de ese acuerdo transversal, del que no se restó ningún actor político del período, llevó a olvidar las guerras civiles de 1851, 1859 y 1891, la violencia asesina y antiobrera de 1903 a 1907, los golpes de Estado de 1924 y 1925, la dictadura de 1927 a 1931, la Ley Maldita de 1948 a 1958, la brutalidad sorda que campeó durante la década de 1960 con decenas de muertos por represión estatal; es decir, todos los episodios que nos dieron de bruces con el autoritarismo, la represión y el recurso a la violencia como mecanismo

de resolución de conflictos. Incluso hacia septiembre de 1973, mientras en los cuarteles se preparaba el golpe y el horror, se seguía repitiendo el mantra de la especificidad chilena frente al accidentado concierto continental. Esa práctica irracional de negar los hechos, de hacer que lo normal en nuestra historia siempre se considere extraordinario, es lo que nos ha llevado a ese despeñadero que comienza con la declaración de que algo es incomprensible, para luego decretarlo irrepresentable y a fin de cuentas innombrable, operaciones que no son sino la antesala de la imposibilidad de recordar, el triunfo de la sala de máquinas del olvido. Es el montaje de una excepción falsa que confirma una norma también ficticia.

Todo indica que estamos de nuevo en un momento de restauración de toda esa mitología, esta vez por la vía de censurar la humanización de Pinochet y escandalizarnos ante el reconocimiento de que la dictadura realmente ocurrió, y de que en ella participaron civiles y militares que se apropiaron de cuestiones tan terrenales e históricas como la idea de libertad. El triunfo, como suele suceder, se queda con aquellos que reivindicán el recurso al autoritarismo y la violencia, con esa oligarquía retratada tan nítidamente en su aplauso neurótico a Mario Vargas Llosa. Oligarquía que sacando las castañas –en este caso, baja una exposición– con las manos del progresismo, vuelve así a escapar del escrutinio de la historia, mientras el resto refuerza una idea que solo puede ser pronunciada por el que triunfa, esa que convierte a la violencia en un espectro extraordinario, anómalo y desterrado del parto del Chile actual, que no merece ser explicado, sino simplemente negado.

Representar el pasado reciente en espacios públicos: a propósito del debate en torno a los Hijos de la Libertad

Daniela Jara, *CIPER*, 18 de mayo de 2018⁸

¿Qué sucede cuando nuestra propia historia se transforma en un espacio irrepresentable? ¿Qué perdemos cuando el intento de representar la historia reciente de Chile es zanjado con un despido, una amenaza o un gesto de silenciamiento (si bien contrarrestado por una saludable escritura colectiva en diversos medios)? ¿Qué hacemos cuando no representamos en los espacios públicos al pasado reciente y por lo tanto éste no puede ser elaborado a la luz del debate, el desacuerdo y la reflexión pública (y no sólo en el normalizado espacio de lo familiar)?

La exhibición los Hijos de la Libertad en el Museo Histórico Nacional buscaba proponer, en palabras de sus responsables, una reflexión crítica de la historia de Chile a partir de 1818, donde se revisaba de qué manera nuestra historia republicana se había articulado en torno a los regímenes ideacionales de la Revolución Francesa. La propuesta era de tipo genealógico, es decir, se trataba de mostrar la historicidad de distintos discursos, buscando nuevas conexiones entre los imaginarios políticos.

Como pocas instancias oficiales fuera del Museo de la Memoria, este otro museo incluyó en su línea del tiempo a la figura de Pinochet, lo que provocó que la exhibición fuera clausurada. Ya se ha criticado en otras instancias a la muestra desde la perspectiva de su guión y su debilidad técnica. Quisiera en cambio detenerme a pensar respecto de qué nos perdimos con el cierre de este fallido intento de mediación y fundamentalmente en qué significa representar la catástrofe o las historias recientes de violencia a la luz del recambio cultural y generacional. Esto, partir de una reflexión más profunda sobre la violencia de Estado, la violencia histórica y los modos de representarla.

Uno de los principales exponentes de la Teoría Crítica, el filósofo alemán Theodor Adorno, reflexionó sobre el Holocausto en varios textos. En “¿Qué significa elaborar el pasado?” (1959) planteaba por un lado la importancia de elaborar o procesar el pasado de violencia nazi y, al mismo tiempo, manifestaba su pesimismo sobre las reales posibilidades de lograrlo debido a lo que estaba en juego. Por sobre todo, Adorno

8 Daniela Jara es socióloga, investigadora adjunta de la línea Conflicto Político y Social del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES) y académica de la Universidad de Valparaíso. La columna apareció en: <http://ciparchile.cl/2018/05/18/representar-el-pasado-reciente-en-espacios-publicos-a-proposito-del-debate-en-torno-a-los-hijos-de-la-libertad/>

manifestaba su interés en pensar las continuidades del nazismo en la Alemania de entonces. En su reflexión, Adorno deja en claro que elaborar ese pasado requería entender al nacional socialismo más allá de una historia que enfrentaba a alemanes contra judíos: requería adentrarse en la comprensión de un proceso de deshumanización que ocurría *bajo ciertas condiciones*. Éste era un punto de vista incómodo, porque no se elaboraba sobre la construcción dicotómica de identidades esenciales: no permitía simplemente señalar a los generales nazi como figuras aberrantes del mal, sino que instalaba una pregunta permanente que requería otro tipo de atención (o vigilancia epistemológica), incluso en el yo.

Si bien su reflexión se iniciaba con la constatación de que lo ocurrido no era sino una catástrofe, para Adorno no se trataba solo de un escenario donde estaban las víctimas por un lado y los victimarios por otro, sino que planteaba la importancia de considerar que el fascismo seguía instalado en modos de organización (condiciones), procesos psicosociales y discursos políticos.

Cuando en los '90 Eric Santner —psicoanalista y crítico cultural, preocupado de cómo las nuevas generaciones transmiten y reproducen los marcos de memoria con que se significa el pasado—, lee a Adorno, continúa la reflexión: “Podemos prohibir los símbolos nazi y a las organizaciones nazi, pero sin un trabajo de duelo no podremos exorcizar las estructuras nazi de los ámbitos de la educación y la política, del comportamiento, los modos de pensar y la comunicación interpersonal” [e intergeneracional].

¿Qué significa esto en la manera en que representamos la historia? ¿Qué quieren decir Adorno y Santner cuando piensan en el trabajo de duelo? ¿Qué relación tiene esto con los Hijos de la Libertad? En su prólogo al libro “Purificar y Destruir: Los usos políticos de la Masacre y el Genocidio”, el historiador psicoanalista Jacques Semelin escribió que llevar a cabo un estudio historiográfico sobre el genocidio le significó romper una serie de tabúes, hasta llegar a proponer que las historias de horror y violencia podían ser entendidas, analizadas e historizadas. Así, plantea que los procesos psicosociales tras la violencia política sólo pueden ser entendidos cuando nos aproximamos a los mismos en cuanto a procesos de deshumanización, cuyas condiciones pueden y deben ser estudiados. De hecho, Semelin reflexiona sobre el manto de tabú que ha rodeado al estudio historiográfico de las distintas historias de genocidio. Sin embargo, sugiere que, ante eventos violentos como estos, el tema crucial es enfocarse y comprender los significados que están involucrados en la participación de los perpetradores. Al hacer esto, se podría contribuir a entender bajo qué condiciones los individuos pueden

pasar a ser partícipes –activos o cómplices– de las masacres como fenómenos colectivos. Y dice: “Ciertamente, afirmar que el genocidio es impensable *‘ahora parece ser el habitual cliché de cualquier discurso convencional sobre el tema. Sin embargo, el genocidio es pensable, lamentablemente es demasiado pensable’*” (2007).

La exhibición los Hijos de la Libertad –con un guión y con dispositivos de mediación mucho más resueltos y claros– pudo haber significado un valioso aporte sobre un elemento que el historiador norteamericano Steve Stern ya había iluminado en su estudio de las narrativas de la memoria en Chile, pero que ahora podría haber alcanzado a otras audiencias: la manera en que la violencia de Estado tiene lugar y a través de la cual es legitimada por “gente buena”, o al menos “ciudadanos de a pie” que pueden incluso no sentir ninguna emoción de culpa o empatía si las circunstancias se repitieran. Es precisamente a través de la apropiación y uso que Pinochet y otros hicieron y hacen del ideario de la libertad, la nación, la comunidad y la purificación de un determinado sector de la sociedad (marxistas o comunistas a quienes entonces se les trataba de humanoides, hoy los individuos transgénero, las “feminazi”, los mapuche o los inmigrantes, por ejemplo) que ocurren los procesos de deshumanización y de denigración activa del otro.

Exigir la renuncia al director fue actuar desde la fragilidad de lo público. El historiador Manuel Gárate indicó en una columna que había un cono rojo en el Museo Histórico impidiendo la entrada a la exhibición y realmente no me puedo imaginar una imagen más triste post controversia: la de suponer que la clausura de una exhibición pueda cerrar un debate o que pudiera ser efectivo en cuanto a las lecciones que sacamos de esto.

La reciente polémica en torno a la exhibición los Hijos de la Libertad nos sitúa nuevamente en una de las incontables irrupciones de la memoria post golpe, que ciertamente han ido cambiando a lo largo de los años. Lo que provoca polémica hoy no es lo que provocaba polémica antes. Simplificando, podemos decir que si antes la enunciación pública de la verdad histórica constituía un escándalo en sí (por ejemplo, el testimonio de víctimas que traían a la luz historias sistemáticamente desmentidas durante la dictadura), hoy lo que puede provocar mayor tensión es el cómo representamos esa historia, quiénes la narran y para qué.

La monstruosidad y Pinochet

Mauro Basaure, *El Desconcierto*, 24 de mayo de 2018⁹

La clausura de la muestra “Hijos de la Libertad” produjo uno de los hechos políticos e intelectuales más paradójales conocidos en la historia reciente: pinochetistas y anti-pinochetistas acusaban por igual –aunque bajo fundamentos distintos– que dicha clausura era una censura inaceptable. Los primeros porque la muestra reivindicaba la figura del general, tal y como ellos la conciben (un liberador del yugo marxista); los segundos (expresando bien el carácter normativo de la diferenciación de las sociedades modernas) porque veían en ello un acto político administrativo ignorante que se entrometía ilegítimamente en el ámbito de la cultura. Pinochetistas se mostraron conformes con la curatoría original de la muestra y, de cara a su reapertura, esperan (están expectantes) que se reinaugure sin cambios. Anti-pinochetistas, en su mayoría, cuestionaron aspectos técnicos de la curatoría y esperan que, en su reapertura, se hagan cambios orientados a evitar que Pinochet sea puesto en abierta equivalencia con Mistral, Caffarena o Allende, entre otros.

Lo anterior anticipa que –cualquiera que sea la decisión del Museo Histórico Nacional de cara a la mentada reinauguración– alguna de las partes (pinochetistas o anti-pinochetistas) quedará completa y necesariamente disconforme. Ese museo está condenado a no ser el museo de todos los chilenos, pues en un Chile dividido por su memoria no hay otra alternativa. El argumento de parlamentarios de la UDI para exigir la salida del director del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos (decir que debe ser reemplazado por alguien imparcial, un técnico), es no saber dónde están parados.

Dentro de este cuadro, sin embargo, llama la atención una posición desviada del resto: la de anti-pinochetistas que consideran (como lo hacen los pinochetistas) que la exposición no debiese cambiar en absoluto. La defensa más sofisticada de esta posición opera bajo una dicotomía. Por un lado, está el apego irrestricto a la realidad y a la verdad pura y dura. Dicha exposición sería una expresión de ello, pues mira a los hechos tal cual fueron y humaniza la figura de Pinochet: nos guste o no, se dice ahí, Pinochet no encarnó principios malignos (como ocurre en los dibujos animados), sino que justificó el golpe y la dictadura recurriendo a una

9 Mauro Basaure es sociólogo y Director del Doctorado en Teoría Crítica y Sociedad Actual de la Universidad Andrés Bello. La columna apareció en: <http://www.eldesconcierto.cl/2018/05/24/la-monstruosidad-y-pinochet/>

versión de los ideales libertarios y democráticos; versión que llegó a compartir con un poco menos de la mitad del electorado.

Por incómodo que sea, enfrentar esta verdad, llamarla por su nombre, sería una muestra de madurez democrática. Por el otro lado, están los que se niegan a madurar. Quienes se oponen a la muestra repetirían un disciplinamiento liberal, consistente en reducir a Pinochet y su gobierno a una simple monstruosidad que interrumpió —de manera singular y extraordinaria— la continua historia democrática de Chile. Los críticos de la muestra son un síntoma de una patología antigua de la memoria política de Chile, que extirpa —como objetos extraños a la vida nacional— los hechos de violencia y autoritarismo (presentes a lo largo de toda nuestra historia patria), evitando con ello enfrentarlos y explicarlos.

Los problemas de esta perspectiva (anti-pinochetista pero coincidente con el pinochetismo en las dos coordenadas básicas en juego: defender a la muestra no solo contra la censura sino también contra toda transformación curatorial) se hacen evidentes al concentrarse en la pregunta por la monstruosidad de Pinochet.

Lo monstruoso tiene al menos dos sentidos: anomalía o anormalidad excepcional, de una parte, y crueldad y perversidad causante de gran daño físico y moral, de la otra. ¿Reúne Pinochet ambos sentidos? No. Solo el segundo de ellos es cierto: es porque Pinochet fue un monstruo genocida, que no es tan simple ser a-crítico con la curatoría de la muestra. La mentada perspectiva es (increíblemente) ciega frente a este segundo sentido de la monstruosidad; lo es pues se concentra únicamente en criticar el error de reducir a Pinochet al monstruo-anómalo y extraordinario a la historia de Chile (primer sentido). Seducida por el afán de esta crítica, ciertamente correcta, termina inadvertidamente por hermanarse con el pinochetismo y el negacionismo.

Por desatinada que termine siendo, esa crítica es, en principio, correcta. La vocación patologizante de la mentada perspectiva contrasta con la influencia foucaultiana que ella deja traslucir. Foucault identifica la práctica clásica de la razón ilustrada de producir monstruos; práctica que habla menos de estos que del afán de domesticación, conformismo y aseguramiento de la sociedad que los produce. El monstruo (a diferencia del individuo a corregir) es la excepción por definición que está ahí para confirmar y reafirmar el orden. Se reduce a Pinochet y a su régimen a excepcionalidad monstruosa (primer sentido) para seguir contando el mito de una sociedad profundamente democrática, ajena, en principio, a la violencia y el autoritarismo.

Esta denuncia es correcta, pero resulta abiertamente negacionista dejar de lado que Pinochet fue un monstruo en el sentido de la crueldad

descomunales de sus actos. Pinochet es y no es un monstruo. Es eso lo que hay que aprender a conjugar. Para hacerlo la mejor ayuda la siguen prestando los intelectuales que han pensado el holocausto bajo la imagen de la banalidad del mal (Arendt o Todorov, entre otros): actos monstruosos (segundo sentido de la monstruosidad) pueden provenir de seres del montón, sin nada excepcional, comunes y corrientes, anclados a los mismos ideales modernos que el resto de los mortales (negación de la monstruosidad en el primer sentido). ¿Qué es lo monstruoso en Pinochet? No es su persona ni la de sus perpetradores, ni la de sus partidarios, sino el propio hecho de que haya recurrido a los principios de la libertad y los derechos humanos para cometer actos objetivamente monstruosos. Es esa normalidad (esa no monstruosidad) lo que constituye su monstruosidad.

Solo sabiendo esto se entiende que la tarea es doble: de una parte, comprender radicalmente su figura y al actual pinochetismo sin reducirlo a la rareza y la excepción y, de la otra, limitar sin ambivalencias sus formas de representación histórica a la figura del horror; ello incluso jurídicamente en el marco de los límites a la libertad de expresión. Son dos cosas distintas y que deben ir juntas. Confundirlas o decir que se excluyen es hoy un error inexcusable.

Afrontar una historia miserablemente humana

Andrés Estefane y Luis Thielemann, *Red Seca*, 30 de mayo de 2018¹⁰

“¿No es quizás la oscuridad una experiencia anónima y por definición impenetrable, algo que no está dirigido a nosotros y no puede, por ello, concernirnos? Al contrario, el contemporáneo es aquel que percibe la oscuridad de su tiempo como algo que le concierne y no deja de interpelarlo, algo que, más que toda luz, se dirige directamente a él. Contemporáneo es aquel que recibe en pleno rostro el haz de tiniebla que proviene de su tiempo”.

Giorgio Agamben

En una reciente columna, el sociólogo Mauro Basaure rebatió nuestra crítica a su reflexión sobre el polémico cierre de la muestra “Hijos de la Libertad” del Museo Histórico Nacional. Hasta ahora este diálogo se había desarrollado sin identificar a la contraparte, pero las posiciones son ya demasiado nítidas como para seguir sosteniendo el simulacro.

Podríamos partir despejando algunas afirmaciones imprecisas en la lectura de Basaure, como la idea de que en nuestra postura habría una reacción “contra toda transformación curatorial de la muestra” o que nuestro juicio al tropo de la “madurez” de la democracia chilena suponía la infantilización de las posiciones contrarias a nuestro argumento. Eso no está en ningún pasaje de nuestro escrito y es probable que, en tanto imprecisiones, se expliquen como simples dislates expresados al calor de la controversia. En cualquier caso resulta irrelevante detenerse en esas minucias, pues constituyen cuestiones marginales si se les compara con la sofisticación de lo que parece ser el nuevo argumento desplegado por el autor: la necesidad de distinguir al menos dos sentidos en la comprensión actual de la figura de Pinochet, ambos derivados del imaginario de la monstruosidad. Un sentido es el Pinochet-monstruo como anomalía o anormalidad excepcional, y otro es el Pinochet-monstruo como figura cruel y perversa.

10 Andrés Estefane es historiador e investigador del Centro de Estudios de Historia Política de la Universidad Adolfo Ibáñez. Luis Thielemann es historiador y académico de la Universidad Finis Terrae. La columna apareció en: <http://www.redseca.cl/afrontar-una-historia-miserablemente-humana/>

La presentación de este nuevo argumento es crucial ya que ahí reposa lo medular de la respuesta y porque además –como fórmula interpretativa– tiene proyecciones normativas que nos competen a todos. Dice Basaure, en función de esos dos sentidos, que como sociedad tendríamos una doble tarea: por un lado, “comprender a Pinochet y al actual pinochetismo sin reducirlo a la rareza y la excepción” (cuestión en la que nuestra perspectiva acertaría al acusar uno de los vicios que ha sostenido la mitología democrática); y por otro, circunscribir “sin ambivalencias” la representación de Pinochet a la “figura del horror”, incluso si ello supone fijar límites jurídicos a la libertad de expresión (algo que nuestra perspectiva no lograría reconocer). Como se puede advertir, lo primero se vincula con la imagen de Pinochet como anomalía o anormalidad excepcional y lo segundo se desprende del Pinochet devenido monstruo cruel y perverso. Entre ambos sentidos, el más relevante parece ser este último, pues ese es el que nuestra crítica perdería de vista al estar “seducida” por el primer sentido. Aparentemente se trataría de una seducción fatal, pues al desconocer al Pinochet-monstruo “en el sentido de la crueldad descomunal de sus actos”, nuestra perspectiva no solo sería coincidente con el pinochetismo, sino también abiertamente negacionista.

Se trata de dos afirmaciones fuertes y a las que corresponde contestar.

Basaure se extraña de que nuestra perspectiva sea “increíblemente” ciega a la idea de Pinochet-monstruo en el segundo sentido que propone. Sin entregarse del todo a esa sorpresa, además se toma la libertad de ofrecer una etiología de dicha ceguera sugiriendo que nuestra perspectiva habría quedado atrapada por el primer sentido de la monstruosidad. Precisamente por esa parálisis, explícita en el llamado a incorporar al Pinochet real en la trayectoria nacional, nuestra perspectiva terminaría “inadvertidamente” hermanada con el pinochetismo y su herencia. Conviene reparar en este curioso mecanismo explicativo –la falta de previsión– pues también aparece en el primer comentario del autor a la clausura de la muestra. En su evaluación de los efectos de la decisión curatorial de incorporar a Pinochet en la exposición, hay varias referencias a lo impensado, lo imprevisto y lo no intencional. No es una coincidencia menor. Tanto en la decisión del museo como en la perspectiva desarrollada en nuestra columna, no habría racionalidad alguna sosteniendo cada posición. Así como la dirección del museo pareció no haber calculado los alcances de lo que proponían con la inclusión del tirano dentro del panteón libertario, nosotros tampoco habríamos advertido que nuestra crítica nos aproximaba al campo del negacionismo y la reivindicación pinochetista.

Ya que Basaure se animó a explicar lo que parece ser una grave ceguera, cabe también la posibilidad de elaborar algunas hipótesis sobre su

mecanismo explicativo. Quizás con eso se vaya deshilvanando su costura. Llama la atención que tanto en la respuesta a nuestra crítica como en su primera intervención, el autor insista en la definición de escenarios binarios. Puede que en el binarismo distinga grados, pero a la hora de los balances el mundo tiende a simplificarse en dos polos. Si recordamos el argumento de su primera columna, como sociedad solo teníamos dos alternativas a la hora de representar a Pinochet: o se le ignoraba o se lo ubicaba en la sombra del horror; o desaparece sin rastro o se disuelve en la retórica. En ese encuadre, cualquier desmarque implicaba abrir espacio a la ambivalencia, una ambivalencia con una fuerte carga moral. Nuestra respuesta no solo negó esa polaridad, sino que la superó al mostrar una clara alternativa: que era posible y necesario familiarizarnos con el Pinochet real sacándolo de la jurisdicción de la infamia y el horror —la principal razón para sostener el argumento de irrepresentabilidad— y procesarlo históricamente empleando las palabras y las herramientas analíticas que ofrece la razón. En el rechazo tanto a la posibilidad de ignorarlo como a la tentación de convertirlo en la encarnación irrepresentable del mal, abrimos una ruta no prevista en el escenario dual. En su segunda intervención, Basaure repuso la estrategia del binarismo y lo hizo llevándonos de regreso al Chile de los años noventa, describiendo la configuración de un campo dual con una facción pinochetista y otra anti-pinochetista, paradójicamente convergentes en la crítica al cierre de la muestra, pero divididas por las razones para ello. Como dicho encuadre no ofrecía un lugar claro para nuestra crítica, parece haberse visto en la necesidad de reconocerla como alternativa, pero reduciéndola a una “posición desviada del resto”. A partir de ese diagnóstico, siempre en la clave de los noventa, el argumento que defendimos no podía ser sino expresión de anti-pinochetistas vocalizando posturas pinochetistas. Vaya paradoja, vaya anomalía. Así, en tanto encarnación de una posición desviada, habría también algo monstruoso en nuestro argumento.

Pero lo interesante es que el reconocimiento de esa tercera posición es rápidamente negada y fagocitada por la lógica del binarismo. Para ver eso hay que retroceder dos pasos: dado que “Pinochet fue un monstruo genocida” y que no se puede esquivar el “sentido descomunal de sus actos”, todo aquel que reduzca su juicio a la dimensión de la excepcionalidad monstruosa (primera acepción) no puede sino estar próximo al pinochetismo y el negacionismo. Lo que sigue es vertiginoso, pero puede ser descrito: al no reconocer al Pinochet cruel y perverso, nuestra postura es expulsada del campo del “anti-pinochetismo puro” para ser relocalizada en el campo del adversario. En ese mundo dual, no hay espacio para terceras vías. Todo lo que no se alinea al cuadrante normativo es aborrecido y ubicado automáticamente en la trinchera

opuesta. Bienvenidos a los años noventa. Bienvenidos a la actualización del Chile de los consensos.

En términos gruesos, ese es el mecanismo que se nos ofrece para la resolución de esta controversia de interpretaciones. Esa es la aproximación con la que deberíamos enfrentar las preguntas del siglo XXI.

Partamos por analizar el recurso al imaginario monstruoso, que es una de las vigas en las que reposa la respuesta de Basaure. Afortunadamente no es necesario ir muy lejos, ni citar a Arendt o Todorov, para desarmar ese bulto. En su clásico estudio sobre la dictadura, el cientista político Carlos Huneeus definió lo que él llama las tres identidades del régimen de Pinochet: la identidad coercitiva, vinculada a las violaciones a los derechos humanos y el ejercicio sistemático de la violencia de Estado; la identidad económica, que engloba las reformas implementadas en ese ámbito y que refiere también a la institucionalidad que hizo posible la modernización neoliberal; y la identidad personal, atada a la figura del dictador. Se trata de una descripción con límites, pero que tiene la virtud de ordenar un campo discursivo muy diverso. Resulta innecesario explicar cuál de estas identidades es la que gana visibilidad cuando se enfoca a Pinochet desde el imaginario monstruoso. Así como es innegable que la dictadura no puede entenderse sin ese protagonismo, como tampoco se puede negar el peso institucional, político y simbólico del dictador en la trayectoria del régimen, es igualmente irrecusable que la reducción del problema histórico a esa figura, y solo a esa figura, nos condena a un reduccionismo interpretativo que dificulta comprender la complejidad política de la dictadura. Más allá todavía, la elevación de Pinochet a la condición de un factótum monstruoso contribuye subrepticamente a la normalización de la impunidad, toda vez que el tropo de monstruo no hace sino operar como una fuerza centrípeta que arrastra todas las responsabilidades y exime generosamente de culpas.

Es aquí cuando la complejidad del pasado nos muestra que los monstruos lucen mejor cuando se quedan en el repertorio de la ciencia ficción y la literatura infantil. ¿Qué trabajo cívico se puede hacer con la dictadura cuando se la reduce a la gravitación de un factótum sanguinario o de un monstruo todopoderoso capaz de engullir en sus fauces a una nación inermes? Si nos quedamos enfrentados a ese espectro, ¿dónde ubicamos a los agentes de la DINA y la CNI, sus protocolos de exterminio, las cuidadas técnicas de tortura, a los miles de colaboradores, delatores, cómplices pasivos y ciudadanos comunes y corrientes que, sabiendo lo que ocurría, toleraron –cómodos o no, da igual– la violencia de Estado entre 1973 y 1983? ¿Podrá explicarnos ese monstruo irrepresentable que la dictadura fue un sistema de relaciones sociales capaz de administrar las aspiraciones de las capas altas y medias, y de hacer lo propio con

los sectores populares, al punto de que hacia el fin de su período, con una crisis económica de por medio, contó con el apoyo de 4 de cada 10 chilenos? ¿Cómo integrar en este relato a esa enorme masa de ciudadanos resocializados como trabajadores neoliberales, al servicio de un esquema institucional que sentó las bases de un acelerado proceso de acumulación y enriquecimiento, mientras en paralelo se torturaba, asesinaba y desaparecía a otros ciudadanos para hacer de ese esquema y de ese proceso algo permanente? Si nos quedamos en la imagen de la dictadura como una pesadilla horrorosa, ¿podremos explicar por qué en esos diecisiete años también pueden encontrarse postales de frívola normalidad e incluso de paz y bonanza? ¿No será hora de abandonar el mito de un aparato dictatorial enfrentado por diecisiete años a un pueblo intrínsecamente democrático, para comenzar a mirar las complejidades del cotidiano y advertir que ese país vivió, como suele suceder, vidas contradictorias, sostenidas trabajosamente en la medida de lo posible, unidas por la miseria de enfrentar a una fuerza política avasalladora con vocación autoritaria? ¿Seguiremos habitando esos cómodos reductos desde los cuales solo se vislumbra la sombra de un monstruo que en su animalidad abraza y contiene todo el mal y toda la perversidad posibles?

Poco nos preocupa si al plantear estas preguntas, por el simple efecto de un malabar retórico, se nos ubique en la vereda del negacionismo. A fin de cuentas es la retórica, y no las preguntas, lo que termina encubriendo los hechos. Pues solo la retórica puede llevar a afirmar que Pinochet fue un “monstruo genocida”. Pinochet no fue genocida. Sostener que lo fue es traficar con la historia. Corresponde asumir aquello en fríos términos, incluso si al hacerlo perdemos una palabra útil para maltratar discursivamente la memoria del dictador. Reconocer que las acciones de la DINA y la CNI no califican como genocidio, tal como lo confirma la definición sancionada por Naciones Unidas y otras instancias locales e internacionales, en ningún sentido implica rebajar el grado de perversidad de lo ocurrido en Chile. Por otra parte, seguir utilizando de forma imprecisa el concepto genocidio, aplicando la misma operación que sostiene el uso indiscriminado de vocablos como “horror” o “monstruosidad”, no puede sino entenderse como un recurso anclado en un mero impacto retórico. Así lo determinó la justicia española en 1998, cuando se intentó enjuiciar a Pinochet por genocidio, terrorismo y torturas. La resolución reconoció como delitos solo los dos últimos, descartando el primero, y al hacerlo quedó en evidencia que se puede definir a Pinochet como terrorista sin por ello rebajar la condena moral que el sujeto merece. No sucede lo mismo con el uso retórico del concepto genocidio, que paradójicamente termina por deformar la misma historia que supuestamente pretende visibilizar. Deforma porque la racionalidad

del terrorismo de Estado –oligárquica en origen, autoritaria en su forma, y capitalista en su horizonte– queda oculta bajo un concepto que puede tener alto rendimiento para la agitación, pero que no educa o educa mal. Si efectivamente nuestro norte es desarrollar algo así como una cultura de respeto irrestricto a los derechos humanos, ¿cómo se puede evitar la repetición de algo si ese algo es definido mediante un vocablo quizás útil a la propaganda, pero pobre en su capacidad descriptiva la realidad a la que refiere? En este sentido, la precisión en la definición de lo ocurrido nos parece más relevante que ser o no pinochetistas o negacionistas. Igual de inquietante y abiertamente “inexcusable”, es que en aras de circunscribir la representación histórica de Pinochet a la imagen de un monstruo (en cualquiera de sus formas) se nos imponga un negacionismo de otro tipo: el que niega la posibilidad de razonar frente al mal.

Pero volvamos al problema del binarismo, que, como se dijo, obedece a una pulsión de actualización del ordenamiento de la memoria pública de la década de 1990. En ese ordenamiento solo había espacios para dos posturas sobre el pasado reciente, el pinochetismo y el anti-pinochetismo. Un mundo binario contenido en sí mismo, afiatado en un consenso que no desapareció cuando se esfumó el miedo a la regresión autoritaria, y que se reprodujo permanentemente gracias a una lógica también binaria, la lógica binaria del sistema binomial. Han pasado casi treinta años de esa génesis. El sentido común de la transición luce hoy viejo y torpe, en ocasiones opera de manera absurda, pero todavía puede dar la batalla, sobre todo cuando se le convoca para reaccionar frente a quienes manifiestan la posibilidad de un conflicto fuera de ese binarismo consensuado. Si ayer levantaba la voz para condenar a quienes criticaban las mistificaciones de la democracia tutelada fundada en 1980, hoy se alza arrogante cuando se desliza que el consenso transicional tuvo un abierto carácter conservador. Su mecanismo sigue siendo el mismo que el de la edad de oro: expulsar de la razón política, sin más argumento que la desviación de las formas aceptadas, a los desenfocados de la lógica binaria.

Pero que dicha leyenda ofrezca batalla no implica que siga siendo igual de efectiva. Ese código transicional de interpretación, que ordenó la lectura hegemónica de la historia de los últimos 50 años, experimenta hoy un irreversible agotamiento. Y ello es así porque la dualidad política que la sostenía está en franca descomposición. Las manifestaciones de ese declive son feroces, porque se ciernen sobre el propio pasado y desmontan el discurso de los años de gloria. Al resistir su ocaso, el sentido común se torna conservador y no titubea a la hora de recurrir a elementos situados más allá de las fronteras de la razón política, como la censura. El desorden generado por la clausura de la muestra “Hijos de

la Libertad” es un claro síntoma de esa bancarrota. La mera sugerencia de que debería existir algo así como una “mediación profesional” entre la verdad y la ciudadanía (¿no es eso lo que reposa en la petición de una “correcta curatoría”?) sintetiza esa inclinación esclerótica: establece el principio de que hay cosas que la ciudadanía no puede entender o no debe saber. La democracia tutelada, al parecer, requiere de un discurso histórico también tutelado. Por todo lo anterior, este debate es una de las tantas manifestaciones de que el sentido común de la transición nos es insuficiente. El problema, una vez más, es que en su resistencia a la crítica el animal se desorienta y, renunciando a la política, defiende su posición con las herramientas del autoritarismo. Con el fin de preservar el discurso noventero que trazó la versión oficial de la memoria y los derechos humanos, se acude a las “memorias legítimas” y a las trincheras institucionales, y en ese enjuague incluso se puede llegar a imaginar a los museos como potenciales lugares de consenso. Lo preocupante es que esa forma de defender la democracia —aferrada al consenso y reacia al conflicto— se desliza inevitablemente por la pendiente de la antidemocracia, de la sacralización de las formas, y de la negación de toda la posibilidad de transformación que reside en la política como mecanismo. Poco queda en pie cuando los museos son llamados a operar como anillos de sanidad de una democracia parcial.

Es entonces irrelevante si en el curso de este debate terminamos figurando como antipinochetistas-pinochetistas, antipinochetistas desprevenidos o pseudo pinochetistas negacionistas. Esa lógica es la representación en repliegue de un conflicto que solo sigue existiendo en las reductos de la atribulada hegemonía transicional. Pero eso no significa que no nos inquiete escuchar voces que van al pasado y lo traen al presente abrazando la certeza de que el Chile actual es algo radicalmente distinto al Chile de la dictadura, y que eso se sostiene porque entre ambas realidades se construyó una muralla sanitizada por la retórica de un horror que ni siquiera podemos pronunciar. Mediante ese procedimiento nos eximimos de explicar qué hemos hecho y qué no por superar ese pasado; mediante ese procedimiento evitamos asumir que quizás hay varios jirones de esa herencia que no nos parecen tan repulsivos. Al menos en esto último los pinochetistas son más sinceros.

En este libro se plantean dos tipos de problemas históricos. En primer término, fue notorio desde los primeros años de la década de 1990 que la periodización con que se explicaba el pasado dejaba muchos vacíos.

Desde la ausencia de una fecha de fundación y otra de término de la Transición, hasta si la crisis de la democracia comenzó antes o durante el gobierno de Salvador Allende. Por ello se busca poner en cuestión la cronología de la segunda mitad del siglo XX en Chile, relevando los problemas e intentando resolverlos. En segundo término, está el problema de la desaparición de los protagonistas directos, lo que agrava el desconocimiento sobre su época. La ineficacia de las explicaciones normativas se ve acentuada, pues la autoridad que la sostenía era la de la experiencia de los protagonistas más notorios de la historia reciente.

Este libro recoge seis textos previamente publicados en la revista *Izquierdas*, incorpora también la traducción inédita de un texto del historiador uruguayo Aldo Marchesi; y recopila una serie de columnas publicadas a propósito del cierre de la muestra “Hijos de la Libertad” del Museo Histórico Nacional en mayo de 2018. Estos escritos y estas voces coinciden aquí como expresión de la necesidad de reapropiarnos del pasado reciente de Chile y la región del cono sur, con investigaciones y reflexiones que diluyan el efecto de las lecturas normativas con las que se ha domesticado ese período.

Ariadna
ediciones